

Piel de perro

FATOS KONGOLI

Siruela Nuevos Tiempos



FATOS KONGOLI

Piel de perro



Ediciones Siruela

Índice

Cubierta
Piel de perro
Créditos
Notas

Fatos Kongoli

Piel de perro

Traducción del albanés de
Ramón Sánchez Lizarralde

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Piel de perro

A Lili,
mi esposa

Me di cuenta de que Hades estaba allí (el Hades de los antiguos griegos o el Plutón de los romanos) el día en que cayó enferma Marga, mi mujer. Más exactamente mi ex mujer, porque ya está muerta; va a cumplirse un año de su muerte. Por supuesto, no se trataba de la deidad mitológica de los griegos o de los romanos antiguos. Era una persona común y corriente de nuestra raza de criaturas efímeras en este mundo, y no recuerdo bien cuándo y en qué circunstancias le adjudiqué ese nombre. Tal vez se me ocurrió llamarlo así a consecuencia de lo que se denomina una asociación de ideas. Todo fue una asociación de ideas, nada más.

Por otra parte, escucho decir que Hades también ha muerto. La verdad es que ya no lo veo en su lugar de siempre, no siento ya su mirada ni su risa negra. Pero no creo eso que dicen. El rumor de que murió durante mi ausencia debe de ser una treta para embaucarme, para hacerme caer en una trampa. Eso equivaldría, poco más o menos, a que pegarían la hoja con el aviso de mi muerte en el muro de avisos del callejón que conduce a la parte trasera del edificio en que vivo.

Ya lo veo, me estoy embrollando. Pretendo contar una historia y, pese a mi intención de quererlo, me estoy haciendo un lío. Peor aún, estoy desluciendo las cosas. Y, ya se sabe, las cosas embrolladas, todavía peor las deslucidas, no le gustan a nadie. Sería, por tanto, razonable que comenzara por algo más claro, sin complicaciones; por poner un ejemplo, con algo acerca de mí mismo. De este modo, el seguimiento de la historia, que se ha iniciado de forma no demasiado prometedora con la muerte de Marga y del nombrado Hades, quizás resultaría más fácil. A ser posible jocoso. Tanto que la gente se desternillara de risa, que me desternillara también yo con ellos.

Me llamo Kristo Tarapi. Mi nombre hacía pensar a la gente en Jesús y, como es cosa sabida, antaño, en tiempos no demasiado lejanos, entre nosotros Jesucristo era un personaje declarado enemigo público. Aclaro que, pese a que la sociedad decretó a Jesucristo como un proscrito, mi nombre no me ha causado dificultades. A fin de cuentas, se trata solamente de un nombre y yo, en mi proceder y mis acciones, nunca he tenido nada de Cristo, así pues, a mi entender, no creo que yo representara el menor peligro en este sentido. En cambio, por sorprendente que parezca, lo que me ha dado problemas ha sido el apellido. A menudo he hecho esfuerzos por encontrarle un significado, pero nadie ha sido capaz de explicarme su procedencia. Sólo quienes no me deseaban el bien le encontraban, aunque eso sí, a su modo, una significación, después de haberlo abreviado un tanto al pronunciarlo. De forma tal que en sus bocas, con excesiva frecuencia, mi apellido Tarapi se convertía en Trapi¹. El caso es que, incluso hoy día,

hay personas que, cargadas de buena intención y cortesía, me saludan diciendo «¡Buenas tardes, señor Trapi».

No sé si tal distorsión contenía a la postre una verdad, es decir, si expresaba cierta escala de mi personal mentecatez, si se me permite expresarme de este modo. Pero, ya que tengo intención de contar una historia, pido disculpas por anticipado. No hago esto movido por clase alguna de complejo que deba su origen a la potencial deformación de mi apellido. La razón es más práctica: cuando se pretende contarles algo a otros, en una palabra, gastar su bien máspreciado, su tiempo, cabe en lo posible que a fuer de ingenuidad, tal vez de estupidez, se acabe por importunarlos. Importunarlos y, aún más, ponerse uno mismo en evidencia. A mí no me asusta la posibilidad de quedar en evidencia. El bien y el mal adquieren significaciones relativas de acuerdo con la visión del mundo de cada cual. Según sostiene una antigua doctrina filosófica que los hombres inventaron para consolarse en determinadas circunstancias, el bien no es siempre bueno ni el mal es siempre malo. Hay bienes que llegan para mal y hay males que llegan para bien. Como es el caso de mi última aventura. Porque yo acabo de regresar de una aventura.

Quienes me conocen no se sorprenderán ante esta afirmación. Esbozaran una sonrisa, echarán cuentas de mi mote. El Mostrenco, dirán, sobre todo cuando tengan conocimiento del motivo que me empujó a meterme a ciegas en un laberinto de acontecimientos sin saber lo que me esperaba. Pero yo estaba convencido de que cualquier cosa que me sucediera siempre sería preferible a mi muerte de cada día. Esto me lleva a renunciar, además, a argucias inútiles, como intentar borrar las pistas con la clásica advertencia al lector de que todo en esta historia es producto de la fantasía. Una advertencia así carece del menor sentido. Por lo general, sólo tiene un objeto: servir de coartada para encubrir lo contrario. Yo me comprometo a garantizar que el único personaje que no es en absoluto producto de la fantasía, en el que no existe la menor coincidencia o semejanza casual y que, por desgracia, se me presenta nada más comenzar el relato, pese a mi deseo de evitarlo, es Hades.

Su enfermedad, cuando, como ya he dicho, se me apareció Hades, me la dio a conocer Marga en circunstancias escasamente dignas para mí. Estábamos a primeros de septiembre del 99, el último otoño del segundo milenio. El globo terrestre esperaba el cambio de época, los seis mil millones de habitantes de la Tierra –no conozco la cifra exacta–, a despecho de las funestas profecías de Nostradamus, se preparaban para el próximo instante mágico.

Había tenido sueños eróticos durante toda la noche. Hacía tiempo que tenía sueños eróticos. Mis desarreglos debieron de comenzar tras una abrasadora noche de verano en que Marga, mientras practicábamos o intentábamos practicar sexo, irritada e incapaz de afrontar mi deseo, me dijo que lo lamentaba, ella ya no sentía nada, y yo me esforzaba en vano por ponerla a punto. No capté de inmediato el sentido de su declaración, me negué a aceptarlo. En cambio, Marga parecía haber estado esperando con impaciencia aquel momento, librarse de una vez por todas de mí. Después de aquello, nunca más volvió a aceptar que hiciéramos el amor, ahora eres libre, me decía, haz lo que quieras, no siento celos en absoluto. Ahora bien, entendámonos, a partir de entonces yo era libre únicamente para una cosa: para tener sueños eróticos. En nuestro ambiente social, donde todo acaba por saberse, difícilmente se le perdonan los devaneos a un macho cabrío como yo, pese a mis cincuenta y cinco años, a tener al hijo mayor casado y una hija estudiante. Por añadidura, la conciencia de ser abuelo –mi hijo me proporcionó muy pronto esa satisfacción casándose muy joven y trayendo al mundo dos niños, uno tras otro– me sumió en un abismo de impotencia sexual.

Así fue aquella noche cuando, hacia el amanecer, Marga me puso al corriente de su enfermedad: estaba teniendo uno de los sueños eróticos más intensos de aquellos tiempos, en el que hacía el amor con una amiga íntima de mi hija. Una vergüenza, desvaríos semejantes no se le consienten a uno ni en sueños. Es preciso aceptarlo, incluso el sueño más insensato contiene algo de verdad. Como es verdad, por ejemplo, que Lori, la adorada amiga de mi hija, no dejaba de inquietarme cada vez que venía a casa, y yo hacía lo imposible por no ponérmela delante de los ojos, pues de lo contrario me iba a resultar difícil ocultar mi vergonzosa turbación. Culpable, doblemente culpable, ante Marga y ante Irma, que es como se llama mi hija.

Lori no me trataba de tío ni utilizaba ningún otro apelativo, simplemente me llamaba por mi nombre. Por mi nombre me llamaba también mi hija, cosa que, a decir verdad, no me molestaba, aunque a Marga se le atragantaba esa especie de esnobismo de las dos. Teniendo en cuenta sus ojos azules y la blancura de su piel, el color natural del cabello de Lori debía ser más o menos rubio. Pero esto no podía afirmarse con seguridad. Un día

apareció en el vano de nuestra puerta ataviada casi por entero de color malva, desde el pelo, la chaqueta de piel, las botas de caña de tacón alto ceñidas a las piernas, hasta el aroma de su cuerpo, un aroma a malva según me pareció. Aquel día no estaban Marga ni Irma. Sin embargo, Lori se metió dentro como en su propia casa, tengo que hacer una llamada, dijo, y fue a la sala de estar donde teníamos el teléfono, lo levantó y marcó un número. Yo me había quedado a la entrada de la sala, aturdido. Este aturdimiento, cuando puede que fuera la primera vez que me encontrara a solas con aquel diablo de muchacha, me descubrió la pervivencia de la bestia agresiva que se agazapaba en mi interior. La bestia no había muerto como yo creía. La bestia continuaba viva. Sus ojos avizoraban las formas del cuerpo de Lori, la devoraban. Ella hablaba en voz baja, soltaba de vez en cuando alguna ocurrencia: por favor, no digas sandeces, le decía con gran seriedad a alguien, está aquí Kristo, el padre de Irma, está escuchando tus sandeces y vete a saber lo que pensará.

Yo no escuchaba ni pensaba nada. Confuso, salí al pasillo, del pasillo al exterior, a la puerta del apartamento, como si pretendiera mantenerme lo más lejos posible de ella para tranquilizar a la bestia en mi interior. Después salió ella también al pasillo. Con el aroma a malvas de su busto. Con los labios malvas que besaron mi mejilla antes de alejarse escalera abajo, dejándome con la turbadora sensación del contacto de sus pechos que se habían apoyado levemente sobre el mío. Sin la más lejana sospecha de que en mi interior se hubiera despertado una bestia. Sin imaginar siquiera que a partir de aquel día acudiría regularmente a poblar mis sueños eróticos.

Así pues, también aquella noche en que Marga me informó acerca de su enfermedad, yacía con Lori en un agotador acto sexual, hasta que alcancé un orgasmo malva. En ese instante abrí los ojos y percibí un sollozo. Clareaba al otro lado de la ventana. Permanecí inmóvil, tendido de costado: Marga lloraba. Calladamente. Como si temiera despertarme. Al comienzo, aún bajo el imperio del sueño, pensé que tal vez, en mis esfuerzos virtuales por penetrar a Lori, había gemido mencionando su nombre y Marga lloraba a causa de mi extravío. Pocos minutos más tarde no pude continuar soportando el llanto, extendí la mano, la toqué. Ella se estremeció. Se volvió hacia mí y murmuró algo que mi cerebro apenas alcanzó a descifrar. Estoy enferma, dijo, voy a morir.

Marga pronunció estas palabras con la habitual certidumbre de las ocasiones, bien conocidas por mí, en que hablaba con toda seriedad. Pese a mi acostumbrada banalidad en tales casos, no tenía ninguna razón para pensar que ella, aun antes de abrir los ojos, pretendiera gastarme una broma pesada. Pero su inesperada afirmación fue tan implacable que yo, colocado en una lamentable situación, reí forzosamente. No está previsto entre las desgracias de Nostradamus, le dije, y le pasé la mano entre los cabellos. Nostradamus no profetizó nada semejante... Se levantó y permaneció inmóvil, de pie. Empecé a tener sospechas hace un año, habló. Ahora ya no puedo más, tengo que ir al hospital.

Quise insistir en la broma hipócrita de Nostradamus, pero eso habría sido una bajeza para con Marga. Entonces, a la débil luz de la aurora, vi la consunción de su rostro. Ahora, cuando recuerdo aquellos instantes, puedo hacer una afirmación transparente: quise a Marga toda la vida, ninguna otra mujer había podido ocupar su lugar. Habría sido razonable que le dijera esto. Si no aquella mañana, en los días sucesivos. Prometerle que, al contrario de lo que ella podía imaginar, al contrario de lo que podían pensar muchos otros, no había querido a ninguna otra mujer como la quería a ella. Pero no le dije nada, ni aquella mañana ni en los días que siguieron. Y no comprendo por qué me corroen semejantes pesadumbres ahora, cuando ella ya no está. Se diría que pretendo disculparme ante no se sabe quién. Se diría que el miedo a un posible juicio se me ha clavado tan adentro que con tales declaraciones pretendo obtener un certificado de buena conducta.

Yo he sido siempre consciente del retrato que dibujaban de mí los demás: un aventurero con el cerebro de un pez. A las personas como yo, sin embargo, el destino nos hacía ciegamente ciertos regalos inmerecidos. En mi caso, por ejemplo, una mujer maravillosa. Y esta mujer maravillosa, en mi caso, había malgastado su vida a mi lado lo mismo que quien unta mantequilla sobre la piel de un perro. Eso es lo que decían. ¡Yo era por tanto una piel de perro!

Hades se me apareció aquel día, cuando Marga y yo nos disponíamos a salir de casa para ir al hospital, y yo me sentía como una piel de perro. Marga no quiso que despertáramos a Irma. Se negó a que le dejáramos ninguna nota. Los sábados, y aquel día era sábado, Irma no iba a la facultad, no tenía clase. Los sábados por la mañana se recuperaba de la falta de sueño de toda la semana. Para defenderse del sol, Marga cogió un paraguas, yo me coloqué una gorra de visera ancha con las iniciales de Nueva York. La gorra me la había traído de América mi hijo. Vivía desde hacía cinco años en los Estados Unidos, en Nueva York, como emigrante, como agraciado por la lotería americana. Trabaja en el aeropuerto J. F. Kennedy y le llamamos Tomi. No porque haya nacido el día de santo Tomás. Marga y yo no teníamos tratos con los santos. En aquel tiempo, nuestros santos eran otros. El de Marga era el italiano Gianni Morandi. El mío, el inglés Tom Jones. Cuando nació Tomi, hace veintiocho años, lo echamos a suertes y gano mi santo. No he estado nunca en su casa de América, tampoco él vino a verme hasta que murió Marga. Afortunadamente, ella había ido a visitarle a él hacía dos años, durante el verano.

Delante de nuestro portal, al otro lado de una calle repleta de baches, donde desde por la mañana temprano pululan toda clase de vehículos, se extiende una plaza rectangular. Desconozco si ha tenido nombre alguno esa plaza. Dos de sus costados están bordeados por edificios, el resto, por dos estrechas calles que se cruzan. Hace algunos años, allí sólo había un jardín. En mitad del jardín, sobre un pedestal de mármol, se alzaba una estatua, copia en dimensiones reducidas de la gigantesca estatua situada en el centro de la capital,

junto al Museo Histórico. Al decir de algunos, la estatua de la plaza en cuestión no era la misma que la de la plaza situada ante el museo. Según ellos, aquí se encontraba, con orgulloso porte, la estatua de Stalin. De acuerdo con algunos otros, era la de Haxhi Qamili². Pero todavía existe una porción nada despreciable de personas que insisten en que era Marx quien se encontraba allí. A la vista de todo lo anterior, me limito a llamarla «la estatua», sin adjudicarle un nombre.

Un día, una multitud encolerizada con la altanería petulante de la estatua la arrancó de allí. La derribó, se la llevó arrastrando por las calles del barrio. Esto sucedió el mismo día, a la misma hora, en el mismo minuto en que otra multitud igualmente enfurecida, mucho mayor en dimensiones, mil veces superior que la diferencia de tamaño entre la estatua de la plaza del centro y la estatua de nuestro barrio periférico, arrastró aquélla por las calles de la ciudad. Pero ésa es una historia ya olvidada. Durante algún tiempo, nuestra plaza quedó sólo con el jardín y el pedestal vacío. Más tarde, no muy lejos del pedestal, alguien levantó un quiosco, se puso a vender hamburguesas, *börek* y bebidas refrescantes. En cuanto ganó suficiente dinero comerciando con tales cosas –las malas lenguas decían que le servían de tapadera para otro comercio, turbio éste, en el que también estaban mezclados los agentes del orden–, ese alguien se largó a Canadá. Antes de marcharse, parece que le vendió el quiosco a algún otro y este otro lo amplió, lo cubrió con lonas, levantó una cerca con mostradores y cadenas, colocó sillas dentro y fuera y lo transformó así en una cantina. Para conjurar el mal de ojo, le puso por nombre: El pedestal vacío. En realidad, ya porque poco más allá había una parada de autobuses y era por tanto un lugar con mucho movimiento, ya porque con gran rapidez se convirtió en el punto de atracción para todos los varones ociosos del barrio, la cantina estaba llena a todas horas.

La ventana de mi habitación, en la tercera planta, daba a la plaza. Desde allí todo parecía tenerse en la palma de la mano. Aquella mañana terrible, antes de levantarse de la cama, Marga me rogó que no viera su cuerpo. Para estar segura me ordenó que fuera junto a la ventana, me volviera de espaldas mientras ella cogía de la cómoda las mudas que necesitaba y se metía en el baño. La obedecí y me coloqué junto a la ventana.

Acababa de despuntar el día y era demasiado pronto para que los varones ociosos del barrio o los transeúntes ocasionales llenaran las mesas y las sillas de El pedestal vacío. Ésta fue la causa de que me llamara la atención algo muy extraño. Si la cantina permanecía vacía, la otra parte de la plaza, frente a ella, estaba repleta. Una multitud de hombres aparecía sentada, imposible saber desde cuándo, en los bancos de cemento, bajo las ramas de los árboles –plátanos y eucaliptos– que, al salir el sol, proporcionaban una densa sombra. En general se trataba de jubilados con gorros republicanos y gorras de visera para protegerse del sol. Formaban grupos, y desde la altura de la ventana observé que algunos tenían naipes en las manos, otros, fichas de dominó, otros estaban inclinados sobre tableros de ajedrez, otros, sobre el chaquete y todos, sin excepción, llevaban

periódicos en los bolsillos de las camisas o de las chaquetas. Sin embargo, no se movían. Permanecían como petrificados, me pareció que llevaban toda la noche allí como petrificados. Me paseé por la habitación, presté oído a los movimientos de Marga en el baño, luego, incapaz de resistirme a la curiosidad, volví a situarme junto a la ventana: la multitud de hombres continuaba allí, en actitud de inmovilidad. Junto con ellos descubrí a Hades.

Éste permanecía de pie sobre las escaleras de mármol, en una pose estatuaria, con una mano apoyada en el pedestal vacío, se diría que acababa de ser derribado de allí y trataba de encaramarse de nuevo, con el brazo extendido en una dirección indeterminada del espacio. Su cabeza se movió pesadamente. Estremecido, me aparté de la ventana. Marga salió del baño y yo me crucé con ella en el pasillo. Sin atreverme a mirarle a los ojos, entré en el baño. Cerré la puerta, me apreté fuertemente las sienes, cosa que me hizo bien, de lo contrario no habría podido hacer frente al impulso de acercarme a la ventana del baño y comprobar una vez más si, en la plaza de El pedestal vacío, la multitud de hombres petrificados continuaba bajo las ramas de los árboles y si él, Hades, alto y ceremonioso, permanecía en la misma postura como si pretendiera volver a encaramarse al pedestal, con la mano extendida hacia un punto indeterminado del espacio. En realidad, su mano señalaba en una dirección muy clara, hacia el este, donde se encontraba el cementerio, pero también esto lo comprendí más tarde. Un apretón en las sienes, hasta producirme dolor, me sirvió para volver de inmediato a la realidad: debía cuidar de Marga. Debía quitarle de la cabeza a Marga la idea de la muerte. Y la aparición de Hades en esas circunstancias era perniciosa. Mientras me afeitaba, mi mente me condujo hasta mi viejo amigo el doctor N. T.

Si acepto la validez del dicho de que el Destino le hace ciertos regalos innmerecidos a la gente indigna como yo, el doctor N. T., una conocida autoridad en medicina, era, según Marga, mi otro regalo innmerecido. Cuando se goza de la amistad de una autoridad semejante, algunos apuros familiares no despreciables, quiero decir apuros relativos a la salud, se resuelven con facilidad. Naturalmente, N. T. representaba para mí mucho más. Desde el punto de vista de la salud, pese a mis abusos, yo mismo llamaba raramente a la puerta de su consulta, en la Clínica de Patología General, en la décima planta de uno de los edificios del hospital número uno de la capital. Yo iba a verle por otras razones, cuando el ánimo me abandonaba y la existencia perdía su sentido para mí. Por no mencionar que con el doctor N. T. me une otro vínculo. Está casado con Sofika, antaño la muchacha más inteligente de la familia de mi difunta madre, de modo que puedo llamarle con todo derecho primo, un primo solícito y respetable.

En esta oportunidad, antes de seguir adelante, considero necesario pedir disculpas públicas a mi amigo y primo, respetado por toda la familia. De aquí en lo sucesivo, su nombre aparecerá a menudo, en circunstancias con las que él no mantiene en realidad ninguna relación. Es una historia complicada, pero tras esta disculpa pública me adjudico

a mí mismo el derecho de exponer las cosas tal como sucedieron, sin miedo a las dudas que puedan suscitarse a propósito de mi estado en este recorrido tan peligroso como caminar por el filo de una navaja.

Marga consideró razonable la propuesta de consultar con el doctor N. T. Permanecía apoyada en el marco de la puerta, a la entrada del dormitorio, sosegada, y una sonrisa angelical que vagó por su rostro me hizo concebir esperanzas. Propuso que saliéramos sin hacer ruido, no quiso que le dejáramos a Irma ninguna nota para informarle acerca del lugar al que nos dirigíamos, y yo me animé. En cuanto me sentí aliviado por la sonrisa angelical de Marga, recorrí mi cerebro la escena erótica con Lori. Dije para mis adentros: realmente puede salir un guión bonito. Si encuentro un productor –el problema del director tenía solución–, puede resultar una película todavía más bonita. Esta oleada de optimismo me invadió mientras bajábamos las escaleras y Marga se apoyaba en mi brazo. El aroma de su fragancia me hizo ver el mundo perfumado y, al final de las escaleras, antes de que saliéramos al exterior, además de encontrar un probable director, había adjudicado los dos papeles principales, al actor que representaría al hombre en torno a los cincuenta y cinco y a la actriz que desempeñaría el papel de Lori. Sólo quedaba sentarme a escribir el guión. Todo dependía del guión y del concurso de la providencia para que engañara a algún productor con nocturnidad y en sueños, quizás precisamente en los instantes en que yo veía mi guión bajo la forma de un sueño erótico.

Afuera, bajo la luz de sol, me asaltó un fulminante arrebató de furor. Desde hacía muchos años no mantenía la menor relación con el mundo cinematográfico, había sido incluido en la primera lista de cineastas enviados a la jubilación con motivo de la reforma de la cinematografía. La alternativa que nos ofreció un alto gobernante de entonces era semejante a la recomendada a un cúmulo de escritores que se habían quedado sin trabajo con las reformas en otras instituciones. Se les sugirió que, para sobrevivir en las nuevas condiciones de la economía de mercado, vendieran paquetes de cigarrillos o bananas por las calles de la capital. Al encontrarme yo en una posición más modesta que la de escritor –pese a mis cuatro libros publicados nunca me he tenido a mí mismo por escritor–, no le di muchas vueltas, comencé a dedicarme un poco a todo: probé a hacerme cambista, pequeño comerciante de material de quincallería, abastecedor de bebidas refrescantes a clubes, profesor privado de francés sin licencia. En estas condiciones, una película filmada a partir de un guión escrito por mí sólo podía llevarse a cabo si yo conseguía verme la punta de la oreja sin necesidad de espejo. Sin embargo, el motivo de mi fulminante explosión de cólera no guardaba relación con esto, ni tampoco con el hecho de que la idea de un guión semejante fuera una majadería. El arrebató de furor se produjo cuando recorriamos un sendero pavimentado de planchas de hormigón, que discurría a través de la plaza del pedestal sin estatua, para desembocar en la parada de autobuses, y de pronto resonó en mi oído un saludo olvidado que no escuchaba hacía años. Alguien, como si fuera un viejo amigo, gritó: «¡Hombre, ahí está el señor Trapí! ¡Buenos días, señor Trapí!».

Volví la cabeza hacia Marga. Tenía en la punta de la lengua la réplica irritada: «Trapi no, señor mío, mi apellido es Tarapi! ¡Ta-ra-pi!». No dije nada. Ya porque el rostro de Marga me pareció extremadamente pálido, ya porque, era evidente, ella no había oído nada. Si lo hubiera oído, sabedora de la cólera que me poseía cada vez que confundían mi apellido –deliberadamente o sin querer–, ella habría reaccionado. Se esforzaría por convencerme de que era una tontería enfadarse. Marga no reaccionó; por tanto, habían sido imaginaciones mías. Pero mis ojos se toparon con la multitud de hombres ociosos del barrio a la sombra de los árboles, los mismos que había visto desde la ventana. Ahora ya no en posturas rígidas. Ahora, todos reunidos en torno de las sombrillas, los hombres jugaban concentrados en un silencio que se rompía por el entrechocar de las fichas de dominó y de chaquete, por los murmullos ahogados de los ajedrecistas y de quienes jugaban a las cartas. Un poco más allá y un poco más arriba, sobre los escalones de mármol del pedestal, estaba él.

Aquella ardiente mañana de septiembre no era posible que yo estableciera ninguna semejanza entre él y Hades. Aquella mañana de septiembre me causó impresión solamente una cosa: cuando Marga y yo pasábamos por mitad de la plaza, no permanecía de pie, con una mano apoyada en el pedestal y la otra extendida en dirección al cementerio. Se encontraba sentado sobre los escalones, por encima de la multitud de hombres, como un pastor vigilante, y me guiñó un ojo. El gesto vino acompañado de una sonrisa tan elocuente que ya no me quedó la menor duda, el saludo burlón me lo había dirigido él. Debe de ser algún antiguo conocido, pensé. Alguno de mis directores de antaño, algún jefe de personal o un oficial de los periodos de entrenamiento militar. Algún responsable de empresa o brigadier de granja, de cuando cumplía el mes de trabajo físico. Algún desconocido rival de aventuras amorosas. Finalmente, alguno de los directores o actores de las películas realizadas sobre la base de mis guiones. Toda esta caterva de gente, deliberadamente o sin pretenderlo –no pocas veces por estupidez– adjudicaba a mi apellido un significado que provocaba risa. Y, se comprende, también mi irritación.

Cuando pasé junto a él me había vuelto la espalda. Ni aquel día ni más tarde tuve la posibilidad de verle la cara de cerca. Comencé a creer que no tenía rostro, que su rostro era una amalgama inmaterial procedente del mundo de ultratumba. Y permanecía vigilando sobre los escalones marmóreos del pedestal sin estatua. Se diría que contaba las cabezas de ganado del rebaño, lo mantenía agrupado y, cuando se le antojaba, decidía cuál de ellas debía ser apartada. Aquella plaza era una especie de estación. Allí se sacaban los billetes para un viaje sin retorno con destino al reino de Hades. Me quedaba por establecer si el vigilante de la estación era el propio Hades, algún representante suyo o si la estatua de antaño, derribada de su pedestal y seguidamente arrastrada, había adoptado de nuevo el papel de intermediario entre los viajeros que se agrupaban allí y el reino de Hades.

Unos treinta pasos más allá no pude resistir el impulso de volver la cabeza. Y caí en la

trampa. A mis oídos llegaron las palabras: «Es inútil, señor Trapi! ¡Inútil!». Me aferré al brazo de Marga como si pretendiera estrecharla contra mí.

Al entrar en el hospital, aún confiaba en que las sospechas de Marga resultaran vanas, como le sucede a la mayor parte de la gente cuando se alarma ante el hallazgo del más vulgar de los bultos en su cuerpo. Eso le dije mientras subíamos en el ascensor hacia la planta décima del edificio donde, al fondo de uno de los pasillos, sobre una puerta de cristal de color lechoso, en grandes letras, aparecían escritas las palabras CLÍNICA DE PATOLOGÍA GENERAL, y, debajo de ellas, en caracteres más pequeños: Dr. Prof. N. T. O Marga no me oyó o con su silencio parecía querer decirme que la dejara tranquila. Ante la sala de consultas de mi amigo esperaban unas veinte personas, los asientos en torno a la pared estaban ocupados. Me separé de Marga y me acerqué a la puerta. Llamé suavemente, luego más fuerte, pero la puerta no se abrió. Debido a la palidez de Marga, alguien se comportó amablemente y le cedió su sitio para que tomara asiento.

Transcurrió más de una hora hasta que Marga entró. Eso sucedió cuando N. T. acompañó hasta la antesala a una paciente, una mujer joven bastante bonita, la cual, antes de que le tocara el turno, había estado quejándose sin cesar a la enfermera por no abrirle paso, por no tomarse siquiera el esfuerzo de notificar al doctor su presencia y, sin poder dominar la impaciencia, no había dejado un momento de pasear arriba y abajo con nerviosismo. El menosprecio de la enfermera me había forzado también a mí a renunciar al intento de hacer lo mismo, es decir, informar al doctor de nuestra llegada. De modo que, en cuanto N. T. apareció en compañía de la joven mujer, aproveché la ocasión para abalanzarme sobre él y casi cogerle de la solapa. Marga continuaba sentada en su asiento y él se apresuró a despedirse de la hermosa mujer. Nadie protestó porque nos coláramos. Todos se quedaron mudos cuando el todopoderoso N. T., tan impertérrito como su enfermera, se dirigió hacia Marga, la tomó del brazo y, ellos delante y yo detrás, en medio del silencio que se abatió, penetramos en la antesala. Marga me echó una mirada fatigada, me rogó que me quedara allí, que no estuviera presente mientras N. T. llevaba a cabo el chequeo. Me derrumbé en una silla. Marga ha decidido partir sin mí, pensé cuando ellos se perdieron tras la puerta. Pero ¿por qué ha decidido irse sin mí?

Es muy sencillo, me explicó el doctor. ¿No se dice que tú eres una piel del perro? Ella no puede permanecer ligada para la eternidad a una piel de perro. Su lugar está en el paraíso. Mientras que tú... Oh, comencé yo a hablar a toda prisa. Yo tengo cuentas que ajustar. Antes de volar hacia el infierno del cielo, tengo que redimir algunos pecados aquí, en el infierno de la tierra. Infierno por infierno... Nada más pronunciar estas palabras, mi cuerpo se burló de mí. Me encontraba solo en la antesala. N. T. estaba al otro lado, explorando a Marga. No podía encontrarse al mismo tiempo aquí y allí. Sin embargo, yo

estaba convencido de que aquellas palabras me las había dicho N. T., pondría la mano en el fuego para confirmarlo.

Cuando el doctor apareció en el vano de la puerta, yo estaba completamente desconcertado. Me tomó del brazo con un gesto cargado de solicitud, me arrastró hacia la sala de consulta y yo consideré razonable callar, aceptar que me habían hablado las paredes. Marga estaba sentada en una silla junto a una gran mesa. Voy a mantener a Marga unos días aquí, dijo el doctor. Dispongo de una habitación doble en la que podrá estar sola. Le haremos unos análisis, estableceremos un tratamiento... Estuve a punto de aullarle a mi amigo por su falaz sosiego. Sus ojos, ocultos tras los cristales graduados, rodeados de una montura dorada, captaron de inmediato lo que yo andaba rumiando. No te comportes como un idiota, me dijeron esos ojos.

Marga me expuso sus deseos con una lógica fría y de manera categórica en cuanto N. T. salió de la habitación del hospital y nos dejó a los dos solos. A nuestros hijos no debía desvelarles la verdad acerca de su enfermedad, ése fue su primer mandato. Dos semanas después de su ingreso en el hospital, cansada de la gente que acudía, me pidió que les rogara a todos los allegados y conocidos que no fueran a visitarla. A mí me prohibió que durmiera una sola noche en la cama vacía de la habitación —decidí infringir este requerimiento algo más tarde, cuando su estado empeoró mucho y se perdía en el delirio—, se diría que en el último momento, cuando se le apareciera la muerte, quería encararse con ella a solas. En silencio. Como había vivido. En un mundo perverso donde, además de a nuestros hijos, se había consagrado custodiar y amparar a un ser débil: a mí.

Ahora, al regreso de mi última aventura, espero que Marga se encuentre en el paraíso. Difícilmente tendré yo de nuevo la fortuna, esta vez para la eternidad, de encontrarme junto a ella. No soy digno de los lugares paradisíacos. El cielo es para los seres como Marga. De modo que me aparto del cielo y me vengo a la tierra, allí donde lo dejé poco antes, es decir, al día en que Marga fue internada en el hospital.

El doctor N. T. me dijo que Marga podía durar como mucho cuatro meses. Su anuncio cayó sobre mi cabeza como un mazazo y él me acompañó abajo, a la salida del hospital. Allí me abrazó, me dijo que aguantara. Aguantaré, le dije. Y nos separamos. Y nada más separarme de él tuve una sensación extraña. Mientras caminaba por las callejuelas del hospital en dirección a la parada del autobús, me pareció que alguien me seguía. La impresión fue tan intensa que volví la cabeza un par de veces para mirar. No vi nada, nadie me seguía. Entonces me acordé de Irma. Estaba obligado a respetar las instrucciones de Marga de no decirles nada a nuestros hijos y, al mismo tiempo, debía encontrar una explicación convincente para Irma. Ella no se conformaría con cuentos, se alarmaría. De modo que mi tarea consistía en engañarla, en convencerla de que no debía inquietarse, cuando yo sabía bien que Marga iba a morir.

Con las piernas temblorosas subí las escaleras de mi portal. Mientras ascendía, de

nuevo tuve la extraña sensación de que alguien me seguía, y de nuevo volví la cabeza con un movimiento rápido, como si quisiera pillar al otro desprevenido. No vi nada. Durante un rato presté atención al silencio de la escalera. Y continué subiendo despacio hasta llegar ante la puerta de mi piso. Saqué la llave, la introduje en la cerradura, la hice girar, cerré la puerta tras de mí y me quedé en el pasillo, en mitad de la mudez del apartamento. La habitación de Irma estaba abierta, la cama deshecha, su mesa de trabajo, sobre la que tenía el ordenador, en una confusión de libros y cuadernos, pero Irma no se encontraba allí. Tampoco estaba en la sala de estar, ni en la cocina, en ninguna parte. En la cocina, sobre la mesa de comer, mis ojos se toparon con un mensaje: «Estoy en casa de Lori. Hoy y mañana dormiré allí. Irma».

Cogí la nota, la rasgué y me puse a buscar un lugar donde arrojar los pedazos. Este acto, el de rasgar la nota y hacerla desaparecer, fue inútil. Marga no estaba en casa. Irma no sabía dónde se encontraba Marga. Si lo supiera, con seguridad no dejaría semejantes mensajes. Por lo general, esta clase de mensajes ponían a Marga de los nervios. Le hacían sufrir. Y siempre encontraba la ocasión para manifestar su profunda antipatía por Lori. No podía ni verla. Según Marga, esa muchacha de dudoso origen familiar, que vivía sola en un apartamento igualmente dudoso, ejercía la más negativa influencia sobre nuestra hija. Antes que nada, era de más edad que ella, unos tres o cuatro años. Irma, estudiante; ella, con trabajo. Irma, sin experiencia, ella, curtida y fogueada como un perro viejo. Irma, una chiquilla; ella, secretaria de una fundación donde se decía que era amante del presidente, un hombre casado, escándalo que había llegado hasta las páginas de los periódicos. Antes de conocerla, Irma no frecuentaba las discotecas ni los clubes, ni las compañías estridentes, no tenía costumbre de dejar mensajes semejantes ni de ausentarse una y otra vez de casa los fines de semana, y Lori le servía siempre de cobertura. Pero Marga no estaba en casa y yo no tenía necesidad de hacer esfuerzos por tranquilizarla, por convencerla de que no había nada de malo en todo aquello. En tales casos, cuando, más que defender a Irma, yo pretendía tranquilizar a Marga, ésta se desahogaba conmigo. Me consideraba culpable. Según ella, con mi actitud tolerante estaba estropeando a la muchacha.

Tenía seca la garganta. Fui a coger una cerveza del frigorífico. Tal vez tenga razón ella, me dije. Tal vez debería haberme conducido de modo distinto con Irma. Y me invadió una oleada de irritación. No con Irma. Irma no sabía que Marga estaba ingresada en el hospital. Ella proseguía su vida normal con las mentiras acostumbradas. Marga no se tragaba sus mentiras, yo sí me las tragaba. En Irma veía un calco de mí mismo en forma femenina. Cuando Marga la reconvenía hasta hacerle llorar, a mí me daba lástima. Decía para mis adentros que Irma podía ser considerada en verdad comedida en su proceder comparada con el ser femenino que yo podría haber sido si el vientre de mi madre me hubiera gestado en versión femenina y no masculina. Habría sido una mala mujer, de acuerdo con el concepto de Marga. Una coleccionista de hombres.

Sentía que me asfixiaba, una duda me corroía el alma. El abandono prematuro de

Marga de este mundo lo había preparado yo. Cada año, cada mes, cada semana. Marga tenía prisa por marcharse sin mí. No quería tenerme cerca. Ni siquiera me había dejado que pasara las noches en la cama vacía de la habitación donde se encontraba. Este razonamiento me hundió en una crisis de culpabilidad. Y se apoderó de mí el pánico. Y empecé a sospechar que no estaba solo en la habitación. Comencé a sospechar que él me había seguido durante el camino de regreso a casa y había logrado introducirse furtivamente en el instante de abrir la puerta. Ahora, oculto tras las paredes, me vigilaba. Era capaz de infiltrarse dentro de mí. Con el aire que respiraba, a través de los poros de mi piel, en forma de ondas electromagnéticas que controlaban la neuronas de mi cerebro. Sobre todas las cosas, percibía su aliento.

Lo sé, dije tras una larga vacilación. Y me estremecí. Y caí de rodillas. Mi voz me pareció ajena. Es posible que no dijera nada. Puede que fuera el eco ahogado del inconsciente. Eso pensé cuando me descubrí a mí mismo arrodillado. Era un acto ridículo. En el mejor de los casos, producto de mis lecturas. Sin embargo, me negué a admitir esa posibilidad. Estaba inclinado a creer en cosas fuertes. Creer, pongamos, que tras las paredes de la habitación quizás se encontraba vigilándome algún ser ilustre: Buda, Jesucristo o Mahoma, puede que algún otro profeta. Rechacé esa posibilidad, era una pretensión demasiado elevada por mi parte. Igualmente dudosa se me antojó la eventualidad de que tras las paredes me estuviera vigilando el diablo. Aquello no encajaba en absoluto, yo no era el doctor Fausto. Durante un rato, pues, vacilé asustado de mí mismo, de mi voz, cada vez más convencido de que alguien me vigilaba, y si ese alguien no podía ser ninguno de los grandes profetas, tampoco el diablo, ni ningún iluminado fantasma regio; de todos modos tenía que ser un fantasma, aunque fuera mediocre, digno de un ser como yo.

Lo sabes, cobré ánimos, tú me estás escuchando. No importa quién seas. Tampoco quiero saberlo. Ahora, en el calendario, la unidad seguida de tres nueves pronto será sustituida por el dos seguido de tres ceros. Debe de ser aterrador el instante en que se desploman las cuatro cifras y son sustituidas de forma fulgurante por otras cuatro cifras distintas. O maravilloso. En ese umbral, yo no experimento nada maravilloso. En ese umbral, me devora una oscura sima, las fauces abiertas que se tragan el curso del tiempo. Navego arrastrado por sus remolinos camino de la extinción sin saber lo que me espera: en el instante de la intersección de los dos milenios me quedaré en el surco del viejo o el nuevo surco me arrastrará consigo también a mí. Sin Marga. Y con estos parpadeos del alma...

En este punto, el hilo del razonamiento se me embrolló. Me quedó en la cabeza la palabra alma como un grano de arena que me corroía la envoltura del cerebro. Y me introdujo en un surco completamente nuevo. Como un tren descarrilado.

He mencionado la palabra alma, me dije inquieto. Me asusta esa palabra. No sé cómo

tomarla. A menudo he sido acusado, he sido considerado una persona desalmada. En la época cinematográfica de mi vida me lo decían todos. No la gente. Ni los colegas. Tampoco los críticos oficiales. Estos últimos, en la mayoría de los casos, ponían por las nubes las películas rodadas con arreglo a mis guiones. Las alabanzas, como es natural, recaían sobre los directores. Desde este punto de vista he sido afortunado, mis guiones se los quedaban siempre directores avispados. Pero aunque me perdiera eclipsado por los directores y las *vedettes* del cine, eso no me importaba. El motivo tiene que ver con la palabra alma: estaba enfangado en una lucha permanente con mis personajes. Mis personajes reclamaban mi cabeza. Desde el momento en que comenzaba a proyectarlos, me devoraban el alma. Según ellos me faltaba fantasía, lo que escribía eran cosas insulsas, artificiosas, cosas sin alma. Yo les daba la razón. Mis guiones, pese a las alabanzas que recibían los directores, no eran buenos, lo sabía. Pero sabía también otra cosa: los guiones así tenían mayores posibilidades de convertirse en películas, de que yo justificara mi propia existencia, y eso significaba que podía firmar dos veces al mes el recibo de la paga simbólica con la que me remuneraban. En esto no pintaba nada el alma. De mí se requería que creara imágenes en las que la gente contemplara su propia felicidad. Que creyeran que la verdad era esa imagen cinematográfica de la felicidad y la vida les pareciera como una película en la que ellos, falsos protagonistas de cartón piedra, cacareaban satisfechos de sí mismos. Estaba metido hasta los ojos en esa mascarada. Perseguido por mis personajes. Se me aparecían en sueños, me acusaban de ser un mistificador. Sus recriminaciones me hacían sufrir. Eran unas criaturas miserables, impotentes, que a mí me daban lástima. Comprendía que me comportaba injustamente con ellos. Mi pesadumbre era semejante a la de un progenitor por su hijo nacido con taras físicas o psíquicas, con la diferencia de que no existe padre en el mundo que traiga voluntariamente a la vida a una criatura así, mientras que yo mutilaba a mis personajes a conciencia, en caso contrario podían llegar a tornarse peligrosos para mí. Se rebelarían, harían reventar los esquemas de mis guiones y eso traería como consecuencia un cambio de papeles: yo, su señor, me convertiría en su siervo. La idea de llegar a convertirme en rehén de mis propios personajes me aterraba. Cuanto más se esforzaban ellos en desbaratar los patrones, tanto más los constreñía yo, los aprisionaba como un déspota. Tenía dos hijos que alimentar, mis personajes debían dar muestras de tolerancia. En nuestros encontronazos durante las noches en vela, les rogaba que me dejaran tranquilo, que no se dejaran arrastrar por la vana ilusión, designada mediante una expresión aún más vacía, del denominado espíritu creador. Ésa era una trampa en la que se dejaban atrapar y caían de cuando en cuando algunos ingenuos, pero tú, ser oculto que me vigilas, no puedes comprender esto. Si yo me hubiera tragado aquel anzuelo, mis personajes habrían acabado por cavarme la tumba. Era, por así decirlo, una lucha por la supervivencia.

Digámoslo entre nosotros: yo no me he distinguido en exceso por mi inteligencia. Si no me tragué esa píldora no fue gracias a inteligencia alguna. Me libré de ello porque perdí

muy pronto la ingenuidad, ese atributo con marchamo de nobleza. Desde que comencé a conocer el mundo y me mostró su repugnante rostro. Son afortunados aquellos a quienes, en la infancia, el mundo se les muestra con un rostro hermoso. Bajo el influjo del hermoso rostro del mundo los sentidos se refinan, los sentimientos se acrisolan, la persona adquiere distinción. Durante cierto periodo de mi infancia, también a mí se me mostró el mundo con una bella faz, también yo fui ingenuo. Conservo todavía hoy las huellas de esa ingenuidad. Algunas veces se me pasan por la cabeza toda clase de cuentos y monsergas. Digo para mí: ¡Ah, si fuera posible adoptar un guión diferente, no el que me condujo, todavía en la tierna edad, a conocer el rostro repulsivo del mundo! Sin embargo, por mucho que me esfuerzo en desembarazarme del viejo argumento, nunca lo consigo. La banalidad se me aferra a la garganta. ¿Me escuchas?

Nadie me respondió. Continuaba de rodillas, con la frente bañada en sudor.

¿Me oyes?, insistí. ¿Me oyes?

Nadie me escuchaba. El ser que me espiaba a todas horas había desaparecido. Me había quedado solo, en el punto de partida de las cosas.

En el principio, el rostro primero y hermoso del mundo se me presentó bajo los rasgos de mi madre. Ella era una mujer muy hermosa, trabajaba en una guardería, como se llamaba entonces a los jardines de infancia. Me llevaba consigo cada mañana, me incorporaba a su grupo y por la tarde, cuando regresábamos a casa, yo me quejaba siempre de que acariciara únicamente al resto de los niños, sobre todo a un chaval de la barriada en la que vivíamos, a quien le decía constantemente que lo quería mucho. Sobre su delantal blanco aparecían bordadas dos letras, las únicas que aprendí a distinguir antes de entrar en la escuela primaria: N. T. Lleno de desesperación, yo le reprochaba a mi madre que quisiera más al niño de las N. T. que a mí. Mi madre se echaba a reír, me aseguraba que yo era su único hijo querido y, acariciándome la cabeza, me pedía que no fuera celoso. Aquel ardimiento, aquella desazón que me invadía y que ni siquiera me tomaba el esfuerzo de disimular cuando, por casualidad, en la calle o durante nuestros paseos, nos encontrábamos con algún conocido de mis padres, solamente podía tener un nombre: celos. Aquello continuó atormentándome hasta quedar borrado por varios otros episodios por medio de los cuales comenzó a manifestárase la otra cara de la moneda, el rostro repulsivo del mundo.

Entonces vivíamos de alquiler en la primera planta de una casa privada hecha de adobe, en un barrio no muy alejado del centro de Tirana. Enfrente, unos treinta metros más allá, se alzaba un edificio imponente con un jardín salpicado de pinos y plátanos. En mitad del jardín había una pista de baile y, junto a la pista, un quiosco para la orquesta. El edificio se llamaba Casa de los Oficiales.

En invierno, sobre todo los días fríos o con mal tiempo, el jardín estaba desierto. La gente, la mayoría militares, se encerraba en los salones interiores del edificio. Pero, con buen tiempo y sobre todo en verano, el jardín era todo bullicio.

Aún tengo delante de los ojos aquellas lejanas tardes veraniegas llenas de gozo. Mi madre y yo, sentados junto a una ventana del salón, permanecíamos a veces durante horas observando las fiestas que tenían lugar todas las noches en el jardín de enfrente. Mi padre, violinista, llegaba tarde a veces, cuando tocaba por las noches en la orquesta filarmónica de la ciudad. Y hasta su regreso nosotros presenciábamos otro espectáculo, el del jardín, como si nos encontráramos en el palco de un teatro. Desde allí veíamos a los camareros con su pajarita negra, a los pequeños grupos de oficiales reunidos en torno a las mesas, a las parejas que, en cuanto la orquesta comenzaba a tocar y la voz de un cantante, micrófono en mano, se difundía hasta hacerse oír por todo el barrio, se ponían en pie, llenaban la pista y bailaban un tango o un fox-trot. Esto se prolongaba hasta que, a la luz de la bombilla eléctrica de una farola, distinguía a mi padre en la calle, con el

estuche del violín bajo el brazo. Entonces yo abandonaba el espectáculo del jardín. Recorría los dos tramos de la escalera de madera y descendía al vestíbulo de la planta baja. Desde allí, a través de una pequeña puerta que de noche cerrábamos por dentro con cerrojo, alcanzaba el patio de la casa. En el borde izquierdo del patio había un viejo pozo sin agua, más allá un albaricoquero. En el extremo derecho, al final del muro circundante se encontraba la puerta del patio a la que, de noche, echábamos el pesado cerrojo, además de cerrarla con una llave grande y renegrida. Atravesaba el patio en un suspiro, levantaba la enorme tranca, salía al exterior y me encontraba ya frente a mi padre.

Mi padre murió joven. Cuando murió mi padre yo estaba en quinto curso y mi hermana no debía de tener más de cuatro o cinco años. Murió en el sanatorio de tuberculosos. Recuerdo que, durante algún tiempo, comenzando a partir del día en que él quedó recluido en el sanatorio, mi hermana y yo nos sometimos en casa a un tratamiento preventivo que incluía varias clases de pastillas, y yo sentía continuamente deseos de vomitar. Muchos años después de la muerte de mi padre, cuando me encontraba por casualidad con amigos suyos de antaño, me decían que la más preciada cualidad de mi padre era su bondad desinteresada. Yo no contradecía esa afirmación. Tampoco lo hago ahora.

Él se inclinaba entonces y, mientras con un brazo sujetaba el violín contra su cuerpo, con la otra mano me levantaba en vilo. Esto sucedía cuando mi padre se había tomado alguna copa. Yo percibía el aroma de su cuerpo mezclado con el olor del tabaco y el alcohol. Pero también sucedía a veces que no se inclinaba para cogerme en brazos, lo que me hacía comprender que no había bebido, entonces cerraba la puerta con el cerrojo, giraba en la cerradura la pesada llave, la colgaba de un clavo situado sobre el muro expresamente para ese fin y, caminado con cuidado para no hacer ruido, atravesábamos juntos el patio. Abríamos la puerta interior de la casa, la cerrábamos tras nosotros con el cerrojo y, siempre con gran cuidado de no hacer ruido, ascendíamos las escaleras de madera que desembocaban en el vestíbulo situado entre nuestras dos habitaciones de la primera planta.

En medio del vestíbulo estaba la mesa de comer. Habitualmente, sólo nos sentábamos allí los tres a la hora de la cena. Ellos tomaban asiento el uno frente al otro y yo me situaba en medio. Comían en silencio, raras veces intercambiaban alguna palabra. Mientras comíamos, yo observaba unas veces los movimientos de las manos de mi padre con el cuchillo y el tenedor, otras, las de mi madre, quien siempre me advertía que no debía masticar ruidosamente sentado a la mesa. En cuanto acabábamos de comer y mi madre recogía los platos, ellos dos jugaban a las cartas. Esta costumbre de jugar a las cartas después de la cena continuó hasta el día en que tuve una hermana. Mis padres la llamaron Brunilda. A partir del momento en que ella nació, ellos dejaron de jugar a las cartas y se ocupaban únicamente de ella. Mi madre parecía tan absorta que incluso cuando yo golpeaba deliberadamente el plato con el tenedor o el cuchillo y masticaba

haciendo ruido, ella no se daba cuenta de nada. Este periodo de mi infancia comprende dos etapas: antes de Brunilda y después de Brunilda.

Comencemos por el periodo anterior a la llegada de Brunilda. En las habitaciones de la planta situada debajo de la nuestra, de las que nos separaba un entarimado de madera, vivía una familia numerosa. Recuerdo a varios chicos mayores que yo, a una mujer joven con gafas, autoritaria, la hermana de los muchachos, que pasaba a menudo horas leyendo, sentada en una silla a la sombra del albaricoquero, una vieja, las caricias de la mujer con gafas cuando me situaba cerca de ella. Recuerdo asimismo que la mujer joven autoritaria con gafas, según las conversaciones de mis padres, había caído en desgracia y de este modo se explicaba que ellos vivieran debajo de nosotros, en una casa construida con bloques de adobe y cubierta por un techo de tejas, cuyos aleros estaban repletos de nidos de corneja. Entonces yo no tenía la menor idea de lo que significaba caer en desgracia. Las relaciones que mi familia mantenía con ellos eran meramente formales, si no mencionamos el hecho de que uno de los chicos me dio una vez un sopapo en la cara porque, sin querer, jugando en el patio con una pelota de goma, la golpeé con tanta fuerza que fue a romper el cristal de la ventana de una habitación. Lo único que hizo la mujer con gafas fue reprender al muchacho, diciéndole que debía darle vergüenza pegar a un niño, mientras que mis padres me castigaron a mí a no tocar la pelota durante toda una semana. Luego llegó un día en que la planta de abajo se desalojó. Sus ocupantes se marcharon, su partida fue presenciada por una gran multitud de curiosos, vecinos del barrio. Agrupados a cierta distancia, asistieron a la carga de sus enseres sobre un camión, y no había transcurrido mucho tiempo cuando me encontré con el retrato de la mujer con gafas entre la hilera de grandes retratos que pendían de las fachadas de los edificios gubernamentales con motivo de ciertas festividades: había sido rehabilitada. Algunos años más tarde, cuando, ¿por ironía del destino?, volvió a desaparecer de la hilera de retratos oficiales, arriba y abajo por el barrio se decía que la Cegata, es decir, la mujer con gafas, se había caído de la higuera por segunda vez, esta vez sin remisión, pues había sido declarada enemiga, y yo estaba ya en una edad en la que comprendía lo que eso significaba. Pero cuando ella se marchó junto con su familia de la planta baja de nuestra casa y ascendió de posición, yo no sabía qué significado concreto tenía aquello de ascender de posición o su contrario, caer en desgracia, ni qué sentido figurado podía tener caerse de la higuera y romperse el cuello. Sobre la planta situada bajo la nuestra, al parecer, pesaba una maldición. A todos los que se alojaban allí les perseguía el infortunio. Sin embargo, no permaneció mucho tiempo vacía. A la marcha de la mujer con gafas le siguió la llegada de una persona peculiar. Lo llamaré simplemente el Profesor, como lo llamaba mi padre. Esto vino a coincidir con el tiempo en que observé que el vientre de mi madre se hinchaba y ella me dijo que pronto iba a tener una hermana o un hermano. Yo no sabía que también la persona en cuestión estaba incluida en la categoría de los caídos en desgracia.

El Profesor llegó un frío día de invierno con lluvia. Lo trajo un todoterreno, tras el todoterreno venía un camión cubierto, lleno de enseres. En la puerta grande lo esperaba el dueño de la casa. Desde la ventana del salón donde yo me encontraba, vi al dueño de la casa entrar en el patio, y varios mozos de cuerda, pese a que continuaba lloviendo, comenzaron a descargar los enseres y a meterlos en las habitaciones. Luego se abrió también la portezuela del todoterreno. Primero descendió de él un hombre con un paraguas en la mano. Tras él una vieja, que se refugió de inmediato bajo el paraguas. El hombre era el Profesor; la vieja, su madre. Era ésta una mujer menuda, un poco encogida, vestida con zaragüelles, en torno a la cabeza llevaba un pañuelo negro y sin esperar más se metió dentro de la casa. El otro, con el paraguas en la mano, permaneció en medio del patio. Los mozos pusieron fin a la distribución de los enseres, el dueño de la casa saludó al recién llegado y se marchó. Este último continuó aún durante un rato en medio del patio. Luego alzó la cabeza y miró en dirección a la ventana donde yo me encontraba. Por un instante nuestros ojos se encontraron. Al contrario que su madre, él era de elevada estatura. Quedé como hipnotizado por la expresión de sus ojos. Tenía un rostro muy pálido y el primer pensamiento que chisporroteó en mi cerebro fue que debía retirarme de la ventana, no fuera a pensar que había permanecido allí todo el tiempo espiando a escondidas sus movimientos. Pero antes de que yo hiciera nada, me sonrió. Y me dirigió un saludo al estilo militar. De todos modos, yo me aparté de la ventana. Entonces no debía de tener más de cinco años.

La llegada del Profesor y su instalación en la planta baja precedió en unos meses a la llegada de Brunilda. Así pues, ella nació poco después, en mayo. También esa vez me encontraba yo en la ventana del salón cuando llegó un faetón tirado por un caballo blanco. El coche se detuvo junto a la casa, primero descendió de él mi padre, luego mi madre, lentamente, con gran precaución, con algo entre las manos envuelto en una manta: era Brunilda. Abrieron la puerta exterior, atravesaron el patio, comenzaron a subir las escaleras de madera y, cuando aparecieron en el salón, sin moverme del sitio, me quedé esperando a que mi madre viniera hasta mí. Ella vino verdaderamente, pero no me besó ni me acarició. Solamente se inclinó un poco, descubrió la manta y entonces puede ver la cara de un ser adormilado, casi desprovisto de pelo. Sentí deseos de decir que su cabeza era fea, como la de un ratón, tal vez para expresar mi descontento porque mi madre no me había besado ni acariciado. Sin reparar en mi insatisfacción, mis padres, junto con el ser adormilado, se encerraron en su habitación. Yo permanecí donde estaba. Me poseyó un deseo iracundo de hacer alguna locura, realizar actos prohibidos, por ejemplo, coger la pelota y ponerme a jugar en el salón o bajar al patio y encaramarme hasta la copa del albaricoquero. Esta ansia de hacer locuras no me abandonó durante todo aquel día. No se apartó de mí en toda la semana, en todo el verano. Sentía deseos de aullar, me entraban ganas de llorar: ya no me hacían el menor caso. Mis padres, los allegados, los vecinos, todos no hacían otra cosa que hablar de Brunilda. Y pensar que la infeliz Brunilda no vivió largo tiempo... Murió unos dos años después que mi padre,

durante una grave epidemia de gripe. Sus tumbas se encuentran la una junto a la otra, y antaño mi madre me llevaba consigo cada domingo y los dos juntos les encendíamos cirios. Que Dios me perdone, tal como dicen, por mis terribles celos de crío. El padecimiento causado por esos celos duró hasta septiembre, cuando empecé el primer curso. Es entonces cuando aparece el último personaje, el que cierra la época de mi infancia temprana. Se llamaba Liza. Era mi maestra. El rostro hermoso del mundo se me mostró así por segunda vez.

En la época en que el Profesor se estableció en la planta situada bajo la nuestra, mi padre regresaba bebido a casa cada vez con mayor frecuencia. Es éste un capítulo que me llena de dolor y no querría extenderme. En casos así mi madre me ordenaba que me retirara a mi habitación, donde me corroía la curiosidad por enterarme de lo que sucedía. Pero ellos no se quedaban en el vestíbulo, se encerraban en su dormitorio y yo no podía oír nada. En cambio, por poca atención que prestara, estaba en condiciones de escuchar los sonidos procedentes de otra dirección. En la habitación situada bajo la mía estaba instalado el Profesor, nos separaba tan sólo un delgado suelo de tablones. Ésta es la razón de que en mi casa siempre se hablara en voz baja, se caminara con precaución, como si pisáramos huevos, y con la última mudanza la orden de mis padres se tornó categórica para mí: no debía provocar el más leve ruido.

Los nuevos vecinos subieron por primera vez a nuestro piso una tarde, pocos días después de su llegada. Mi padre acababa de volver a casa. No puedo afirmar si había bebido o no, sólo puedo decir que su proceder aquella noche era un tanto sorprendente. Parecía encontrarse a gusto, hacía bromas con mi madre, aunque ella no debía de tener las mismas ganas de reír. De todos modos, no me ordenó que me marchara, que fuera a encerrarme en mi dormitorio. Aunque eso es lo que me pidió poco más tarde, cuando se dejaron sentir pasos en la escalera y se llegó a la conclusión de que aquella noche íbamos a tener visita.

Primero, en lo alto de la escalera, apareció la vieja menuda con zaragüelles. Tras ella, caminando con precaución, como si temiera golpear la cabeza en alguna parte en el estrecho hueco de las escaleras, apareció el Profesor. Mis padres se quedaron ambos de pie, perplejos. Mi padre se apresuró a invitar a los recién llegados lleno de amabilidad, e hizo un intento de sostener a la vieja por el brazo. Ella no tuvo necesidad de que la sostuvieran y fue a tomar asiento allí, en un canapé al fondo del salón adonde la precedió mi padre. Ambos visitantes se arrellanaron en su asiento y mi padre ocupó una silla junto a ellos, pero mi madre continuó en pie, turbada. Lo único que se le ocurrió, tal vez por la fuerza de la costumbre, fue ordenarme que fuera a mi habitación. Por fortuna, acudió en mi ayuda el Profesor. Éste manifestó su deseo de que me quedara y en cuanto mi padre dio su aprobación, sin esperar a que lo repitiera dos veces, fui a sentarme en el canapé, entre el Profesor y la mujer con zaragüelles.

Se me permitía muy raramente estar presente en las conversaciones de los mayores.

Incluso en los casos en que me lo consentían, después mi madre tenía que reprenderme por mis malos modales: hablaba viniera o no a cuento, trataba de hacerme el interesante y molestaba a los demás con mi charlatanería. De modo que, en cuanto tomé asiento entre el Profesor y la vieja, en un intento de ofrecer garantías a mi madre de que me iba a comportar dignamente, cerré la boca. Con cierto sentimiento de culpa por mi desobediencia, mantenía de forma constante los ojos puestos en ella. Pero ella ni siquiera pensaba en mí. Continuaba turbada y, a diferencia de mi padre, casi no tomó parte en la conversación. Rió tan sólo una vez, cuando rieron todos. El Profesor relataba un suceso sobre una misión militar inglesa lanzada en paracaídas durante la guerra. El Profesor había estado destinado en esa misión como traductor y contó que el primer requerimiento de los ingleses nada más descender del cielo fue que se construyera un lavabo de campaña. La vieja con zaragüelles observó que sería más exacto llamarlo letrina de campaña. Entonces se echaron todos a reír, incluida mi madre.

Al día siguiente por la mañana, en cuanto abrí los ojos, ella me encomendó algo sorprendente: no debía contarle a nadie la visita del Profesor a nuestra casa. Permanecía en el vestíbulo como si hubiera pasado toda la noche allí esperando con impaciencia a que yo me despertara. Temí que fuera a reprenderme por mi desobediencia de la noche anterior y no capté de inmediato el sentido de su orden. La pasada noche, sin comprender gran cosa de la conversación de los mayores, había llegado a formarme una opinión acerca del Profesor: debía de ser una persona fuera de lo común. Eso lo demostraba el comportamiento de mis padres. Mientras mi madre permaneció todo el tiempo como sobre ascuas, mi padre estaba excitado. Excitación que llegó a su grado máximo con un acto raro en él: se puso a tocar el violín. Yo nunca había visto a mi padre tocar el violín en presencia de una visita. Cuando mi madre, nada más abrir yo los ojos, me hizo aquella sorprendente advertencia, todavía resonaban en mis oídos los sonidos mágicos del violín de mi padre. Con esos sonidos me había quedado dormido. Retenía en mi mente retazos de conversación acerca de Turín, donde había estudiado mi padre, de Moscú, donde el Profesor había pasado varios años antes de la guerra; recordaba a la vieja con zaragüelles, quien de cuando en cuando bostezaba, y a mi madre, pálida y silenciosa. Luego, una extensión azul con nubes blancas, una cascada atravesada por el arco iris, una mano suave sobre mi cabeza. Y, por fin, nada.

Ignoro si respecto a su extraña recomendación mi madre había consultado con mi padre. Yo estaba convencido entonces de que no lo había hecho. Sin embargo, la cumplí. Ni aquel día ni más adelante les hablé a mis compañeros de la visita. Al principio porque eso era lo que me había pedido mi madre y porque, por su voz y por sus ojos, que me miraron como con miedo, sentía que debía obrar tal como ella decía. Más adelante supe por los chicos del barrio que nuestro vecino de la planta baja era una persona peligrosa, un espía de Tito. Esto bastaba para estremecer las carnes incluso a un niño. De este modo dio inicio para mí una doble vida. Una existencia entre el miedo y la curiosidad, donde la curiosidad resultó ser más fuerte.

La delgada tarima que separaba la habitación donde yo dormía de la del Profesor me permitía estar al tanto de todos sus movimientos: saber si estaba en casa o no, cuándo entraba y cuándo salía, si acudía gente a visitarle o no acudía. A través de un orificio en una de las tablas del suelo, podía ver prácticamente todos los objetos de la habitación de abajo. El agujero quedaba justo encima de una escribanía permanentemente cargada de libros, papel blanco y lapiceros. Poco más allá, sobre una silla, se encontraba una máquina de escribir. Del lado de la escribanía había una cama de hierro donde dormía el Profesor y enfrente, junto a la puerta, un armario ropero. En cierto modo, comencé a espiarle. Con la mirada de hoy puedo decir que llevaba una vida solitaria. Sin lugar a dudas, debía de ser muy triste para él.

Durante el día permanecía encerrado, todo el tiempo sentado ante la escribanía. Ni entraba ni salía nadie, si exceptuamos a la vieja con zaragüelles. A una hora establecida, ella entraba en la habitación con una bandeja con dos tazas de café y se sentaba en el único sillón existente. Permanecía allí hasta que se terminaban los cafés, en un profundo silencio, sumido cada cual en sus propios pensamientos. Finalmente, la vieja se ponía en pie, volvía a colocar las tazas sobre la bandeja y salía de la habitación sin hacer ruido. Entonces el Profesor retornaba al trabajo. Leía mucho, algunas veces también escribía. Pero por las tardes salía. Lo tengo ante los ojos como si fuera ahora mismo con una raqueta de tenis sobre el hombro, vestido con ropa deportiva, pantalones cortos y camisa blanca, y un gorro asimismo blanco, de ala ancha. A continuación se montaba en una bicicleta Bianchi que guardaba en el patio. Según mis compañeros, iba a jugar al tenis unas veces al parque del tío Tom y otras no se sabía donde. El parque del tío Tom se encontraba en la calle de Kavaja, justo donde hoy se alza una cancha de juegos de pelota.

Las sesiones más interesantes de mi vigilancia eran las de la tarde. Entonces veía a la única persona que lo visitaba aparte de la vieja con zaragüelles. Era un hombre de corta estatura, delgado. Cuando venía, el Profesor le cedía su propia silla. Lo colocaba frente a la máquina de escribir y, deambulando por la habitación, le dictaba en voz alta, con un libro o un cuaderno de apuntes en la mano. Me gustaba ver la figura del hombre bajito, sobre todo cuando el Profesor callaba durante un instante, interrumpía sus idas y venidas, reflexionaba y el otro permanecía suspenso como un escarabajo asustado. Todo quedaba sumido en un silencio sordo y, en cuanto el Profesor reiniciaba el dictado, recomenzaban también los golpeteos en la máquina de escribir. El escarabajo retornaba al teclado, y en las ráfagas que ascendían de la planta baja tomaban parte los diez dedos de sus manos. Por encima del golpeteo se elevaba la voz de Profesor y hasta mis oídos llegaba un rumor ahogado, monótono hasta el aturdimiento, y a veces sucedía que me quedaba dormido allí mismo, sobre el suelo.

El Profesor acudió por última vez a nuestra casa la tarde en que mi padre trajo a mi

madre y a Brunilda con el faetón tirado por un caballo blanco. Puede que viniera más veces pero o bien yo no estaba presente o bien se me han borrado de la memoria.

Mi madre los trató con frialdad. Se quedó muy poco tiempo en el vestíbulo, lo justo para servirles los cafés, y se retiró a su habitación recurriendo a la niña como pretexto. Tampoco mi padre, pese a que se esforzaba por mostrarse cordial, conseguía ocultar su turbación. Esta vez no tocó el violín y su conversación no se prolongó mucho. Ya no se habló de Turín ni de Moscú, ni de la letrina de campaña de los militares ingleses, y el Profesor debió de comprender que ya no era tan bienvenido como la primera vez: sin duda, sus vecinos tenían miedo. A buen seguro que pensó eso, porque incluso yo así lo pensé. Mis padres tenían miedo. Él era una persona peligrosa y un espía de Tito.

A diferencia de mis padres, a mí el Profesor no me daba miedo. Era la época en que, tras el nacimiento de Brunilda, empecé a sentirme abandonado, y tal vez por esta razón me daba lástima el Profesor. Yo tenía un solo deseo: evitar a mis padres. Sin haber cumplido aún los seis años, se gestó en mi cabeza la idea de marcharme, de fugarme de casa. El plan que tramaba era el siguiente: salía a la calle, me iba detrás de algún campesino, le decía que era un niño huérfano y le rogaba que me llevara consigo. Un día realmente me fui detrás de alguien que llevaba un burro, le seguí durante un trecho y, cuando me sentí dispuesto a soltarle mi embuste, tuve miedo. ¿Y si me llevaba a la comisaría de policía? No, la idea de fugarme así me pareció peligrosa. Como no conseguí que se me ocurrieran otras ideas mejores, me pasaba el día entero en mi habitación y me imaginaba que llevaba a cabo la fuga. Me atrevía a abordar al campesino, le recitaba el cuento de mis padres muertos, le imploraba que me llevara consigo, que me adoptara como su hijo, utilizando los términos que había escuchado utilizar a los mayores. El campesino resultaba ser un buen hombre, me levantaba en brazos, me colocaba sobre las alforjas del burro y yo desaparecía con él en cierto paraje, más allá del río. Tenía intención de permanecer fugado veinte años enteros. Al cabo de los veinte años regresaría a casa, donde encontraría a mis padres ya viejos y ellos me recibirían con lágrimas en los ojos, arrepentidos de su comportamiento. Éste fue mi primer guión sentimental, no escrito –aún no había aprendido a escribir–, con una fuga que no se llevó a cabo nunca como argumento. Por el contrario, aquel verano realicé una proeza diferente: una inspección a escondidas en la habitación del Profesor. Ésta fue mi mayor aventura antes de entrar en septiembre en la escuela.

Quiero precisar que, a mis ojos, el Profesor era un hombre ya mayor. Aunque a juzgar por su fecha de nacimiento, que encontré años más tarde en un libro, en aquel tiempo debía de tener sólo treinta y cinco años. El libro era una colección de versos, originales y traducciones. Al leerlo sentí deseos de llorar: comprendí que él pertenecía a una categoría de hombres frágiles, que no podía sobrevivir en la jungla de las fieras salvajes. Y tengo la impresión de que ese deseo de llorar se me había aferrado a la garganta hacía mucho tiempo, desde que osé penetrar furtivamente en su habitación.

Era verano. No había nadie en la planta baja, tampoco en mi casa salvo yo, y no sé

explicar por qué me había quedado solo, adónde habían ido mis padres, por qué no me habían llevado consigo ni por qué la vieja madre del Profesor, que salía rara vez, había ido qué se yo dónde. A escondidas me deslicé por la escalera. Descendí de puntillas al vestíbulo de la planta baja, donde permanecí un buen rato con el corazón palpitante. Luego, ante la puerta de la habitación del Profesor, coloqué la mano sobre el picaporte. Por fortuna se movió y yo me quedé paralizado. Tenía la sensación de ser un ladrón atrapado con las manos en la masa. Di un paso adelante, traspasé el umbral, di un paso más, avancé hasta el centro de la estancia y, aunque comprendía que no debía tener miedo, el corazón me continuaba latiendo con fuerza. Tomé asiento en la silla del Profesor, ante la escribanía. Por un instante me estremecí. ¿Y si alguien miraba por el agujero del suelo de arriba, en mi habitación, y me veía sentado en la silla del Profesor? No, me dije, eso es imposible. Ese alguien soy yo, pero ahora yo me encuentro aquí.

Los objetos de aquella habitación eran familiares para mí. La búsqueda en los cajones de la escribanía, dos en total, resultó infructuosa, ambos estaban cerrados con llave. Ese hecho me empujó a dirigirme hacia el armario ropero, en el bolsillo de alguna chaqueta encontraría alguna llave. En lugar de eso descubrí dos objetos inesperados: un vestido de novia con corona y la fotografía de una mujer.

El vestido era largo, blanco, estaba colgado entre los trajes del Profesor. Para alcanzar la corona tuve que acercar la silla. Me subí a ella, mi cabeza alcanzó el nivel de la barra del perchero y no tuve dificultades en retirar la corona. El Profesor tiene una novia, me dije. Y me coloqué la corona en la cabeza. Cuando los pliegues del velo colgaron ondeantes hacia abajo, me la quité. Soy un chico, argumenté, si mis amigos me vieran así se burlarían de mí. Coloqué la corona donde la había encontrado, encima del vestido, y me acordé de que mi objetivo era encontrar alguna llave. Metí las manos en los bolsillos de todas las chaquetas, hasta que, en el bolsillo interior de un abrigo, la encontré: la fotografía de la mujer.

En realidad, lo que encontré inicialmente fue un medallón con una fina cadena de oro, de los que más adelante aprendí que se colgaban del cuello. Ignoraba qué clase de objeto era aquél. Observé que estaba compuesto de dos tapas y de inmediato probé a abrirlo. El estuche cedió a mi presión y se abrió. En el reverso de una de las tapas vi la fotografía de la mujer. Más exactamente, el óvalo que contenía la cara de la mujer, recortada de una fotografía. Debe de ser la novia del Profesor, pensé. Era una conclusión lógica. Solamente de ese modo podía explicarse la presencia de aquellos objetos en el armario ropero del Profesor: el traje de novia y la mujer del medallón. Luego de haber contemplado durante un rato la fotografía, cerré el estuche en forma de medallón y lo devolví al bolsillo interior del abrigo. Renuncié a la búsqueda subsiguiente de una llave. Coloqué la silla en su lugar, salí de la estancia, cerré con cuidado la puerta tras de mí y, de puntillas, sin causar el más leve ruido, regresé a mi habitación. La mirada de la mujer del medallón no se apartaba de mí. Era una mujer joven, muy hermosa. Sus ojos parecían reprenderme. ¡Te he visto, parecían decirme aquellos ojos, te he visto!

Hasta septiembre, el momento en que entré en la escuela, no ocurrió nada más de particular. Sucedió únicamente que mis conocimientos del mundo se enriquecieron con una nueva palabra. Yo no conocía entonces su significado y cuando la escuché por primera vez no pensé que se tratara de ningún acontecimiento, mucho menos especial. Una noche, mi madre le dijo a mi padre que no podía soportar más aquella vida, estaba hasta las mismas narices, y él debía hacer todo lo posible para que nos largáramos cuanto antes de allí y nos instaláramos en otra casa. Ni siquiera mis primos se atrevían ya a venir a vernos, hacía tiempo que las visitas de los amigos habían cesado. En este contexto, ella utilizó la palabra vigilancia. Dijo que no podía soportar más aquella existencia sometida a vigilancia. Quise preguntarle qué significaba la palabra vigilancia, pero mi madre estaba demasiado nerviosa. Ya fuera por los llantos de Brunilda, ya porque mi padre había bebido. Aunque tal vez fuera a causa de lo que ella denominó vivir sometidos a vigilancia. Como de costumbre en casos semejantes, mi madre me ordenó que me fuera a mi habitación. Y, como de costumbre, yo la obedecí. Me encerré en mi habitación, pero esta vez mi cerebro continuó funcionando. Cotejando los hechos. De modo que mi madre estaba hasta las narices, reclamaba que nos marcháramos de aquella casa. Luego me quedaba atascado en la palabra vigilancia, como una mosca en la tela de araña. Los recovecos del muro que cercaba el patio estaban repletos de telarañas donde caían las moscas. Atrapé una en cierta ocasión y la eché por mi propia mano en la telaraña, pero no vi que saliera ninguna araña a comérsela. Enredándome en los hilos de esta argumentación, llegué a la conclusión de que todo debía de estar relacionado con el Profesor, independientemente del significado que pudiera tener la palabra vigilancia. Nadie quería al Profesor. Todos le temían. Excepto yo. Quizás, pensé, exista alguien más que no le teme: la mujer del medallón. Hice un esfuerzo por recordar su cara. Recordaba que era muy hermosa y durante varios días la mirada de reproche de sus ojos no se había apartado de mí. De todos modos, argumenté, si ella no tiene miedo como los demás, ¿por qué no viene a ver al Profesor?

Es el momento de que resucite a esa mujer. O que la haga salir de los sueños. En ambos casos es lo mismo que andar en busca de las partes muertas de mí mismo. Encontrarlas, tocarlas con la mano. Desenterrarlas y volverlas a enterrar. Y hacer todo lo posible por comportarme dignamente en esta ceremonia de desenterramiento y reenterramiento de mi primera infancia. En este punto existe el peligro de que me asfixie nada más proferir la primera frase: me enamoré de aquella mujer. Hasta aquí no hay nada de qué asombrarse, yo ya me había enamorado antes, de mi madre. Pero en este segundo caso fue diferente. Yo no conocía a aquella mujer, no la había visto nunca. Me había enamorado de su retrato, encerrado en el estuche de un medallón. Un día, ella salió de allí. En el momento en que apareció ante mí, creí que estaba soñando. Quise preguntarle por qué había abandonado el medallón, qué buscaba aquí, ante los treinta pares de ojos que la contemplaban en silencio, como la miraba también yo, sin conseguir

volver en mí, sin creer verdaderamente que no estaba soñando, que me encontraba en la primera hora de clase, en el primer curso de la escuela, y la primera cosa que aprendí fue su nombre. Dijo que se llamaba Liza.

Por falta de aulas en la escuela, los alumnos de primaria, incluidos los de los primeros cursos como nosotros, asistíamos a clase por la tarde. Era la hora en que, por lo común, en casa, después de comer, debía dormir la siesta. Esta modalidad de sueño era para mí una tortura impuesta por mi madre. En realidad no dormía, resulta imposible conciliar el sueño cuando oyes a los demás jugando en la calle. Por eso no soy capaz de explicar cómo fue posible que me quedara dormido durante la primera hora de clase.

Reconocí a la mujer del medallón nada más verla, cuando nos pusieron en fila a la entrada de la escuela. Y me oculté tras el cuerpo de otro alumno, tan intensa fue mi sensación de que también ella me iba a reconocer. Esa sensación tampoco me abandonó durante la clase. La mujer subió a la tarima, abrió el libro de registro y comenzó a leer los nombres. A causa del miedo que sentía, yo me había acurrucado en un banco al fondo del aula. Rogué en vano que mi nombre no figurara en la lista. Ella lo leyó, yo me puse en pie sin atreverme a hablar y esperé a que me envolviera en aquella mirada de reproche. Poco más o menos, así sucedió. La mujer del medallón apartó la mirada de la lista, recorrió la clase con ella hasta clavarla en mí. Mi atolondramiento fue completo cuando me pidió que me moviera, que caminara hacia delante. Me moví, avancé hacia ella. Ahora, me dije, les contaré a todos que soy un ladrón, que me he colado a escondidas en el cuarto del Profesor, he hurgado en los cajones, he rebuscado en los bolsillos de su ropa. Se me ocurrió salir corriendo, escapar de la clase, desaparecer de inmediato. Pero no hice nada de eso. Ella posó su mano sobre mi cabeza y me revolvió el pelo. Dijo que yo era mudo y que, por ser el de talla más pequeña, me correspondía sentarme en la primera fila. Aterrorizado, me senté en el primer pupitre. Y necesité de cierto tiempo para recuperar el sosiego, para pensar que me había aterrado por nada. Su mirada no era de reproche. La mirada de reproche la había dejado en el interior del estuche con forma de medallón, en el bolsillo del abrigo del Profesor. El sueño debió de invadirme cuando intentaba imaginar lo que haría conmigo el Profesor si volvía a entrar a escondidas en su habitación y le robaba de verdad el medallón con el retrato de la mujer. Ésta es la razón de que siempre dude de si mi encuentro con ella fue en sueños, o si salió del sueño para acompañarme durante un breve trecho del camino.

No era ningún sueño. Uno de aquellos días, mientras bajaba las escaleras para encaminarme a la escuela, el Profesor se me apareció en el umbral de su puerta. Llevaba un sobre en la mano. Me sonrió y en voz baja me preguntó si podía darle a la maestra Liza aquel sobre. Acepté de inmediato. Y actué tal como él me encomendó: le entregué el sobre a la interesada cuidando de que no me viera nadie. A partir de ese instante me convencí a mí mismo de que un recíproco sentimiento de culpabilidad nos unía a Liza y a mí. Ella sabía que yo había penetrado como un ladrón en la habitación del Profesor,

había metido las manos en sus cajones y en los bolsillos de su ropa. Yo sabía que el retrato de ella se encontraba dentro del estuche en forma de medallón, en un armario donde se guardaba un traje blanco de novia con velo. Si Liza divulgaba mi secreto, para mí sería como el fin del mundo. Para Liza sería una verdadera desgracia que yo les contara a los demás lo que había visto en la habitación del Profesor. Yo no comprendía por qué algo así debía constituir una desgracia para Liza; sin embargo, cuando ella me llamó, le prometí que lo mantendría todo bien oculto en mi interior. Es posible que cuando se lo prometí no me expresara con estas mismas palabras. No es probable que estuviera en condiciones de expresarme con estas palabras. Pero, como quiera que me expresara, la esencia no deja de ser la misma: entre nosotros quedó establecido un pacto. Después del establecimiento de ese pacto, sobreviene también el final. Soy la única persona que puede aportar un testimonio sobre ese final.

Todo comenzó con un incidente. Voy a llamarlo un incidente de locos. Cada barrio tenía sus propios locos. Yo recuerdo a dos de ellos. Uno era Lymi el Gallina. En realidad, Lymi vivía en otro barrio, allá por la Maternidad, pero pasaba casi a diario por nuestra callejuela. Era de baja estatura, siempre iba cubierto de babas, envuelto en andrajos. En cuanto aparecía en la callejuela, lo rodeaban los perros y los niños. Lymi continuaba adelante sin inquietarse, únicamente respondía a los perros. Recogía de aquí y de allá chatarra, cubos oxidados, baldes, sartenes y se decía que había levantado un alto muro alrededor de su chabola con toda clase de desechos semejantes. Como no era agresivo, los niños lo acompañaban entre burlas hasta la salida de la calle. Yo no iba nunca detrás de él, me bastaba la visión de sus babas para sentir deseos de vomitar. Por no mencionar el mal olor. Adondequiera que fuese, dejaba atrás una peste tremenda y tal vez fuera ésa la razón de que se le echaran encima los perros. Lymi los insultaba, los atacaba, y los perros se apartaban de él por un instante, asustados más por el ruido del golpeteo de las sartenes cuando corría que por sus gritos. Pero Lymi era tranquilo, iba a lo suyo. Él no tuvo nada que ver con el incidente en cuestión. Con el incidente en cuestión está relacionado otro loco, este sí, vecino del barrio. Era conocido por todos como Gimi el Tata. O bien Gimi el Chalado.

Habitualmente, Gimi el Chalado se apostaba ante la entrada de la panadería. En aquel tiempo era necesaria la cartilla de racionamiento para conseguir pan, pero Gimi el Chalado estaba constantemente hambriento. Era un tipo descomunal, con la cabeza alargadísima como un pepino, el rostro grasiento y la mirada estrábica. Pedía pan a todo el que salía de la panadería, pedía insaciablemente, con una expresión de angustia que daba miedo. A diferencia de Lymi el Gallina, Gimi el Chalado era agresivo. Ni los niños ni los perros se atrevían a meterse con él. Cuando alguno se aventuraba a provocarle, Gimi montaba en cólera, lo perseguía a todo correr y le tiraba lo primero que encontrara a mano. Algunos decían que Gimi el Tata, en realidad, no debía de ser tan tonto. Conocía algo esencial, el valor del dinero. A cambio de unas cuantas monedas con las que entrar en la pastelería y comprarse algún dulce, estaba dispuesto a ofrecer un

espectáculo extraordinario: se bajaba los pantalones y se sacaba el pene en público. Esto sucedía cuando los majaderos del barrio –igual que tenía sus locos, cada barrio tenía también sus majaderos–, por gusto o para avergonzar a alguna chica, le provocaban gritando a coro: ¡Gimi, enséñasela a ésa por diez lekes³! Entonces los presentes podían contemplar el enorme pene de Gimi.

Un día apareció a la entrada de la escuela. Nadie le dio importancia a su presencia. Gimi no solía apartarse un momento de la zona del callejón, por lo que nunca se había presentado por allí, sobre todo a aquella hora del mediodía, y eso debería habernos llamado la atención. Pero, a la espera del timbre de llamada a clase, los chicos no tenían en la cabeza más que una cosa: burlarse de Gimi. Estaban bien colocados y, en caso de peligro, podían evitar sus pedradas metiéndose en la escuela. Pero nadie se atrevió a burlarse de él. Y no por miedo a sus pedradas. Gimi se encontraba en compañía de dos individuos. Nadie los conocía, no eran del barrio, además eran mayores, de modo que nadie osó acercarse. Le habían dado cigarrillos a Gimi, éste expelía chorros de humo por la nariz y sus acompañantes parecían regocijarse conversando con él. Luego, todo sucedió de repente. Liza apareció en la entrada de la escuela. Gimi el Chalado se le plantó delante, se bajó los pantalones, se cogió el pene con la mano y comenzó a blandirlo. Los individuos que hasta ese instante hacían compañía al loco desaparecieron como si se los hubiera tragado la tierra. Liza estaba aterrada. Gimi el Chalado, siempre con el pene en la mano, no la dejaba pasar, hasta que finalmente ella se dio la vuelta, echó a correr, pasó entre los niños y se metió en la escuela.

Comenzamos la clase con retraso. Cuando llegó al aula, Liza estaba pálida. Se sentó en lo alto de la tarima y nos rogó que permaneciéramos en calma. Ella rara vez se sentaba a la mesa. Nunca se había dirigido a nosotros con el ruego de que permaneciéramos en calma. Durante la primera hora no hicimos nada, únicamente contemplamos cómo Liza permanecía sentada, escribiendo. A la segunda hora, nada más entrar en el aula, nos dijo que recogiéramos las carteras, saliéramos sin ruido al patio trasero de la escuela y la esperáramos allí. A mí me pidió que me quedara. Con la cartera en la mano, me dirigí hacia la tarima. Rojo hasta la raíz del pelo.

Cuando el último de los alumnos abandonó el aula, ella me colocó la mano sobre la cabeza. Yo ardía. Siempre que me acariciaba la cabeza, me subía la temperatura. Me preguntó si no estaría enfermo y yo le respondí que no estaba enfermo. Entonces, bajando la voz, me preguntó si podía hacerle un favor. Yo le respondí que estaba dispuesto a hacerle cualquier favor. Por el modo en que bajó el tono de voz (parecía temer que alguien nos espicara detrás de la puerta), comprendí que se trataba de algo importante. Ella permaneció indecisa durante un instante aún, luego se decidió y me enseñó un sobre. Esta vez con la mirada clavada en la puerta, siempre en voz baja, me preguntó si podía dárselo al Profesor. Yo me mostré dispuesto. Con una condición, añadió ella. Este sobre debes entregárselo al Profesor en mano, no debe enterarse nadie, no debes contárselo a mamá ni a papá. Me entregó el sobre solamente cuando me

comprometí a actuar punto por punto tal como ella me encomendaba. Como había actuado ya con una carta del Profesor dirigida a ella.

Nada más llegar a casa me encerré en mi habitación. Por el agujero del suelo me aseguré de que el Profesor se encontraba en su habitación, pero aquella tarde mi madre no paraba de moverse. Estaba lavando la ropa en el patio, era imposible colarme en casa del Profesor sin que me viera. Me pasé un buen rato meciendo la cama de Brunilda, todo nervioso como siempre que lloraba y, a causa del calor, ella no hacía más que llorar. Cuando empezó a oscurecer, mi madre acabó su colada y la tendió en la cuerda. Entonces subió y comenzó a ocuparse de la niña mientras yo encontraba la ocasión de bajar, de puntillas, como un ladrón, e introducirme, asimismo como un ladrón, en la habitación del Profesor sin llamar.

Se sorprendió. Dejó sobre la escribanía el libro que estaba leyendo y me hizo una seña para que me acercara. Con un movimiento apenas perceptible, me llevé un dedo a los labios señalando en dirección al techo. También él miró hacia el techo con gesto de sorpresa. Luego captó mi inquietud y me respondió con un guiño. Eso me dio a entender que no debía tener miedo. Sin decir nada, me acerqué y le dejé el sobre encima de la escribanía. Él no me pidió explicaciones, no me hizo una sola pregunta. Me marché como había entrado, como un curtido conspirador. Regresé a mi habitación sintiendo los fuertes latidos de mi corazón. Eso no me impidió tumbarme de inmediato junto al orificio del suelo, sobre el que coloqué el ojo. El Profesor se encontraba acodado sobre la escribanía, con la cabeza entre las manos. Por su posición, comprendí que estaba leyendo. No podía ver lo que leía, pero sin duda era la carta de Liza. De esto me convencí más tarde, cuando todo su cuerpo comenzó a estremecerse. El Profesor sollozaba. Viendo su cuerpo estremecerse, también yo sentí deseos de llorar. No sabía por qué sentía aquellos deseos de llorar. Era algo confuso relacionado con su soledad. Y, al mismo tiempo, con la vergonzosa escena de hacía pocas horas. Algo lo reunía todo en una sola cosa: el vestido de novia abandonado, el retrato encerrado en el medallón, la angustia de mi madre rogando que nos marcháramos de aquella casa, Gimi el Chalado con su pene inmenso en la mano, los majaderos que no eran del barrio y habían desaparecido como si se los hubiera tragado la tierra, la incomprensible palabra vigilancia, los sollozos que estremecían al Profesor.

Finalmente se puso en pie. Durante algunos instantes desapareció de mi ángulo de visión, pero regresó. Tomó asiento en la silla, colocó sobre la escribanía un objeto y yo no tuve dificultades en distinguir que se trataba del medallón. Durante un largo rato permaneció contemplando el retrato. Con los codos apoyados en la escribanía, con la cabeza entre las manos. Luego se apartó del retrato. Cogió una hoja de papel en blanco y se puso a escribir. Le está escribiendo a Liza, pensé. Y no me equivocaba. Al día siguiente, a mediodía, cuando bajaba la escalera para ir a la escuela, me estaba esperando. Había dejado abierta la puerta de su habitación y, en cuanto volví la cabeza, me encontré con su mirada: se le veía sentado al fondo, junto a la escribanía. Se llevó el

dedo a los labios, me hizo un gesto con la mano y yo no tuve necesidad de ninguna otra señal. Me dirigí hacia él seguro de que me entregaría la carta de respuesta. Ésta fue la última vez que lo tuve frente a mí y tan próximo. Sin pronunciar palabra, me entregó un sobre semejante al que me había dado Liza. Estaba pálido. Hizo un esfuerzo por sonreír. Quizás para infundirme valor. Tal vez para indicarme que el sobre debía entregárselo únicamente a Liza.

En los días que siguieron esperé en vano que alguno de ellos me entregara una carta. Mi cometido como correo llegó a su fin. Al parecer, ellos no quisieron implicarme más. Consideraron peligroso hacerlo. No por ellos mismos. Implicándome a mí, estaban implicando a mis padres. Éste es el razonamiento que me hago hoy, alrededor de cincuenta años después. Pero entonces sufría. Ni Liza ni el Profesor querían darme más cartas y eso constituía para mí una inmensa desgracia. No sabía lo que les esperaba.

Al Profesor se lo llevaron unas dos semanas después del incidente en la escuela con Gimi el Chalado. Este último no estuvo presente en el episodio. Resultó estar presente el otro loco: Lymi el Gallina. Si no recordara este detalle, es decir, la presencia de Lymi el Gallina, confundiría el día en que se llevaron al Profesor con el de su llegada. Caía la misma lluvia y yo me encontraba asimismo en la ventana del vestíbulo observando la calle. Es como si desde allí acompañara perpetuamente la llegada y la partida del Profesor bajo la lluvia. Bajo un cielo plomizo. Con las bandadas de cornejas sobrevolando el jardín desierto de la Casa de Oficiales. En un escenario en el que el único testigo digno de mención era Lymi el Gallina.

Al principio oí ladridos de perros. Me acerqué a la ventana para ver qué pasaba, pero no vi nada. El coche con el que se llevaron al Profesor llegaba justo en el momento en que me acerqué a la ventana. Descendieron de él tres civiles y no pude darme cuenta de cómo surgieron de pronto en el lugar varios policías de uniforme y un personaje regordete del barrio. Con ocasión de las festividades, este último iba de casa en casa avisando a la gente para que acudiera a las manifestaciones organizadas por las autoridades. Entonces, en dirección contraria, apareció Lymi el Gallina. Los perros le ladraban con ferocidad, él les lanzaba gritos, una bandada de niños corría detrás de los perros. Junto con los gritos ahogados de Lymi podía distinguirse el estrepitoso golpeteo de las sartenes. El patio de nuestra casa se llenó de policías uniformados y civiles mientras al otro lado del muro, en la calle, comenzó a concentrarse gente. No podía saberse si sentían curiosidad por lo que la policía buscaba allí o si disfrutaban presenciando la dramática disputa del loco contra los perros y los niños. Mi madre salió pálida de su habitación y me ordenó de forma tajante que me alejara de la ventana. Me habría apartado incluso sin su orden. La presencia de todos aquellos policías uniformados y civiles en el patio de mi casa sólo podía guardar relación con una persona: el Profesor. Sin perder un momento, corrí a pegar el ojo sobre el agujero del entarimado. Me quedé tendido en el suelo, presa del miedo, como si los civiles de allí abajo fueran a darse

cuenta de que alguien estaba espiando sus movimientos. Un hombre corpulento hurgaba entre los cajones, hojeaba los libros, arrojaba al suelo todo lo que llegaba a sus manos, otro registraba el armario ropero. El Profesor se mantenía retirado, apenas le veía una zona de la cara. Luego, todos comenzaron a salir de la habitación y yo regresé al salón. Mi madre o bien no me oyó o no consideró necesario echarme. También ella se había asomado a la ventana, y observaba.

Metieron al Profesor en el coche. La calle se desalojó en cuanto el automóvil se perdió en la distancia. Los policías de uniforme, los civiles, los transeúntes ocasionales reunidos allí, los niños, los perros, desaparecieron. Únicamente Lymi el Gallina permaneció algo más allá, con sus babas y sus andrajos, tal vez sorprendido de que hubiesen dejado de perseguirle los perros y los niños. Pero, cuando yo bajé, también él había desaparecido. Un silencio de cementerio envolvía la casa. Regresé adentro, me detuve en el vestíbulo de la planta baja y eché un vistazo. La habitación del Profesor estaba sellada con lacre, del cuarto de la vieja no llegaba el menor ruido.

Aquella noche, mi padre tocó el violín. Mi madre sirvió la cena, nos sentamos como de costumbre a la mesa, pero él no comió nada. Le dijo a mi madre que tenía ganas de beber y mi madre le puso de beber. Luego nos pidió que lo dejáramos solo. Mi madre se encerró en su habitación; yo, en la mía. Se me había formado un nudo en la garganta. Las lágrimas se desbordaron cuando las notas del violín de mi padre inundaron la casa. Escuchando esas notas se me apareció ante los ojos el retrato de la mujer del medallón. Existía una diferencia entre la mujer del medallón y Liza. La primera se me aparecía en sueños, con el vestido blanco de novia y el largo velo ondulante. La segunda, en clase, con la suave caricia de su mano sobre mi cabeza. De noche, ella se encerraba en el medallón, era del Profesor. De día venía a clase, era mía. No supe lo que pasó después con la mujer del medallón, si fue tras el Profesor, en el bolsillo de su abrigo, o si se perdió en alguna parte. Tampoco volví a saber nada de Liza. Al día siguiente no vino a clase. Ni ningún otro día. En cuanto a mí, las notas del violín de mi padre se me quedaron grabadas para siempre.

Marga murió en los últimos minutos de diciembre. Aunque también puede que fueran los primeros de enero. Aquella noche se hundió en un profundo sopor, interrumpido por breves momentos de vigilia. Yo le tomaba la mano y ella, incapaz de articular una palabra, clavaba los ojos en mí como si quisiera preguntarme por qué no la dejaba marcharse. Su alma voló al cielo en la medianoche del cambio de siglo. También Irma se encontraba en la habitación, sentada en una silla al otro lado de la cama, frente a mí. Durante un instante debí de quedarme adormecido. No me perdono a mí mismo haber dormitado precisamente en ese instante, hasta que me sacudió un grito de Irma y me di cuenta de que Marga se había ido. Ya me la has jugado, quise decirle, seguro de que ella me respondería. No me respondió. No le respondía tampoco a Irma, que, estremeciéndose a causa del llanto, le apretaba la mano y le rogaba que hablara.

Me puse en pie y me acerqué a Irma. La separé de Marga y le pedí que fuera a buscar al médico de guardia. Ella a duras penas entendía lo que yo le pedía. Pero al final lo comprendió. Se enjugó las lágrimas y fue en busca del médico de guardia. Éste llegó poco después con un estetoscopio en la mano. Sin decir palabra, exploró durante un rato a Marga y constató oficialmente su defunción. Su esposa ha dejado de existir, dijo. Siento mucho comunicarle esto ahora, en un instante como éste. Yo no le di importancia a sus palabras, no establecí ninguna relación entre ellas y el momento en que me las decía. Le seguí por el pasillo silencioso del pabellón, sin reparar en la ausencia de Irma. Me di cuenta de esa ausencia en el cuarto del médico de guardia, cuando él me dijo que me sentara en una silla y esperara allí hasta su regreso. Entonces mi mente fue a parar a mi hijo. Y me envolvieron sudores fríos. Esperábamos que llegara el 2 de enero. Todos nos habíamos equivocado en este punto. Todos creíamos que Marga duraría al menos hasta el 5 de enero. En cambio, ella, siempre imprevisible, apresuró su marcha.

Solo en aquella sala, oí pasos y voces en el pasillo. Al comienzo lejanos, luego cada vez más próximos, hasta que la puerta se abrió. El primero en entrar fue el médico de guardia, siempre con el estetoscopio en la mano. Tras él apareció Irma y, por fin, dos personas que ni siquiera imaginaba ver allí en aquellas circunstancias: Lori y un hombre de unos treinta años. Era de elevada estatura, rubio, vestía un traje negro, camisa blanca y pajarita, y llevaba sobre los hombros un chaquetón de piel de los caros, de esos que, en nuestro país, son prenda reconocible de los hombres de negocios. Cuando llegaron, yo me encontraba en el colmo del agotamiento nervioso. No comprendía cuánto tiempo llevaba esperando en aquella fría habitación ni por qué tenía que permanecer allí solo mientras Marga yacía sin nadie a su lado una planta más arriba. Nada más entrar en la habitación, Lori se dirigió hacia mí. Yo me quedé de pie, rígido. Ella tenía el rostro

enrojecido. Vestía un abrigo largo, abierto, bajo el abrigo un vestido corto, un colgante de oro en el pecho, y el cabello en un tono rubio que debía ser próximo a su color natural. Pude verle una lágrima. Luego, cuando me abrazó, me sentí asaltado por un aroma a perfume. Por supuesto, venían de algún club nocturno.

Continué inmóvil, con las manos colgando, sin responder al abrazo de Lori. Experimenté sinceramente una necesidad de llorar. Sus pechos se apretaban suavemente contra el mío mientras una planta más arriba, en una fría habitación, Marga yacía sin vida. No me atreví a moverme, a levantar los brazos, a responder al abrazo de Lori. Murmuré unas palabras en señal de agradecimiento, tan ahogadamente hablé que puede que ella no oyera. Me sacó de la confusión el timbre de un teléfono móvil. La alegre melodía de la señal parecía provenir de otro mundo. El rubio alto metió rápidamente la mano en el bolsillo interior del chaquetón y eso me hizo comprender que quien canturreaba era su móvil. Lo sacó, se lo colocó en el oído, habló en voz baja, luego se dirigió a Lori, le dijo que era para ella. Ésta se apartó de mí, pero no consintió en hablar. El otro cerró el móvil y lo devolvió al bolsillo.

Más tarde me enteré de que se llamaba Sergei. Era de padre albanés, de Vlora, y de madre rusa, de San Petersburgo. Esa misma noche supe solamente que tenía un BMW último modelo, con el que nos llevó hasta casa. Cuando nos separamos, frente al edificio, junto a la entrada de la escalera, al tiempo que oía con un temblor en la caja torácica el sonido del BMW que se alejaba llevándose a Lori consigo, sentí lástima por el presidente de la fundación donde ella trabajaba. Como sentí cierta lástima por mí mismo. El presidente en cuestión, cuyo rostro aparecía con cierta frecuencia en los periódicos, debía de ser poco más o menos de mi edad.

Al día siguiente, tuvo lugar el entierro. Al otro, llegó Tomi. Solo.

Yo no acudí al aeropuerto. Venía gente a casa de forma constante para darnos el pésame, alguno de nosotros debía quedarse para recibirlos y ese alguien tenía que ser yo. Irma se quejó. Yo estaba escurriendo el bulto, le dejaba a ella el difícil trago de comunicarle a Tomi la muerte de Marga si él, como era lo más probable, no estaba aún al tanto. Había algo de verdad en ello. Un día antes, cuando Marga fue enterrada, Irma intentó varias veces ponerse en contacto con él por internet o por teléfono. El correo electrónico no entraba y en el teléfono saltaba constantemente el contestador automático con la voz de su mujer, quien, en inglés, con toda amabilidad, rogaba que dejáramos un mensaje. Pero mi miedo no era ése. Yo temía otra cosa: la confrontación con Tomi. A su probable acusación de ser yo el causante de la muerte prematura de Marga. Temía que, nada más llegar a casa, tras cuatro años de ausencia, Tomi se me tirara al cuello. Que me lanzara a la cara una sarta de insultos: papá, eres un cabrón, un putero y un borracho, un aventurero, has convertido la vida de nuestra madre en un infierno. Hacía esfuerzos por tranquilizarme, ese temor era absurdo; sin embargo, sufría, no conseguía liberarme de él.

El avión de Swissair en el que viajaba Tomi llegaba sobre las tres de la tarde. Para no correr riesgos, Irma partió con tiempo de sobra. En el BMW del amigo de Lori que, tal

como había quedado, debía acudir a recogerla. El trayecto hasta el aeropuerto podía hacerse con rapidez, pero ella se fue a las dos. Yo me encontraba en la sala de estar. Cuando ella salió, entró a presentar sus condolencias un numeroso grupo de gente, unos quince, e Irma se acercó al sillón donde yo estaba hundido para susurrarme al oído que Lori se encargaría de servir los cafés.

No debo dejar que se marche, me dije. Si lo permito, no la volveré a ver. Irma se perdió de mi vista y yo me estremecí. El miedo angustioso a que Tomi se me echara encima nada más llegar a casa y el mal presentimiento de que tampoco volvería a ver a Irma eran infundados. Esto quiso explicarme el doctor N. T., quien ya un día antes, en el entierro de Marga, se había mantenido constantemente a mi lado, en la sala donde recibía las muestras de pésame. Desde el rincón donde ahora se encontraba, ataviado con un traje negro adecuado a la circunstancia, me dirigió una expresiva mirada a través de las gafas de montura dorada. Sé lo que quieres decirme, le respondí a su mirada. Querría compartir contigo la idea que me ha asaltado hace unos instantes, cuando Irma ha salido camino del aeropuerto.

El doctor sonrió de forma enigmática, se diría que me había leído el pensamiento. Las personas a las cuales acababa de estrechar las manos se encontraban ahora sentadas. Permanecían silenciosas, con los rostros sombríos, velados por una tristeza solemne. Era natural que se condujeran de aquel modo, la ocasión lo requería. Sin embargo, algo comenzó a inquietarme. Antes que nada, el proceder del doctor. Me resultaba desconcertante. Habitualmente él era parco en palabras y sólo abría la boca en contadas ocasiones. Sin embargo, ahora estaba enfangado en una animada conversación con alguien, yo no lo conocía, únicamente me causó impresión su vestimenta, un traje negro de chaqueta cruzada al estilo antiguo, como si lo hubiese repescado del guardarropas polvoriento de una película vieja. Lo más inquietante era su conversación, la cual, a decir verdad, yo no podía escuchar, estaban bastante alejados y hablaban en voz baja, pero sin duda hablaban de mí, en caso contrario no podía explicarse que miraran constantemente en mi dirección mientras lo hacían.

Además del chocante comportamiento del doctor, me llamó la atención otro hecho asimismo extraño. En la habitación había tres grupos bien definidos de visitantes. Esto podía deducirse del modo en que se habían distribuido en los asientos, que evidenciaba el esfuerzo de cada grupo por diferenciarse de los otros. Mirando aturdido hacia el rincón donde se encontraba el doctor, caí en la cuenta de en qué consistía el fenómeno. Un grupo estaba formado por caras conocidas pertenecientes al colectivo de hombres ociosos del barrio, los que se reunían bajo las ramas de los eucaliptos, junto a la cantina El pedestal vacío. Toda esta delegación la constituían de forma exclusiva hombres provistos de boinas o gorras republicanas. Como requería la costumbre, se habían despojado de sus boinas o gorras y las sostenían en la mano.

Un segundo grupo de asistentes, sentado frente al primero, al lado contrario de la habitación, llamaba la atención por la forma de vestir. Al igual que la persona con la que

había entablado conversación el doctor N. T., todos llevaban trajes negros de chaqueta cruzada, permanecían en actitud rígida y no apartaban los ojos de mí, me recordaban algo, no era capaz de averiguar qué, además no les prestaba demasiada atención, si lo hubiese hecho tal vez habría entendido algo, mi cerebro se habría puesto en movimiento, pero mi atención estaba concentrada en el tercer grupo. Los integrantes de éste se encontraban entre los dos anteriores, frente a mí, hombres y mujeres mezclados, con cierto predominio de las segundas. Dicha parte femenina de la tercera delegación estaba compuesta de mujeres en edad de menopausia. Esta vez mi cerebro se puso en movimiento.

Pues claro, me dije, los conozco. Han sido mis colegas. Y me invadió una oleada febril. Antaño había sospechado que varios de ellos fueron los autores de ciertas cartas anónimas contra mi persona enviadas arriba, a las altas instancias, por una parte, y abajo, dirigidas a Marga, por otra. Lo que se decía en las cartas enviadas a la superioridad no lo supe nunca. Pero Marga me contaba lo que decían las que ella recibía. Llegaban a sus manos por correo ordinario, a la escuela donde daba clases. Nunca le mandaron dos cartas escritas por la misma mano. Eso significaba que no se trataba de un solo remitente o que, en el caso de que lo fuera, les dictaba el contenido a otros con el fin de no dejar pistas. El contenido era siempre el mismo: el remitente anónimo se presentaba como admirador o admiradora de Marga y, fundándose en los sentimientos de simpatía que albergaba respecto a ella, se consideraba en la obligación de poner en su conocimiento que su cónyuge era una persona indigna que la traicionaba con cualquier mujer que se le pusiera a tiro. Para hacer creíble la acusación, el anónimo remitente reproducía las iniciales de la mujer en cuestión, y en este sentido Marga tenía motivos para alimentar sospechas acerca de mí. El doctor N. T., que gozaba de reconocida autoridad, intervino a petición mía en una ocasión para que dos de esas cartas fueran sometidas confidencialmente a un análisis pericial. Los expertos llegaron a la conclusión de que las cartas habían sido escritas por manos femeninas.

Marga las leía y me las daba a leer a mí. Nunca me pidió explicaciones y yo no tenía ninguna explicación que darle. Tras la recepción de una de tales cartas, Marga se encerraba en sí misma. No consentía que hiciéramos el amor. Me prohibía que durmiera junto a ella en el lecho conyugal. En tales momentos, me veía obligado a pasar las noches en el comedor, en el sofá, contento de que al menos no montara escenas. Con el paso del tiempo no consentía siquiera que saliéramos juntos de visita a casa de amigos y allegados. Ni de paseo con los niños, cuando éstos eran pequeños y les llevábamos al lago. En estos periodos de crisis, que en ocasiones se prolongaban durante más de diez días, temeroso de que a Marga se le agotara la paciencia y me pidiera el divorcio, yo me esforzaba por enmendarme. El divorcio pendía sobre mi cabeza como una espada de Damocles. Si Marga llegaba a repudiarme, me encontraría perdido. Ponía fin a mis locuras, a menudo por las noches guisaba algo para el día siguiente, en caso contrario nos quedábamos sin comer: Marga no se tomaba la molestia de cocinar y eso constituía para

ella una forma de protesta. Hacía todas las compras, me ocupaba de las lecciones de los niños, acudía a sus escuelas cuando se convocaban reuniones de padres, en una palabra: me convertía en un padre ejemplar. Este periodo de expiación duraba tanto como se prolongaba la rencorosa cerrazón de Marga. Luego llegaba una noche en que ella comenzaba a cocinar para el día siguiente. Éste era el primer signo del derretimiento de los hielos. Eran instantes de un mágico deleite para mí. Sabía que debía proceder con cautela, no dar ni un solo paso en falso, desplegar la paciencia del cazador que acecha durante horas a su presa, de lo contrario podía dar al traste con todo. Al día siguiente, como de pasada, le preguntaba si le apetecía que diéramos un paseo por el lago con los niños. Al otro daba el paso decisivo: le preguntaba si le gustaría que cenáramos fuera. En caso de que la respuesta fuera negativa, yo no me apresuraba a quemar etapas. Eso significaba que aún no había llegado el momento de hacer un intento de abandonar el sofá del comedor para trasladarme a dormir al lecho conyugal, con todos los derechos que se derivaban de ello. Pero si la respuesta era positiva, me sumía en un estado febril. Tenía la impresión de encontrarme en vísperas de la primera noche de amor con ella. Por otra parte, era evidente que Marga experimentaba un sentimiento semejante. La sombra del deseo velaba su rostro. Entonces yo sentía restablecerse mi dignidad masculina. Pero debía mantener la paciencia todavía un poco más, hasta que llegara la noche y fuéramos a cenar a un restaurante en compañía de los niños, muestra incuestionable del restablecimiento de la armonía familiar; luego regresábamos a casa, casi impacientes, y acostábamos a los niños. Marga era la primera en separarse de ellos. Cada movimiento suyo me excitaba, su respiración, incluso la manera en que caminaba hacia la habitación y dejaba la puerta un poco entreabierta, como diciéndome: ¡Basta ya, ahora ven!

Con la garganta oprimida, miré alrededor. Hacía esfuerzos por dar una explicación a la presencia de aquellos visitantes pero, una vez más, el doctor N. T. me interrumpió. Se puso en pie. Imponente, ceremonioso, y me pidió que le dijera con sinceridad, así se expresó, dime con sinceridad lo que estás pensando en este momento. Me vi en un apuro. Ya porque no esperaba su intervención, ya porque en su aspecto y su talante había algo irreal, que me desconcertaba y me desorientaba a un tiempo. Lo que estaba pensando poco antes, le respondí. Lo mismo que estaba pensando cuando Irma se marchó al aeropuerto y yo me quedé aquí: siento que pertenezco a otro mundo, ya desaparecido. Tengo la sensación de haber llegado por inercia a este siglo y, como ves, los grupos de visitantes que me hacen el honor de acudir a darme el pésame, aunque no conozco a una parte de ellos, me refiero a esos señores con trajes de película de cine mudo, parece que quieren significarme precisamente eso. O me veré en la necesidad de admitir que, en el alba del nuevo milenio, por razones inexplicables, estoy en condiciones de comunicarme con un mundo ultraterreno en el que cada uno de nosotros, incluidos tú y yo, tiene su doble. Vienen a insistir en que mi doble ultraterreno se encuentra ya entre ellos para toda la eternidad y yo no puedo esperar una solución mejor a mis problemas ni en este mundo ni en el otro. Para volverse loco, vamos. ¿No tengo razón?

El doctor se quedó dudando. No me convence mucho tu teoría, dijo después, cuando Lori apareció a la entrada de la habitación con una gran bandeja llena de tazas de café y copas de aguardiente. Tu teoría es muy rebuscada. Las cosas, sin lugar a dudas, son más sencillas. Si le das al asunto unas cuantas vueltas comprenderás que las cosas son más sencillas. Tras haber hablado así, rió a su enigmática manera y se hizo a un lado para abrirle paso a Lori.

Quise pedirle que se expresara con más claridad, pero Lori se encaminaba hacia mí. Ahora no llevaba en la mano la bandeja grande sino una pequeña, y sobre ella solamente un café y una copa de aguardiente. El café y la copa de aguardiente eran para mí. Lori me animó a que los tomara, estás muy cansado, me dijo, llevas cuarenta y ocho horas sin dormir. Obedecí, tomé primero un poco de aguardiente. Y, mientras sorbía el café, mis ojos no pudieron encontrar a los grupos de visitantes que venían a darme el pésame ni al doctor N. T. Al fondo, al otro lado del pasillo, la puerta del piso aparecía abierta, como si los visitantes hubieran escapado por allí misteriosamente, dejando atrás una corriente de aire helado. Debí de estremecerme, porque Lori fue a cerrar la ventana de la habitación, que abríamos de cuando en cuando para que saliera el humo del tabaco. Quise preguntarle qué había sido de toda aquella gente que hasta hacía un momento llenaba la habitación. Qué había sido del doctor N. T., quien pocos instantes antes conversaba conmigo a propósito de un tema casi filosófico, también él se había esfumado junto con los otros. No me atreví a preguntarle. Me apoyé en el respaldo del sillón y me concentré en la taza de café. Como si en ella fuera a encontrar la explicación al estado de mis sentidos. Pero mis sentidos no me engañaban. La taza era un objeto real. Como era real Lori, con su traje corto, oscuro, que tomó asiento con las piernas cruzadas frente a mí, en una de las sillas dispuestas en hilera a lo largo de la pared, a la espera de que yo me acabara el café y pudiera llevarse la taza. Mis sentidos, para demostrarme una vez más que no me engañaban, reflejaron en alguna parte, en la pantalla del cerebro, las piernas de ella. Era un reflejo fiel, turbador. Le rogué a Lori que me trajera otra copa de aguardiente. Ella se puso en pie, fue a la cocina y trajo de allí, sobre una bandeja, otra copa de aguardiente. No estoy soñando, me dije al tiempo que me la tomaba. Y resolví no devanarme más los sesos con los juegos del doctor N. T. ni con las misteriosas delegaciones de visitantes. Cuando Lori se inclinó hacia mí, mis sentidos insistieron una última vez en que funcionaban de la manera más normal: mis ojos fueron a parar a sus pechos, que se dejaron ver a través de la parte abierta del vestido. Bebí un poco de aguardiente. Y me dije que era una piel de perro...

Tomi me encontró así, con la sensación de ser una piel de perro y el miedo a que, nada más entrar en la habitación, se abalanzara sobre mí profiriendo insultos. Mi angustia y mi miedo habían ido en aumento a causa de su tardanza. Cuando llegaron ya estaba oscureciendo e Irma me explicó que se habían retrasado debido a un rodeo imprevisto: de camino a casa, Tomi se había empeñado en pasar antes por el cementerio.

No se abalanzó sobre mí profiriendo insultos. Cuando apareció en la puerta yo me encontraba sentado en el sillón, vi que se dirigía hacia mí y me puse en pie. El corazón comenzó a latirme con violencia, y experimenté un sentimiento de culpabilidad hacia aquel hombre joven y elegante, pálido y cansado, que era mi hijo. No sucedió nada en particular. Sucedió simplemente que él me echó los brazos al cuello. Irma me abrazó a la vez que él, y los dos se pusieron a llorar. Los estreché contra mí. Tal vez no contribuía a mi buen nombre reseñar aquí que, precisamente mientras mis hijos sollozaban, también a mí estaban a punto de saltárseme las lágrimas, pero por una razón que ellos no podían siquiera imaginar. Comencé a pensar en ello porque hasta poco antes había estado atenazado por el miedo a que Tomi, nada más entrar en la habitación, se abalanzara sobre mí entre insultos. Se trataba de mi primera infidelidad con Marga, testigo de la cual, en cierto modo, había sido mi hijo. Entonces él no tenía más que seis años.

Al hacer esta confesión, en modo alguno digna, doy por descontado que me veré probablemente sometido a severos juicios. Pero no puedo permanecer más tiempo sin hacerla. No está en mi mano renunciar a volver sobre esa vieja historia, se diría que permanezco eternamente prisionero del pasado. Yo intento zafarme de él, pero me mantiene atado de pies y manos. A lo largo de aquellos días, hasta que Tomi se marchó, me consumía un deseo loco: preguntarle si recordaba una época en que le llevaba al teatro de marionetas todos los domingos. Y Marga, sin sospechar nada, se sorprendía ante mi celo paterno por emplear toda la mañana del domingo con Tomi en el teatro de marionetas. Era la época en que aún no me inquietaba la idea de una posible traición conyugal. Considero el caso en cuestión como mi primera y última infidelidad a Marga en sentido estricto. En esta ocasión ella no recibió ninguna carta anónima. El único que podía haberle enviado una era Tomi.

En aquel tiempo vivíamos en un apartamento situado en la primera planta de un edificio de la calle Myslim Shyri. Nos habíamos establecido allí sólo un año antes de que muriera mi padre, después de abandonar la vieja vivienda situada frente a la Casa de Oficiales. Las ventanas del apartamento daban a la calle, y debajo de nosotros se encontraba la tienda de embutidos, pegada a ella la del pan, más allá la de la carne y un poco más lejos la de frutas y verduras. Frente a todas ellas, había un cine.

Odiaba aquel apartamento, allí habían muerto uno tras otro mi padre y Brunilda. Más tarde, en la edad adulta, lo odiaba porque era el lugar perfecto para que una persona enloqueciera a causa de los ruidos. De noche y de día. La calle tenía poco tráfico, se permitía el paso únicamente a los turismos y los pequeños vehículos de aprovisionamiento de las tiendas, por lo general de la marca de producción polaca Zuk. Los turismos eran escasos y no hacían ruido. Los vehículos de aprovisionamiento eran asimismo soportables. Lo insoportable para mí era el ruido de las colas.

A las dos de la madrugada me despertaba un murmullo ahogado, como si emergiera de las entrañas de la tierra. Era la gente que cogía sitio abajo, en la cola de la tienda de la leche. Hablaban, discutían, se peleaban, sobre todo cuando llegaba la vendedora, tras ella el camión de abastecimiento, y los obreros descargaban con escándalo las cajas de botellas. Éste era además el momento culminante de las peleas por impedir que los caraduras se saltaran la cola. Se oían voces coléricas, gritos, el Zuk se marchaba con estruendo del tubo de escape, después de lo cual se restablecía la calma. Los caraduras habían sido puestos en su sitio, la gente se apretaba en la cola, cada cual tenía derecho a llevarse dos litros y, si conseguía hacerse con ellos, marchaba satisfecho para regresar al día siguiente.

Yo me incorporé a la batalla épica por los dos litros de leche tras el nacimiento de Tomi. Al principio, las normas para coger sitio en la cola eran relajadas. Bastaba con colocar una piedra o algún otro objeto más o menos discernible y el turno se consideraba ocupado. Pero un día la colocación de una piedra o de cualquier otro objeto fue considerada insuficiente. La discordia se desató cuando un tipo, a las dos de la madrugada, no encontró delante de él a nadie en la cola de los hombres, ninguna mujer en la cola de las mujeres, sólo sesenta piedras en un lado y otras tantas en el otro. Esto es hacer trampa, pensó el tipo, esto es una insolencia. Y, sin pensárselo más, arrojó todas las piedras, borró todas las marcas. Después de este incidente, se resolvió mediante acuerdo más o menos general que el turno se considerara ocupado si colocabas tu bolsa o tu cartera con las botellas vacías. Más tarde también esto fue juzgado insuficiente, daba lugar a artimañas, hasta que entró en vigor la norma más estricta: el turno se consideraba

debidamente ocupado sólo si junto a la bolsa de las botellas se encontraba presente la persona propietaria. Ésta debía ser vista necesariamente en forma física por su antecesora con objeto de impedir que se colaran los pícaros. Mi primera infidelidad a Marga se produjo precisamente en aquel periodo, cuando la leche se vendía con cuentagotas, la cola era muy concurrida, Marga estaba embarazada de Irma y Tomi tenía seis años.

Me despertaba a las dos de la madrugada con el timbrado de un reloj mecánico, de producción china, que colocaba sobre la mesilla de noche a la cabecera de la cama. Para echarme un poco de agua a la cara, vestirme y bajar a la calle, necesitaba quince minutos. Cumpliendo estos requisitos conseguía colocarme siempre entre los diez primeros de la fila de los hombres. Si se contaban también las diez primeras de la fila de las mujeres, eso significaba que me encontraba entre los primeros veinte compradores; por tanto, no sólo conseguiría leche sino que, teniendo en cuenta que el horario de despacho comenzaba a las tres y media, cuando regresara a casa podría dormir otras dos horas antes de ir al trabajo.

Desde aquella época no puedo soportar el sonido de los timbres. Ya sean mecánicos o electrónicos. Tengo la impresión de que me estuvieran taladrando el cráneo, me ponen los nervios como alambres al rojo vivo. Y me veo a mí mismo en una noche con niebla. Entre la niebla, una sombra que se aleja. En vano me esfuerzo por alcanzarla. La sombra se esfuma en las tinieblas dejando atrás una turba grotesca de hombres y mujeres.

No soy capaz ahora de decir cuándo me llamó la atención la presencia de Dolores por primera vez. Debe de haber sido una fría noche de invierno con niebla. Habitualmente, tras colocar en la cola la bolsa con las botellas vacías, yo me instalaba en un rincón frente a la tienda donde no me batía el viento, a la espera de que llegara el Zuk. Hacía tiempo que conocía todas las caras de la cola, hombres y mujeres. Conocía hasta sus bolsas y sus carteras. De modo que la aparición de Dolores en aquella feria de rostros familiares no podía dejar de llamar mi atención. Quizás lo tengo grabado como si hubiera ocurrido una fría noche de invierno con niebla porque siempre la recuerdo vestida con un largo abrigo de color café. Las solapas del abrigo eran de terciopelo, y ella las llevaba alzadas, cubriéndose el cuello y la cara. Tuve la impresión de que debajo del abrigo no debía de llevar más que el camisón, de que, con las prisas por llegar cuanto antes a la cola, no se molestaba en vestirse, en peinarse, en arreglarse más que lo elemental.

Desde mi rincón estratégico, yo la veía allí, entre la multitud de mujeres apretujadas y con las cabezas juntas. Permanecía siempre en pie, no se sentaba como las demás sobre alguna banqueta de madera traída de casa y es probable que sea esta la razón de que llamara mi atención. Los cabellos negros, espesos, le caían sobre los hombros, cubriéndole el rostro. De cuando en cuando los apartaba hacia atrás haciendo un gesto con la mano o un movimiento con la cabeza. Entonces quedaba al descubierto su bello rostro. Yo la contemplaba desde lejos y me decía que verdaderamente el marido de aquella mujer debía de ser un zopenco. O impotente. O quién sabe qué otra cosa. De lo

contrario no se quedaría durmiendo tan tranquilo dejándola abandonar la cama en mitad de la noche, echarse a los hombros su abrigo de color café con solapas de terciopelo, envolverse hasta la punta de la nariz para protegerse del frío y, si del frío podía protegerse, no era posible hacer lo mismo de las miradas masculinas que la devoraban. La mayoría de los hombres de la cola eran jubilados, tenían bastante con soportar, a duras penas, la espera hasta la llegada del Zuk de la leche, y la rara aparición de alguna mujer hermosa entre las caras macilentas de sus homólogas del ala femenina era la última cosa que podía interesarles. Pero no todos eran jubilados. Desde el rincón estratégico donde yo esperaba con cierta sensación de superioridad a los demás, observaba cómo varios hombres en indudable estado de rendimiento sexual iban y venían arriba y abajo junto a la cola de las mujeres con simulado descuido. Su objetivo era perceptible: podían entrar en contacto visual con la bella mujer que recientemente había hecho aparición en la cola.

Al principio este juego me divertía. El desfile en torno al rebaño de mujeres de los trotacalles nocturnos me tornaba casi agradable la espera en la oscuridad. Después, el lugar de la complacencia fue ocupado por cierta curiosidad. Eso sucedió cuando la mujer en cuestión, tal como me lo pareció a mí, descubrió el objeto del desfile a su alrededor y comenzó a sentirse molesta. De acuerdo con mis observaciones, el que contaba con mayores probabilidades de cierto éxito era un tipo que acudía a la cola vestido con chándal. Sobre los pantalones del chándal llevaba una gruesa zamarra de color verde, una zamarra militar de las que vestían los militares de carrera. Mi curiosidad se tornó en una especie de angustia cierta noche en que este individuo consiguió compartir con la mujer una breve conversación, cosa que, indudablemente, constituía un logro por su parte. Con la insistencia de la que daba muestras, yo esperaba que consiguiera tal victoria. No estaba preparado para el sentimiento que me atenazó la garganta y que tenía un nombre: celos.

Verdaderamente ridículo. Yo no sabía nada de aquella mujer. No obstante me incorporé al juego. En cierta forma, éste fue el comienzo de mi infidelidad a Marga. Cuando el timbre mecánico del reloj de la mesilla sonaba, yo me levantaba de la cama con sumo cuidado para no molestar a mi mujer. Iba al baño, encontraba tiempo para afeitarme y echarme algo de perfume, operaciones que no había realizado con anterioridad. Luego cogía mi cartera blanca de fibra de plástico con dos botellas en su interior, recorría de puntillas el pasillo, descendía las escaleras, colocaba la cartera en la cola y tomaba posición en mi rincón estratégico situado en la penumbra. Algunos minutos después, y varios puestos más atrás en la cola, llegaba el tipo de la zamarra militar. Esto daba origen a mi única posición de superioridad en relación con él. La mujer del abrigo largo de color café, puntual como un cronómetro, no tardaba en llegar y se incorporaba siempre a la primera decena de las mujeres. Entre tanto, mi cerebro daba comienzo a sus especulaciones. Me concentraba en su cara y buscaba en ella alguna señal que me indicara si había hecho el amor con su marido antes de venir a la cola. Aunque me encontraba un tanto alejado. En la penumbra y a aquella distancia resultaba imposible

discernir señal alguna. La posibilidad de hacerlo se me proporcionaba poco más tarde, con la llegada del Zuk. Me apartaba de mi rincón oscuro, ocupaba mi puesto en la cola como hacían todos, junto con ellos también la hermosa mujer. El tipo de la cazadora militar interrumpía por fin sus maniobras envolventes. Se perdía el algún lugar detrás de mí y yo podía observar el rostro de la mujer a mi antojo, sin el acecho de la sombra del otro. Entonces me parecía que conocía realmente su cara. Me parecía que también ella me conocía, bastaba con que alzara los ojos, me viera, y se acordaría de que nos habíamos visto en alguna parte. Pero ella no levantaba los ojos. Si no tomaba precauciones, corría el peligro de caer en cualquier momento en la trampa de las miradas masculinas. Tal vez fuera ésta la razón de que se envolviera hasta la punta de la nariz con las solapas de terciopelo del abrigo, para protegerse de las miradas penetrantes. No obstante, yo la desnudaba desvergonzadamente con la mirada. Y por las señales imaginarias, por ejemplo, algún mordisco, me esforzaba en averiguar si el marido, antes de que partiera en mitad de la noche hacia la cola de la leche, había consumido en ella las fuentes del deseo.

Me estaba sucediendo algo anormal. No conseguía convencerme a mí mismo de que aquella mujer era una desconocida, sin ninguna relación conmigo. Por el contrario, me veía cada vez más poseído por la idea de que nos unía un hilo invisible, hasta que una noche mi situación llegó a la frontera del absurdo. Permanecía como de costumbre en mi rincón oscuro cuando vi al tipo de la cazadora militar que se acercaba a la mujer. Ella lo evitó, le volvió la espalda mientras el tipo continuaba junto a la tropa de mujeres. Se me subió la sangre a la cabeza. Si el Zuk de la leche no hubiera llegado en ese instante, quién sabe qué estupidez habría cometido. Afortunadamente, el Zuk apareció en el momento debido, y no me quedó otro remedio que ir a ocupar mi puesto en la cola. Continuaba encontrándome bajo el efecto de una irritación injustificada cuando mi mirada se cruzó con la de la mujer. Me pareció natural saludarla. Con una sonrisa de proximidad, como si nos conociéramos de tiempo atrás.

Más tarde, Dolores me dijo que no recordaba ese detalle. El tipo con la cazadora militar la rondaba todas las noches, en eso no había nada de extraordinario que recordar. Todas las mujeres lo conocían, sabían lo que buscaba. No recordaba tampoco si la había saludado. Sin embargo, se acordaba de otra cosa: la mirada de mis ojos. Tú te ocultabas en tu rincón creyendo que te hacías invisible, dijo. Yo sentía tu mirada. Incluso cuando apenas se te distinguía en la oscuridad, hasta en las noches de niebla en que desaparecías por completo, sabía que estabas allí. Eso me causaba miedo. El hecho de que pensara en ti ya era peligroso por sí mismo. A mí no me estaban permitidos semejantes desvaríos. En mis circunstancias, con mi marido en la cárcel desde hacía tres años, desatinos así me provocaban la sensación de ser una puta. Cuando daba la casualidad de que llegábamos junto al mostrador de la vendedora al mismo tiempo, me resistía con dificultad al deseo de apoyarme en ti. Y me decía para mis adentros que era una puta, una puta.

Por supuesto, yo no sabía nada de aquello. La única cosa que comprendía con claridad era lo absurdo de mi situación. El complejo de culpabilidad me invadía sobre todo cuando regresaba a casa con las dos botellas de leche, penetraba en el dormitorio, me desvestía y me tendía en la cama junto al cuerpo cansado de Marga, sin poder evitar que el rostro de la mujer desconocida continuara ante mis ojos. Esperaba hasta haberme calentado un poco y extendía la mano, colocándola suavemente sobre el vientre de Marga, con la esperanza de liberarme del influjo de la desconocida al sentir los golpes del ser que se agazapaba allí dentro. Sin embargo, al parecer, a aquella hora de la noche, el ser agazapado en el vientre de Marga también dormía. Me resultaba imposible librarme de la tortura mientras permanecía tendido junto a Marga, al tiempo que mi mente vagaba en otra parte. Hasta que mi hijo Tomi viene a involucrarse en la historia.

En ocasiones, eso dicen, el azar desempeña un papel asombroso. Aquel domingo, a Tomi se le había metido en la cabeza que lo llevara al teatro de marionetas. Yo no podía imaginar que, al pedirme que lo llevara al teatro de marionetas, me estaba conduciendo al encuentro de Dolores.

Había regresado a casa a las cuatro de la mañana, el Zuk se había retrasado y pese a todos los esfuerzos por volver a dormirme, no había logrado conciliar el sueño. Al levantarme de la cama me dolía la cabeza, la desconocida continuaba delante de mis ojos. Dos o tres horas antes, en la oscuridad brumosa, cuando ella se marchó desapareciendo como una sombra en la noche, me poseyó un impulso: seguirla. Extraviado, no era capaz de soportar la presencia de nadie, ni de Marga ni de mi madre ni de Tomi. Me molestaban los ruidos, el barullo matinal del apartamento, y cuando mi madre me comunicó que a mi hijo se le había antojado aquel día que lo llevara al teatro de marionetas, los nervios estuvieron a punto de hacerme saltar. Que no me toque los huevos, quise decirle. Pero yo no osaba hablarle a mi madre en ese lenguaje.

La vi en el pequeño vestíbulo del teatro, varios minutos antes de que comenzara la representación. Llevaba de la mano a una niña más pequeña que Tomi, de unos cuatro años, y la dificultad de comunicación surgió en el mismo instante que los niños demostraron una especie de enemistad: la hija de ella hacia mí, Tomi hacia ella. Cuando yo, en busca de un pretexto para iniciar la conversación, le pregunté a la niña cómo se llamaba, ella no se dignó siquiera responderme. De mismo modo, cuando Dolores, como muestra de amabilidad, le preguntó a Tomi su nombre, tampoco él le respondió. Yo esboqué una sonrisa, una de esas sonrisas miserables que intentas cuando sientes deseos de salir huyendo. Quise decirle que no éramos desconocidos, que nos veíamos todas las noches en la cola de la leche. Añadir que si ella no se había fijado en mí, cosa muy probable, ella no formaba parte de la categoría de mujeres en las que podía uno dejar de fijarse. No se lo dije. No por miedo a que ella pudiera pensar que aquello era hablar por hablar. Me retuvo algo increíble: la mirada de su hija. Ésta había alzado la cabeza, me miraba atentamente y a mí me pareció, discúlpeleme la comparación, una pequeña alimaña dispuesta a saltarme al cuello. De aquella bestezuela irascible se protegía tal vez

ella misma. Así lo pensé en aquellos instantes, mientras permanecíamos el uno frente al otro y no pude hacer otra cosa que mirarla en silencio. Sin preocuparme por la bestiecilla ni por Tomi, el cual, a saber por qué, no paraba de tirarme de la manga. Tras pasear la mirada por su rostro, como un piloto que pretende escudriñar desde las alturas un terreno desconocido, tuve la convincente sensación de que aquel terreno no era desconocido para mí. Su relieve se encontraba en algún lugar en mi interior. Podría haberla arrastrado a una conversación haciéndole partícipe precisamente de esa sensación, pero una vez más permanecí callado, no fuera a ser que me tomara por un farsante profesional.

Tiempo después, Dolores dijo que había visto en mis ojos el deseo de inclinarme sobre sus labios. Podía leerse, dijo, y yo a partir de ese instante debía haberme portado con sensatez, debía haberme marchado. Para mí, no habría representado ningún problema marcharme, mi hija no se habría opuesto. Todos los hombres que se me acercan, ahora que ella sabe que su padre se encuentra en prisión, son sus enemigos. Sin embargo, no me marché. Siempre que nos separábamos en la oscuridad me atormentaba una sola cosa: cómo me comportaría si te me aparecías en alguna parte, aunque fuera en el teatro de marionetas, pese a que una posibilidad semejante no se me pasaba por la cabeza, era un tanto surrealista.

Difícilmente habría podido mi cerebro dar con la palabra surrealista en aquellos instantes, y la tensa situación originada por la actitud refractaria de los niños fue resuelta por Dolores de forma sencilla. Cuando las luces empezaron a apagarse poco a poco, ella tomó a su hija de la mano y tiró de ella en dirección a la puerta que comunicaba el pequeño vestíbulo con la sala. Yo puse en práctica el mismo procedimiento, tomé a Tomi de la mano y lo arrastré sin miramientos. En la sala observé que ella tomaba asiento en la última fila, dejando a su lado una butaca vacía, mientras colocaba a su hija del otro lado. La butaca vacía era la única en aquella fila. Sólo podía sentarme allí a condición de que Tomi aceptara presenciar el espectáculo sentado en mi regazo. Pero no tuvo opción de escoger. Se hizo la completa oscuridad, se abrió el telón sobre el escenario, los títeres hicieron aparición a los sonos de la música y las voces de los niños se apagaron. Entonces la sentí tan próxima que oía su respiración.

Para usar la expresión de Dolores, en aquellos instantes me encontraba inmerso en una situación en verdad surrealista. De la mujer sentada a mi costado no conocía ni el nombre, pero la cabeza me hervía. Al principio conseguí aparentar que lo único que me interesaba era la representación. Permanecía rígido, sin atreverme a hacer el menor movimiento, las butacas eran tan pequeñas que si me movía molestaría a mi vecina. Ella se mantenía rígida de igual modo que yo, absorta en el juego de los títeres, se diría que no le interesaba otra cosa. Simulaba, lo mismo que yo. Un sentido infalible me transmitía que también ella estaba pendiente de mí. Pero yo no conocía siquiera su nombre. Bastaba esto para que consiguiera controlarme y no me rindiera al impulso incontenible de entrar en contacto con su cuerpo.

Necesitamos cierto tiempo para comprender que aquel fingimiento era una tortura

inútil. Bastó para liberarnos un leve movimiento, mío o de ella. Mi codo se encontró con algo ajeno, allí cerca, en el brazo de la butaca. Quizás el codo de ella. En todo caso, una parte de su cuerpo. No fue necesario que volviera la cabeza en la oscuridad, que viera lo que sucedía. Era un contacto entre nuestros dos seres, en un solo punto. Pero ese punto permitía ahora el intercambio mutuo de las corrientes de un cuerpo al otro. Su corriente yo la percibí de inmediato. Me recorrió un estremecimiento y pensé que a ella también le debía de haber recorrido el mismo estremecimiento. Me permití a mí mismo lanzarme a un abismo en el que me encontraba flotando, ingravido. Con un mensaje ofuscador procedente del punto de contacto de su cuerpo con mi cuerpo. Era un mensaje claro: su cuerpo deseaba mi cuerpo. Y llegó un instante en que me extravié en una suspensión de la conciencia. Más exactamente, un oscurecimiento provocado por el leve roce de su pierna con mi pierna. La primera tentativa la hice yo y, al comienzo, cuando la toqué, ella se retiró. Se me antojó como recibir un sopapo en plena cara, pero me había asustado por nada. Ella no pudo hacer frente a la llamada agresiva de la carne y, esta vez con un movimiento deliberado, su pierna se apoyó en la mía. En cierta medida se me estaba entregando allí mismo, en la sala del teatro de marionetas. Pocas veces he sentido un padecimiento sexual comparable al de nuestras sesiones de tocamientos en la oscuridad.

Este juego surrealista se prolongó durante varios domingos. Al acabar la representación y encenderse las luces, permanecíamos unos momentos inmóviles. Desconcertados y aturridos. Sin atrevernos a mirarnos el uno al otro a la cara. Si hubiera sido posible, habríamos continuado sentados hasta que se marcharan todos y liberarnos entonces de la tortura de la no realización sexual allí mismo, en la sala vacía. Pero no teníamos otro remedio que salir al exterior, donde nos separábamos sin mediar palabra, sin saludarnos siquiera, como si no hubiera sucedido nada. Ya no podíamos encontrar pretextos para justificar nuestra ciega enajenación en el estrecho espacio comprendido entre dos butacas. Cualquier acción irreflexiva podía representar peligros. Así pues, nos separábamos como dos extraños, cada cual con la conciencia tranquila, todo había quedado circunscrito a la pequeña sala de aquel edificio de marionetas que antaño, según se decía, había alojado al parlamento monárquico. Al día siguiente, daba comienzo la larga semana de la cola a las dos de la madrugada. Yo ocupaba mi rincón, ella aparecía después que yo. Comenzaban las idas y venidas del tipo con chándal y zamarra verde militar.

El juego lo interrumpió Tomi. Un domingo, cuando yo le dije que nos pusiéramos en marcha hacia el teatro de marionetas y él me replicó que ya no le gustaba que fuéramos allí. Siempre he sospechado que había olfateado algo sucio en mis relaciones con la mujer desconocida. Si así fuera, lo lamento. Yo nunca he considerado sucia aquella relación. Me había enamorado de aquella mujer.

No esperaba, ni tenía razones para esperar, que el domingo siguiente volvería a ver a

la mujer de la que aún no conocía ni el nombre. Mi presunción resultó ser errada. Nada más entrar en el vestíbulo con Tomi de la mano, la vi sentada en el mismo lugar, podría decirse que no se había movido de allí desde la semana anterior. Recuerdo que era un cálido día invernal y su ser exhalaba un aroma a perfume. Se había puesto un traje claro, bajo la chaqueta un polo acrílico de color azul celeste. Recuerdo el velo rojo que cubrió su cara nada más encontrarse con mi mirada, lo que me dio a entender que también ella me esperaba. Recuerdo que me enteré de su nombre y que no llegué a enterarme del de su hija, ni ese día ni más tarde. Aquel día, porque ella exhibió conmigo la misma actitud hostil de una pequeña bestezuela. Más tarde, porque los acontecimientos rodaron con rapidez y no la volví a ver. En lugar de su nombre se me quedó grabado un detalle, sus ojos azules. Todo lo demás sucedió punto por punto como en el primer encuentro, con una sola diferencia. Esta vez ninguno de los dos se tomó la molestia de disimular. Sabíamos que la representación no duraba mucho, el tiempo volaba, nosotros no lográbamos apagar el ardor sexual que nos consumía en cuanto nos encontrábamos el uno junto al otro. Lo que hacíamos era una insensatez, por supuesto. Un juego de adolescentes que me recordaba mis años del instituto, cuando la satisfacción sexual consistía en apretujarnos en el pupitre con alguna compañera de clase durante la lección y concluía con una masturbación en casa. Nos separábamos como nos encontrábamos, entre bruma, sin entablar conversación alguna. La vida del otro continuaba siendo zona prohibida, cuya existencia venía testimoniada por la presencia permanente de los niños entre los dos. Hasta que comprendimos que no podíamos continuar así.

Relaciono esto con el domingo después del cual Tomi no consintió en que fuéramos al teatro de marionetas. A diferencia de las veces anteriores, aquel domingo ella no esperaba en el vestíbulo. Esperaba en la sala. Al penetrar en el interior comprendí por qué lo hacía: estaba todo ocupado. Desde el rincón de la última fila donde estaba sentada, me hizo una seña, y con Tomi de la mano tuve tiempo de llegar a la única butaca libre que, como me susurró cuando ocupé mi lugar junto a ella, había guardado para mí con gran dificultad. Hoy te has retrasado, dijo, temí que no vinieras. En ese instante comenzaron a apagarse las luces. Vendría por encima de todo, le susurré también yo acercándome a su oído. ¿Cómo se te puede ocurrir que no vendría? No, me respondió ella, sabía que vendrías. Luego se hizo la oscuridad completa, se abrió el telón, aparecieron en escena los títeres. Era la primera vez que conversábamos y tengo la impresión de que, al igual que yo, ella debió de quedar un tanto desconcertada: habíamos roto el pacto de silencio. Habíamos hablado. Con una intimidad extraordinaria. Entonces me pareció natural buscar su brazo en la oscuridad. Lo encontré. En alguna zona próxima al punto en que se inicia la redondez del codo, como si estuviera colocado allí a la espera de mi mano. La toqué. Ella me respondió. Nuestras manos se entrelazaron. Fue suficiente para que toda distancia entre nosotros desapareciera.

En aquel extravío, había olvidado algo esencial. Su hija se encontraba una butaca más allá, es probable que no viera ni oyera nada. Pero Tomi, sentado sobre mis rodillas,

estaba presente. No soy capaz de imaginar qué puede sentir un niño al ver que su padre mantiene permanentemente cogida la mano de otra mujer y se comporta de forma sorprendente. A su edad, asistiendo a una escena semejante, es bien probable que yo me hubiera puesto a aullar. Que hiciera todo lo posible porque la escena se interrumpiera, que se encendieran las luces y mi padre soltara la mano de aquella mujer extraña, que pusiera fin a su extraño comportamiento. Tomi no aulló. Tomi hizo solamente una cosa: al domingo siguiente no consintió que le llevara al teatro de marionetas. Podía tratarse de un capricho sin relación alguna con mis escenas. Pero también podía ser lo contrario, una expresión de protesta. En cualquiera de los casos, en este punto él sale del juego. Dejándome con un enigma en mi interior que me ha provocado culpabilidad de forma constante. Todo lo demás, en lo sucesivo, no tiene otros testigos que Dolores y yo.

El día en que me presenté en el teatro de marionetas solo, comprendí una verdad: nuestro comportamiento era escandaloso, tarde o temprano llamaríamos la atención. Comprendí también lo más importante: no podía vivir sin verla. Me esforcé por resolver esta contradicción allí mismo: le propuse que concertáramos un encuentro en otro lugar. Estábamos en el vestíbulo, a la espera del comienzo de la representación, y ella llevaba a su hija de la mano. La voz me salió ahogada, un rubor que apareció en su rostro me desconcertó. En realidad, dijo Dolores más tarde, luego me arrepentí. Ni yo misma sé por qué no acepté. Mis devaneos eran inútiles, yo deseaba acostarme contigo.

Durante todo aquel día no conseguí liberarme de una sensación de rebajamiento ante mí mismo. Y no me acostumbraba a la idea de que ella le perteneciera a otro. Nuestros toqueteos en la oscuridad eran un artificio. Una convención. Como los títeres de aquel teatro. En ese estado bajé las escaleras del portal esa noche a las dos de la madrugada, con la sensación extravagante de ser un títere. Era una noche fría, el aire helado cortaba. Dejé en la cola la cartera con las botellas en su interior y ocupé mi rincón. Desde allí observaba la llegada de la gente. De las mujeres y de los hombres. Con las más diversas vestimentas. Como somnolientos espantapájaros nocturnos. Títeres femeninos y títeres masculinos. Observando sus semblantes pálidos, me sumergí en mi juego habitual: intentaba averiguar cuáles, entre las mujeres, antes de partir en mitad de la noche, habían sido sexualmente gozadas hasta la extenuación por sus maridos. Eso mismo pensé cuando la vi a ella, vestida con su uniforme para la cola de la leche: el abrigo de color café con las solapas de terciopelo alzadas hasta la punta de la nariz. ¿Cuántos contactos sexuales has tenido hoy con tu marido, murmuré, qué clase de necio es ese hombre que continúa durmiendo tan tranquilo cuando tú te marchas de la cama? Y me quedé sin aliento. Mi cinismo era artificioso. No me servía de amparo. Ella le pertenecía a otro y yo era un espantapájaros. Un espantapájaros tenebroso que la deseaba como un perro.

Aquella noche, debido a la baja tensión de la red eléctrica, la iluminación de la única bombilla de la tienda era tan débil que cubría los rostros de las personas con el velo amarillento de los cadáveres. Yo mantenía insistentemente la mirada orientada a la zona

iluminada, donde el grupo de mujeres se apretaba contra la luna de vidrio. Ella se encontraba con la espalda vuelta hacia mí, le veía únicamente los cabellos sueltos por detrás. Si hubiera tenido la mente clara, habría comprendido con facilidad por qué adoptaba esa postura, con la espalda vuelta hacia mí. El tipo de la guerrera militar rondaba como siempre alrededor de ella, la espalda era para él. Pero mi mente nada clara daba a los fenómenos una interpretación equivocada. De acuerdo con esa interpretación, ella me volvía la espalda a mí. Cuando se apartó de la zona de iluminación amarillenta y se detuvo un instante en el límite entre lo cerúleo y la oscuridad, no pensé que venía hacia mí para rectificar la interpretación errónea que establecía mi cerebro de las cosas. Pensé, digo, algo cósmico. Con los cabellos que el viento helado le levantaba, le agitaba en el límite entre el amarillo y el negro, se me antojó como un jirón de nebulosa, tan irreal que podía desaparecer de un momento a otro. La verdad era más sencilla. Llegó hasta mí, me pidió que a las seis de la tarde estuviera a la puerta del cine, el del barrio, lo llamó por su nombre, y tras decir esto regresó a la zona de iluminación amarillenta, donde permaneció en la posición precedente, con la espalda vuelta hacia mí.

Las seis de la tarde y el nombre del cine se me incrustaron en el cerebro. Todavía cuando llegó el Zuk de la leche y los trabajadores gitanos se aprestaron a descargar las jaulas de las botellas, incluso más tarde, cuando recibí mi ración diaria, regresé a casa y me introduje en la cama junto al cuerpo de Marga, mi cerebro recordaba tan sólo las seis de la tarde y el nombre del cine. Necesité cierto tiempo para establecer un vínculo entre estos hechos y su contexto. Así pues, a las seis de la tarde tenía que encontrarme ante al cine del barrio. Eso significaba que a aquella hora y en aquel lugar se encontraría también ella. Pero ¿por qué a las seis de la tarde y por qué precisamente allí?

En el cine del barrio ponían por lo general películas antiguas. Con excepción de algún caso raro en que se llenaba por completo, era frecuentado por parejas jóvenes que, a falta de otra posibilidad mejor, acudían allí para pasar un par de horas juntos. Las parejas se distribuían por la sala, alejadas unas de otras, y la película era lo último que les interesaba. Semejante perspectiva para una tarde no me entusiasmaba. Por no mencionar que la idea de un encuentro allí resultaba peligrosa. Por no mencionar asimismo la sensación de ser un granuja que me invadía cada vez que veía a Marga con su tripa hinchada. Y tenía que encontrar un pretexto plausible para justificar mi salida y mi desproporcionado acicalamiento en la vestimenta.

No sé qué clase de embuste inventé. Recuerdo que me corté afeitándome, conseguí detener la hemorragia con gran dificultad, y este pequeño accidente bastó para que mi azoramiento alcanzara el umbral de lo extremo. Salí de casa con una hora de tiempo, cuando para llegar hasta el cine me bastaban diez minutos. Me metí en un bar próximo al cine. Allí me dispuse a esperar la hora establecida de la forma más desaconsejable: con un doble de coñac. Muy pronto pedí un segundo doble. A las seis menos cinco me encontraba a la entrada del cine, apoyado en la pared, junto a la cartelera iluminada de publicidad de la película. Las sesiones de proyección comenzaban a las horas impares.

Aparte de mí y de algún transeúnte ocasional, ante la entrada no se veía sombra alguna de ser humano. Tanto la puerta del cine como la taquilla estaban cerradas.

Llegó a las seis en punto. La vi de lejos, bajo la pálida iluminación de los neones, y continué apoyado en la pared con las manos metidas en los bolsillos de la gabardina. También ella, según se acercaba despacio, llevaba las manos en los bolsillos del abrigo. Se detuvo junto a mí como una transeúnte ocasional, miró al descuido la publicidad de la película y, sin volver la cabeza, me susurró que la siguiera. Hice lo que me ordenaba, la seguí a cierta distancia, sorprendido: al parecer no pasaríamos la tarde en la repulsiva sala del cine. Me molestó la forma en que, por segunda vez en aquel día, me situaba ante un hecho consumado. Pero este chisporroteo de rebeldía se apagó enseguida. Mi orgullo masculino se sometió como un perro agresivo que cesa en sus ladridos en cuanto le arrojan su alimento con el aroma deseado. Yo estaba a rebosar del aroma de ella. Mi única preocupación consistía en seguirla, con cuidado de no perderla de vista. Este peligro se presentó cuando ella abandonó la calle principal y dobló por una callejuela, tras la que siguieron otras callejuelas, hasta que me encontré en un callejón sin salida y dejé de verla. En realidad se encontraba muy cerca, en un estrecho paso entre dos casas bajas hacia donde me dirigí cuando ella me habló en voz baja. Escalera central, segundo piso, derecha, dijo a toda velocidad. Me pidió que esperara allí unos diez minutos y desapareció.

Escalera central, segundo piso, derecha... Este estribillo se mantuvo en mi cerebro durante todo el tiempo que esperé en el estrecho pasadizo, me siguió acompañando cuando abandoné el lugar, desemboqué en una plazoleta iluminada únicamente por las luces encendidas de los apartamentos de un edificio situado al fondo, con tres entradas negras como cavernas. Caminé hasta el edificio. Escalera central, segundo piso, derecha... En completa oscuridad, cuidando de no partirme la crisma en la escalera, llegué al lugar donde debía.

Ella cerró la puerta con llave desde el interior y a través de un pasillo oscuro, debido a que la luz no estaba encendida, me precedió hasta una habitación donde quedamos en pie el uno frente al otro. Ya fuera debido a la crudeza de la tarde, ya al calor de la habitación, tenía la cara enrojecida. Me invadió el aturdimiento. Y la estreché contra mí. Ella cerró los ojos. Yo me incliné sobre sus labios y ella gimió como a causa de un dolor. Se pegó a mí y comenzamos a desnudarnos el uno al otro con impaciencia, como si tuviéramos el tiempo justo y no quisiéramos separarnos como lo habíamos hecho siempre en la sala del teatro de marionetas, cargando con un suplicio que nos martirizaba durante toda la semana. Incluso cuando nos desnudamos y ella quedó en camiseta, continuamos en pie entre el barullo de las ropas. Tuve miedo de eyacular sin haberla penetrado, hasta que mis ojos descubrieron un sofá, sobre el sofá un cobertor, un almohadón, y la tomé en brazos. Ella me echó los suyos al cuello. Entonces, sobre su torso, colgando en el valle entre sus pechos de una fina cadena de oro, mi mirada se topó con un medallón. En mi

ofuscación, no me interesó ni tenía por qué interesarme aquel medallón que ella se quitó y dejó sobre el almohadón. Si hubiera sabido lo que contenía, habría pensado que ella se cuidaba de evitar cualquier posible testigo durante el acto de nuestra culpabilidad compartida, aunque se tratara de simples retratos de personas muertas.

Por efecto de un presentimiento que me decía que aquella historia entre los dos no iba a terminar bien, decidí no volver a citarme con ella. Esta idea me asaltó justo después del alivio sexual, cuando quedamos ambos tendidos sobre el sofá, sin creer lo que había sucedido, y a ella la poseyó el llanto. No me atreví a hablarle. Hasta aquel momento habíamos intercambiado muy pocas palabras. Las imprescindibles que nos permitieran llegar hasta allí. Ahora, cualquier cosa que le dijera estaría fuera de lugar. No nos conocíamos. No sabíamos nada el uno del otro. Contemplando su cuerpo tendido boca arriba sobre el sofá, pensé que debía hacer algo. Y lo más razonable que podía hacer era marcharme.

Mis ropas estaban desperdigadas y mezcladas con las suyas sobre la alfombra que cubría las baldosas del suelo. Mientras me vestía, mis ojos se toparon con una estufa, de esas de leña, encendida, dos sillones, contra la pared de enfrente un armario provisto de estantes para libros. Luego, una mesa de tablero abatible recogida en un rincón me dio a entender que la habitación era utilizada como sala de estar y comedor al mismo tiempo. Ella alzó la cabeza cuando yo ya estaba vestido y, con la gabardina en la mano, intentaba encontrar una fórmula clemente antes de desaparecer. Mientras me vestía había tenido la impresión de que ella percibía lo que estaba haciendo. Al parecer deseaba eso mismo, que me fuera. Pero en el último instante cambió de idea. ¡Por favor, dijo, no te vayas!

Yo me quedé parado en mitad de sus ropas. Quién sabe qué expresión debió de adoptar mi rostro porque, después de rogarme que me quedara, ella me hizo comprender que nos encontrábamos en su casa. Es posible que le pareciera acobardado y, de ser así, se equivocaba. En aquellos instantes, el miedo a ser sorprendido en flagrante, muy de moda en aquella época, era mi última preocupación. De modo que dejé la gabardina sobre una silla y fui a sentarme en un sillón junto a la estufa. Ella continuó tendida boca arriba sobre el sofá, desnuda. Volví a un lado la cabeza y noté que se levantaba, se ponía a recoger la ropa en silencio, un silencio pesado, tan pesado como su llanto, hasta que salió de la habitación. Me quedé solo diez minutos o diez siglos. Cuando regresó, aún se percibían en su rostro las huellas del llanto. Tomó del armario un cacillo, una caja con café, me preguntó cómo lo tomaba y yo le respondí que con una cucharadita de azúcar.

Me sirvió el café, una copa de coñac, y yo pensé que en todo aquello había algo que no encajaba. Cuando empujó el otro sillón para sentarse frente a mí, también ella con una copa de coñac en la mano, me dijo: Por mi vida, esta mujer no pertenece a la categoría de las fáciles. Mi confusión se tornó completa cuando ella se bebió su copa de un trago y me animó a hacer lo mismo. Te ruego que me perdones, dijo mientras llenaba de nuevo las copas. Mi llanto era inoportuno, pero no tiene nada que ver contigo. Y manteniendo los ojos sobre la copa de coñac añadió: mi marido está en la cárcel... desde

hace tres años. Yo llevaba los mismos años sin practicar el sexo... Usted es el primero con el que lo hago...

Su afirmación y la forma en que se dirigió de pronto a mí en segunda persona me desconcertaron. Sin darme cuenta, apuré mi copa de un trago. Ella hizo lo mismo, apuró la suya. Quise decirle que no era aconsejable que bebiera el coñac así, en aquellas cantidades, pero renuncié. Habría resultado irritante que le diera consejos. Continué bebiendo, como lo hizo ella, hasta llegar al umbral de la ebriedad, ese estado en el que todo se torna fácil y posible. Entre tanto, yo me mantenía como sobre ascuas entre el deseo de largarme cuanto antes y el sentimiento de pesadumbre por ella.

Ella percibió lo que yo andaba rumiando. Puede irse, dijo encendiendo un cigarrillo. No..., mejor no diga nada, diría mentiras. También a mí me gustaría decirle mentiras, si me ayudaran. Pero a mí no hay mentira que me ayude, por eso, como ya hemos terminado nuestro asunto, mejor será que nos separemos. En tal caso yo querría que nos volviéramos a ver, si usted se atreve a que nos veamos de nuevo. Porque encontrarse conmigo, se lo advierto, es peligroso. Mi marido, arquitecto de profesión, está condenado a ocho años de privación de libertad por un crimen de agitación y propaganda. He oído decir últimamente, a media voz, que uno de sus denunciantes es un antiguo amigo y colega suyo, un tipo que me ronda desde hace tiempo. Tal vez se haya fijado en él, en la cola de la leche a todo el mundo le ha llamado la atención. Pero ésa es una historia banal, no vale la pena que le aburra con ella. Únicamente quiero que me crea cuando le digo que durante tres años le he permanecido fiel a mi marido y continuaría haciéndolo durante otros cinco más, hasta que saliera del infierno llamado Spaç, donde le han encerrado. Sin embargo, ya no le quedan sólo cinco años. Hace un mes, mi marido ha vuelto a ser condenado, dentro de la cárcel, esta vez a diez años adicionales. De modo que, si Dios le da vida, deberá pasar allí otros quince años más.

La mujer aplastó el cigarrillo recién empezado sobre el cenicero. Yo estaba pasmado, con el deseo de hacer algún gesto, por ejemplo, expresarle mi pesar. Pero mi cerebro no estaba en condiciones de producir nada inteligente. Consideré razonable coger la botella de coñac y llenar mi copa y la suya. Ella me lo agradeció. Como puede imaginar, susurró, en estas condiciones no espero nada bueno. En casos semejantes, la familia de una persona de tan alta peligrosidad como mi marido es deportada. Espero de un día para otro la orden de internamiento. Hace tres años, cuando mi marido fue condenado por primera vez, trabajaba en la biblioteca de un barrio. Me expulsaron de allí y a duras penas logré encontrar un puesto en la empresa de servicios de limpieza. Hace un mes, cuando fue condenado por segunda vez, también perdí el empleo en los servicios. Ahora estoy sin trabajo. De modo que hágase cargo de mi situación. He dejado a mi hija y a mi suegra en la ciudad de M., en casa del hermano de mi marido. Por mi parte, me mantengo a la espera de lo que suceda.

Cuando mencionó la ciudad de M., me desazonó un vago pensamiento. Como si llegara de lejos y se introdujera de forma torpe en mi cerebro. Se refería a algo estancado

en el tiempo y en el espacio relacionado con la ciudad de M. Pero, de forma igualmente torpe, el pensamiento se esfumó. Era imposible que a ella pudiera interesarle nada en aquellos instantes. Me pidió solamente una cosa: que no me marchara. Me dijo que tenía mucho miedo de estar sola, de noche tenía pesadillas y me rogó que me quedara un poco más.

La historia se prolongó durante una semana. Yo pasaba los días sumido en la desidia, incapaz de realizar ni el trabajo más sencillo. Durante toda aquella semana, ella no salió a la cola de la leche, no tenía motivos para hacerlo, su hija no se encontraba en casa. De modo que, tras nuestras sesiones acompañadas de alcohol, podía dormir, recuperarse. En cambio mi impaciencia daba comienzo nada más abrir los ojos, despierto por el timbrado mecánico del reloj de la mesilla, cuando en realidad me acababa de separar de ella. Ocupaba mi sitio en el rincón oscuro y en vano escrutaba la multitud de mujeres acurrucadas, muy juntas las unas a las otras. También el chivato con guerrera militar rondaba en vano por allí cerca. Ella estaba en la cama, todavía bajo el efecto del alcohol, aterrada por la pesadilla de la deportación. Una mujer que aún debía esperar otros quince años a que su marido saliera de la cárcel. Y yo no sabía ya lo que me empujaba hacia ella, la compasión o un incontenible deseo sexual.

Mi estado se agravaba en particular al caer la tarde, cuando debía salir de casa e inventar cada vez una mentira distinta para Marga. Me había convencido a mí mismo de que Marga no sospecharía si salía pronto. Una hora, una hora y media antes de la hora establecida, encontraba una excusa para salir e iba al bar situado frente al cine del barrio. Allí consumía el tiempo bebiendo coñac. A las seis menos diez había bebido dos, a veces incluso tres doubles. Antes de marcharme, compraba una botella de medio litro, me la metía en el bolsillo de la chaqueta, bajo la gabardina, y a las seis en punto subía las oscuras escaleras del edificio cuidando de no partirme la crisma. Empujaba suavemente la puerta de su apartamento, con idéntica suavidad la cerraba detrás de mí, daba la vuelta a la llave en la cerradura y me dirigía hacia la habitación.

Nada más entrar comprendía que también ella había bebido antes de que yo llegara. Eso nos aliviaba a los dos, nos permitía comportarnos con naturalidad. En realidad, a mí me corroía una duda. Tenía la impresión de que durante el tiempo en que se me entregaba, siempre sobre el sofá y nunca en el dormitorio, ella sentía deseos de llorar. En el instante del orgasmo gritaba contenidamente y yo no era capaz de establecer si se trataba de la congoja debida al orgasmo o de un dolor originado por otras causas. Tras el alivio sexual, ella se apresuraba a levantarse, se encerraba en el baño, no sé qué hacía allí, tal vez incluso lloraba, sus ojos estaban continuamente enrojecidos, apagados, y esto podía ser debido a las lágrimas, pero también a los efluvios del alcohol. Volví a ver el medallón durante nuestro último encuentro, cuando me notificó que al día siguiente partiría hacia la ciudad de M.

Es posible que esa noche ella ya supiera que aquel era nuestro último encuentro. En

cuanto a mí, le oculté un secreto que me pesó muy largamente después de su desaparición. Al contrario que el resto de las veces, esa noche no había bebido. Debí de pensar, por ejemplo, que podía no haber tenido dinero para comprar coñac. Ella se encontraba de pie en mitad de la habitación y mi cerebro se vio asaltado por un solo pensamiento: desnudarla. Se apoyó en mí. Mis dedos tocaron sus pechos y tropezaron con la fina cadena del medallón, que no apartaba nunca de su cuerpo, pero ella se separó de mí y me comunicó su marcha. Mañana me voy a la ciudad de M., dijo, voy a quedarme una semana. Era su segunda alusión a la ciudad de M. Quise decirle que conocía esa ciudad. Allí había un hotel miserable y unos cuantos bares todavía más miserables. Sin embargo, para mí era una ciudad providencial. No le dije nada. En aquellos instantes, aquello no tenía ningún valor.

Como siempre, hicimos el amor en el sofá. Como siempre, tras el amor, ella fue al baño, del baño a su propia habitación, permaneció allí largamente, más largamente que ninguna otra vez. Yo me había bebido ya media botella de coñac cuando apareció en la puerta. Con los ojos enrojecidos. Y terriblemente hermosa. No sé lo que me entró. Tú has llorado, le dije en cuanto tomó asiento en el sillón frente a mí. No puedes negar que has llorado. No puedes negar que cada vez que hacemos el amor te encierras en tu habitación, lloras, y yo me siento como un perro.

El rostro habitualmente pálido de Dolores se puso lívido. Esto y su silencio bastaron para que yo captara al instante mi estupidez. Lúcido ya, quise pedirle disculpas, pero era tarde. Yo te lo he dado todo, dijo. Y se cubrió la cara con las manos. Entonces pronuncié las únicas palabras que creía que expresaban mi situación. Lo siento, le dije, temo que me he enamorado.

La tranquilidad con que ella escuchó estas palabras me dio a entender que mi declaración no le resultaba inesperada. Cogió la botella de coñac, llenó una copa. Se había cambiado, se había puesto un jersey de pico y sobre el jersey, sobre el pecho, le colgaba el medallón. Tú me pides algo imposible. En mi interior saltó un chispazo. Es el reflejo de la luz sobre la superficie pulida del medallón, pensé observando cómo ella apuraba la copa de un trago. Me aterró su ansia de beber. No quiero ofenderte, continuó ella. Si lloro, eso no tiene nada que ver contigo... los motivos son otros, no debes empeñarte en conocerlos. Y añadió: yo he nacido deportada. Tengo miedo de morir también allí, en la deportación, como mis padres. Tienes que haber oído pronunciar el nombre de mi padre, por mucho que hayas sido una nulidad como estudiante. No hay texto de historia ni documento en el que no figure. Yo soy la hija de un enemigo, nacida en la deportación. Del resto, te lo ruego, no tengo ganas de hablar.

Recuperé la sobriedad de repente. No bebí más, el coñac que quedaba en la botella lo bebió ella. Comprendí por qué su rostro me recordaba algo familiar. Ella me miraba con los ojos de Liza. Sus ojos eran los ojos de Liza. Cuando, después de acabarse la botella, se quitó del cuello el medallón, abrió las tapas y me lo enseñó, me recorrió un

estremecimiento. En una de las tapas aparecía la cara del Profesor. En la otra, la de Liza. Tu madre debía de ser una mujer muy hermosa, le dije. Tú te le pareces mucho.

Más tarde, siempre he tratado de averiguar por qué aquella noche no le hablé a Dolores de mi relación con sus padres en la época de mi temprana infancia. Tal vez por temor a que, en aquellas circunstancias, pudiera sonar a invento. Pero tal vez también porque lo dejaba para otra ocasión, cuando ella regresara de la ciudad de M.

Esperé en vano. No regresó nunca de la ciudad de M.

Tomi se marchó después de que celebráramos el novenario de Marga. No le pregunté si recordaba el tiempo en que todos los domingos lo llevaba al teatro de marionetas. No habría tenido sentido.

Como joven práctico que es –cualidad heredada de Marga–, Tomi me puso en la mano mil quinientos dólares. Con ese dinero, Irma y yo podíamos vivir modestamente durante varios meses, si Irma daba muestras de comedimiento. Me refiero a que no fuera derrochadora –cualidad heredada de mí–, que no fuera tan a menudo a tomar café al Rogner o al vestíbulo del Hotel Tirana⁴, que no le llevaran siempre los pies hacia las tiendas caras y todo lo demás. Desde hacía ya tiempo, principalmente para cubrir algunos de sus gastos, Tomi nos enviaba cien dólares al mes a través de la agencia Western Union. El día cinco de cada mes, Irma se presentaba en Correos con el código correspondiente y traía a casa cien dólares. Yo me dirigía al jardín situado junto al Banco del Estado, transformado en un islote de quioscos por donde pululaban mis ex colegas cambistas o, cuando el Ayuntamiento decidió el derribo de los quioscos, a la plaza situada junto a la central de Correos. Allí cambiaba los billetes verdes por leke.

Los mil quinientos dólares me los dio Tomi un día antes de marcharse, tras la comida del novenario que ofrecimos en el Hotel Cosmos. Una de las salas de dicho hotel se utilizaba para ceremonias de ese estilo, cenas de difuntos el día del entierro, celebración de las novenas en el caso de los cristianos, y de las séptimas en el caso de los musulmanes. Junto con dos primas de Marga, a las cuales, dicha sea la verdad, no podía soportar debido a ciertas historias antiguas, llegué al local antes de la hora establecida. Los invitados comenzaron a venir en grupos y, cuando la sala se llenó y ya no esperábamos a nadie más, me levanté y di las gracias a los asistentes, deseando poder corresponderles el honor que me hacían en una ocasión más alegre. Al fondo de la sala, en el lado contrario, mis ojos se toparon con el doctor N. T.

Por supuesto, el hecho de que el doctor N. T. se encontrara en aquella ceremonia era la cosa más natural. Pero hasta el momento anterior a mis palabras de agradecimiento, pese a mis esfuerzos por dar con él en la sala, no conseguí localizarlo por ninguna parte, y he aquí que de pronto se me aparecía como brotado de la tierra. Además, solo, sin Sofía, su esposa y simultáneamente mi prima, de la cual no se separaba nunca. Vestido con un traje negro ceremonial, se encontraba en el centro de un grupo de personas, unas diez, sentadas formando una fila, como si se tratara de un equipo. Al igual que el doctor, también ellos llevaban trajes negros de chaqueta cruzada y, a distancia, no apartaban un momento la vista de mí. Sus miradas incisivas no podían dejar de llamarme la atención. Los reconocí. Al día siguiente del entierro de Marga, las personas en cuestión habían

acudido a casa para darme el pésame. Pero ¿qué les pasa para que me miren con tanta insistencia, pensé, y qué vínculos tiene el doctor con ellos?

A un costado mío se encontraba Irma, al otro, Tomi; delante de mí un gran vaso de aguardiente. Levanté el vaso y lo apuré de un trago. Fue un acto incontrolado y mis hijos me rogaron que no bebiera, un comienzo así no auguraba nada bueno. Dejé el vaso en su lugar y mis ojos fueron a parar de nuevo a las mesas situadas delante, donde se encontraban las personas en cuestión. ¿Quiénes sois –les pregunté sintiendo que se me irritaban los nervios–, qué buscáis aquí? No me respondieron. Únicamente el doctor esbozó una sonrisa enigmática, alzó su copa de aguardiente, una copa grande, tan grande como la que yo me acaba de beber, la extendió hacia mí con un gesto como si pretendiera entrechocarla con la mía y se la tomó de un trago.

Mi viejo amigo era un hombre comedido, no consumía alcohol. Podía beber un poco, en ocasiones, de alguna bebida escogida, pero que se metiera de un trago una gran copa de aguardiente, completamente llena, eso no lo habría creído nunca, como no lo creí en aquel instante, justo cuando acababa de hacerlo. No, me dije, tú no eres N. T. Pero ¿quién eres entonces? ¿Qué es lo que está pasando aquí?

El otro hizo una mueca. No me quedaba ninguna duda. Alguien con las facciones de mi viejo amigo, con su voz, con sus gestos, se me presentaba rodeado de una banda de personajes fantasmales. Según los veía de lejos, vestidos con aquellos trajes fuera del tiempo, como recién salidos del guardarropa de una película antigua, a punto estuve de que se me escapara un grito. Los trajes me dieron la clave de la solución. Son criaturas mías, balbuceé. Son personajes de las películas rodadas con arreglo a mis guiones.

Aquello me trastornó. Tenía ante mí unas sombras, unas criaturas olvidadas. Tipos encrespados y provocativos. Señores, me dirigí a ellos haciendo esfuerzos por mostrarme razonable. Hace ya días, desde el día siguiente al entierro de mi infortunada consorte, que me persiguen ustedes. Si tienen algo que aclarar conmigo, no es éste el lugar ni el momento. Podemos vernos en cualquier otra ocasión, señores, hablar cuanto ustedes quieran, pero no ahora, hoy debo hacer los honores a mis invitados.

No me hicieron caso. Dijeron que no aceptaban la calificación de señores. Nosotros no tenemos nada de señores, precisó uno de ellos, y continuaron allí donde estaban sentados, algunos alzaron las copas de aguardiente y yo me puse a temblar, quién sabe lo que podían decir si bebían. Pero no hicieron ni dijeron nada. Únicamente, antes de que tuviera tiempo de reponerme, me atacó el sosias del doctor N. T. Está bien que renuncies de una vez a tu estúpida teoría sobre tu pretendida aptitud para comunicarte con seres ultraterrenos, se burló. Como ves, no son seres ultraterrenos. Si se los pudiera calificar así, la culpa continuaría siendo tuya. Ya lo has reconocido tú mismo, son criaturas tuyas. Aunque no te apresures a sacar conclusiones. ¡Pon el cerebro a trabajar y puede que no sigas siendo un mamarracho para siempre!

Me esforcé en verdad por poner mi cerebro en marcha. Y llegué a plantearme una pregunta: ¿quién se escondía tras la máscara de mi viejo amigo? Entre tanto, la zona

frontera de la sala se desalojó en un abrir y cerrar de ojos. La banda de mis personajes, incluido el que me había aconsejado que pusiera mi cerebro a trabajar, se esfumó.

Varias horas más tarde, por boca del doctor N. T. supe otra verdad: dos días antes de la muerte de Marga, él había salido de Albania. Resulta que se había marchado a Francia con Sofia, invitado a casa de unos amigos en París, donde iban a esperar el nuevo milenio. Tenía intención de pasar allí unas dos semanas; por tanto, no podía haber tomado parte en el entierro de Marga, ni tampoco aquel mismo día en la cena del novenario. Esto lo supe nada más regresar a casa, no sin antes haber realizado una prueba. Al término de la cena, me quedé a saludar a la gente. No di con el menor rastro del doctor N. T. La última en separarse de nosotros fue Lori, acompañada de su amigo rubio y alto. Se montaron en el BMW aparcado al otro lado de la calle y se perdieron en la distancia. Yo permanecí a la salida del hotel hasta que mis hijos me dijeron que no tenía sentido que esperáramos más, todos los invitados se habían marchado ya. Tú no estás bien, observó Irma, estás pálido, necesitas descansar.

Yo necesitaba otra cosa, liberarme de la pesadilla: alguien nos seguía durante el trayecto hacia casa, volví la cabeza varias veces por ver quién era y, aunque no vi a nadie, obligué a mis hijos casi a correr. Cuando llegamos a casa, les pedí que entraran en el salón. Yo me quedé junto a la puerta de la calle. Finalmente, sentí por la escalera unos pasos lentos que subían y en el descansillo oscuro apareció el doctor N. T., con el abrigo largo, las solapas alzadas, las gafas de montura de oro, el rostro rubicundo y la espesa cabellera, encanecida. Lárgate, quise gritarle, tú no eres N. T. Entonces oí el timbre del teléfono, oí la voz de Irma, y al doctor se lo tragaron las tinieblas. En mitad del pasillo, Irma me miraba con expresión de extrañeza. Se me acercó, me tomó de la mano y me comunicó la cosa más inesperada. Es el doctor N. T., dijo, llama desde Francia.

Eché una última mirada en dirección al espacio en tinieblas donde había desaparecido N. T. y como un autómatas fui a la habitación, cogí el receptor y me lo coloqué junto al oído. Diga, dije. Cansado, enfadado. Respondió a mi diga la voz conocida del doctor. Déjate de juegos, quise decirle, tus juegos son peligrosos. Y quizás le dije estas palabras. Ya no comprendía qué era real, la visión de pocos momentos antes en la escalera o la voz que llegaba de lejos. Él dijo que en París estaba lloviendo. Yo le respondí que en Tirana el tiempo era húmedo pero sin lluvia. Él añadió que le gustaría mucho encontrarse en ese momento en Tirana, a mi lado; yo le respondí que me gustaría mucho encontrarme en París, a su lado. Entonces él observó que ésa era una idea excelente, yo sabría disfrutar de París mejor que él. No entendí por qué dijo eso. Sabía un poco de francés pero nunca había puesto un pie en París ni tenía esperanzas de hacerlo nunca, nada me relacionaba con aquel mundo, no destacaba en ningún campo, no tenía obras ni títulos, ni conocidos, vamos que, al contrario que mi amigo, que había cursado allí unos cuatro años de estudios de posgrado y conocía a destacados profesores, yo era un cero a la izquierda. A propósito de la idea de que yo habría sabido disfrutar mejor de París,

hace poco tiempo N. T. me proporcionó la explicación profesoral siguiente: la idea, observó, me surgió una tarde, cuando mis amigos, una noche, me llevaron junto con Sofía al Moulin Rouge. Y me dije: verdaderamente quien debería encontrarse ahora aquí, a mi lado, no es Sofía, sino el casanova de Kristo Tarapi, para que me inyectara algo de su espíritu mujeriego y resultara lo que tuviera que resultar. Pero yo no podía tratar contigo un asunto semejante aquel día. No sólo porque la ocasión no era la adecuada. Me pareciste sombrío aquel día, tus respuestas eran extrañas, tanto que, perdona que te lo diga, me arrepentí de haberte llamado por teléfono. Tu comportamiento antinatural, incluso tu respiración, como si alguien te estuviera apretando la garganta, me inquietaron. Créeme, he estado muy inquieto por ti.

Le creí. Como le había creído toda la vida. Pero el doctor no recordaba un detalle: aquel día hubo un corte en el teléfono, una de esas caídas de la línea que se producen debido a quién sabe qué causas. Eso bastó para que yo perdiera la cabeza. La voz de mi amigo había sido tragada por las profundidades del hilo, lo mismo que el vacío de las escaleras le había tragado a él mismo, y yo no era capaz de resolver con quién debía tratar como el verdadero. Quedé con el teléfono en la mano mirando a mis hijos. Nada es verdad, concluí. Y colgué el teléfono. Este razonamiento no me satisfizo. Puedo admitir los dos hechos, me contradije a mí mismo, las dos personificaciones son reales. Pero también esto lo rechacé enseguida.

Los mil quinientos dólares me los entregó Tomi cuando me senté en el sofá junto a él. Irma trajo de la cocina café para los tres y yo, sumido en un laberinto sin salida, jugaba a las adivinanzas conmigo mismo. Cogí los dólares y me los metí en el bolsillo. Esto me libró del juego de las adivinanzas, el hilo de mi argumentación entró en un nuevo surco: comencé a calcular de memoria cuánto tiempo nos duraría aquel dinero a Irma y a mí. Luego Irma interrumpió también mis cálculos. Mientras tomábamos el café, sacó una conversación tampoco demasiado inesperada. Esta vez, le dijo a su hermano: me reclamarás tú desde Nueva York. Dicen que así hay más posibilidades...

Hacía tiempo, desde que Tomi resultara agraciado en la lotería americana, que Irma no tenía más que un sueño, el de la tarjeta verde. Éste era el tema permanente de sus conversaciones. Si el destino le había sonreído a Tomi, Irma juraba que en cuanto acabara la facultad movería cielo y tierra para marcharse a cualquier parte, adonde fuera con tal de largarse de este país de sinvergüenzas donde la ley la hacían los mafiosos. Ella dejaba escapar muchos otros insultos y yo me resentía, experimentaba un fuerte deseo de contradecirla —en realidad, una inclinación atávica a defenderla de hipotéticos peligros—. Pero en cuanto empezaba a llevarle la contraria, la voz me traicionaba, lo que decía, vacíos sermones morales paternalistas-patrióticos en palabras de Irma, no lo creía ni yo mismo. En ocasiones así, cegada por la cólera, Irma me atacaba en mi punto más flaco. Habéis sido y sois una generación inútil, me decía. Una generación hipócrita,

doblemente responsable, de vuestro pasado y de nuestro presente. Ayer unos seres rastreros de espalda encorvada, hoy fantoches en el poder.

Irma decía esto a causa de la irritación. Yo no pertenecía a la categoría de los que ella consideraba fantoches en el poder. Pertenecía a la categoría de los que se habían quedado con un palmo de narices, aunque lo hubieran intentado todo. Me refiero a ciertos oficios en los que trabajas dejándote el alma de la mañana a la noche y consigues sacar lo justo para mantenerte con vida, pero no para ganarte el respeto de la sociedad, mucho menos de tus hijos. Con un padre así, ellos se sienten inferiores, indefensos frente a la competencia de los más fuertes, de los que pueden comprarlo todo. En estas condiciones sería una locura darles a los hijos lecciones de moral paternalista-patriótica, como diría Irma, cuando careces de los imprescindibles vínculos con el mundo donde se deciden las cosas, donde la honorabilidad es anacrónica y el encanallamiento, virtud. Lo comprendo, esta forma de defensa evidencia un complejo. El hombre debe buscar sus fracasos en el interior de sí mismo, y así lo hacía yo. Escuchaba a Irma sin contradecirla, la dejaba despotricar, asumía en silencio todas las culpabilidades que descargaba sobre mi generación, como si yo fuera el representante más típico de los fantoches en el poder. Y desde hacía ya tiempo no le daba sermones de moral paternalista-patriótica. Desde hacía tiempo deseaba sólo una cosa. Cada vez que Irma iba a la iglesia, encendía una vela y le imploraba a Dios que el cartero llamara un día también a su puerta con el sobreñado sobre en cuyo interior se hallara la mágica notificación de que era ganadora de la lotería americana, también yo le rogaba a Dios que le concediera ese deseo y, si resultaba necesario, estaba dispuesto a echarle una mano.

No fue necesario que le echara ninguna mano. Dios escucho tanto los ruegos de Irma como los míos. Con una diferencia: en lugar del cartero con el sobre mágico de la lotería americana, envió a un italiano para que llamara a nuestra puerta. El italiano no me pidió que le echara una mano. Simplemente me pidió la mano de Irma.

Hacía tiempo que ciertos signos me indicaban que a Irma le sucedía algo. Los más reveladores eran dos: sus enfados acerca de las posibilidades presupuestarias y sus ausencias cada vez más frecuentes de casa durante los fines de semana. Una noche, a mediados de abril, me pidió dinero. No me explicó para qué le hacía falta, simplemente me lo pidió, con la mayor naturalidad del mundo, como si yo fuera una fuente de dinero y éste manara sin cesar. Le di lo que me pidió sin preguntarle para qué lo necesitaba. Cuando se me ocurría preguntarle para qué lo quería, se irritaba, y yo no quería que tuviera los nervios de punta ahora que Marga ya no estaba. Entonces reparé en una verdad turbadora: de los mil quinientos dólares de Tomi sólo me quedaban trescientos, y con el ritmo de gastos de Irma, aparte de una reserva en la caja de ahorros de cincuenta mil lekes de los de ahora, muy pronto podíamos quedarnos sin fondos hasta para comprar el pan. Dos semanas después, de los trescientos dólares quedaban cien y, cuando un viernes ella me pidió dinero y me notificó que el fin de semana lo pasaría con

Lori, yo le respondí: por supuesto, el fin de semana puedes pasarlo con Lori, pero no tengo ni un céntimo que darte. Pronto, le dije, no tendremos dinero ni para comprar pan.

Me arrepentí de estas palabras en cuanto las pronuncié. Irma no se hizo esperar. Fue a su habitación, de donde salió con una bolsa llena de ropa. Dijo entre dientes «hasta la vista», cerró la puerta exterior detrás de sí y yo quedé sumido en una oscura tristeza. Cincuenta mil lekes de los de ahora más cien dólares –al cambio actual catorce mil lekeshacen sesenta y cuatro mil, calculé. ¡Irma me ha pedido sólo dos mil!

Bastardo, me insulté a mí mismo. Y comencé a dar vueltas por la habitación. Al fin y al cabo, argumentaba, Irma debe entender la realidad. Sesenta y cuatro mil lekes nuevos podemos estirarlos tres meses como mucho. Malamente, porque ella olvida las facturas de la luz, del agua, del teléfono, de internet. Ella sólo sabe maldecir cuando no tenemos luz. Irma ignora que cuanto más frecuentemente se corta el fluido eléctrico, más altas son las facturas que nos llegan. Porque este Estado, al que la mitad de la antigua y heroica población albanesa le roba, no le paga nunca las facturas, como medio de equilibrar las cosas roba a la otra mitad de la población, la que paga puntualmente. De modo que pongamos que con sesenta y cuatro mil lekes nuevos tiramos tres meses. ¿Y luego? Luego tendré que encontrar un trabajo. O bien colocarme en alguna esquina, incorporarme al ejército de mendigos, ir de puerta en puerta.

Me derrumbé en el sillón. La variante del mendigo no me gustó. Ya son muchos, me dije. Y tienen los territorios repartidos. El centro de la ciudad, junto con las aceras situadas ante el Teatro de la Ópera y el Hotel Tirana, pertenece a los mendigos tullidos. Incorporarte a sus filas cuando aún tienes todos los miembros en su sitio es una indecencia. En esas aceras estratégicas, al parecer, sólo pueden competir los niños de hasta dos años que todavía no andan y a los que sus padres dejan por allí adormecidos, envueltos en mantas. Mejor será, por tanto, establecerme en otra parte: a la entrada de las mezquitas, en los callejones de las iglesias, en los puentes grandes o pequeños del Lana, en los cruces, aunque en tales lugares existe cierto peligro: el número de mendigos es tan grande como su nivel de agresividad debido a la competencia.

No, dije resueltamente, la variante de la mendicidad no resulta provechosa. Quizás sea más conveniente que siga aquel sabio consejo de un antiguo alto cargo a los intelectuales que quedaron fuera de juego: vender bananas por las calles. ¿No afirman a menudo los actuales patriarcas de la nación que nuestra patria querida es una República bananera? Podría aportar por tanto mi contribución al fortalecimiento de la República de las bananas, vender bananas, por ejemplo, a la entrada de la Liga de Escritores. Gracias a mis viejas relaciones de la época cinematográfica, allí tendría éxito, todos vendrían a comprarme bananas a mí. Aunque también aquí se presenta un problema. El espacio en torno a la Liga apesta a orines. Sería más adecuado que me estableciera en la acera del Ministerio de Cultura, frente a la Presidencia del Gobierno. ¿Cómo no se les habrá ocurrido a los mendigos ocupar ese punto junto al Hotel Rogner? Más allá se encuentran el Palacio de Congresos, la Presidencia y, con toda seguridad, en torno a semejantes

instituciones, las posibilidades de recibir limosna deben de ser elevadas. Pero ¿cómo se explica que los mendigos desprecien esa zona?

La búsqueda de una respuesta para esta pregunta y de una explicación para el hecho conocido y comentado por los medios de que el espacio que rodea a la Liga de Escritores apesta a orines, me estimuló fuertemente. Pasé el fin de semana encerrado en casa, ante la mesa de trabajo, esforzándome por escribir un tratado filosófico-social en torno a los anteriores interrogantes, con la esperanza de que, si salía algo de allí, podría llevarlo a publicar en alguna parte y tal vez ganara algo... Había oído decir que, cuando querían, los periódicos pagaban bien. No conseguí escribir nada. Me exprimí el cerebro durante dos días, llené páginas enteras de flores y garabatos y al final no logre más que componer una especie de poema lírico-meditativo cuyo contenido era poco más o menos éste: los mendigos eran tan inteligentes como para no gastar su tiempo en vano ante la Presidencia, mientras que la Liga de Escritores apestaba a orines bien porque en sus cimientos se habían derramado bastantes a lo largo del tiempo, bien porque actualmente orinaban contra sus muros los transeúntes ocasionales necesitados, y la peste procedía de la mezcla de ambas orinas, de la vieja y de la nueva. Rompí el poema en cuestión el domingo por la tarde. Esa noche, tras un paréntesis de varios meses, dormí con Lori. El lunes por la mañana, cuando aún me encontraba bajo el influjo del desahogo sexual, sonó el timbre del teléfono. Al otro lado del hilo apareció Lori. Dijo que quería hablar conmigo de algo relacionado con Irma y que a las diez me esperaba en el bar Manhattan. Está en la zona del Bloque, precisó cuando le advertí que no sabía donde se encontraba el bar Manhattan. Frente a la Villa de Hades.

Ella colgó el teléfono y yo me quedé con el receptor en la oreja. Diga, grité desesperado ante el hecho de que la otra hubiera desaparecido tan rápido, diga... En vano, a Lori se la había tragado el hilo. Devolví el receptor a su sitio y clavé los ojos en el aparato. Tú has escuchado la conversación, me dirigí a él, si es que hubo una conversación. Dime solamente una cosa, ¿se ha mencionado el nombre de Hades?

El aparato guardó silencio.

A las diez me encontraba en las escaleras de mármol del bar Manhattan. Con la sensación del provinciano que baja por primera vez a la capital. Era un día sombrío, amenazaba lluvia. A ambos lados de la calle, donde los transeúntes se apresuraban por las aceras, había coches aparcados. Las dosis de infeliz provincianismo crecieron todavía más bajo los altos edificios circundantes, entumecidos en la penumbra grisácea, que parecían haber brotado explosivamente de la tierra con una agresividad que te hacía sentir un muñeco. Mi percepción de provinciano llegó al colmo en el interior del local, bajo los sonos en tono bajo de una música *jazz*. Las mesas a ambos lados del salón de la entrada estaban ocupadas: únicamente chicos y chicas jóvenes. No conseguí localizar a Lori. Al ritmo de la música *jazz* avancé a lo largo del mostrador, pasé al interior del local, siempre repleto de chicos y chicas jóvenes, sobre todo chicas. Saludables. Lo ponían de

relieve sus rostros tersos, las ropas que dejaban al descubierto el pecho con descuido menosprecio y, cuando la ropa cubría el pecho, dejaba al descubierto la espalda, poniendo de relieve fragmentos del cuerpo, pieles femeninas blancas, bronceadas, morenas, con y sin tatuajes. Pero Lori no estaba tampoco en la zona interior.

Volví sobre mis pasos. Turbado. Ya porque aquellos fragmentos femeninos te invitaban a tocarlos con la mano, ya por la sospecha de que no hubiera existido ninguna clase de conversación telefónica entre Lori y yo. Era testimonio de ello la mención por su parte de Hades, muy extraña, pues se trataba de un nombre inventado por mí en circunstancias que sólo se relacionaban con mi persona, como resultado de una asociación de ideas. Una vieja asociación de ideas. Cuando desemboqué en las escaleras exteriores del local había comenzado a llover. Desde lo alto de la escalinata contemplé la variedad multicolor de los paraguas, los coches que se deslizaban sobre el asfalto y enfrente, más allá, envuelta en la penumbra, la construcción que Lori había calificado como Villa de Hades.

Los postigos de las ventanas estaban cerrados. También las puertas. En el patio circundado por la verja, la lluvia empapaba el jardín y la villa, bajo el cerco de un cordón de edificios desmesuradamente altos comparados con ella misma, se acurrucaba en la penumbra contrariada, desnuda, con un nerviosismo iracundo, una cabeza cortada de Medusa. Contemplando los postigos cerrados me recorrió un estremecimiento. Si existe una comunicación entre mi cerebro y el de Lori, pensé, es que Hades existe. De noche viene a la villa, permanece encerrado en el interior y de día, en cuanto sale el sol, se desliza en forma de nube, elude a los vigilantes, se echa a volar y desciende junto a la cantina. El pedestal vacío, disfrazado de modo que nadie pueda imaginar siquiera quién es. Un instante más tarde, estas elucubraciones me parecieron insensatas. Las manecillas de mi reloj señalaban las diez y veinte minutos, un retraso excesivo por parte de Lori, por tanto, eso en caso de que admitiera que habíamos concertado un encuentro allí, en el bar Manhattan, y ella no aparecía, y yo me inclinaba cada vez más a creer que no vendría, no podía venir, entre nosotros no se había concertado ningún encuentro.

En ese instante, mis ojos se toparon con un automóvil rojo. Era pequeño, bonito como un juguete. Deslizándose sobre la fina lluvia, el coche se detuvo en un espacio libre junto a la acera al otro lado de la calle. La portezuela se abrió, descendió de allí una muchacha vestida con un impermeable ligero, verde. Cruzó la calle a la carrera. Cuando comenzó a subir las escaleras sonriendo, yo a duras penas caí en la cuenta de que me estaba sonriendo a mí, y solamente cuando se quitó la capucha y en tono desenvuelto me pidió disculpas por el retraso, alcancé a reconocerla: era Lori. Desde hacía varios meses, desde la muerte de Marga, sólo habíamos hablado alguna vez por teléfono.

Ya no llevaba el pelo tan corto. Cuando tomamos asiento el uno frente al otro en una mesa situada en el interior del local, quise decirle que de ese modo, un poco largo, el cabello le sentaba mejor. No le dije nada. Bastó su presencia física para que la bestia agazapada en mi interior se agitara. Le cerré la boca para demostrarme a mí mismo que cualquier idiotez tiene un límite y ese límite con Lori sólo se me permitía traspasarlo en

sueños. Entre tanto, llegó el camarero, dejó un capuchino delante de ella y un güisqui delante de mí. Lo siento, dijo Lori, pero cuando a Irma se le mete en la cabeza pedirte una cosa es imposible decir que no.

Me quedé clavado con el vaso de güisqui en la mano. Por la seriedad con que habló Lori, temí que se tratara de alguna locura de Irma, quizás peligrosa, ya que no se atrevía a enfrentarse conmigo. Se me antojó permisible tomarme el vaso de güisqui de un trago y el efecto fue inmediato. Una oleada de calor se elevó de mi interior, se difundió por todo el cuerpo, mis ojos se detuvieron sin ningún complejo sobre el rostro de Lori, quien asimismo me miraba, y descubrí en él una sonrisa apenas perceptible. Esto me hizo concebir la esperanza de que la locura de turno de Irma no fuera demasiado peligrosa. Simultáneamente, me despertó el deseo de otro güisqui. En realidad, el establecimiento debía de ser caro. Al menos para mí. Lo evidenciaba la decoración con imágenes repletas de luces del barrio de Manhattan en Nueva York, los camareros vestidos con perfecta elegancia, la arquitectura de la sala, y en particular la clientela, aquellas muchachas jóvenes que fumaban cigarrillos en compañía de unos cuantos muchachos. En aquel local yo no me podía permitir el lujo de otro güisqui, aunque me sentía a punto de reventar. Parece que Lori captó mi deseo. Le encargó al camarero que trajera otro güisqui. Me hizo saber que le apetecía invitarme.

No comprendo por qué Irma ha querido descargar sobre mí este peso, se lamentó. Al grano: tengo la satisfacción de comunicarte que la señorita Irma ha decidido casarse. Forma parte de su estilo hacer las cosas así, colocar siempre a los demás ante hechos consumados. La historia comenzó como de broma hace unos tres meses, mientras tomábamos café en el Rogner, y quizás sea esa mi única implicación en la historia. Aquella tarde, el presidente de la fundación en la que yo trabajo daba en el Rogner una rueda de prensa y yo invité a Irma a que acudiera. Le gustan las ruedas de prensa. Aquella tarde, la señorita conoció a un italiano, militar, de los de la KFOR. Se llama Adriano. No Celentano, aunque su apellido empieza también por c, Cenerini. El señor ha finalizado su periodo de servicio, regresa a Italia dentro de una semana y ha decidido llevarse a Irma consigo. Mi misión consiste en intermediar. Ella te ruega que le des tu consentimiento.

El camarero trajo el segundo güisqui. Me bebí el vaso en un instante, le dije al muchacho que me trajera otro y le pregunté a Lori qué quería tomar. Ahora me toca invitar a mí, le dije, pero Lori me respondió que no quería nada. Por Dios, dijo en tono de reproche, no te enfades. Irma ha tenido suerte.

Guardé silencio. Cuando a Irma se le metía algo en la cabeza no había criatura nacida de mujer que la hiciera cambiar de opinión. Con mayor motivo en este caso, cuando se trataba de marcharse de Albania a toda costa, incluso escapándose con un hombre, militar o civil, italiano o esquimal. Me invadió uno de esos estados depresivos propios de mí y me hundí en un abismo de absurdo. Ese tarambana, pensé, pretende convertir a mi hija en una prostituta. Los tarambanas así lo tienen por costumbre, les prometen

matrimonio a las muchachas y luego las dejan en la calle. No debe de ser siquiera oficial, mucho menos de la KFOR. A saber qué clase de perro es, algún traficante enmascarado que se dedica a las drogas y otras bajezas por el estilo.

De estas figuraciones funestas me sacó la llegada del camarero, por tercera vez, con el vaso de güisqui. Se lo arrebaté y me lo volví a beber de un trago. Después de esta acción conseguí recuperar la cordura. Es verdad que practicaba el sexo con Lori en sueños, pero no era razonable que me tomara el sueño por real y me comportara con ella con un desparpajo carente por completo de dignidad. Le rogué que me acompañara a casa. Si continuábamos allí, yo volvería a pedir más güisqui. Y para cerrar el capítulo, insistí sinceramente en pagar. Los tiempos en que las consumiciones las pagaban solamente los hombres ya han pasado, decretó Lori.

Afuera continuaba lloviendo. Ella alzó el impermeable con las dos manos, me lo pasó por encima de la cabeza y tiró de mí para que corriéramos hasta el coche. En el interior se percibía el mismo olor a perfume que emanaba de su cuerpo. Se me presentaron ante los ojos los conocidos rostros mediáticos del presidente de la fundación donde ella trabajaba y del rubio y alto Sergei. Mi cerebro avieso estableció un vínculo entre el coche y los dos hombres. Lori lo puso en marcha. Yo me arrellané en el asiento observando el movimiento de los limpiaparabrisas sobre el cristal, con una nueva tristeza asfixiante que me poseyó en cuanto el vehículo se puso en movimiento. El trayecto hasta la entrada de mi casa por la parte trasera del edificio lo recorrimos en silencio. Antes de que yo descendiera, Lori me preguntó qué respuesta tenía para Irma. Dime la verdad, le dije, ¿no será algún viejo como yo el italiano ése? Dios santo, Kristo, me replicó ella, a la vez sorprendida y divertida. ¿Quién te ha dicho que eres viejo? En cuanto al italiano, tú mismo lo comprobarás.

Irma trajo a casa al oficial de la KFOR al cabo de tres días. Aquella tarde me llamó por teléfono, me informó de que se encontraba en el Hotel California con Adriano, pronunciando su nombre como si el desconocido fuera tan familiar para mí como antaño su compatriota Celentano. De ese modo me di cuenta de que era el último en ser informado de lo que venía sucediendo desde hacía tres meses. La aventura de Irma la conocían todos, incluso Tomi en América.

Al día siguiente, antes de amanecer, se presentaron dos primas de Marga acompañadas por tres muchachas, sobrinas suyas. Siguiendo las instrucciones de Irma, que se estaba ocupando a su vez de una serie de formalidades, me rogaron que saliera de la casa y que a ser posible no regresara hasta por la noche. De este modo podrían trabajar tranquilas. Esto se prolongó durante tres días, a lo largo de los cuales las habitaciones del piso fueron pintadas, incluidas las puertas, se colocaron cortinas nuevas en cada ventana, se hicieron las necesarias reparaciones en el baño, todo con unos fondos cuya procedencia yo desconocía, nadie me pidió a mí ni un solo céntimo. La única petición que se me hacía consistía en que abandonara la casa por la mañana y regresara al caer la noche.

Aquellos tres largos días me sentí rechazado como un perro callejero. Podía regresar a casa e instalarme en un rincón, pero estaría viendo continuamente las caras de las primas de Marga. Y el caso es que yo, hacía años, desde la época de las cartas anónimas, no podía soportarlas. Sabía que me despreciaban, le iban con cuentos a Marga, me espiaban contándole de forma despreciable a ella las murmuraciones que oían acerca de mí; como ellas también sabían que cuando me las encontraba en casa me daban ganas de tirarlas por la ventana. La noche del tercer día, cuando por fin me quedé solo, estaba al borde del agotamiento nervioso. Entonces me puse a elaborar la táctica a seguir con el italiano.

La imagen que me había formado de él era caricaturesca: alto, moreno, con bigotes y una pequeña barba, enjuto, mayor, autoritario, pedorro, consciente de su posición superior ante mí, y esto me atormentaba. Con el fin de establecer cierto equilibrio de fuerzas, decidí lanzarme al ataque, colocarle en lo posible y desde el comienzo en posición de inferioridad. No me dirigiría a él en italiano. Aunque entendía y hablaba el italiano, arrastraría al oficial de la KFOR, si es que lo era, a otro terreno, al terreno del francés. Según yo, los italianos flojeaban en el aprendizaje de lenguas extranjeras. Pronunciaban mal todas las lenguas, sobre todo el francés. Desde este punto de vista, su nivel no superaba el de las camareras chinas. Después de eso le pediría a Irma que nos dejara solos y pondría en marcha la segunda fase del ataque. Aquí entraban en juego mis infortunados padres y mi talante grotesco alcanzaba una escala superior.

En una de las paredes de la sala de estar se encontraba la fotografía ampliada de mi madre, en la situada enfrente, la de mi padre. Las dos en blanco y negro, cercadas de finos marcos. Y las dos del tiempo de su juventud. A toda persona que entraba por primera vez en la sala de estar, los ojos se le iban necesariamente al retrato ampliado de mi madre. Había salido en todo el esplendor de su belleza, según se expresó en una ocasión el doctor N. T., su rostro irradiaba encanto y clase. Desde allí, el visitante se volvía hacia el retrato en que aparecía mi padre. Se trataba de una fotografía con la anotación «Turín, 1935», el año de su diplomatura, en que posaba concentrado, vestido de esmoquin, con el violín en una mano y el arco en la otra, como si se encontrara en un escenario, ante el público, dispuesto a iniciar un concierto. Esta segunda fase tenía por objeto provocar al oficial de la KFOR. Simplemente provocarle, porque los retratos hablaban por sí solos. No obstante, si manifestaba alguna curiosidad, mi espíritu bufó se elevaría aún a una escala más alta, le proporcionaría la siguiente explicación: la señora de la fotografía es mi madre. Fue una mujer muy rica, señor. Quiero decir, su familia. A mediados del siglo pasado, el glorioso proletariado agrícola albanés le arrebató todas sus riquezas. El latrocinio continúa bajo otras formas todavía hoy. De lo contrario, me resultaría posible concederle a mi hija una dote digna. En cuanto al artista del violín... Ah, intervendría él con impaciencia, es su padre. ¡Yo lo sé todo sobre ustedes!

Tras esa fase del encanto y de la clase –utilizando un concepto militar, la denominaré preparación artillera del terreno– comenzaba la verdadera ofensiva, la de la infantería. Ésta se componía de un solo soldado. Era yo. Solo frente al representante blindado de la

KFOR. Podía iniciar el ataque con expectativas de éxito poniéndole de relieve al otro, que, debido a su impropio dominio del francés, a duras penas sería capaz de seguirme, mi incontestable pertenencia europeaoccidental. Esto revestía particular importancia, me parecía un punto que debía conquistar a cualquier precio. No en vano, en la juventud, antes que de Tom Jones, había sido admirador de Adriano Celentano. Y seguidor de la Juventus. Sabía de memoria los nombres de todos los cantantes italianos de la época, de todos los futbolistas. Y me dije: ahí está, ése es el campo en el que desbarataré al oficial de la KFOR con mis conocimientos del fútbol inglés, alemán, francés y holandés. Si él contraatacaba con películas o estrellas cinematográficas, incluso con *jazz* negro americano, su descalabro sería definitivo. Sí, señor, me diría entonces, no es necesario que se extienda. Es usted un verdadero occidental.

La ilusión de semejante táctica no duró mucho. Mi cerebro comenzó a calcular de pronto el tiempo que podría ingeniármelas yo solo a partir de entonces con los últimos cincuenta dólares que tenía en el bolsillo y los cincuenta mil lekes nuevos en la cuenta de ahorro. El dólar ha bajado varios puntos, me dije. Por otra parte, el depósito de la cuenta de ahorro debe de haber aumentado. ¿Y qué resulta de todo esto? Hice lo posible por apartar de mi cabeza estos cálculos perversos, volver a la táctica de ataque sobre el italiano, pero fue imposible. Las cifras comenzaron a confundírseme con los nombres de los futbolistas, la caída del dólar con escenas eróticas de películas. Hasta que la pantalla de mi cerebro se apagó y en su mismo centro quedó un único punto luminoso. Eran las palabras: «es usted un verdadero occidental, señor», pronunciadas por mi rival con un tonillo burlón.

Me derrumbé sobre el sillón. El italiano, tal como lo había imaginado, esta vez embutido en el uniforme de oficial de la KFOR con hombreras relucientes, repletas de galones y otras señas distintivas, aparecía sentado en el sillón situado frente al mío, con las piernas cruzadas, imponente, la gorra militar en la mano, fumando un puro. Lo sé, le dije, ustedes los italianos no quieren a los albaneses.

Él no respondió. Continuó exhibiendo su jactancia, dio una chupada al puro y soltó una bocanada de humo que llegó hasta mí. Me sonó a provocación. Me puse en pie y le di la espalda. Qué asuntos se trae con mi hija, señor, dije irritado. Como si Italia estuviera necesitada de mujeres, usted pretende arrebatarme al único ser querido que me resta. ¿Sabe que nada más poner el pie en su país mi hija se sentirá a disgusto, como puede que se sienta usted aquí? Porque no se atreverá a decir: soy albanesa. En su país, a los albaneses se los mira como a apestados. Por todas partes en Europa, nosotros los albaneses somos ahora unos apestados. En cuanto a usted, veo difícil que sea oficial de la KFOR, con independencia del uniforme que lleva puesto. Un oficial de la KFOR pediría permiso antes de encender un cigarro en mi casa; en cambio, usted no sólo no me ha pedido permiso, como requiere el código de honor militar, sino que además se atreve a arrojarme el humo a la cara. Eso es una expresión de desprecio hacia mi persona, a despecho de mi pertenencia a Europa occidental y, si lo prefiere, al Atlántico Norte. Sea

lo que usted sea, militar o traficante disfrazado, quiero hacerle una advertencia: si se atreve a maltratar a mi hija, a dejarla tirada, a obligarla a hacer la calle, ¡se cava usted su propia tumba!

Cuando me volví para comprobar el efecto de mis palabras, el sillón estaba vacío. Señor mío, grité, no se esconda. Deseaba sólo asustarle un poco, eso es todo.

Me despertó el timbre de la puerta de la calle. Abrí los ojos penosamente. El pensamiento de que debían de ser las primas de Marga me irritó los nervios. Que esperen, me dije. Y me volví del otro lado. Ellas, por supuesto, continuaron apretando el timbre. Tal vez incluso contentas por tener la ocasión de sacarme de la cama nada más amanecer. Me levanté, salí al pasillo y levantando la voz les dije que esperaran a que me vistiera. Éste fue el modo que encontré de tomarme la revancha. Las dejé esperando detrás de la puerta todo el tiempo que necesité para hacer sin prisas todas mis abluciones matinales. Dichoso tú, descargó su enfado una de ellas cuando por fin les abrí la puerta. Tú siempre tranquilo aunque te den las doce. No las doce, le repliqué, las diez, ellos llegan a las diez.

Llegaron en verdad a las diez. Trajo la noticia el hijo menor del vecino, quien, con la respiración entrecortada, informó de que ante el edificio se había detenido un coche rojo y, dentro de él había visto a Irma. Yo estaba en la sala de estar, vestido con traje y corbata. Una de las primas asomó la cabeza, me dijo que ya se oían sus pasos por la escalera y que haría bien recibéndolos en la puerta.

No salí a recibirles. Permanecí en medio de la habitación, contemplando unas veces el retrato de mi madre y otras el de mi padre. Con una sensación como de estar a la espera de que viniera alguien a darme de sopapos. Con miedo a que ellos, en lugar de defenderme, se pusieran de parte del agresor. En vano me esforcé por distinguir entre las personas que entraron a mi verdugo, es decir, al imaginado oficial de la KFOR. Mis ojos no se toparon con uniforme alguno. Sólo distinguieron a un tipo con gafas graduadas que se dirigía hacia mí secundado por Irma, al que confundí con un sobrino de Marga que a menudo acompañaba a mi hija a la discoteca. Yo continuaba mirando en dirección a la puerta, a la espera de que apareciera el oficial de la KFOR embutido en su uniforme de gala, cuando Irma me abrazó, se apartó a un lado y me presentó al tipo de las gafas. Adriano, dijo ella. El otro, en torno a los treinta años, cetrino, vestido con pantalones vaqueros y camisa azul claro, me tendió la mano. Dijo que se sentía muy feliz de conocerme. En cuanto a mí, no alcancé a formular cosa alguna, por no mencionar la sonrisa forzada que se adhirió a mi rostro. Y necesité cierto tiempo para librarme de la idea de mi táctica ofensiva.

Con motivo de la marcha de Irma ofrecimos un almuerzo. En muchos sentidos me recordó la comida del novenario de Marga. Se invitó a las mismas personas, entre amigos y allegados, con la diferencia de que esta vez no la organizamos en el Cosmos, sino en el restaurante del Hotel Eldorado. Con el fin de borrar toda semejanza entre ambas ceremonias, tomé una decisión que fue calificada por algunos de escandalosa. Di mi aprobación a que se pusiera música, quien quisiera que bailara, seguro de que Marga, en los parajes paradisíacos donde se encontrara, no tendría nada que oponer.

Abrí la comida con un agradecimiento a los asistentes, aunque mantenía la mirada fija sobre la mesa donde se encontraba el doctor N. T. Era una maniobra, quería confirmar su presencia. O su ausencia. La presencia del uno significaría la ausencia del otro y viceversa. Estaba resuelto a mostrarme vigilante, a no consentir que se esfumara de nuevo sin darme cuenta. Ni el uno ni el otro. Al despedirnos le preguntaría si todo lo que sucedía era verdad o una escenificación virtual y si, a fin de cuentas, la gente se había reunido para despedir a Irma o Irma no pintaba nada en todo aquello y el que se preparaba para marcharse era yo, y ellos se habían reunido por mí.

Esperé a que N. T. volviera la cabeza, sonriera enigmáticamente y me dijera que me había leído el pensamiento. No volvió la cabeza. Estaba hablando con su esposa y al mismo tiempo prima mía, Sofía. Esto me hizo comprender que quien se encontraba en aquella mesa era mi viejo amigo en persona, por lo que mis preguntas iban a quedar sin respuesta. Me invadió una sensación de disgusto. No sé a cual deseaba más tener cerca, a mi viejo amigo o al otro. Luego la sala se llenó de sonidos, la gente se levantó a bailar, se levantó también el doctor N. T. Quedé en la compañía muda de las primas de Marga – consideraron una indecencia sin precedentes la música en aquella ocasión, cuando aún podían verse por los muros de las calles las hojas con los recordatorios de la muerte de mi mujer– y comencé a pasear la mirada por la sala. Como una cámara oculta. Entre el cúmulo de danzantes, los primeros en quedar encuadrados fueron los retratos de Irma y Adriano. Trasladé la cámara a la derecha, un poco hacia arriba, con objeto de captar solamente el retrato del oficial de la KFOR. La pareja bailaba prácticamente abrazada y me vi obligado a esperar durante un rato. Aparta, le murmuré a Irma, déjame que lo vea. Se conoce que ella me oyó, pues se apartó y me dio la espalda. Tras su espalda, quedó encuadrada la efigie del italiano.

Mis felicitaciones, le dije. Me siento obligado a advertirte, señor mío, que no me pareces el tipo de hombre adecuado para Irma. Eres frágil, tu rostro es dulce, en una palabra, no tienes nada de militar, aunque no te haya visto nunca de uniforme. Y esos dedos delgados, como de pianista... Ingeniero, de acuerdo. Ahora cuéntame como

conseguiste convencer a Irma para que ella renuncié a todo, para que interrumpa los estudios cuando sólo le quedan unos meses para licenciarse. Porque, perdona que te diga, yo tengo un cerebro perverso y no dejo pasar una. He nacido en un país pequeño, señor mío, y como se dice entre nosotros, disculpa una vez más, entre nosotros se dice: antes que pequeño, cagajón. No me comprendes, por supuesto. Si no has oído antes esta expresión te resultará difícil comprenderme. Ni yo mismo sé qué me ha dado para hacerte penetrar en los dominios folclóricos de mi país a través del sendero escatológico.

Adriano me volvió la espalda. En el encuadre de la cámara, un poco por encima de su hombro, apareció el rostro enrojecido de Irma. Guardé silencio. Como si tuviera miedo de que ella leyera mis pensamientos, se enfadara, y emprendiera una nueva sesión de vapuleo de mi generación hipócrita. Y comencé a recorrer la sala con la cámara hasta que apareció en el encuadre la cara de Lori.

Estaba sola. Con un poco de atención habría descubierto que se sentía incómoda y habría vinculado de forma natural esa incomodidad con el hecho de que su acompañante, el alto y rubio Sergei, quién sabe por qué motivos, no estuviera presente en aquel banquete. Pero no me di cuenta de nada. Mi cámara se quedó detenida sobre el retrato de Lori durante largo rato, y empecé a verla como si fuera la primera vez que la miraba. Con la impresión de que tras aquellos rasgos conocidos, que había palpado a menudo en sueños, se ocultaba un enigma.

Trasladé la cámara. Si continuaba manteniéndola así, fija sobre el retrato de Lori, no podría hacer frente al impulso de dirigirme hacia ella. De sacarla a bailar. De dejarme atolondrar con su aroma. Y me apoyé en el respaldo de la silla. Y me cogí las manos por detrás, con fuerza. Hasta hacerme daño. Piel de perro, me insulté a mí mismo. Y conduje de nuevo la cámara sobre el retrato de Lori. Señorita, balbucí, he hecho a menudo el amor contigo, en sueños, pero no creo que eso sea ningún pecado. Te deseo ferozmente, querida, y ésta es una de mis locuras. Si voy a sincerarme con mi viejo amigo, el doctor N. T., que está bailando pocos metros más allá con mi prima Sofía, él se escabullirá, se cubrirá tras el manido dicho según el cual el hombre, a medida que envejece, se vuelve más idiota: ve la luna reflejada en un charco de agua y se tira de cabeza a cogerla.

Me poseyó una verdadera ansia de beber. Contemplando la luna reflejada en un charco. No me puse a beber. Era la única cosa que podía hacer por Irma. Ella me había rogado que no bebiera. Tampoco me arrojé sobre la luna reflejada en el charco. Me limité a mantenerla focalizada a distancia, en el encuadre de mi cámara oculta. Indagué en cada centímetro cuadrado de su rostro. Según la miraba, algo me inquietaba vagamente.

Irma partió al día siguiente, en el vuelo Tirana-Roma de Alitalia, alrededor de la una de la tarde. Como habíamos acordado, Lori llegó a casa con su coche rojo a las once. Poco después apareció un taxi. Yo, con el equipaje de la pareja, monté en el taxi. La pareja, en

el coche de Lori. Saludaron nuestra partida todas las mujeres y los niños de la escalera. A la salida de Tirana, nada más pasar la barriada de Laprak, nos quedamos bloqueados. Una caravana de automóviles esperaba bajo el sol, algunos de los conductores tocaban la bocina, otros se bajaban de los coches, avanzaban caminando para ver qué había sucedido. Una vez transcurridos veinte minutos largos sin que se percibiera señal alguna de que fuéramos a movernos, empecé a inquietarme. Cuando trascurrieron los siguientes veinte minutos, me invadió el pánico, van a perder el avión, me dije. No sucedió así, subieron al avión, pero entre tanto todos se habían puesto nerviosos. Al llegar al aeropuerto, Lori detuvo el coche bruscamente entre un clamor de bocinas, sin girar a la izquierda para estacionarlo en el aparcamiento situado a un costado de la carretera. El conductor del taxi maldijo entre dientes, frenó, me preguntó si debía esperarme y yo le dije que no, no era necesario. Un muchacho que brotó allí de pronto por fortuna se ocupó de las maletas, las cargó en un carro que comenzó a empujar con rapidez, y nosotros le seguimos hasta un cordón de policías. Éstos practicaban el primer control de pasaportes y nos dijeron que más allá sólo podían pasar las personas que fueran a viajar. Irma, pálida, se me abrazó. Nada más separarse de mí, abrazó a Lori. En el mismo orden se despidió de nosotros Adriano. Deseo sinceramente que venga a la boda, dijo. En cambio, yo sólo tenía un deseo: que se alejaran cuanto antes hacia el edificio del aeropuerto, que cogieran el avión. Así lo hicieron ellos, echaron a correr entre un gran barullo formado por los grupos de personas que venían de allá y los de las que se apresuraban en sentido contrario, hasta que los perdí de vista. Me quedé parado allí, bajo el sol, junto a los policías. Ya no tiene sentido que permanezcamos aquí, dijo Lori, si quieres que veamos el avión despegar, vamos a una cafetería, al menos nos libramos del sol.

Estaba paralizado. Si Lori me hubiera pedido que nos marcháramos del aeropuerto en aquel mismo instante, habría aceptado. Pero ella decidió lo contrario. Me dijo que la esperara un momento allí y yo esperé el tiempo que necesitó para aparcar el coche, luego nos metimos en un café al borde de la carretera. Media hora más tarde, desde la puerta del local, conseguí presenciar el despegue del avión. Surgió en la distancia, en el espacio comprendido entre el cielo y las montañas, tras las que desapareció con gran rapidez. Me quedé con la mirada fija en el cielo, sin creer lo que estaba sucediendo, convencido de que Irma se burlaba, estaba escondida en alguna parte, saldría de un momento a otro, os engañé, diría, todo era un juego. La presencia de Lori me hizo comprender que decididamente esa suposición no era más que un espejismo. Ella se encontraba junto a mí para demostrarme que Irma, tragada por el cielo, volaba ahora en dirección a otro mundo.

Le rogué a Lori que nos marcháramos. La seguí hasta el aparcamiento, donde su coche se abrasaba bajo el sol, y el camino de regreso del aeropuerto a Tirana lo recorrimos en silencio. Continuaba pareciéndome (se trataba siempre del mismo vislumbre, del mismo espejismo) que, en cualquier parte, en una curva o al borde de la

carretera, de un momento a otro aparecería Irma con la mano levantada. Pero ella estaba surcando el cielo en dirección a un paraíso soñado, al igual que viajaba yo, aunque no por el cielo. Yo lo hacía por tierra, junto a una muchacha llamada Lori, su más íntima amiga, con la que yo llevaba tiempo haciendo el amor en sueños.

Me disgustó pensar en tales cosas, pero no estaba en mi mano impedirlo. De mí sólo dependía una cosa: no volver la cabeza hacia Lori, mirarla a la cara mientras conducía. Sentía deseos de llorar y, si volvía la cabeza hacia Lori y la miraba a la cara, le diría quizás algo excesivamente ridículo: ahora yo no tenía en este mundo a nadie más que a ella. Para no rendirme a esta debilidad, miraba hacia delante, como Lori, conduciendo velozmente, adelantaba a todo vehículo que se encontraba por delante. Cuando llegamos a casa y ella detuvo el coche delante de la entrada, hice el último descubrimiento: no conocía a Lori. Sabía únicamente que salía al mismo tiempo con dos hombres, eso se decía. Pero esto era lo que sabían todos. Antes de bajarme del coche, volví la cabeza. Lori se inclinó hacia mí, me alargó la cara. Yo le besé en las dos mejillas. Y pensé que no volvería a verla.

Volví a verla muy pronto. No esperaba hacerlo tan pronto, no esperaba verla en absoluto. Tras la marcha de Irma ya no había ninguna razón para que Lori pasara por casa o llamara alguna vez por teléfono. Mi única esperanza de verla era virtual, dependía de que a ella se le antojara venir a inquietarme en sueños. A Lori se le antojó hacerme una visita física antes de inquietarme en sueños. Cuando una tarde apretó el botón del timbre de mi apartamento y yo, molesto y completamente desganado, me levanté a abrir la puerta, su rostro era lo último que esperaba encontrarme.

Permanecía hundido en el sillón ante el televisor. Las tardes las consumía así, tontamente, frente al televisor. No me apetecía ver nada, no tenía paciencia para seguir ningún programa y me pasaba todo el tiempo jugando con el mando a distancia, saltando de un canal a otro, en los que daban las mismas noticias, salían cada noche las mismas caras consumidas de políticos, proyectaban periódicamente las mismas películas. En ocasiones, a una hora ya avanzada, ocurría que me topaba en alguna cadena con una película erótica, pero tampoco éstas podía verlas ya, cambiaba de canal, de lo contrario, si las seguía, terminaba masturbándome y tras cada masturbación sentía deseos de quitarme la vida.

Cuando Lori apretó el botón del timbre de mi apartamento yo no había visto ninguna película erótica, así que no me había masturbado, pese a que me encontraba en un estado miserable. Por lo que decían mis conocidos, mi situación ahora era estupenda. Mi hijo, tras más de cinco años de estancia en Estados Unidos, pronto obtendría la ciudadanía norteamericana. Como consecuencia, mi camino en dirección a América quedaba despejado. El primero en meterme esta idea en la cabeza fue Tomi, justo tras la marcha de Irma. Una noche me llamó por teléfono y me comunicó que me había enviado cien dólares por la agencia Western Union, podía ir a recogerlos a la estafeta cuando quisiera. Asimismo, me dijo que me enviaría cada mes cien dólares, también Irma me enviaría dinero, aunque esto no era una solución. Irma y yo hemos pensado en otra solución, dijo Tomi, nuestra opinión, querido papaíto, es que tú te vengas a vivir conmigo. Por su parte, cada vez que me llamaba por teléfono, también Irma conducía la conversación en el mismo sentido, la mejor solución para mí sería irme a América, a casa de Tomi. En estas condiciones, con semejantes perspectivas, no había motivos para que mi moral se encontrara en un estado tan miserable. No me faltaba el dinero, podía vivir sin preocuparme de buscar un trabajo: la reserva de la cuenta de ahorro, los cien dólares mensuales de Tomi y el dinero que probablemente recibiría de Irma debían hacerme ver el mundo con optimismo, con independencia de que la solución de mis hijos fuera la última que se me pasaba por las mientes.

Cuando sonó el timbre de la puerta de la calle yo no estaba dándole vueltas a ninguna solución. Simplemente permanecía hundido en el sillón, delante del televisor, en uno de los canales ponían una película albanesa, de las que he oído decir que son clasificadas como las del «tiempo de la cebolla», y la estaba viendo por una razón perfectamente comprensible: el guión de aquella película lo había escrito yo.

No solía ver esta clase de películas, mucho menos aquellas en que mi nombre figuraba en los créditos como guionista. Colocaban ante mis ojos el periodo más inútil de mi vida. Al verlas, experimentaba ese mismo sentimiento pedorro que se experimenta cuando, al cabo de muchos años, alguien, como para gastarte una broma, te recuerda ciertas idioteces que cometiste alguna vez pero que ya has olvidado, han quedado enterradas, y que, arrancadas de pronto del pasado, vienen a demostrarte, como poco, lo idiota que pudiste llegar a ser. El colmo llegó cuando una periodista de la misma cadena de televisión comenzó a construir con las agudezas de personajes de las películas de antaño, incluidas entre ellas algunas de mis propias agudezas, una suerte de montajes en los que se provocaba la hilaridad del público a expensas de ciertos personajes de la política. La periodista en cuestión creaba con habilidad situaciones cómicas mediante dichas ocurrencias que al principio me divertían, pues me parecía que yo mismo había contribuido a crearlas. Pero llegó un día en que dejaron de hacerme gracia. La ingenuidad y la simpleza de un hombre tienen un límite. Acabé por darme cuenta de que, al fin y al cabo, aquellos montajes eran verdaderos sopapos que yo recibía a través de la pantalla. Eran los sopapos de mis propios personajes. Me producía la sensación de que el objetivo de la periodista no era burlarse de los políticos. Ellos no tenían motivos para sentirse ofendidos por las situaciones en que los colocaba, pues adjudicaban aún mayor relieve a sus figuras. Quien resultaba atacado era yo, aunque de manera sofisticada, mediante mis propias ocurrencias, las pronunciadas por mis propias criaturas carentes de autenticidad. Me sentía dispuesto incluso a dirigirme al director del canal televisivo y rogarle que no pusiera aquellas películas. Rogarle a la periodista que dejara de utilizar las agudezas de mis personajes. Pero una tentativa de tal índole estaba condenada al fracaso. Hacía tiempo que estaba desvinculado del mundo del cine y en los nuevos canales de televisión no me conocía nadie. Si me presentaba en alguno de ellos, era probable que ni siquiera me dejaran entrar, mucho menos entrevistarme con alguno de los jefes. Además, en aquellas películas yo solamente tenía derecho sobre el guión, y éste a menudo había sido masacrado tras la intervención de múltiples manos. Todo el resto era obra de otros, el director, los actores, los cámaras, los figurantes, sin olvidar a los técnicos, todo el equipo de rodaje, que terminaban siendo decenas. El caso es que, cuanto más sumido me veía en aquella estúpida situación, con mayor frecuencia se daban películas rodadas a partir de mis guiones, como para recordarme que no tenía salvación, que mi nombre estaba vinculado a ellas para la eternidad.

La tarde en que Lori apretó el botón del timbre de mi apartamento, en el televisor

acababan de empezar a poner unas de las películas en cuestión. Se titulaba *La niebla*. Era la que se daba más raramente. La que más me hacía sufrir. Un verdadero bodrio. Aunque, al mismo tiempo, la única que me gustaba ver. Sin apagar el televisor, me arrastré hacia la puerta de la calle. Por ver quién era. Y dejárselo bien claro: en aquellos instantes, nada en el mundo podía ser para mí más importante que ver aquella película.

Lori apareció en el marco de la puerta como si pretendiera demostrarme lo contrario. Al principio me desconcerté. Su presencia a la puerta de mi casa, a aquella hora de la noche, me resultaba completamente inexplicable. Me despabilé un tanto cuando Lori formuló un «buenas noches», permaneció a la espera en la entrada y yo esboqué una sonrisa, me incliné hacia ella, la besé como siempre en las dos mejillas y la invité a entrar. Luego, ella delante y yo detrás, desembocamos en la sala de estar.

En el televisor continuaban dando *La niebla*. A Lori se le fueron los ojos a la pantalla y yo tuve la sensación de haber sido atrapado con las manos en la masa. Me apresuré a buscar el mando para cambiar de cadena o apagar sin más, pero cuando buscas algo entre el humo, aunque lo tengas delante de las narices, no consigues dar con ello. Tuve la esperanza de que Lori no supiera qué película era aquella. Que al menos ignorara que el autor del guión de aquella película filmada hacía unos quince años era yo. En realidad ella no mostró el menor interés por la película, simplemente se le fueron los ojos a la pantalla. Pero yo no conseguí librarme de la sensación de haber sido cogido con las manos en la masa hasta que encontré el mando a distancia. Cuando quise apagar el televisor, la pantalla mostraba la cara de una mujer. La llamaré Delina, el nombre del personaje. Conseguí apagar el televisor y el retrato de Delina desapareció para Lori, se perdió en mi interior como se había perdido en la pantalla del televisor. Lori continuaba de pie, con la bolsa deportiva aún al hombro y en el silencio que se produjo pensé que debía de tener algún problema, de lo contrario no se habría presentado a aquella hora de la noche. Era verdad, estaba en un apuro: me preguntó si podía dormir aquella noche en mi casa. Si te molesta, añadió, no me importa, buscaré otra solución.

Le respondí de inmediato. Por supuesto que no me molesta, le dije, puedes quedarte aquí como en tu propia casa. Entonces me hizo una segunda pregunta. Había estacionado el coche abajo, delante del portal. Quería saber si podía dejarlo allí durante la noche, y yo le respondí que no, durante la noche no era una zona segura, pero un poco más allá había un aparcamiento y podíamos ir a dejarlo ahí. Vi el objeto que iba a conducir la situación a un terreno imprevisto cuando salíamos de la habitación para dirigirnos al coche. Era una fina cadena de oro. Lori llevaba puesta una blusa azul y la cadena se perdía debajo de ella. Al principio era para mí una simple cadena, aunque fuera de oro. Mi problema era otro: dominar a la bestia que se había despertado en mi interior. A solas con Lori, desde el cubil donde se escondía, la bestia lo devoraba todo: las formas del cuerpo de la muchacha, su respiración, el aroma de su carne. Evité los ojos de Lori, no fuera a ser que descubriera a la bestia en los míos. En tales condiciones, una delgada cadena de oro en torno a su cuello era un objeto carente de significado.

Bajamos. Nada más montar en el coche, ella se inclinó sobre el volante, los hombros se le estremecieron y desconcertado comprendí que estaba sollozando. Fue algo inesperado, del todo inesperado. Como el que tiene algo que esconder y se siente culpable, quedé desconcertado. Quizás, dije para mis adentros, ha olfateado algo perverso en mí. A esto se le añadió un nuevo temor: la luz interior del coche estaba encendida, desde el edificio podían verme en una actitud no muy recomendable y quién sabe lo que podían llegar decir. Pero deseché este temor con decisión. Que digan lo que se les antoje, pensé, con tal de que Lori me proporcione una explicación.

Su explicación fue muy sencilla. Aquel día había roto con los dos hombres con los que mantenía relaciones, el presidente mediático de la fundación donde trabajaba y el alto y rubio Sergei. Le estaban amargando la vida con sus celos enfermizos y no podía continuar soportándolos. El conflicto con el presidente parecía definitivamente zanjado. Pero el otro, se quejó Lori, no me deja ni a sol ni a sombra. Tiene una copia de la llave del apartamento, se la había dado yo, y cuando volví a casa lo encontré dentro. Es como una mula, dijo que no se marcharía aunque llamara a la policía. Me indignó tanto que me daban ganas de tirarme desde el octavo piso. Me fui, lo dejé allí dentro. Si le apetece, que se acueste con las paredes.

Se inclinó hacia la guantera del coche y hurgó en el interior hasta encontrar un paquete de cigarrillos. Puede que fuera un breve instante, el que precisó su mano para encontrar el tabaco en una maniobra un tanto complicada en la que se vio obligada a inclinarse. Mientras permaneció inclinada, mis ojos descubrieron que la cadena terminaba en un medallón alojado entre sus pechos. Vaya, me dije, yo he visto en alguna parte ese medallón. Lori encendió un cigarrillo, le dio un par de chupadas, lo arrojó fuera y me pidió que lleváramos el coche al aparcamiento.

Así lo hicimos, llevamos el coche al aparcamiento. Entre tanto, yo me sumí en una doble confusión. La bestia en mi interior me irritaba los nervios. Igual de nervioso me ponía el deseo de saber qué medallón era aquel. En cuanto volvimos al cuarto de estar, Lori me pareció tan indefensa como una gacela que camina por su propio pie hacia las fauces del tigre. Para ocultar mi turbación, con una vivacidad fingida, le expliqué que aquella noche podía dormir en la habitación de Irma. Allí no había cambiado nada, todo continuaba estando en su lugar, incluso, si quería, podía conectarse a internet. Le dije igualmente que, si lo creía necesario, podía darse una ducha. El horario de la bomba de agua había pasado, le aclaré, así son las cosas cuando se forma parte de una comunidad en un edificio, se establecen reglas, pero si ella quería darse una ducha, yo podía bajar a encender la bomba, la llave se encontraba en la planta baja, no creía que provocara protestas de los vecinos a causa del ruido, yo no les había causado nunca la menor molestia, lo haría por ella seguro de que, por una vez, me lo perdonarían. Y después de darse una ducha la invitaba a cenar, una cena modesta preparada por un hombre no demasiado ducho en los asuntos culinarios.

De todo aquello, lo que le resultó más atrayente a Lori fue la propuesta de la ducha.

En cuanto a lo de cocinar, dijo, no te molestes, lo único que deseo hoy es dormir. No me quedó otra solución que bajar. Puse en marcha la bomba, dejé una nota en la que rogaba que no la apagaran en treinta minutos y, cuando volví a subir, Lori ya se había metido en el baño. Entonces me acordé del medallón. No se estará lavando con el medallón al cuello, pensé. De puntillas, entré en la habitación de Irma. La bolsa deportiva de Lori se encontraba sobre la cama, abierta. Sobresalían de ella las hombreras de un camión, más allá, la blusa y los vaqueros colgaban del respaldo la silla. Sobre la mesilla, junto a la cabecera de la cama, estaba el medallón. Lo cogí con la mano y nada más abrirlo lo volví a cerrar y lo dejé en su lugar. Luego volví a cogerlo y lo contemplé largamente, como si quisiera asegurarme de que era verdad lo que veían mis ojos.

Mis ojos no me engañaban. Salí de la habitación y permanecí durante un rato en el pasillo escuchando el sonido de la ducha en el baño. Me imaginé llevando a cabo un acto insensato, empujar la puerta del baño y penetrar en el interior, donde me encontraría a Dolores bajo la ducha. Me fui, si continuaba un rato más allí corría el peligro de sucumbir a mi impulso demente. Una vez en la cocina, encontré en el armario una botella de coñac y llené una copa. Cuando Lori salió del baño, ya me había tomado dos copas y me encontraba en la sala de estar, sentado a la mesa, con la botella de coñac delante. Así había esperado a Dolores. Después de que hiciéramos el amor, ella iba al baño, se demoraba, de allí iba al dormitorio, de nuevo se demoraba, y cuando volvía a mi lado tenía los ojos enrojecidos. Cada vez que hacíamos el amor, ella lloraba, y a mí no me gustaba que llorara.

Lori tardó pero no había llorado. Cuando llegó de la habitación de Irma y me encontró con la botella de coñac, sus ojos estaban serenos. Poco antes, en el coche, también tú lloraste, aunque yo no tengo nada que ver en eso, quise decirle. Sólo hemos hecho el amor en sueños, y en sueños tú no lloras. Dolores sí, ella lloraba. Cada vez que hacíamos el amor, ella lloraba, y yo no sabía por qué, y sufría como un perro.

Lori permanecía de pie. La invité a sentarse pero ella dudó. Dijo que se sentía cansada y al día siguiente debía levantarse temprano. Se veía con claridad, la mezcla de los efluvios de aquella noche ardiente de verano con los vapores del coñac no le hacía sentirse segura. Me alegro de que se te haya ocurrido venir hoy, le dije, me moría de aburrimiento. También yo me alegro, observó ella, me estaba muriendo de disgusto. Si quieres que te diga la verdad, sobre todo estoy contento porque has venido aquí sin miedo. Ahora, creo yo, no debes tener ningún miedo si me bebo unas copas de coñac. Si te pido que te quedes un rato y te tomes un coñac conmigo. Por supuesto, si no te sienta mal. Y si no tienes miedo. El miedo es la peor cosa, querida, te insufla el aliento de la muerte. Pero tú no eres de las que tienen miedo, de lo contrario no habrías venido hoy aquí.

Lori se echó a reír a carcajadas. No esperaba que mis palabras le causaran tanta hilaridad. Por encima de todo, no esperaba lo que siguió: fue a la cocina y volvió de allí

con un vaso. Yo sólo tengo un temor, dijo sentándose en una silla a mi lado. Cuando te acabes la botella, me pedirás que me acueste contigo o vendrás a meterte en mi cama.

Quedé como golpeado por un rayo. Ella me extendió la copa y yo traté de componer una sonrisa miserable. En el estado de k. o. en que me dejó, se me ocurrió explicarle por qué tenía tanta necesidad de beber, y eso estaba relacionado con la mujer del medallón. Conocía a aquella mujer, sabía su nombre. Se llamaba Dolores. Me parecía tener ante mí a Dolores, y a mí me gustaba tomarme un coñac con Dolores. Pero el cerebro no me funcionaba. Habría sido torturante para mí explicarle en aquellas circunstancias mi historia con Dolores.

Le llené la copa y la mano me tembló. Y le dije que era una muchacha inteligente. No sólo eso, era también bastante atractiva. Algo positivo, vamos, no tiene nada de malo ser atractiva a los ojos de los hombres, eso lo sabía ella mejor que nadie, como debía de conocer también el precio: cuando una joven es muy atractiva, se torna también muy deseable. En mitad de esta monserga, comprendí que estaba hablando de más. Además, dando lugar a un equívoco. En cuanto a Lori, se tomó el contenido de mis palabras a su manera. Bebió un trago de coñac y respiró hondo. Tomó otro trago y volvió a respirar hondo, luego se bebió lo que quedaba de un tercer trago. Mi abuela paterna, dijo, me decía eso mismo. Mi abuela paterna, descanse en paz, siempre me advertía que tuviera los ojos bien abiertos, mi cuerpo volvía locos a los hombres y su deseo me acompañaría como una maldición toda la vida... Kristo, no te canses enseñándome cosas que ya me enseñó ella en los tiempos de los pelagos. Tú no eres mi abuela... Y te lo ruego, ¡lléname otra vez la copa!

Enrojeció y a mí me trastornó su cambio de maneras. Me sentí culpable, como me ocurría antaño ante Dolores. Ésta se tomaba las copas de coñac con un solo objetivo: emborracharse y que así le resultaran más llevaderas las sesiones de amor conmigo. Por eso, cuando Lori se llenó y se bebió una tercera copa, recuperé la serenidad. Los vapores del alcohol la sumían en un desenfadado aturdimiento y eso le otorgaba una apariencia irresistible. El rostro se le tornó rosado, los labios se le entreabrieron. Llevaba puesto un vestido fino que, pese a cubrirle el cuerpo, producía el efecto contrario, lo destacaba todo, las zonas cubiertas y las descubiertas. Mis ojos correteaban por los territorios de ese misterio y se detenían en cierto lugar, debajo del cuello, en el valle entre los pechos, y no sabía ya si lo que me atraía eran esos pechos o si buscaba otra cosa más allá de ellos.

No bebas más, le dije de pronto. Me sorprendí yo mismo de haber pronunciado estas palabras. Sin saber con seguridad si se lo decía a Lori o a mí mismo. Le quité la copa, cogí también la botella, fui a la cocina, lo dejé todo en el armario y cuando volví encontré a Lori con los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos. Creí que estaba llorando. Pensé también que era un idiota. En la crisis de remordimiento que me invadió, como me sucedía con Irma cada vez que la zahería sin motivo, quise reconocer precisamente eso. No llegué a hacerlo. Lori se levantó y se apoyó en mí. La palabra

idiota se me quedó en la garganta mientras mi mano se introducía entre sus cabellos y le acariciaba la cabeza. La ternura me poseyó por entero. Y tuve el vislumbre de que sobre mi pecho no se apoyaba su cabeza. Se apoyaba la cabeza de Dolores. El rostro de Liza. Ambas se fundían en mi interior en los contornos de Lori, su última metamorfosis. Las tres eran una: la imagen del rostro hermoso del mundo, que lloraba.

La bestia en mi interior lanzó un alarido. Sumido en la ceguera, me acordé de algo sorprendente, leído o escuchado. El domador de tigres en la arena del circo se cuidaba por encima de todo de una cosa: de no encontrarse nunca tendido bajo el cuerpo de la bestia, entre sus patas. En ocasiones así, la bestia ya no reconocía a su amo, los instintos depredadores despertaban, la criatura de sangre caliente que se encontraba bajo sus garras se transformaba en presa, y la presa había que desgarrarla. Lori continuó apoyada en mí comunicándome la calidez turbadora de su cuerpo y yo tuve miedo de caer presa del instinto. En lugar de eso, le murmuré al oído algo completamente diferente. Querría convertirme en tu sacerdote, le dije. Quisiera que mi casa fuera para ti como un templo. Ven aquí siempre que lo desees.

Le pregunté por el medallón cuando la sentí sosegada y me aseguré de que la bestia en mi interior estaba adormecida. Permanecíamos el uno frente al otro, sentados junto a la mesa. Ella había encendido un cigarrillo y yo le pedí que me revelara el contenido de aquel medallón. Ella se lo quitó del cuello. Son mis padres, dijo. Y me lo tendió para que los viera. Lo cogí y les eché una mirada a los retratos de ambas tapas. Dolores clavó en mí su mirada desde allí dentro. Tu madre debía de ser muy hermosa, le dije. Y en mi cerebro sobrenadó una escena hacía tiempo enterrada. Años atrás, le había dicho las mismas palabras a Dolores acerca de Liza, incapaz de ir más allá, de descubrirle la verdad de mis relaciones con sus padres. Ahora me sentía impotente para ir más allá con Lori. Entre tanto, desde la otra tapa del medallón, me miró un hombre joven. Aparecía sonriente en la foto, con gabardina. Llevaba alzado el cuello de la gabardina y eso le adjudicaba una apariencia deportiva. Los dos han muerto, dijo Lori al tiempo que yo, para encubrir mi turbación, continuaba con el medallón entre las manos.

Se me escapó un «¡ah!». Junto con él, interiormente, se alzó y brotó ante mí una niña. Pequeña, irascible, de ojos claros. Ella extendió la mano, me arrebató el medallón y se lo colgó del cuello. Le pregunté cómo se llamaban, pero ella no quiso decirme cómo se llamaban. Mi nombre es un secreto, dijo, no se lo confío a nadie. Más adelante, tengo la impresión de que fue una niña pequeña quien me contó la continuación de una vieja historia. Se me puso a hablar mientras yo dormía, y su voz continúa resonando en mis oídos.

Te has comprometido a ser como un sacerdote para mí. ¡Pues sea! Acepto confesarme en tu casa, como en un templo.

Mi confesión será más bien una historia de ésas que la gente ya no siente el menor deseo de escuchar, pues le producen desazón. Me has preguntado por el medallón y yo me veo obligada a decir que tiene una historia. Pero con eso no quiero que te entristezcas.

El medallón pertenecía a mi madre. Ella misma lo había heredado de la suya, y hoy ninguna de las dos existe.

No hay en ello nada de particular que pueda despertar interés. Tampoco despiertan interés la muerte del padre de mi madre ni la de mi propio padre. La gente ya no se calienta la cabeza. Todos corren como enloquecidos, la mayoría no sabe por qué ni adónde, basta con correr, con no quedarse atrás, si te quedas atrás estás perdido, nadie se preocupa por ti incluso si ven que las alimañas te están despedazando a plena luz del día, sabedores de que, de acuerdo con la vieja expresión: «Oveja que se aparta del rebaño, se la come el lobo».

Yo he sido toda mi vida una oveja apartada del rebaño. La historia de este medallón es la de la oveja eternamente apartada del rebaño. No recuerdo cuándo ni en qué circunstancias me habló mi madre acerca de este medallón. Recuerdo sólo una cosa: entonces las dos vivíamos en la Villa de las Brujas.

En realidad no era ninguna villa, sino de una vieja construcción de tres plantas de ladrillo rojo sin enfoscar, con una cubierta de tejas. Tampoco sus habitantes eran brujos o brujas. Eran unas criaturas pertenecientes a la raza humana, pero quienes las miraban desde lejos huían de ellas como de la peste. Así se explica el nombre de Villa de las Brujas. Se ignoraba quién la había bautizado de ese modo, alguno de los de fuera, de los que la miraban sin osar acercarse, como si fuera una colonia de leprosos, o bien sus propios habitantes. Circulaba una tercera versión: ese nombre, aceptado por las dos partes, había acabado por arraigar desde que un día, alguno de los que habitaba allí, no se sabía cómo, recibió una carta en la que, bajo la dirección, escrito en letras bien visibles, se leía: Villa de las Brujas.

A propósito, durante todo el tiempo que permanecí en aquel mundo de excluidos, no recibí ninguna carta. Al principio porque no sabía escribir, así que no enviaba ni recibía cartas. Cuando aprendí, no tenía a quién escribir. Mi madre, por el contrario, se sentaba a escribir cartas. En gran cantidad. No a las amigas ni a los allegados. Las amigas y los allegados nos habían abandonado. Sus cartas iban dirigidas a mi padre, y él se encontraba en la cárcel. Yo no recordaba a mi padre. Cuando lo metieron en la cárcel yo era muy

pequeña y sólo conozco su cara por las fotografías. Rara vez recibía mi madre alguna respuesta de él. Siempre que recibía una, lloraba. Luego se sentaba a la mesa y escribía.

Su primera carta desde la Villa de las Brujas se la escribió mi madre a mi padre nada más llegar allí. Eso sucedió una tarde oscura, tras un viaje en la caja de un camión donde habían cargado todos nuestros enseres. Mi madre me había dicho que iríamos a vivir un tiempo a otra ciudad y, cuando llegamos, derrengada de cansancio, no vi ni ciudad ni nada semejante a una ciudad. El camión se había detenido ante un edificio situado al pie de una pendiente desnuda, alrededor no había ni casas ni tiendas. Más allá, hacia el ocaso, se distinguía una serie de edificaciones. Varias de ellas sin acabar, otras abandonadas en los mismos cimientos y alguna prácticamente terminada pero sin ventanas, y todas parecían esqueletos de animales muertos. Más tarde supe que allí habían querido construir una ciudad pero no habían conseguido rematar otra cosa que aquel edificio frente al que nos encontrábamos nosotros.

Tras descargar los bártulos, el camión se fue y durante un rato las dos nos quedamos allí plantadas, sin saber qué hacer. En el piso superior del edificio se movió una ventana, alguien sacó la cabeza y, en el mismo instante, apareció ante nosotras un hombre de cuerpo enorme como si hubiera brotado de la tierra. Esperé a que me preguntara por mi nombre. Todos los hombres que hablaban con mi madre en mi presencia, antes de dirigirse a ella, me preguntaban cómo me llamaba, y yo sentía una perversa satisfacción despreciándolos, sin dignarme siquiera contestarles, y mi madre me reprendía, no eran buenos modales negarse a responder a los adultos cuando te dirigían alguna pregunta. Aquel hombretón no me hizo ninguna pregunta. Ni siquiera me echó una mirada. Más tarde Sergei me dijo que los habitantes de la villa lo llamaban Cerbero. Sergei me explicó que Cerbero era el nombre de un perro temible. Lo que era verdaderamente Cerbero yo lo aprendí años más tarde. Aquella noche yo no había conocido aún a Sergei ni había oído pronunciar la palabra Cerbero. Pero cuando el hombre de cuerpo grande apareció de pronto, me quedé paralizada. Hoy diría que hipnotizada. Como un ratón ante los ojos de una serpiente. No nos preguntó quiénes éramos ni qué queríamos. Esperaba nuestra llegada. Sacó del bolsillo una llave y se acercaron a nosotros dos hombres más, los que habían descargado el camión. Os ayudarán a subir los bultos arriba, dijo Cerbero extendiéndole la llave a mi madre. En la tercera planta. Las formalidades las cumplimentaremos mañana. Como me dijo después Sergei, esta amabilidad dejó a todos sorprendidos. En la Villa de las Brujas, semejante privilegio no lo había disfrutado nadie.

Cerbero permaneció junto a nosotros hasta que los otros dos subieron hasta la última silla. Ninguno de los habitantes del edificio, aparte del que asomó la cabeza por la ventana, dio señales de vida. Cuando la última silla llegó al piso, había oscurecido por completo. Cerbero se marchó recordándole a mi madre la expresión «las formalidades las cumplimentaremos mañana». Ella me sujetaba de la mano y yo noté que la suya temblaba. Luego, en la habitación, entre el barullo de los bultos, me entraron ganas de

llorar. No sé por qué: por el temblor de la mano de mi madre cuando Cerbero le repitió la frase acerca de las formalidades, por el fuerte olor que desprendía aquella habitación de paredes sucias, por las cucarachas que pululaban por el suelo sin inquietarse por nosotras, o por la luz mortecina de una bombilla eléctrica que colgaba del techo. Algo turbio me hacía pensar que todo lo que estaba sucediendo conmigo y con mi madre estaba relacionado con mi padre. Él estaba en la cárcel y en la cárcel encerraban a la gente mala, aunque mi padre no era una persona mala. Cuando los ojos comenzaron a nublárseme, mi madre estaba sentada junto a la mesa en mitad de la habitación y escribía bajo la luz mortecina de la bombilla. Pensé que le escribía a mi padre.

Mi madre le escribió a mi padre varias cartas seguidas, pero él no respondió. Su primera respuesta llegó al cabo de seis meses. Desde este punto de vista, mi periodo de estancia en la Villa de las Brujas lo mido por los intervalos entre las respuestas de mi padre a las cartas de mi madre. Según calculo ahora, a la multitud de las cartas de ella, él respondía como media dos veces al año. Yo no sabía que mi madre guardaba sus respuestas. Descubrí que lo hacía cuando ella ya no estaba. Las encontré en una caja, en total siete, atadas con una cinta. Para entonces ya había aprendido a leer y, por supuesto, en cuanto las encontré, las leí. Son cartas breves, todas con manchas violáceas, lo que permite deducir que mi madre lloraba cuando las leía.

He regresado con frecuencia a aquellas cartas. Me las sé casi de memoria. Puedo decir que son todas la misma carta, las mismas palabras, la misma idea repetida durante años, y al final te devanas los sesos tratando de averiguar cuál era su objeto, por qué están escritas de esa manera, con una implacable duplicidad de sentidos, tras largos intervalos de silencio igualmente implacables. Que mi padre debió de querer como un loco a mi madre, eso se comprende. Sin embargo, hacía todo lo posible por ocultarlo. Y no le cuenta nada sobre sí mismo. Por medio de esas cartas no averiguas nada sobre su vida en la cárcel, ningún detalle por mínimo que fuera, a mí no me menciona en ninguna parte, como si no existiera, no hace una sola pregunta sobre la Villa de las Brujas. Por el contrario, los sobreentendidos acerbos están continuamente presentes, se diría que tuvo siempre un objetivo: hacer sufrir a mi madre. Y si ése fue realmente su objetivo, lo consiguió.

Yo tenía una manera propia de explicar el sufrimiento de mi madre. De acuerdo con lo que ella decía, los causantes de su constante sufrimiento eran los hombres. Cuando mi madre recibió la primera respuesta de mi padre, para mí ya había transcurrido un siglo y como inquilina de la Villa de las Brujas había atesorado una experiencia igualmente larga, secular. Gracias a esa experiencia, desde el punto de vista teórico ya no existía para mí el menor secreto relacionado con los deseos que empujaban a un hombre a acercarse a una mujer. Así pues, para mí ya no existía ningún secreto relacionado con los deseos que empujaban a los varones a acercarse a mi madre y con lo que buscaban de ella. En aquel tiempo, yo incluía a todos los varones del mundo en la categoría de los Cerberos. Sólo

eran excepción dos de ellos, de los que mi madre aceptaba alguna visita en casa, si es que puede dársele ese nombre a nuestra habitación en la Villa de las Brujas.

El primero era Sócrates el Loco. Éste era un hombre viejo, consumido, un poco encogido, que hablaba en voz baja, antiguo habitante de la villa, el único que se encontraba allí desde su fundación. Hacía tiempo que lo llamaban por el nombre del antiguo filósofo y hacía tiempo también que nadie recordaba su verdadero nombre. Algunos se burlaban, decían que no lo recordaba ni él mismo, por eso lo llamaban Sócrates el Loco. Sócrates, que a mi madre no le parecía ni mucho menos loco, iba todas las mañanas junto con los demás a una granja situada a unos cinco kilómetros más allá, cuyas tierras quedaban limitadas por un pantano. La mayoría de los pobladores de la villa en edad de hacerlo trabajaban en los campos junto al pantano. Mi madre, a diferencia de la mayoría, trabajaba en los establos de las vacas, lejos de la ciénaga. La escuela a la que asistían los niños de la granja, donde comencé a acudir también yo, se encontraba todavía más lejos, junto a un edificio de oficinas de una sola planta y otro de dos plantas al que todos temían: el cubil de Cerbero. Pasado algún tiempo, comenzó a decirse que a mi madre se la veía entrar y salir de allí. Estas habladuras coincidieron con su cambio de puesto de trabajo, del establo de las vacas a las oficinas de la granja como limpiadora. Cuando mi madre recibió la primera carta de mi padre, trabajaba aún en los establos de las vacas, y los comadreos que decían que se la veía entrar y salir del cubil de Cerbero no habían llegado a mis oídos. Pero antes dije que ella aceptaba alguna visita a casa sólo de dos hombres. Uno era Sócrates el Loco, el otro era Sergei.

A Sergei lo conocí al día siguiente de mi llegada a la Villa de las Brujas. Cuando abrí los ojos, mi madre continuaba junto a la mesa, como si se hubiera quedado allí toda la noche, escribiéndole a mi padre. La palidez de su rostro me hizo obedecerla en todo sin rechistar. Me pidió que me levantara y yo me levanté. Me pidió que la siguiera y yo la seguí a un habitáculo ubicado junto a la habitación. Me dijo que me lavara, ella se quedó fuera: allí no cabían dos personas. El aire podrido que emanaba del retrete a la turca me subió las tripas hasta la garganta, pero yo no quería molestar a mi madre con caprichos. Me enjaboné las manos, hice lo mismo con la cara, me lavé y, siempre sin palabras, consentí que ella me secara con la toalla. Luego me senté a la mesa, ella me puso delante un plato donde había dos rebanadas de pan untado en mermelada y, pese a que no me apetecía, me puse a masticar hasta que me terminé las dos rebanadas. Entonces ella me dijo que no me preocupara. Hoy me dejaría sola, tenía algunas cosas que hacer, si quería, más tarde podía salir a tomar un poco el aire, pero de ninguna manera debía alejarme. Cuando ella regresara, arreglaríamos las dos juntas la habitación, nuestros enseres continuaban formando un revoltijo, y, sobre todo, me prometió que intentaría encontrar un producto para exterminar aquellas repulsivas cucarachas negras. Vi a Sergei desde la ventana como una hora después de que mi madre se hubiera perdido de vista por un camino de carros que se extendía hacia adelante en la llanura. Estaba jugando con

dos ranas. Hasta aquel día, yo nunca había visto ranas vivas. Sergei me explicó que acababa de atraparlas en unas zarzas cuando éstas estaban haciendo el amor. Me preguntó si había tenido oportunidad de presenciar cómo hacían el amor las ranas y yo le respondí que no, no lo había visto, y le rogué que me permitiera tocarlas con la mano. Él me lo permitió, pero cuidado, me dijo, si la coges con la mano la rana se asusta y se le escapa la orina, y la orina de la rana es blanca, mancha y huele mal. Nada más decir esto, me hizo una pregunta inesperada para mí. Me preguntó por qué nos habían traído aquí y yo me quedé desconcertada. No lo sé, le respondí, pero quizás sea por causa de mi padre, mi padre está en la cárcel y eso debe de ser una cosa muy mala. Pues yo, dijo Sergei, estoy aquí por mi madre, mi madre es rusa y a nosotros, quiero decir a mi padre, a Romeo, mi hermano mayor, y a mí, nos trajeron aquí poco después de meterla a ella en la cárcel, cuando yo era muy pequeño, aún no había empezado a ir a la escuela. Ahora empiezo cuarto, pero el nombre me crea muchas dificultades. Me llamo Sergei. Los chicos se apartan de mí por el nombre y casi todas las noches le pido a mi padre que me lo cambie, todos me llaman el hijo de la espía soviética. Yo me llamo Lori, le expliqué, este año empiezo primero. En cuanto al nombre, no sé si es albanés o soviético.

No era soviético, me explicó mi madre aquella noche. Aprendí también otra cosa que no sabía. Mi nombre era un diminutivo del nombre de mi madre. Había sido deseo de mi padre que me pusieran el diminutivo del nombre de mi madre. Todo esto quise contárselo al día siguiente a Sergei. Ese día cumplí con las mismas tareas matinales, me comí las dos rebanadas de pan con mermelada, permanecí en la ventana hasta que mi madre se perdió en el camino de carros de la llanura y esperé a que Sergei apareciera abajo con las ranas. Apareció, pero sin las ranas. En lugar de eso, llevaba en la mano una pequeña caja de cartón y, dentro de la caja, dos escarabajos. No le pregunté. Temí que me dijera que los había atrapado cuando éstos estaban haciendo el amor. Que me preguntara si había visto alguna vez a unos escarabajos haciendo el amor. Y esta vez, para no parecer una ignorante, le habría mentado, le habría dicho que sí, aunque la verdad era distinta, hasta aquel día yo no había visto escarabajos haciendo el amor ni sin hacer el amor. En lugar de eso, le volví a pedir que me dejara tocarlos con la mano. Sócrates el Loco llegó junto a nosotros cuando Sergei me estaba permitiendo tocar al escarabajo prisionero y éste desplegaba las alas, quiso echar a volar y realmente voló, pero no pudo llegar muy lejos. Sergei lo mantenía sujeto por el otro extremo de un hilo. Sócrates el Loco lo envolvió en una mirada belicosa. Se le acercó, le arrebató el hilo de la mano, durante un rato intentó desatar el hilo de la pata del escarabajo y, como no lo conseguía, se dirigió a mí: desátalo, me ordenó en un tono que no dejaba lugar a réplica, y yo hice lo que me dijo, lo desaté, y el escarabajo voló, desapareció en la distancia, como desapareció también el otro en cuanto el viejo se lo colocó en la palma de la mano y le sopló. Luego agitó el dedo índice delante de mí en señal de reproche, nos dio la espalda, se alejó y yo me quedé atontada, no comprendía por qué agitaba el dedo precisamente delante de mí.

Todavía hoy siento el peso de su mirada. Como el reproche de un mundo muerto. Habitualmente venía a nuestra casa por las tardes. Nosotras lo reconocíamos por la forma de llamar, tres golpes suaves. Yo me apresuraba a abrir la puerta y en el umbral aparecía su rostro con una barba encanecida, sin arreglar. Mi madre le servía aguardiente en una copa de cristal. Él bebía despacio, no tomaba jamás más de una copa. A mí me parecía que, más que el aguardiente, lo que le gustaba era la copa de cristal, que sujetaba y hacía girar entre sus manos como un vestigio de la existencia de otro tiempo. Él no interrumpió sus visitas ni siquiera cuando todos abandonaron a mi madre, sobre todo las mujeres de la villa, con las que ella entraba y salía alguna vez. A mi madre le disgustaba el parloteo, prefería permanecer encerrada en la habitación. Y bebía. En casos así, a quienquiera que llamara, no le abríamos la puerta. No sé cómo se enteraron las mujeres de la villa de que bebía; sin embargo, continuaron acudiendo a visitarla, del mismo modo que las visitaba ella. Le declararon el boicot cuando se corrió la historia de que se la veía entrar y salir de la guarida de Cerbero, pero eso sucedió más tarde, cuando yo ya iba a la escuela. Y éste es el momento de reconocer el pecado más grande de mi vida: en aquel tiempo yo odiaba a mi madre. Ahora me despierto por las noches, una pesadilla me oprime la garganta: tengo la impresión de formar parte también de la multitud que la condujo a la muerte.

Me esfuerzo a menudo por encontrar una explicación a mi odio de entonces. Pero la espiral del razonamiento me conduce a caminos sin salida. Todo debió de comenzar cuando comprendí que las cosas de este mundo no me causaban ya impresión y este descubrimiento lo relaciono con una tarde ardiente. Mi madre no logró nunca encontrar un remedio para las cucarachas, que continuaban pululando por la habitación de forma soberana. A la luz mortecina de la bombilla eléctrica, mi madre permanecía en pie en medio de la habitación con un matamoscas en la mano, vigilando a las cucarachas, y en cuanto aparecía alguna iba a por ella y la mataba, aunque a veces no lo conseguía. Pero aunque matara algunas, no desaparecían, salían de las rendijas como una caballería negra, y ella se ponía nerviosa, sobre todo conmigo. Yo llevaba tiempo ya sin ayudarla en la guerra contra las cucarachas. A mí no me inquietaban, eran tan habitantes de la habitación como nosotras, y nosotras no éramos muy diferentes de las cucarachas. Precisamente esa tarde ardiente, después de que mi madre se hubiera puesto nerviosa con las cucarachas, aunque tal vez más conmigo, se sintió en la puerta la llamada de Sócrates el Loco. Corrí a abrir la puerta. Mi madre interrumpió la batalla, invitó al recién llegado a sentarse y le sirvió un aguardiente en la copa de cristal.

No puedo afirmar que Sócrates el Loco le contara a mi madre el final de su padre aquella misma tarde. Puede que se lo hubiera contado antes, puede que se lo contara más adelante, otra de aquellas tardes. Pero yo recuerdo con claridad que hubo una tarde ardiente, cuando quiera que fuera, en que una historia la hizo llorar a mi madre y a mí me dejó indiferente, pese a referirse a mi abuelo. Sólo supe más adelante quién era mi abuelo materno. Su sombra me ha perseguido de cerca desde aquella tarde caliente de mi

infancia en la Villa de las Brujas, cuando por boca de Sócrates el Loco me enteré de su final. Mi madre nunca me había hablado de él. Hasta entonces yo conocía a mi abuela por parte de padre, pero ella se encontraba lejos, en la ciudad de M. Nosotras no podíamos ir a visitarla ni ella podía venir a visitarnos. En cuanto a los abuelos por parte de mi madre, los dos habían muerto, sólo eso sabía. Y me sorprendí cuando por boca de Sócrates el Loco oí que mi abuelo no había muerto como la mayor parte de los mortales.

Estaba tumbada en el sofá. No estaba demasiado atenta a la conversación de ellos, ya porque el calor asfixiante de la tarde no me permitía concentrarme, ya porque me atraían más las cucarachas. Aparecían en los rincones más oscuros; al principio, indecisas, siempre vigilantes. Luego se les pasaba el miedo, no las amenazaba ningún peligro, lo comprobaban y corrían llenas de contento de un rincón de la habitación al otro, y yo esperaba con curiosidad a que se emparejaran, había tenido ocasión de ver a cucarachas emparejadas, haciendo el amor, como habría dicho Sergei. Finalmente conseguí dar con dos de ellas una pegada a la otra, inmóviles, como muertas, y en ese momento Sócrates el Loco dijo algo que atrajo mi atención. Dijo que a mi abuelo lo habían matado por orden de Hades. No sé si me causó mayor impresión que a mi abuelo lo hubieran matado o el nombre de Hades, pronunciado por el visitante entre dientes, en voz baja. Sin separar los ojos de las cucarachas, presté oído a la conversación. Yo fui testigo del crimen, continuó Sócrates el Loco, me encontraba ingresado en el hospital de la cárcel al mismo tiempo que él. Lo estaban tratando de los riñones, pero juro que su estado no había llegado a un punto límite. Lo mataron con una inyección, y él luchaba sin que nadie acudiera en su ayuda, no apareció ningún médico que lo atendiera mientras se debatía en su agónico sufrimiento, hasta que expiró y se corrió la voz de que había muerto de una crisis de uremia. ¡Patrañas! Hades no podía dormir tranquilo sin saberlo muerto. Ese vagabundo los mató a todos así, uno tras otro, como me mantiene confinado a mí en este lugar extraviado donde nadie recuerda siquiera mi nombre. Tu padre al menos conservó su nombre.

Parece que a mi madre no le consoló que su padre hubiese conservado el nombre. Se anegó en llanto. Dijo que algo así había oído contar, pero no por testigos oculares. Añadió que en aquel tiempo era pequeña. Fíjate, observó mirando hacia mí, como Lori ahora, y me encontraba en estas mismas circunstancias, en un agujero entre dos montañas.

Cuando mi madre miró hacia mí yo tuve un impulso de levantarme. Acercarme a ella, decirle que me daba pena por todo. Por el abuelo al que habían matado en el hospital de la cárcel. Por ella misma que a mi edad había vivido en un agujero entre dos montañas. Preguntarle si ella al menos había conocido a su padre antes de que lo mataran. Porque yo no recordaba al mío, sólo conocía su cara por fotografías y, en cualquier caso, ella no debía llorar ahora, como no me daban ganas de llorar a mí aunque mi padre estuviera en la cárcel y tuviese aproximadamente las mismas razones que ella para llorar. No me moví. Mis ojos fueron a parar a las cucarachas, que entre tanto se habían emparejado, y

mi mente se evadió. Las cucarachas copulaban como las ranas. Como los búfalos. Un día había ido con Sergei al pantano en busca de nidos con huevos de pato salvaje y en lugar de eso nos encontramos con dos búfalos montados. El búfalo es de cuerpo grande, la búfala, más pequeña. Me quedé aterrada con la imagen que se presentó ante mis ojos. Me pareció que el búfalo, alzado sobre las patas traseras y las dos delanteras sobre el lomo de la búfala, haciendo unos movimientos repulsivos y sosteniendo con dificultad la cabeza erguida, iba a aplastar a la búfala bajo su enorme peso. La iba a enterrar en el pantano. Pero la búfala no hacía ningún intento por liberarse, permanecía inmóvil, permitía al búfalo que hiciera lo que se le antojara, mientras Sergei disfrutaba mirando y comenzaba a emitir una especie de grititos. Tuve miedo de que en aquel frenesí pretendiera hacer conmigo lo mismo que hacía el búfalo con la búfala. Asustada, salí de estampida, regresé a casa en un suspiro corriendo por el llano, con la imagen de los búfalos que no se apartaba de mí y el miedo, nunca antes experimentado, al frenesí de Sergei.

El nombre de Hades suscitó en mí un último estímulo para tomar parte en la conversación de los mayores. Quise preguntarle a alguno de ellos, a mi madre o a Sócrates el Loco, quién era Hades. Pero renuncié también a esto. En cierta manera, me proporcioné yo misma la respuesta. Debía de tratarse de un ser más o menos semejante a Cerbero. Siempre que me cruzaba con él en el centro lleno de barro y de estiércol de la granja, al salir de la escuela o al entrar en ella, recordaba el temblor de la mano de mi madre la tarde de nuestra llegada a la Villa de las Brujas, y me recorrían estremecimientos. Yo aún no sabía que, al igual que Hades era incapaz de conciliar el sueño sin ver muerto a mi abuelo, tampoco Cerbero podía descansar tranquilo sin empujar a mi madre a la muerte. A menudo me parece que Cerbero y Hades son representaciones distintas, en tiempos y lugares diferentes, de la misma persona.

El derrumbamiento de mi madre comenzó poco más tarde. Coincide con la llegada de la cuarta o la quinta carta de mi padre, cuando empezaron a llamarme la atención algunas transformaciones en su comportamiento.

Yo salía todos los días hacia la escuela acompañada por ella. Cuando llevábamos andando como una hora por el camino de carros, ella doblaba en dirección a los establos y yo continuaba adelante, hacia la escuela. Un día me desperté enferma, tenía mareos y sentía deseos de vomitar. Eso significaba que mi madre no me permitiría ir a la escuela. En casos así, permanecía junto a la ventana durante horas enteras. Era muy interesante. De cuando en cuando aparecían algunos pobladores de la Villa de las Brujas, a los que yo conocía ya en su totalidad y de cuyas historias estaba al tanto. Por ejemplo, el padre de Sergei. Era éste un hombre de elevada estatura, con una mandíbula prominente, ex oficial del ejército. Ahora trabajaba en los campos y, según se decía, hacía el amor con una mujer de la aldea. A ella se le había muerto el marido y era un verdadero adefesio. Sabía montones de historias así, aprendidas de las visitas que recibía mi madre. Pero, a

mis ojos, los más enigmáticos continuaban siendo los vecinos de la puerta de enfrente: una mujer que no salía nunca en compañía de sus hijos a trabajar, una chica y un chico, ambos ya mayores. Aunque vivían enfrente de nosotros, los veía rara vez. Según contaban las mujeres, aquella era la familia de un hombre poderoso condenado a prisión, y la mujer se empeñaba en mantener su arrogancia, no se dignaba a descender al nivel de los demás. A continuación, añadían algo increíble: el hijo hacía el amor con su hermana. Lo decían por deseo de venganza, eso pensaba yo. Tanto el chico como la chica eran hermosos como dos luceros, todo el tiempo lo pasaban juntos y solos, desdeñosos como la madre.

Ese día que amanecí enferma, observé desde la ventana el regreso del rebaño humano. Primero llegó la mencionada pareja de bellezas, el último fue Sócrates el Loco. Todos sucios, cubiertos de barro. Continué en la ventana incluso tras la vuelta de Sócrates el Loco. El rebaño no había vuelto entero. Faltaba mi madre. Pasó una hora y aún no se la veía. Fue un día oscuro, cubierto de nubes bajas, sobre el pantano descargaban los rayos. Distinguí a mi madre en la llanura cuando el cielo relampagueó y se difundió un fuerte trueno. En la distancia, podía verse una cortina de agua. Mi madre fue aproximándose al mismo tiempo que la cortina de agua. Y llegaron a la vez, mi madre a la habitación y las gruesas gotas del aguacero a la ventana.

La primera cosa que atrajo mi atención fue un objeto que ella llevaba bajo el brazo, envuelto en papel de periódico. Me llamó asimismo la atención que había bebido. Cuando se inclinó a besarme, olía a alcohol. Mi madre bebía en casa, nunca había sucedido que al regreso de los establos oliera a alcohol. Ella se ponía botas y mono en la cuadra y luego los dejaba allí, aunque sus ropas seguían trayendo a casa el olor a establo. En vano se mudaba de nuevo al llegar, en nuestra habitación siempre había algo que desprendiera olor a cuadra. Su propio cuerpo olía ya a cuadra. Y tal vez fuera ésta la razón de que, finalmente, mi madre decidiera buscar un camino para librarse de ese olor. Pero aquel día yo no sospeché nada. En consecuencia, no me esforcé en imaginar por qué precisamente aquel día mi madre había vuelto a casa sin oler a cuadra pero oliendo a alcohol. Tampoco el objeto que llevaba bajo el brazo envuelto en papel de periódico me despertó ninguna sospecha. Era un radio transistor de la marca Iliria. Nosotras no teníamos radio y en la Villa de las Brujas nadie tenía transistor, mucho menos de la marca Iliria. Mi madre había traído uno solamente para mí. Hubiera o no corriente eléctrica, yo podía escuchar lo que se me antojara, sobre todo la emisión «Teatro en las ondas». Me moría por la emisión «Teatro en las ondas». Una vez a la semana, todos los viernes por la tarde, iba a ver a Sócrates el Loco, él tenía una radio, aunque estas visitas no duraron mucho. Junto con él, en el mismo apartamento, vivía una familia con tres hijos ya mayores. Yo los incluí enseguida en la categoría de los Cerberos. Los Cerberos tenían todos el mismo morro, dentro y fuera de la Villa de las Brujas. Como muchos otros, éstos comenzaron a hacerle la vida imposible a mi madre, la abordaban en la calle,

la seguían, venían incluso a casa, llamaban a la puerta, y aquel fue un negro periodo para mí y para mi madre. No sé qué hizo ella para que la dejaran en paz.

Aquel día le hice a mi madre una sola pregunta: dónde había comprado el radio transistor. Ella me respondió con evasivas. No lo he comprado, dijo, lo he traído para ti. Su respuesta me bastó. No tenía importancia si lo había comprado o no, había logrado hacerme con un radio transistor. Lo encendí, sintonicé la emisora, estaban poniendo música, y entre tanto mi madre se había cambiado, se había puesto la ropa de estar en casa y leía una carta. Debí de ser la cuarta o la quinta carta de mi padre. Aquel día, después de leer la carta, no lloró. Ni se sentó a escribir de inmediato, como hacía normalmente. Dobló la carta en cuatro, la metió en el sobre, y luego guardó el sobre en alguna parte. Recuerdo que se sintieron tres suaves golpes en la puerta. Yo apagué la radio. Y no corrí a abrir la puerta. Mi madre me hizo señas de que no lo hiciera.

Varios días después, cambió de puesto de trabajo: de las cuadras de las vacas pasó a las oficinas de la granja, como limpiadora. Yo no estaba entonces en condiciones de medir ese cambio. Ni de plantearme preguntas. Observé solamente una cosa: mi madre comenzó a prestar atención a su aspecto. Al comienzo esto no me causó ninguna impresión particular. El cuidado de mi madre por su apariencia se convirtió para mí en una tortura cuando llegaron a mis oídos ciertos cuchicheos según los cuales se la veía entrar y salir del cubil de Cerbero. Y que el radio transistor de marca Iliria era bien conocido por los vecinos de la Villa de las Brujas. Lo habían visto en la oficina de Cerbero siempre que algún asunto les obligaba a entrar allí. Acudían a convocatoria de Cerbero. O con el fin de obtener de él un permiso para visitar a sus allegados en las ciudades de las que habían sido desterrados. Todo esto me lo contó un día Sergei, al borde de la ciénaga. Estábamos buscando nidos con huevos de pato silvestre y de nuevo se nos aparecieron los búfalos, y yo me marché, ya fuera por lo que supe de labios de Sergei acerca de mi madre y la procedencia del transistor, ya por miedo a que los búfalos se emparejaran y Sergei se pusiera a lanzar sus gritos.

Más adelante, cada vez que veía a mi madre arreglándose ante el espejo, me sumía en un estado enfermizo. Se me aparecía la escena de los búfalos en la ciénaga, el macho alzado sobre las patas traseras y las delanteras apoyadas sobre el lomo de la hembra, con aquellos movimientos horribles, la cabeza que apenas podía sostener alzada, y la hembra de cuerpo más pequeño debajo, doblegada. A mí se me antojaba que ella era mi madre, y sobre ella Cerbero, y éste la mantenía sujeta con sus garras, la aplastaba bajo el peso de su cuerpo enorme, y yo sentía deseos de gritar, de correr a arrebatárselo a mi madre el peine de la mano, también el espejo, y hacerlos pedazos, decirle que se había convertido en una puta, ya había aprendido esa palabra, y no una puta cualquiera, la puta del monstruo que torturaba a los habitantes de la Villa de las Brujas, y éstos la señalaban con el dedo, la odiaban, como la odiaba también yo.

Nunca le rompí a mi madre el peine ni tampoco el espejo. Al principio sufría interiormente. Era una corrosión extenuante, que me destruía los nervios. Hasta que un

día, al salir de la escuela, no tomé el camino de carros a través de la llanura para regresar a la Villa de las Brujas. Permanecí oculta tras una cerca desde donde podía verse el edificio con cubierta de tejas de las oficinas de la granja y, frente a él, la guarida de Cerbero. Cuando todos se marcharon y sólo quedó abierta la barbería, vi a mi madre. Salió de las oficinas y se dirigió directamente al cubil de Cerbero. La escena del pantano se me presentó ante los ojos, pero en lugar de los búfalos, aparecía Cerbero con mi madre. Tuve el impulso de echar a correr hacia aquel edificio sin tener muy claro para qué, bastaba con irrumpir, penetrar en el interior y ponerme a dar alaridos. Me conformé con marcharme. Me sentí abandonada, sola en un mundo de Cerberos. Y de seres débiles como mi madre. Ellos eran semejantes, Cerbero y mi madre. Comparables con los búfalos del pantano. Con las ranas. Con los escarabajos. Si hubiera sido posible transformarlos en escarabajos, los habría matado sin la menor compasión a los dos. Como mataba mi madre las cucarachas de nuestra habitación. Una vez de vuelta en casa, encontré el radio transistor y me coloqué en la ventana. Con el cerebro vacío y el alma consumida. Era incapaz de llorar. En la línea del horizonte apareció un punto negro y yo me dije que era un escarabajo. A medida que se aproximaba, el punto fue creciendo, comenzó a adquirir formas y, finalmente, distinguí a mi madre. Cuando llegó al pie de la Villa, arrojé el radio transistor por la ventana. Fue a caer con estrépito delante de sus pies. Mi madre alzó la cabeza y yo vi su rostro aterrado.

Ése es el recuerdo que me ha quedado de mi madre, su rostro aterrado. Nuestras miradas se cruzaron pero yo no aparté la mía. Fue ella quien lo hizo: se inclinó y recogió del suelo el transistor despedazado. Yo continué junto a la ventana incluso cuando oí girar la llave en la cerradura. Mi madre penetró en la habitación sin decir nada. Al contrario de lo que esperaba, no me dirigió ni un solo reproche. Dejó la radio en un rincón y, con voz sosegada, como si no hubiera sucedido nada, me preguntó qué quería que preparara para comer. Yo le respondí seca y lacónicamente: ¡No quiero nada! Ella insistió, me preguntó si deseaba que cocinara para aquella noche un *trishk* —el *trishk* era un dulce que a mí me gustaba mucho y en nuestra casa pocas veces se preparaban dulces—. Le respondí de nuevo fría y cortante, no. Mi madre palideció. Había perdido toda autoridad sobre mí. Ni siquiera deseaba ejercer la menor autoridad sobre mí. Deseaba solamente una cosa, que no le destrozara el alma. Pero yo estaba decidida a hacerlo.

Cuando cayeron en mis manos las cartas de mi padre y las leí, con inconsolable remordimiento de conciencia descubrí que, en aquella época, mi deseo de hacer sufrir a mi madre era semejante al de mi padre. Mi pobre padre debió de padecer terriblemente a causa de los celos, como padecía yo. Ignoro lo que mi madre le escribía, pero estoy convencida de que otras personas le enviaban siniestras misivas acerca de ella. Hasta que decidió no volver a escribir. También él decidió abandonarla, a ella, que ya había sido abandonada por todos. Y ése fue el principio de su fin.

Entonces, en la escuela, a mí me llamaban la hija de la puta. Yo era la mejor de la clase en cuestión de aprender, pero no faltaban quienes me advirtieran que me esforzaba en vano. Hija de un preso político y de una puta, hija ella a su vez de un ex preso político famoso, mi sitio estaba en la Villa de las Brujas. Y no llegaría nunca más allá de los campos bordeados por la ciénaga. Este desafío me corroía a diario. Y fue así como, finalmente, un día, durante la clase, me estremeció una idea terrible: vi en la suerte de mi madre mi propio futuro. Es decir, llegaría un día en que yo me casara con un hombre como mi padre. Él iría a parar a la cárcel y a mí, dondequiera que me encontrara, me esperaba la Villa de las Brujas. Ella era eterna, como era eterno Cerbero.

Sin pedirle permiso al maestro, me levanté y salí. No tenía demasiado claro lo que estaba sucediendo en mi interior. Sentía arrepentimiento y terror. Por encima de todo, deseaba estar junto a mi madre. Besarle las manos. Pedirle perdón. Decirle que era para mí el ser más querido en el mundo. Así lo hice, fui directamente a la oficina de la granja, pero no encontré a mi madre. Un hombre me dijo que se había marchado hacía una hora.

Eché a correr a través de los campos. Todo lo que me daban las piernas. Con el rostro ardiente y sudoroso. Y un intenso deseo de llegar a casa cuanto antes. Y nada más llegar arrojarme al cuello de mi madre. Asegurarle que de ahora en adelante la obedecería en todo. No la dejaría nunca sola. De ahora en adelante no debía preocuparse porque las mujeres de la Villa de las Brujas no acudieran a visitarla. De ahora en adelante me tendría a mí, siempre a su lado, como un perro fiel, dispuesta a defenderla de los peligros, a pelear por ella, a morir por ella. Cuando llegué a casa y penetré en la habitación, todo lo anterior se me quedó atascado en la garganta. Sócrates el Loco se encontraba al lado de mi madre. Ella estaba sentada en una silla, junto a la mesa. Su cara estaba pálida. Jamás había visto una palidez semejante en el rostro de mi madre. Ella me echó una mirada, luego apartó los ojos de mí y los detuvo fijamente en alguna parte, en el vacío. Y a mí me recorrió un estremecimiento, supuse que estaba enferma. Me acerqué a ella, le pregunté qué tenía, y ella continuó igual, sin responderme, pálida como la cera, con la mirada siempre en el vacío, hasta que Sócrates el Loco me posó la mano en la cabeza, me apartó de ella, luego se inclinó, me besó en las dos mejillas y con voz ahogada me suspiró al oído que no cansara a mi madre en ese momento, le había sucedido algo muy malo.

Conocí poco después los detalles de lo sucedido. Primero me enteré de que mi padre había muerto. Esto me lo hizo saber Sócrates el Loco cuando tomé asiento en el sofá y él vino a colocarse a mi lado, me puso de nuevo la mano sobre la cabeza y, con voz ahogada, me anunció la triste noticia de que mi padre había muerto, aunque yo no debía dejarme abatir, debía ser fuerte. La verdad era algo más complicada. Mi padre no había muerto a consecuencia de ninguna enfermedad. Lo habían matado junto a otro preso en un intento de fuga de la cárcel. Los detalles llegaron a la Villa de las Brujas una semana después del suceso, cuando su cuerpo ya descansaba bajo tierra, en alguna fosa de algún

paraje del que no tendríamos noticia jamás. Puede que mi madre conociera desde el principio estos detalles, pero yo no los supe por ella. Ella nunca permitió que mantuviéramos ninguna conversación acerca de la muerte de mi padre. Ni sobre los detalles de su asesinato. A partir de ese día, se encerró en sí misma. Y yo pasé un periodo terrible, el más terrible de mi existencia.

Se presentó en el trabajo al día siguiente. Como de costumbre, me llevó consigo por la mañana y juntas recorrimos el interminable camino de los carros. Ella caminaba delante, yo detrás. En un silencio de cementerio. Este recorrido a través de la superficie muerta de la llanura se convirtió para mí en una tortura. Caminaba tras ella segura de que si le hablaba no me respondería. Ella ya no soportaba a nadie, ni siquiera a mí. Ahora ni siquiera Sócrates el Loco era bien recibido; cuando venía, mi madre callaba, con gran dificultad articulaba alguna palabra, hasta que el otro se marchaba y ella se apresuraba a cerrar la puerta con el cerrojo. Luego, mientras las cucarachas deambulaban sin miedo de un rincón de la habitación al otro y se atrevían incluso a encaramarse a la mesa, bebía. A veces lloraba. Y yo la contemplaba con el corazón encogido. No osaba hablarle, hacerle una sola pregunta, ni mucho menos decirle que no bebiera. Una vez que hice esto, me gritó, y yo tuve miedo de que fuera a pegarme, aunque no me pegó. Por lo que recuerdo, me enseñó el medallón en uno de aquellos estados de ebriedad tras los cuales, al día siguiente, apenas era capaz de levantarse, si no la despertaba yo lo más probable es que no se levantara siquiera. Y caminábamos las dos a través de la superficie muerta de la llanura, ella delante y yo detrás, y nos separábamos en el centro, siempre embarrado, de la granja, ella giraba en dirección a las oficinas y yo continuaba adelante hacia la escuela, y así todos los días, en una monotonía combinada con miedo que creí que nunca tendría fin.

Uno de aquellos días, cuando salí de la escuela, Sergei me esperaba afuera. Entonces él estaba en octavo y yo en cuarto. Parecía desconcertado y dijo que quería contarme algo importante. El asunto era el siguiente: a la puerta de las oficinas de la granja había pegado un periódico mural escrito con grandes caracteres. Los autores planteaban el siguiente interrogante: ¿Hasta cuándo la dirección mantendrá como limpiadora a una perdida, hija y esposa de enemigos del pueblo, mientras nuestras mujeres y jóvenes honestas se desloman en los campos? Luego se añadían algunas otras palabras que, según Sergei, eran pullas dirigidas a Cerbero, aunque su nombre no era mencionado. El periódico mural no me causó la menor impresión. El diablo ya era demasiado negro como para ennegrecer todavía más. De este modo debía de pensar también mi madre. Ella había vuelto a casa antes que yo y me pareció tranquila. No hicimos ninguna alusión al cartel, de modo que a ella tampoco le había causado una especial impresión.

Aquella tarde mi madre bebió, no tanto como para emborracharse, no quedaba en la botella suficiente aguardiente como para que se emborrachara, y por la mañana me dijo que no se encontraba bien, debía hacer yo sola el camino hasta la escuela. Estaba pálida. Todas las mañanas se levantaba pálida y yo no tenía ninguna razón para preocuparme

por la palidez habitual del rostro de mi madre. Dio la coincidencia de que, nada más bajar, afuera, me encontré con Sergei. Me propuso que no fuéramos a la escuela aquel día. Su plan consistía en que nos marcháramos al pantano, como siempre en busca de huevos de pato silvestre, aunque siempre habíamos fracasado, nunca conseguimos encontrar nidos de pato silvestre con huevos dentro. Por aquellas tierras los patos silvestres no se dejaban ver jamás. En lugar de ellos se nos aparecían los búfalos, y a mí ese animal no me gustaba, me parecía terriblemente feo y sucio, repulsivo. Sin embargo, acepté la proposición de Sergei, a fin de cuentas la escuela ya no tenía sentido para mí, sacara buenas o malas notas.

Mi madre puso fin a su vida mientras yo vagaba con Sergei en busca de nidos con huevos de pato silvestre. En vano. Vimos sólo a una serpiente que se abalanzaba sobre una rana y observamos la escena ocultos en el cañaveral mientras se la tragaba lentamente, hasta devorarla por entero. Más tarde, esta escena me ha atormentado de forma continua. Me atormenta todavía hoy. Tengo la sensación de que mi madre se marchó de este mundo mientras yo contemplaba cómo una serpiente devoraba a una rana. En aquellos instantes pensaba que la rana debía de sufrir terriblemente y, si hubiera tenido posibilidad de gritar, habría dejado escapar unos chillidos estremecedores. La rana no podía gritar y la serpiente se la tragó en silencio. Y a mí me parece que también mi madre fue tragada por una serpiente. En silencio. Debió de tener una muerte terrible, pero nadie oyó nada, ni el más leve quejido.

Regresé a casa hacia el anochecer. Hacía tiempo que se habían llevado a mi madre. En la habitación encontré solamente a Sócrates el Loco. Aquella noche se quedó conmigo. Se quedó también otras noches.

Mi madre había bebido raticida. Entonces yo no sabía lo que era el raticida. Y se me estremecen las carnes cuando pienso lo que debió sufrir. Sólo tengo un consuelo: conozco el emplazamiento de su tumba. Un día iré allí. Ahora no quedan de ella más que los huesos, pero al menos sé dónde encontrarlos. Los sacaré de allí y los enterraré en otra parte. En un lugar al que iré para llevarle ramos de flores. Para no dejarla en la Villa de las Brujas para la eternidad. Aunque por mi padre no puedo hacer nada. Nadie sabe dónde lo sepultaron.

Tres o cuatro días después del entierro de mi madre, me dijeron que me presentara en el cubil de Cerbero. Allí me esperaba un hombre. Venía enviado por mi abuela paterna y Cerbero me hizo saber que aquel mismo día debía marcharme, irme con aquel hombre. No presenté ninguna oposición. No tenía motivos para presentar ninguna oposición. Así fue como abandoné la Villa de las Brujas y fui a vivir con mi abuela en la ciudad de M. Después, todo es perfectamente banal, no hay nada que contar.

Al día siguiente me sentía como una concha vacía. No había pegado ojo en toda la noche a excepción de un momento hacia el amanecer. Parece que Lori eligió precisamente ese momento para marcharse. Y había dejado sobre la mesa un papel con la nota: «Eres un cielo».

La idea de salir en busca de trabajo se me ocurrió aquel día. Puede que las palabras «Eres un cielo» desempeñaran algún papel en ello. Guardé esa nota como si se tratara de mi único vínculo con el mundo. Mi locura comenzó justamente cuando se me antojó que vinculándome con el mundo podría aferrar un hilo que me vinculara con Lori. Y el hilo más fuerte iba a ser una cadena de televisión. Por ejemplo, la cadena privada Sirius, en la que ponían con mayor frecuencia películas rodadas a partir de mis guiones.

Durante aquella noche de insomnio, la ciudad de M. había estado rondando en mi cabeza. También el fantasma de Hades. La trayectoria de mi vida se cruzaba en esa ciudad con las trayectorias de otras vidas y, por fuerza, eso debía de ser para mí algo establecido por la providencia. En cuanto al rey del mundo de los muertos, se me apareció con una capa negra. En vano pretendí averiguar de sus propios labios quién era: la persona así llamada por Sócrates el Loco en el relato de Lori, el individuo de nuestra raza de seres mortales que tendía trampas junto a la cantina El pedestal vacío, o un fantasma alojado en las profundidades de mi propia conciencia. En todo caso, incluso si todas ellas eran manifestaciones distintas de Hades en el espacio y en el tiempo, no me quedaba otro camino: o me aprestaba a la búsqueda de Lori, o quedaría incorporado a la multitud que merodeaba en torno a la cantina El pedestal vacío.

Regresé a mi mesa de trabajo uno de aquellos días. Regresé a ella como a una vieja amiga. Fiel hasta la muerte, sin traicionarme nunca. Conservándolo todo con celo, mis locuras y mis pecados. Es del tipo antiguo: pesada, con grandes cajones, antaño le perteneció a mi padre. En ausencia de una habitación de trabajo propiamente dicha, la he mantenido siempre en el dormitorio, contra la pared, junto a la ventana. Sobre ella, en toda la longitud de su superficie, se extiende un estante de madera y, delante del estante, una lámpara. En la estantería yo colocaba los libros nuevos que esperaban a ser leídos y, después de leerlos, los sustituía por otros. Los viejos los metía en cajas de cartón. La mayor parte de ellos, en razón de la falta de espacio, los vendía al peso. Desde hace años, no hay más que libros viejos sobre el estante. Porque desde hace años no compro ninguno. La cosa comenzó cuando me jubilaron y me inicié en el oficio de cambista. Después de apartarme del cine, me desvinculé también de los libros, al comienzo a causa

de los elevados precios, pero más que nada porque ya no tenía tiempo para ellos, me lo devoraban otros asuntos, la lectura se convirtió para mí en un lujo que no podía permitirme. Poco a poco me acostumbré a esta situación, no tenía ya paciencia para leer, para llegar hasta el final de un libro, y eso me disgustaba, me irritaba los nervios.

Aquellos días, cuando terminaba de realizar las acostumbradas faenas domésticas, leía somnoliento hasta que se me nublaban los ojos. Entonces devolvía el libro al estante y me tentaba una sola idea: reunirlos todos, meterlos en su saco y llevarlos al almacén de recogida de papel donde los vendía al peso. Dado que los libros que habían quedado no constituían una cantidad considerable, podía incrementar el peso de la carga con los manuscritos de mis guiones. Los cajones de la mesa estaban repletos de carpetas de guiones, rodados o sin rodar. Guardaba aquellos manuscritos. Un día, lo mismo que vendía libros al peso, llevaría también aquellos papeles para venderlos al peso, cosa que no sucedió, no llegué a vender ni los libros que quedaban ni los guiones. No por ninguna razón, digamos, nostálgica. No fui porque no sabía si continuaba existiendo el antiguo almacén de recogida.

Entre todos los cajones de mi mesa, sólo uno lo mantenía cerrado con llave. Está lleno de carpetas, la mayor parte de ellas marcadas con un número. También éstas pueden servir un día para incrementar el peso de la carga de papel si al final me decido a buscar el antiguo centro de recogida. Sin embargo, no sólo las conservaba sino que incluso las mantenía bajo llave: en su interior se contenían algunas de mis naderías de principiante. Dicho de otro modo, algunos fragmentos de mi vida encerrados en un cajón.

Empiezo por orden, por la carpeta marcada con el número 1. Aquí se encuentra algo especial: mi primer poema. No merecería la pena mencionar este detalle si no guardara relación con el nombre de una persona. Escribí ese poema en cuarto curso de primaria para imitar a un poeta amigo de mi padre. Era un hombre apuesto con un nombre un tanto especial, se llamaba Glorio Encomiable y mi madre no lo soportaba porque lo veía como la persona responsable de la afición a la bebida de mi padre. Había en ello algo de verdad. Siempre que venía a nuestra casa, Glorio Encomiable apestaba a alcohol, y junto con él también mi padre, y mi madre los recibía con el gesto torcido, aunque el otro no se inquietaba mucho por los gestos de mi madre. Había también casos en que venía sobrio, y en una de estas ocasiones yo le mostré mi poema, y él me lo elogió, me dijo que me haría poeta, y corrigió con un lápiz las tres estrofas, las reescribió, y yo las guardo todavía hoy. La profecía del amigo de mi padre, de acuerdo con la cual yo me haría poeta, no se cumplió. Pero si su profecía no representó nada importante en mi vida, muchos años más tarde, él personalmente desempeñó un papel decisivo.

Junto con mi primer poema, en la carpeta que lleva el número 1 se guarda un montón de poemas escritos en momentos distintos en el dialecto del norte, remedos de los poetas shkodranos⁵. Me gustaban mucho, tanto el dialecto como los poetas shkodranos. Me inspiraban hombría. Ése fue el periodo más masculino de mi vida. Los versos patéticos

que escribía con esa suerte de inspiración hacían que me viera a mí mismo como un caballero de leyenda y llevaba permanentemente en la cabeza, a modo de estribillo, los versos: «Cuando un hombre de Albania da su palabra fiera, / hace temblar a Rumelia entera»⁶. Renuncié al dialecto del norte en el tercer curso del instituto, cuando me enamoré de una muchacha de segundo, y junto con ello perdí la hombría. Sorprendentemente, el dialecto del norte no me parecía apropiado para la expresión del amor, y todas las semanas escribía algún poema sufriente, sin atreverme a enseñárselo a ella ni a ninguna otra persona. Mis aventuras poéticas quedaron interrumpidas poco antes de los exámenes de reválida, cuando decidí emprender dos acciones audaces a un tiempo: presentar un ciclo de poemas al periódico *La voz de la juventud* para que los publicaran en su hoja literaria y, el día en que aparecieran, llevar aparte a Teuta, así se llamaba la muchacha, para darle a leer los poemas. Ella comprendería de inmediato que estaban dirigidos a ella, comprendería igualmente que yo no era un chico común y corriente como los demás, yo era un poeta, y por lo mismo más digno que ellos de su amor.

No llegué a publicar ningún ciclo, ni siquiera un solo poema. Las observaciones que recibí del redactor de la página literaria fueron abrumadoras. Tus versos desprenden olor a moho, chaval, me dijo. Y yo abandoné su despacho desconcertado. Tenía la sensación de que yo mismo desprendía realmente olor a moho, y mi desmoronamiento fue completo, de modo que no me atreví a llevar aparte a Teuta. Mi única ventaja respecto al resto de los chicos se vino abajo de manera implacable; así pues, atravesé las vísperas de los exámenes de reválida con un doble fracaso, en la poesía y en el amor. En todo caso, conseguí reponerme, si no lo hacía me esperaba un tercer fracaso, catastrófico éste, suspender en los exámenes de reválida, y yo no era tan pusilánime como para no hacer frente a los dos primeros fracasos; en cierta manera, lo conseguí, llegué a la conclusión de que el redactor de la página literaria de *La voz de la juventud* no entendía una palabra de poesía. En cuanto a Teuta, no tenía ninguna obligación conmigo, no tenía por qué esperar que viniera hasta mí y se pusiera de rodillas, ni siquiera tenía conocimiento de lo que yo sentía por ella. Este razonamiento lógico resultó infructuoso. Cuando, después de los exámenes, decidí llevarla por fin aparte, no para darle los poemas sino simplemente para decirle que me gustaba mucho, me enteré de que Teuta ya estaba ocupada, algún otro había demostrado ser más diligente.

Una segunda carpeta, más voluminosa, por tanto, con mayor peso para incrementar la carga de papel si un día llegara a decidirme a ir en busca del antiguo depósito de almacenamiento, contiene mis naderías del periodo universitario, en la facultad de Lengua y Filología. En ese tiempo ya había abandonado la poesía, en ambos dialectos. La mayoría de los muchachos, escasos en número en mi curso superpoblado de muchachas, eran poetas. Algunos de ellos publicaban, incluso tenían ya algún libro, con lo cual se daban aires de grandeza, ni siquiera estudiaban, pasaban los exámenes con gran

dificultad, y a mí me parecían unos pedorros y unos mostrencos. Pero tal vez esto fuera expresión de un complejo de inferioridad por mi parte. Por ironías del destino, comenzaron a deformarme el apellido precisamente en esa época y, por lo que recuerdo, sucedió por primera vez durante una sesión de entrenamiento militar universitario, cuando un oficial leyó mi apellido de forma incorrecta, en lugar de Tarapi pronunció Trapi, todos se echaron a reír, y la broma me persiguió durante toda la vida a partir de entonces, se diría que en momentos y lugares diferentes alguien les susurrara al oído esta debilidad mía a todos los que no encontraban un medio más sofisticado de burlarse de mí.

Mis banalidades de esta segunda carpeta están vinculadas con Sonia. En realidad se llamaba Sonila, estaba en mi mismo curso y era rubia, sobresaliente en los estudios, la mejor de la clase aunque, como decían los malintencionados, estaba un tanto desfasada. Con buen tiempo, en los descansos entre clase y clase, Sonia se sentaba a un costado de las escaleras, a la entrada de la facultad. Era la época en que se puso de moda la minifalda, aunque allí ninguna muchacha se atrevía a ponerse una realmente. Sonia tenía unas piernas bonitas. Consciente de ello, llevaba faldas cortas, algunas casi minifaldas, y su postura descuidada al sentarse en las escaleras estaba perfectamente calculada. Quienes más lo sufrían eran dos jóvenes profesores que, durante la lección, llegaban a perder el hilo cuando a Sonia se le antojaba sentarse en la primera fila, cosa que sucedía con escasa frecuencia. Por lo común, ella se sentaba en la última fila, donde me situaba también yo.

Establecimos desde el comienzo vínculos de amistad debido a un feliz concurso de circunstancias. Una tarde, el padre de Sonia, un intelectual muy conocido con estudios en París, en el curso de una conversación con varios amigos en su casa, se puso a hablar de mi padre al que había conocido cuando éste estudiaba en Italia. Sonia me lo contó al día siguiente, y parecía impresionada. No sabía que tu padre fuera violinista, un verdadero artista, añadió, al menos así lo calificó ayer mi padre, que no tiene costumbre de elogiar a nadie por nada, aunque se trate de alguien ya fallecido, como es el caso de tu difunto padre.

Luego, después de terminar el segundo curso, durante las vacaciones de verano, nos dimos cuenta de que compartíamos bastantes opiniones. En aquel entonces nos habían enviado a cumplir nuestro periodo de trabajo manual de un mes a Jonufër, a orillas del mar Jónico, donde debíamos participar en el trabajo de abrir terrazas en el campo. Recordaré aquí dos aspectos en los que ella era sensible hasta el extremo. Para empezar, detestaba tanto la terminación en «la» de su nombre como a mí me irritaba la mencionada deformación de mi apellido. Me decía que no perdonaba a sus padres el hecho de que le hubieran pegado a su nombre aquella partícula de resonancia lesbiana que tenía decidido eliminar mediante resolución judicial aunque, durante el tiempo que estuvimos juntos, hasta su expulsión de la facultad hacia el final del tercer curso, no llevó el asunto ante ningún tribunal. Pero lo más importante era que Sonia tampoco soportaba

a los poetas del curso, los llamaba gallitos aldeanos de pelea, mientras que ellos, para devolverle la pelota, la ofendían calificándola entre dientes de tabla de planchar. Porque, además de la tercera sílaba de su nombre, había otro hecho que hacía sufrir verdaderamente a Sonia, y es que tenía los pechos pequeños. En realidad, sus pechos no eran tan pequeños, yo se lo decía con toda sinceridad. Pero cuando a alguien se le mete algo en la cabeza, como era el caso de Sonia, que se empeñaba en que no tenía prácticamente pecho, no hay nada que hacer. Lo único que me quedaba por hacer era escucharla cuando me explicaba que en el extranjero se había encontrado un remedio para ese defecto, se realizaba cierta especie de operaciones llamadas de cirugía plástica, gracias a las cuales podías dejarte los pechos como tú quisieras, más grandes o más pequeños, incluso, si lo deseabas, podías modificarte los rasgos de la cara. Luego, siempre en Jonufër, acabamos por descubrir nuestra plena coincidencia no sólo en el plano de las ideas; realizamos este descubrimiento una tarde en que, lejos del campamento de los movilizados, decidimos bañarnos a escondidas en una cala rocosa, completamente solos ella y yo, convencidos ambos de que el baño no era más que un pretexto, como se confirmó allí mismo cuando llegó el momento con el que tanto habíamos soñado cada uno por su parte, y que disfrutamos juntos sin ser molestados por los imbéciles de este mundo.

Mi primer intento de escribir en prosa se debió a un desafío que me lanzó Sonia tras nuestro regreso de Jonufër. Me había enamorado de ella con amor de una naturaleza peculiar que no me empujaba a escribir versos como me había ocurrido con Teuta. Esta vez era diferente: no podía estar sin ver a Sonia, la deseaba todos los días, a cada instante, y se trataba de una atracción física irrefrenable. De vuelta en Tirana, las cosas se pusieron difíciles, no sabía adónde llevarla, si hubiera encontrado un piso, Sonia no se habría negado a venir, aunque padecía un miedo enfermizo a que la pillaran en flagrante delito. Por no mencionar que por las tardes estaba constantemente ocupada, recibía clases particulares de inglés. En pocas palabras, cuanto más la deseaba, más reducidas eran las posibilidades de hacer el amor con ella, cosa que sólo sucedía cuando ella misma inventaba para sus padres una mentira, y en tales casos nos reuníamos hacia el anochecer junto al dique del lago artificial, nos ocultábamos entre los árboles y todo debíamos hacerlo con prisas, cada minuto era precioso, pues Sonia debía regresar cuanto antes a casa para no tener que dar explicaciones.

Acepté su desafío una noche bochornosa de finales de agosto, después de nuestro encuentro habitual, y la causa de ello fue un suceso inusual. A pocos metros de donde nos encontrábamos, alguien había asistido a nuestra escena de amor y nosotros, ya fuera debido a la oscuridad o a nuestro propio furor amoroso, no habíamos reparado siquiera en que al individuo se le hubiera escapado un solo gemido. Al comienzo yo no entendía nada. Aquella noche Sonia estaba insaciable, habría sido preciso un torrente de virilidad para aplacarla. También ella gemía como en un delirio y ésta fue la razón de que yo al principio no me percatara de nada. Lo hacíamos siempre de pie. Sonia se negaba a

tumbarse en el suelo o sobre un banco. En la pequeña cala de Jonufër había resultado más fácil para mí. Lo hacíamos en el mar y ni siquiera sentía su peso. En el agua su cuerpo parecía ingravido y a mí me resultaba más fácil contenerme cuando ella me lo pedía, hasta que llegaba un momento en que se hundía en un delirio antes de terminar y abandonarse, entonces nos separábamos el uno del otro y nos quedábamos flotando de espaldas sobre la superficie del agua, con los brazos en cruz, bajo los rayos oblicuos del sol. Aquella noche no nos encontrábamos en la cala rocosa. Sonia estaba apoyada contra el tronco de un árbol y yo me empeñaba en satisfacerla y su satisfacción llegaba junto con el desvarío semejante a un delirio. Yo me dejé ir justo en el instante de su delirio. Pero Sonia me sacudió: ¡Hay alguien ahí que nos está mirando!, gritó, y yo no pude darme cuenta de lo que estaba pasando hasta que sentí los pasos de alguien que desapareció a toda prisa en la oscuridad. Sonia me dijo entonces que lo había visto masturbarse a sólo unos metros de nosotros.

Me empeñé en correr tras del fugitivo y que pasara lo que tuviera que pasar si lo alcanzaba. Sonia me rogó que no hiciera locuras. Y se dispuso a arreglarse la ropa. Tal como me dijo, la idea del desafío se le ocurrió mientras se arreglaba y, a causa de la oscuridad, no conseguía encontrar sus bragas. Pensó que tal vez el estúpido masturbador, aprovechando nuestro frenesí, las había cogido y se había largado con ellas. Dicho temor resultó infundado. Aquella noche, después de quitarle las bragas, en ausencia de un lugar más apropiado, me las había metido en el bolsillo de los pantalones. Sonia se echó a reír a carcajadas, me habría suicidado si ese majadero hubiera conseguido robarme las bragas, dijo. Y me propuso el desafío: escribir cada uno un texto en prosa a partir de aquella escena, que compararíamos en nuestra siguiente cita para decidir quién lo había hecho mejor.

Me lo tomé muy en serio, me senté a escribir aquella misma noche. En una primera versión me concentré en el episodio de las bragas. Mi objetivo era hacer reír a Sonia. Una vez, en Jonufër, en la cala de la costa, habíamos tenido dificultades para encontrar su traje de baño, que las algas habían arrastrado hasta la orilla. Rechacé esta versión una vez escrita, pues no me pareció lograda. Me estimulaba en particular la escena de masturbación del desconocido. Pero me di cuenta de que no era capaz de tratar el asunto con humor. Con gran dificultad logré componer un escrito de unas cinco páginas de cuaderno, una especie de relato titulado «El obseso sexual». Una parte de los acontecimientos se desarrollaban en Jonufër y la otra, en el bosque del lago.

Sonia no se atuvo al acuerdo, no escribió nada. Me dijo que si hubiera escrito algo, le habría salido un relato obsceno. En cuanto me siento a la mesa, dijo, mi mente echa a volar. Me imagino tener tu pene entre las manos y en esos instantes te deseo terriblemente. Pero es peligroso escribir cosas así. Imagina lo que podría suceder si lo escribiera y el diablo lo hiciera llegar a manos de alguno de los gallitos de nuestro curso. Quise decirle que ese diablo no iba a ser yo, pero me llamó la atención una cosa más. Era la primera vez que Sonia me hablaba en un contexto diferente, un tanto confuso, de los

que ella llamaba gallitos aldeanos de pelea. Por mi parte, cuando escribí aquella suerte de relato, no se me ocurrió pensar en aquellos gallitos ni en ninguna otra especie de diablo. Mi objetivo era hacer reír a Sonia, cosa que no conseguí. Eso demostraba que había fracasado. En realidad, a ella le gustó el título. Le gustó también la descripción que hacía de la cala de la costa con sus aguas transparentes que permitían ver el fondo de arena blanca y las rocas negras, así como de los cuerpos desnudos. El resto no le gustó demasiado, sobre todo la descripción que hice de la muchacha. Yo no soy así, observó en un tono que yo no fui capaz de concluir si era de burla o hablaba en serio. Mis pechos, añadió, no son grandes, tú lo sabes bien. Por otra parte, es verdad que gimo pero tú, Dios mío, lo has exagerado mucho. Y te ocupas demasiado en la descripción de mi boca, de mis nalgas, de mis caderas. Pero, por encima de todo, finalizó, lo que más me disgusta es tu compasión por ese imbécil masturbador, como si hubieras pretendido describir un sufrimiento perverso.

Sonia me hizo estas observaciones en nuestro último encuentro de la temporada de vacaciones, antes de que pasáramos al tercer curso. Me devolvió mi relato y yo me lo metí en el bolsillo trasero del pantalón. Nos encontrábamos en el lugar acostumbrado, en la oscuridad, ella apoyada sobre el tronco del árbol, yo un tanto mustio. Le debí de dar pena, porque me atrajo hacia sí. Tu relato me ha gustado, dijo, no me estoy burlando. Pero si cae en manos de alguno de esos gallitos podrías tener problemas. Después de estas palabras cambió de asunto y comenzó a desabrocharme el pantalón. Mi cerebro se nubló, como en una habitación donde de pronto se apaga la luz. Todo se esfumó en esa oscuridad, los gallitos aldeanos, el masturbador, el relato. Cuando volvió a hacerse la luz, sólo quedaban los gallitos. Para mí se trataba de ciertos individuos de carne y hueso, perezosos y fatuos. Sin embargo, Sonia no se refería a personas concretas, perezosas y fatuas. Lo comprendí cuando la expulsaron de la facultad y mi lógica elemental se puso en acción. Sucedió a finales del tercer curso. Durante varios días no se vio a Sonia acudir a las clases y, por supuesto, el primero que notó su ausencia fui yo. La incomparecencia de Sonia a las clases no constituía un hecho extraordinario, pero no solía durar más de uno o dos días. Fue al cabo de una semana cuando se conoció la noticia de su expulsión de la facultad. No se produjo ningún alboroto, ninguna notificación oficial del decanato. Este hecho se convirtió en causa de murmuraciones, y a propósito de él circularon distintas versiones. La más convincente era la que sostenía que el origen del asunto se encontraba en un diario. Yo no habría imaginado nunca que ella llevaba un diario. Se contaba que era tan escandaloso que su expulsión durante un año de la facultad había sido más que nada un recurso para zanjar la cuestión protegiendo la reputación de su padre, con sólidos vínculos en las altas esferas.

Esta peripecia me proporcionó la ocasión para buscar por primera vez el consejo de un amigo mío de la infancia, el doctor N. T. En aquel tiempo, desde luego, no era el gran doctor N. T. de ahora, sino sencillamente un estudiante de cuarto de medicina. Fui a verle cuando oí comentar que habían convocado a algunos estudiantes de la facultad para

interrogarles en alguna parte acerca de sus relaciones con Sonia. Yo contaba con que me llamarían también a mí y esto me llenaba de zozobra. N. T., el único a quien yo había comentado algo sobre mis relaciones con Sonia, me hizo una pregunta sorprendente: quiso saber si había mantenido con ella conversaciones políticas, por ejemplo, si habíamos hablado mal de algún dirigente o gobernante. Le respondí que no, nosotros no teníamos tiempo para meternos en política, yo no me calentaba la cabeza con asuntos semejantes. N. T. sonrió. Me dijo que debía responder con idéntica firmeza ante el juez de instrucción, si es que la cosa llegaba al juzgado y me interrogaban: debía negarlo todo. Ofendido, me empeñé en convencerle de que no mentía. Con Sonia lo único que hacía era el amor... Y os burlabais de los gallitos pueblerinos, me quitó de la boca N. T. Y comentabais tus obras maestras a propósito de ciertos obsesos sexuales. Ahora, si lo que quieres es traducir el «Infierno» de Dante, yo lo sentiría mucho...

Aquello me desbarató. La historia del «Infierno» en lengua albanesa era bien conocida. La obra había sido traducida en prisión por un profesor que cumplía una larga pena. La frase de marras se utilizaba con todos los que, a causa de su atolondramiento, se ponían en riesgo de ir a la cárcel. Además de «El obseso sexual», yo le había prestado a Sonia otros escritos de naturaleza semejante. En aquel tiempo garabateaba con la fiebre de un grafómano sólo para interesarla. ¿Y si ella mencionaba en su diario mi nombre y mis banalidades? Me pasaba largas horas en casa sin conseguir fijar la atención, con mis manuscritos sobre la mesa, desgarrado entre el impulso de hacerlos desaparecer y la tentación de conservarlos. Triunfó la segunda. No los destruí, únicamente los oculté.

Las cosas rodaron de modo distinto al que temía. Nadie me convocó a ninguna parte. Eso me dio a entender, no sin amargura, que, en cualquiera de los casos, no había sido tan importante para Sonia como para mencionarme en su diario. No se la volvió a ver en circulación y sólo me la encontré casualmente en la calle un año más tarde. Apenas se detuvo a mi lado unos dos minutos. Sólo recuerdo que me pidió que la dejara tranquila. Y se marchó, se perdió entre la multitud. Y quedó para siempre dentro de mí. No bajo la apariencia de una mujer que se ponía a gemir en cuanto la tocaba con la mano. Yo conservaba algunas cosas íntimas de los dos. En secreto. Y si las mantenía en secreto es que constituían una culpa. Mi culpa encerrada en un cajón.

El grado de culpa se agrava a continuación con las banalidades contenidas en la carpeta número 3. Lleva en la cubierta la anotación «Faika». Y abajo, entre paréntesis, a modo de subtítulo: «Encuentro con Hades».

Las banalidades de la carpeta número 3 están escritas en la forma de un diario, se diría que, en ausencia de Sonia, yo no podía impedir hacer algo en su estilo. Son notas escritas después de que terminara los estudios y me destinaran a una aldea. La mayoría son breves ensayos. Más infrecuente, algún relato. El título «Faika» y el subtítulo «Encuentro con Hades» corresponden a un periodo posterior, decidí adoptarlos cuando comencé a explotar ese material como tema para ciertos relatos. Y para alguno de mis

guiones. Ahora me arrepiento, me parece que he cometido con esas futilidades virginales un crimen semejante a una violación.

Cuando obtuve mi nombramiento, comprendí que me irritaba por nada cuando se burlaban de mí llamándome por el sobrenombre de Trapi. Los gallitos aldeanos de mi curso obtuvieron en su totalidad destinos en la capital, como periodistas y otras actividades. Yo, el cabeza de chorlito nacido en la capital, que no publicaba versos patéticos pero garabateaba mamarrachadas sobre obsesos sexuales, acabé de profesor en una aldea. No en una aldea cualquiera. Fui a dar con mis huesos en un rincón perdido de las montañas donde me infesté no sé cuántas veces de piojos.

No resulta nada agradable tener piojos. Por encima de todo te posee la sensación de ser uno de ellos. Sientes ganas de rascarte dondequiera que te encuentres. La comezón pasa de un punto del cuerpo al otro, de un rincón de la cabeza al otro, hasta que el piojo se harta de permanecer oculto. El del cuerpo se encarama más arriba, hacia el cuello, el de la cabeza descende más abajo, a la cara. Al darme cuenta de que había cogido piojos, me poseyó una angustia patológica: si alguno de mis piojos decidía abandonar mi cabeza para exhibirse a la luz del día en mi cara o en mi cuello mientras yo me encontraba en un lugar público, era capaz de cualquier barbaridad conmigo mismo. Durante mis periodos piojosos no viajaba, no regresaba a casa, en Tirana. Y cuando, seguro de haberme desembarazado de ellos, lo hacía, mi madre me obligaba a desnudarme nada más atravesar el umbral de la puerta del piso. En mitad del pasillo me esperaba una viejo barreño de cobre lleno de agua hirviendo. Me desnudaba y echaba la ropa en el barreño. De allí iba al cuarto de baño y solamente podía entrar en el resto de las habitaciones después de haberme lavado de pies a cabeza y de pasarme por el pelo un peine muy fino. Conservé ese peine hasta hace pocos años. Era de hueso y me lo regaló Faika. La verdadera, la que permanece guardada en el cajón. No la de la película *Niebla*. La peor de todas. La que más me hace sufrir. Pues viene a demostrarme que en este mundo ciertas cuentas permanecen pendientes y que hay que pagar un precio por todo.

Faika debía de haber sido una muchacha atractiva. Sin embargo, en su primera juventud, los hombres de la providencial ciudad de M. la incluían en la categoría de las mujeres que son buenas para amantes, pero no para esposas. Porque ella llamaba mucho la atención. Cuando iba por la calle, no había hombre que no volviera la cabeza para mirarla. Todos la codiciaban, pero ninguno se atrevía a tomarla por esposa. Hasta que Faika finalizó los estudios medios, obtuvo el certificado de aptitud pedagógica y, como era de condición modesta, la enviaron de maestra a la aldea de B. Tal cosa había sucedido quince años antes de que me destinaran a esa misma aldea. Yo ya no encontré a Faika allí. La habían trasladado a la escuela del centro administrativo de la comarca, como a una hora de distancia de B. A la edad de treinta y tres años, sus esperanzas de establecerse en la ciudad por medio de un matrimonio se habían esfumado. Quince años como maestra de pueblo, a merced de los apetitos masculinos, bastaban para hacer cambiar de opinión a cualquiera que se dejara engañar por sus atractivos. Faika estaba

sentenciada por el destino: continuaba siendo, para la eternidad, buena como amante, pero no como esposa.

Todo esto yo lo supe por Sabri, mi único colega en B., un muchacho del lugar poseedor también él de un certificado de aptitud pedagógica media. Nos conocimos un lunes del mes de marzo antes del amanecer, en la estación de camiones de la ciudad de M. Yo no podía entonces adivinar que aquella ciudad había sido designada para mí por la providencia. A mis ojos, la cuestión se planteaba de forma más sencilla. Había pasado toda la noche debatiéndome en la habitación del hotel sin poder aclimatarme a la realidad de los objetos. Me habían desterrado de Tirana a una ciudad desierta, y la administración regional, por su parte, me había destinado al rincón más apartado de la zona. Para llegar allí era preciso viajar durante unas dos horas por carreteras de montaña, por lo común en la caja de un camión, que te dejaba junto a una explotación forestal a partir de la cual era preciso hacer una hora de camino a pie hasta llegar a lo que denominaban el centro de la aldea. En todo esto yo no veía nada de providencial.

Sinceramente, en B. daban ganas de colgarse de una cuerda. Esto no le interesa a nadie y no quiero extenderme. Únicamente quiero decir que la monotonía de mi existencia –en aquel tiempo aún no me había hartado de leer a Chéjov– se quebró como un mes después de llegar allí. De manera un tanto banal. Una mañana, mientras me miraba en el espejo antes de afeitarme, de un mechón de pelo de mi cabeza se descolgó un ser vivo. Era un piojo, un piojo increíble. Corrí al exterior, coloqué la cabeza bajo un grifo de agua, me enjaboné, me aclaré y me volví a enjabonar, sin conseguir recuperarme. Ese mismo día, el piojo me relacionó con Faika. Por mediación de Faika me condujo hacia el encuentro con Hades.

Los habitantes de B. padecían de una manía, derrotar en la bebida a cualquier recién llegado. Lo emborrachaban de mala manera, hasta que echaba las tripas. Yo me emborraché pero no eché las tripas. Esto me engrandeció a sus ojos. Tanto que, cuando expresé el deseo de establecerme en una habitación en lo alto de la colina, junto al edificio que ocupaban las autoridades locales, ellos se mostraron dispuestos a ayudarme. Antes de mí, en aquella habitación se habían alojado varios representantes de la clase obrera venidos voluntariamente de la ciudad para vivir y trabajar en el campo. Los aldeanos decían que eran unos charlatanes, se pasaban todo el día sin dar golpe y metían sus narices en los asuntos de los demás, de modo que todos se regocijaron cuando un buen día les vieron abandonar el lugar. Mi instalación en el alojamiento en cuestión les vino de maravilla. Por otra parte, no tenían otra solución, estaban obligados a ocuparse de mí, un intruso en cualquier caso.

De modo que aquella mañana, mientras me lavaba bajo el agua fría del caño, como el que está a punto de ahogarse y se aferra a un matojo en busca de salvación, pensé que la única persona que podía socorrerme era el enfermero, un hombre en torno a los cuarenta años, soltero. Era muy alto, de aspecto cansado, muy cansado, y daba la impresión de

estar murmurando entre dientes de forma constante. Pero en lo alto de la colina no se veía un alma. Al único que se podía recurrir con cierta seguridad era al tendero. Éste dormía siempre en la tienda y, si estaba despierto en ese preciso momento, aún no se le había ocurrido abrir la puerta. Y a mí, además de la cabeza, ya me estaba picando también la barba. No me había afeitado durante más de una semana. Aquel día teníamos una reunión de educadores en la escuela del núcleo central y no podía presentarme allí con barba de más de una semana. Me embadurné la cara con espuma convencido de que, al igual que la cabeza, mi barba se había convertido en cobijo de piojos. Lo peor era que tenía la sensación de ser yo mismo un piojo. Sí, dije para mis adentros, no soy más que un piojo.

Me miré al espejo contrariado. Tampoco es el fin del mundo que se te hayan pegado los piojos, me dije a mí mismo. Aquí es natural coger piojos. A fin de cuentas, no eres mejor que los demás. Todos viven estupendamente con piojos aquí, no tienes por qué ser una excepción a la regla. Este monólogo me reportó una tranquilidad relativa, instalado en la cual ya no sentía picores. A través de la ventana vi al tendero, un hombre de baja estatura, con espaldas estrechas como las de un niño. Apareció ante la puerta de la tienda, levantó los brazos al cielo y se desperezó. Los picores se reanudaron en el momento en que salía de la habitación para ir a su encuentro en busca de algún consejo. Y también él me pareció un piojo. Semejante al piojo que se había descolgado del rizo del cabello situado encima de mi frente y ahora me mordía. Me perforaba como una tijereta, y eso me producía picor, y me sentía dispuesto a hacerme escalar con tal de librarme de los picores.

El enfermero llegó a la tienda cuando yo había apartado de mi cabeza la idea de pedirles ayuda tanto al tendero como a él. Fue al mostrador, pidió un paquete de tabaco Partizan, el vendedor le preguntó si deseaba que le pusiera una copa, el enfermero formaba parte de la muy reducida categoría de pobladores que podían permitirse el lujo de gastarse el dinero en la cantina. Aquel día no se lo permitió, cogió el paquete, salió y yo me sentí aliviado de que no aceptara la proposición del tendero. De haberlo hecho, podía haber venido a sentarse a la mesa en la que yo me encontraba y eso me habría planteado problemas. A aquellas alturas, todo el que se me ponía delante adoptaba las formas de un piojo. El enfermero se me antojó una ladilla. Una ladilla con rabo, vestida y con corbata. Era uno de los pocos que se afeitaba todos los días, el único que llevaba camisa y corbata y se esforzaba por hablar correctamente, una lengua distinta del habla profunda de la región. No obstante, yo ardía en deseos de decirle que también él, de igual modo que yo, como todos los demás en aquel lugar, era un piojo. Todavía unas horas más tarde me sentía sometido a este tormento, ya en la reunión de los educadores de la región, donde conocí a Faika.

La primera carta anónima denunciándome fue enviada un año después de que conociera a Faika. Estaba escrita a lápiz. Me dan ganas de reír cuando lo recuerdo.

También me dan ganas de llorar. La carta iba dirigida a mi madre. Alguien ponía en conocimiento de mi madre que su hijo estaba loco por una puta. Ella debía hacer todo lo posible para salvarlo de la individua en cuestión y someter a su hijo a un examen psiquiátrico con el fin de comprobar su estado mental. A juzgar por las apariencias, debía de estar atravesando un periodo muy inestable desde el punto de vista psicológico. Entre otras cosas, se apuntaba en la misiva, la referida furcia era alrededor de diez años mayor que su hijo.

A consecuencia de esa carta, mi vida se vio completamente descabalada. Su autor no había previsto este efecto, ni tampoco yo. Mi madre se lanzó al ataque, comenzó a mover cielo y tierra para conseguir mi traslado. No dejó puerta sin llamar hasta que consiguió meter en la danza al poeta Glorio Encomiable, que en aquel tiempo era el poderoso redactor jefe de la revista semanal *Octubre*. Los gallitos aldeanos de mi curso se daban aires durante un mes entero si conseguían publicar en sus páginas algún verso. Yo llamé a la puerta de la revista *Octubre* cuando Faika se marchó y quedé solo. No puedo decir si gané marchándome de B. para librarme de la pesadilla de los piojos o si de ese modo emprendí el camino de mi muerte cotidiana. Será mejor que no responda a esta pregunta. Volvamos a Faika.

De modo que me disculpé para salir de la reunión debido a una necesidad apremiante..., mi necesidad apremiante consistía en rascarme. Comprobé que Faika venía tras de mí, junto a un nogal situado en el patio de la escuela, durante el descanso de la reunión. Me confesó que había imaginado la causa de mi apuro. Los movimientos nerviosos de mis manos le habían parecido impropios de alguien de la capital y había decidido confirmar su conjetura a propósito de mi necesidad apremiante.

Cuando Faika llegó a mi lado, yo estaba fumando un cigarrillo. Me pidió uno. Era de cuerpo grande, con el cabello negro, corto. Vestía unos pantalones y un jersey de pico. Mientras le encendía el cigarro, me poseyó un impulso colérico. Abuela, mantente lo más alejada posible de mí o te llevarás algún piojo, sentí deseos de gritarle. Pero la abuela se sentó a mi lado como si nos conociéramos de toda la vida. Decidí pasar al ataque, ponerla en fuga. Y me decidí por el medio más burdo. ¿Ves ese ható de ovejas allá en mitad del monte?, le pregunté. Ella me respondió que sí. No son ovejas, le dije al oído en voz baja. Es un enjambre de piojos sobre el pellejo de la montaña que la corroen salvajemente, y ella siente deseos de aullar.

Esperaba que la abuela se asustara, pero no sucedió así. Se echó a reír. Apuesto a que has cogido piojos, me dijo. Yo arrojé el cigarro lejos. De ojos transparentes y mirada despejada, el rostro de la mujer irradiaba paz. Le pedí disculpas. Admití la verdad: había cogido piojos, no sabía qué hacer y me llamaba Kristo. Yo me llamo Faika, me contestó ella. En cuanto a los piojos, no te inquietes tanto. Y de la manera más natural me sujetó la cabeza con ambas manos y me la hizo bajar. Sentí el contacto suave de sus dedos. Tras la aparición del piojo aquella mañana, el contacto de esos dedos me ocasionó un nuevo desequilibrio. No sé cómo, mientras ella me examinaba el cuero cabelludo, mi cara

rozó sus pechos. Sólo por un instante, pero lo bastante como para sacudirme hasta lo más hondo de mi ser. Eran unos pechos generosos, inquietantes. Cuando puso fin a la exploración, observó que estaba lleno de liendres. A mi mirada azorada respondió con una invitación: el próximo sábado, dijo, si no vuelves a Tirana, ven a verme aquí. Veremos lo que se puede hacer.

Mi primera banalidad en la ristra de lo que luego llamaría un diario, la escribí aquella tarde. Era un ensayo sobre el piojo. Sobre el hecho de sentirse piojo. En un mundo de piojos.

El sábado vacilé largamente. En un día en que los maestros bajaban a la ciudad, podía encontrarme con Faika en la escuela desierta, y eso me inquietaba. Tras la historia con Sonia no había tenido ninguna otra aventura amorosa. Ahora, desde hacía varios días, me acompañaba el roce de sus pechos, el contacto de sus manos. Tenía la sensación de que deseaba ir a verla, más con el fin de experimentar de nuevo ese doble contacto de manos y pechos que para librarme de los piojos. Estuve tanto tiempo dudando que, incluso aunque hubiera decidido ir a Tirana, ya era demasiado tarde: no habría encontrado ningún medio de transporte en la estación maderera.

Encontré a Faika en el patio, delante de la escuela. Se oían algunas voces infantiles y, en la ladera, el estruendo del agua en un molino abandonado. No transcurrió mucho tiempo y dejé de oír tanto las voces de los niños como el estruendo del agua. Faika trajo una silla, me indicó que me sentara y comenzó la primera fase del despiojamiento: humedecerme la cabeza con petróleo. Raíz por raíz, cabello por cabello. Si hubiera adivinado lo que estaba sucediendo conmigo en aquellos momentos, me habría enviado a hacer puñetas. El calificativo más suave que me habría soltado en las narices habría sido el de imbécil. Para empezar comencé a excitarme nada más sentir el contacto de sus manos. Me invadió una oleada de exaltación. Cerré los ojos y me puse a imaginar escenas de amor con Sonia, cuando a ella la poseía el deseo, deslizaba su mano hasta mis pantalones, me abría la bragueta, y yo sentía la presión de su mano. Con los ojos cerrados, esperaba que Faika hiciera lo mismo, que me desabrochara la bragueta antes de que yo la desnudara.

Faika no notó nada y no me lanzó a la cara ningún insulto. Se metió en la escuela, de donde volvió con una toalla y un cubo lleno de agua hirviendo: comenzaba la segunda fase del despiojado. Fuimos detrás de la escuela donde, poco más arriba, el surtidor de un manantial había formado una especie de pilón natural. Faika dijo que era el único manantial en toda la zona que no se secaba ni en los más rigurosos periodos de sequía. Entre tanto yo establecí una comparación entre su rostro y el de Sonia. El cutis de Faika era limpio. Sin un solo grano. A Sonia le salían algunos granos. Sonia, pensé, le envidiaría a Faika su cutis. Poco después, mi fantasía se desbarató. ¿Qué diría Sonia si ahora se encontrara aquí, asistiendo a la ceremonia de mi despiojado? ¿Verdaderamente, me dije ahogando el impulso de tocarle los pechos a Faika, qué diría Sonia? Los tabiques

de mi cráneo retumbaron. Muy bajo parece haber caído Cartago, se burló ella. Derretirse por una levantadora de pesos, por una abuela... Mejor será que te vayas a esa habitación tuya en lo alto de la montaña y te la menees, al menos así podrás desahogarte con quien se te antoje, incluso conmigo. Muchas gracias, le respondí. Hoy me apetece acostarme con Faika.

No sucedió así. Tras la segunda fase de despiojado, durante la cual Faika me pasó por el pelo un fino peine de hueso y yo me lavé la cabeza varias veces, le llegó el turno a la tercera, consistente en aplastar con las uñas las últimas liendres que quedaban. Dicha fase debía desarrollarse en un aula. Nada más abrir la puerta del aula, me detuve indeciso en el umbral: dos maestros jugaban al ajedrez. Al parecer se acababan de levantar de la siesta, pues tenían los ojos enrojecidos y como hinchados. Faika continuó ocupándose durante un rato de mi cabeza. Al terminar me sugirió que durmiera allí, de lo contrario se me haría de noche en el momento de franquear el torrente. Algún fenómeno incomprensible me empujó a rechazar su proposición, pese a que se me planteaba un problema. De noche los aldeanos dejaban sueltos a sus perros y yo les tenía un miedo cerval.

Llegué a lo alto de la colina sin toparme con ningún perro. Se oían ladridos, el cielo estaba cuajado de estrellas. Recordé entonces que no le había dirigido a Faika una sola palabra de agradecimiento. De pronto, me invadió un deseo irrefrenable de beber. Pero el tendero llevaba ya tiempo encerrado en su guarida y yo aún no había adquirido la costumbre de guardar alguna botella de reserva en la habitación. Y me invadió una negra pesadumbre.

La ocasión de restablecer mi buen nombre se presentó al cabo de tres semanas. En realidad, ya por la mañana me levanté decidido a ir en busca de Faika. La ingratitud es la manifestación más baja del carácter de un hombre, y yo me había comportado de forma ingrata. Nada más abrirse la puerta de la tienda, tomé asiento junto a la mesa de la zona dedicada a cantina e inauguré la jornada pidiendo un coñac. Apareció también el enfermero, afeitado, con camisa y corbata. Pidió como de costumbre un paquete de cigarrillos Partizan, el vendedor se lo entregó, le preguntó si quería que le pusiera también una copa y esta vez el otro aceptó.

Más tarde, cuando mis relaciones con Faika ya no eran ningún secreto, Sabri me hizo saber que, años atrás, el enfermero había estado enamorado de ella. Mi colega me habló de este episodio precisamente cuando mi madre acababa de recibir la famosa carta. La chispa de duda que me surgió acerca del enfermero se apagó al instante. En aquel tiempo, Faika estaba ya a punto de marcharse y a mí no me preocupaba lo más mínimo la carta ni su remitente anónimo. Pero aquella mañana yo no sabía nada del enamoramiento del enfermero. Aunque lo hubiera sabido, eso no me habría impedido beber con él en la misma mesa, como lo hice hasta que el alcohol hizo su trabajo: la idea de ir a ver a Faika, de pedirle disculpas, me pareció inútil. Esto duró tres semanas.

Durante esas tres semanas, tuve constantemente en el estómago una cantidad suficiente de alcohol como para que me elevara el tono vital hasta los parámetros en que la idea de ir en busca de Faika me pareciera inútil. Lo malo comenzaba por la noche, cuando el cuerpo asimilaba el alcohol, me despertaba devorado por la soledad y pensaba en Faika.

Tres semanas después del despiojamiento, recién terminada la clase y en el momento en que me dirigía hacia la cantina, me salió al paso un muchacho, me entregó una carta doblada y se marchó. «El jueves por la tarde tenemos una fiesta. Si no vas a estar ocupado en nada más interesante, ven. Faika.» Me metí en la cantina y le dije al tendero que me sirviera un coñac. Calculé que hasta el jueves me quedaban dos días para decidir si debía o no debía responder a aquella nueva invitación de Faika.

Respondí. Y, al igual que la primera vez, la encontré en el patio. No le pregunté por qué estaba allí sola, al caer la tarde. Tampoco se me ocurrió expresarle mi pesadumbre por no haberme acordado de darle las gracias la vez anterior. Le hice un cumplido: hoy estás muy guapa, le dije. Estas palabras me salieron solas, tal vez bajo el efecto del crepúsculo. Entonces, sin que pudiera saber de dónde salía, se me apareció Sonia. Mentiroso, me masculló, al menos no le digas mentiras. Ella no es guapa, es una montaña de michelines. Faika vino en mi ayuda. Deja los cumplidos para Tirana, me advirtió. Seguro que tienes alguna chica allí. Afirmé lo contrario. Faika, incrédula, sacudió el dedo índice delante de mí. No hagas caso de las palabras de Sonia, quise decirle, habla así a causa de los celos. Y el miedo a que Sonia se negara a despegarse de mí cuando penetráramos en el interior resultó infundado. Se quedó en el patio, con las sombras del crepúsculo. Fui detrás de Faika. En el pasillo oscuro le repetí el cumplido, le dije que aquella tarde estaba muy guapa. Ella apresuró el paso y llegamos a una estancia. Según pude averiguar, era el despacho del director general, transformado en una especie de salita. Habían colocado varias mesas en el centro, pegadas unas a otras. A ambos lados se encontraban unos quince educadores, entre ellos tres chicas que, junto con Faika, hacían cuatro. El director general estaba sentado a la cabecera. Aquella tarde no sólo le correspondía como director general, festejaba su cuarenta aniversario y yo me sentí avergonzado, había acudido con las manos vacías.

Muy pronto me invadió el aburrimiento. Le eché la culpa al aguardiente. Era flojo, rakí⁷ de aldea, y los rakís flojos no me gustaban. Dos lámparas de petróleo colgaban de las paredes. También brotaba una suerte de iluminación de la parte baja de una radio grotesca. Era grande, funcionaba con petróleo, de marca rusa. El director cambiaba de cuando en cuando de emisora, encontraba música ligera, invitaba a alguna de las muchachas a bailar, los demás seguían su ejemplo y Faika se encontraba constantemente en brazos de alguno. Como en la sala no había espacio para bailar, se perdían en el pasillo oscuro. Hasta que llegó un instante en que la velada estuvo a punto de irse al garete. Una de las chicas, ya fuera por el efecto del alcohol o por cualquier otra cosa, se echó a llorar. El director sintonizó una emisora anodina, con una música todavía más

anodina. Todos se reunieron como gallinas alrededor, y fue precisamente en ese momento cuando consideré razonable invitar a Faika a bailar.

Aquella tarde iba vestida como de costumbre, con pantalones, pero ligera de cintura para arriba, con sólo una blusa. Salimos al pasillo oscuro, que no estaba tan oscuro. Habían colocado una lámpara en la pared que teñía el espacio de una luminosidad pálida que se iba extinguendo a medida que uno se desplazaba hacia el fondo. A través de la puerta abierta de la sala se difundía un rumor mezclado con notas musicales. Faika se encontraba a mi lado, con el rostro enrojecido. Hice lo que debía hacer, la estreché contra mí. Sentí sus pechos contra mi cuerpo. Comencé a moverme lentamente, e igual de lentamente se movía ella. Nos deslizamos sin darnos cuenta desde la zona iluminada hacia el fondo del pasillo. Tal vez de común acuerdo. Durante el recorrido, mi pierna se encontraba entre las piernas de Faika y la pierna de Faika entre las mías. Encontré sus labios sin necesidad de inclinarme: era igual de alta que yo. No puedo decir cuánto duró nuestro abrazo en la oscuridad, pero la primera en volver en sí fue ella. Por favor, dijo en voz baja, así no..., y se apartó. Y se arregló el cabello. Durante un rato permanecemos en la zona iluminada del pasillo, sin atrevernos a mirarnos a los ojos. De la sala continuaba llegando el mismo rumor mezclado con sonidos musicales. Ninguna pareja se levantaba a bailar, el llanto de la muchacha había quebrado la atmósfera festiva. Regresamos allí y ocupamos cada uno nuestro sitio. La ceremonia acabó de degradarse cuando todo el mundo se dio cuenta de que al director se le había subido la bebida a la cabeza. De pronto cogió un vaso lleno de rakí y lo estrelló contra la pared soltando una maldición cuyo sentido difícilmente fue captado por todos los presentes. ¡Me follo a tu madre, Hades, aulló, me follo a tu madre!

Cinco años más tarde, cuando yo trabajaba ya en Studiofilm, en el departamento de guiones, supe que en aquel entonces un juicio a puerta cerrada en la ciudad de M. había condenado al director general a ocho años de cárcel. Sobre la superficie de la pared donde se estrelló el vaso se encontraba colgado el retrato oficial de cierto individuo, hecho éste que condujo al juez a la conclusión de que el nombre de Hades había sido utilizado para dirigirse a él. Por supuesto, fue preciso convocar a varios expertos en mitología para esclarecer por qué la utilización del nombre de Hades para referirse al individuo en cuestión constituía un crimen condenable.

Pero, como dije, esa noche tal detalle debió de pasar desapercibido a la mayoría de los presentes. Para la mayoría de ellos el nombre de Hades no debía de tener ninguna significación. Los dioses, fueran del cielo o de ultratumba, estaban prohibidos por la ley, no se pronunciaban sus nombres. Así pues, la mayoría de los presentes no estaba en condiciones de establecer ninguna relación. Sólo que el vaso fue a estrellarse en las proximidades del retrato. Esto no podía dejar de llamar la atención y por un instante todos quedaron paralizados. En el silencio que se instaló en la sala, sin embargo, alguien se movió y apuró el vaso hasta el fondo. Y se echó a reír. Los demás apuraron

igualmente sus vasos y se echaron a reír. Sin saber por qué. También las chicas, incluida la que había llorado.

Al día siguiente me encontré a mí mismo tendido con toda la ropa puesta sobre una cama portátil. Comprendí con dificultad que me encontraba en una de las aulas de la escuela. Junto a mí, poco más allá, dormían como muertos otros dos maestros, también sobre camas portátiles. Las sienes me atronaban, la cabeza se me abría. Me levanté, salí al exterior. El día aún no había clareado. Bajé el talud y en el canal del molino me eché agua a la cara. Recordé entonces dos cosas: la euforia histérica de los educadores tras un episodio en que se había hecho alusión a la deidad mitológica del mundo de ultratumba, y unas palabras susurradas por Faika. En la oscuridad del corredor, cuando la velada se había ido ya al garete, me había dicho a toda velocidad: «El sábado no bajaré a la ciudad». Sólo eso.

Mi cerebro masticó ese mensaje como una bestia rumiante. Y el sábado salí en busca de Faika con la convicción de que la encontraría sola. Esta vez su invitación era inequívoca. No estaba presente ningún elemento que pudiera prestarse a equívocos. Yo no había observado la presencia de ningún piojo o colonia de liendres en mi cabeza y eso significaba que el mensaje de Faika se debía a una motivación sin ningún vínculo con los piojos. Ni con ninguna fiesta jubilar. Deseaba sencillamente que hiciéramos el amor. Dándole vueltas a su mensaje, mi cerebro extrajo la conclusión de que una circunstancia de naturaleza, digamos, existencial la había inducido a apresurarse: la euforia histérica de los maestros tras aquel episodio en que se mencionó el nombre de la deidad mitológica del mundo de ultratumba. De camino al encuentro de ella, tenía la sensación de estar descendiendo a las profundidades, al mundo de ultratumba. Y cuando llegué frente la escuela y no encontré a Faika en el patio, en mitad del silencio que parecía haber quedado suspendido en el aire, pensé con una suerte de temblor que allí no me esperaba nadie, que si trasponía el umbral y penetraba en el interior, me encontraría con la persona del retrato oficial que colgaba de la pared en el despacho del director general, y este último continuaría aullando improperios: «¡Me follo a tu madre, Hades!».

En el pasillo no oí ningún ruido. Únicamente el de mis pasos y el chirrido de una puerta. No apareció Hades. Se presentó Faika. Ya creí que no venías, dijo. Y añadió: Aquí es terrible quedarse solo, te devoran las paredes. Te devora Hades, quise decirle. En aquel instante, para justificar mi miedo, Hades brotó entre Faika y yo. No con el traje y la corbata del retrato oficial. Llevaba puesta una larga túnica, negra. Fue sólo un instante. Desapareció tan rápido como había surgido y me quedé solo con Faika en el pasillo desierto, con un fuerte deseo de preguntarle si también ella, al igual que yo, había reparado en un ser envuelto en una larga túnica negra. Faika había reparado en otra cosa, en mi rigidez. Cerró por dentro la puerta de la escuela, echó el cerrojo, me tomó de la mano y me arrastró tras de sí. Yo la seguí, obediente, siempre entumecido, y ella me precedió al interior de una habitación donde había tres camas con una mesilla a la

cabecera de cada una de ellas. No me liberé del entumecimiento ni siquiera después de que Faika hiciera esfuerzos por tranquilizarme. No temas, me dijo, se han ido todos a la ciudad y en este momento estamos solos tú y yo en el edificio, y estar aquí cuando todos se han marchado y la casa más próxima de la aldea se encuentra a media hora de camino es lo mismo que encontrarse en el fin del mundo.

En el mundo de Hades, pensé. Y me abandoné en manos de Faika. Me encontraba allí por el deseo de ella de hacer el amor conmigo. También yo había acudido para eso, independientemente de que no consiguiera liberarme del entumecimiento. A fin de cuentas, aquello era un amor en el mundo de Hades, Faika lo sabía. E interpretó correctamente mi entumecimiento. Debía arrancarme del estado de muerte.

Faika encendió una lámpara y comenzó a desnudarse. Yo me había quedado apoyado contra la pared, en pie, junto a una de las mesillas. Faika se quitó la blusa desabotonándola despacio. A la luz de la lámpara contemplé la agresiva aparición de sus pechos. Esperé a que ella continuara adelante, que se quitara el sostén, y así sucedió, se quitó el sostén y sus pechos quedaron enteramente libres. Entonces alzó la cabeza. Yo continué clavado en la pared. Faika me miró a los ojos durante un rato que a mí se me antojó un siglo. Luego se me acercó. Se apoyó en mí, me envolvió con sus brazos. En un esfuerzo por corresponderle, moví las manos y las pasé torpemente por su cuerpo. Comencé a besarla en el cuello, en la cara, pero Faika se dio cuenta, aquello no eran más que gestos desesperados, yo no conseguía salir de mi estado de muerte. Decidió ocuparse de mi parte muerta: se arrodilló. Cerré los ojos y sentí una absorción en las profundidades de mi ser. Con temor a que, no pudiendo afrontar aquella absorción, se me doblaran las rodillas y me derrumbara sobre Faika. Me limité a apoyar las manos sobre su cabeza, y apreté fuerte por efecto de un dolor que despertaba en mí deseos de rogarle que lo dejara, se estaba esforzando en vano por resucitar a un muerto, dentro de mí todo era rígido. Faika me demostró lo contrario. Al comienzo me recorrió una corriente en forma de calor que ella me comunicaba con sus labios ardientes y que se extendía por cada célula de mi cuerpo. Mis células se estremecieron. Y a continuación todas a un tiempo comenzaron a destilar energía. Y yo estuve a punto de gritar de dolor. Un poco más y los torrentes de energía se desbordarían por todas partes, confluirían en el lecho de un río. Quise impedir el rebosamiento de ese río, pero eso ya era algo imposible. La lengua y los labios de Faika insistieron y yo me abandoné de forma definitiva. Ella advirtió la proximidad del estallido y se apartó. El río de mi energía se derramó sobre sus pechos. Luego, permanecemos así durante un rato, ella de rodillas, yo en pie, apoyado en la pared. Poco después, ella se separó, salió de la habitación. En ese instante dio comienzo mi doble cautiverio. Prisionero de Faika. Y prisionero de Hades. Prisionero de Faika continué hasta que ella decidió marcharse y se casó. Prisionero de Hades continué sintiéndome todavía hoy.

Faika me comunicó su decisión de casarse un año después de que hiciéramos el amor por primera y última vez entre los muros de la escuela. Un sexo maratoniano, desde la

tarde del sábado hasta la mañana del lunes. Durante aquellas horas, Faika me enseñó todo un surtido de técnicas para practicar el sexo en posiciones y lugares diferentes. La tarde del domingo me pidió que lo hiciéramos a la luz de la luna, en el molino abandonado. Este requerimiento me pareció natural. Pensé que Faika, al igual que yo, no quería continuar haciendo el amor entre los muros de la escuela. También a ella la incomodaba el fantasma de Hades. Se le aparecía la escena de euforia histérica de los maestros cuando el director general había arrojado un vaso lleno de rakí contra el retrato oficial colgado de la pared, acompañando el gesto de un insulto al dios mitológico del mundo de ultratumba. Pero en la medianoche del domingo me pidió que lo hiciéramos en el lugar que yo menos esperaba: a la puerta del despacho del director general. Me arrastró por el pasillo. Allí me apoyé de espaldas contra la puerta del despacho. A través de la plancha de madera sentí que la mirada de Hades me atravesaba el cuerpo de parte a parte.

No volvimos a hacer el amor en la escuela. Entre nosotros no se estableció ningún acuerdo explícito al respecto. Como no hubo ningún acuerdo de no mencionar jamás el episodio de euforia histérica de los maestros tras el incidente de la velada jubilar. No obstante, Faika no me volvió a invitar a la escuela. Ni yo lo deseaba. Nuestras sesiones tuvieron lugar durante más de un año en un lugar llamado Mezquita de don Pedro. No había allí ninguna mezquita ni objeto alguno de culto. Sólo unas ruinas al borde de un bosque, alejadas de cualquier edificio habitado, y una pequeña caseta construida por los pastores. La toponimia del lugar nos venía muy bien a los dos. Allí el fantasma de Hades no podía llegar.

Faika me comunicó en la caseta, junto a las ruinas de la Mezquita de don Pedro, su decisión de casarse. Acabábamos de hacer el amor. Me dijo que aquella era la última vez que hacíamos el amor. Yo creí que se burlaba. Faika, por el contrario, me expuso los datos de su futuro cónyuge. Viudo. Cincuenta y cinco años. Con dos hijos, una chica casada y un muchacho estudiante.

Mi madre, pensé, se alegrará. Mi madre servirá un convite cuando se entere de esta noticia. Pero ¿cómo se iba a enterar ella de que Faika se casaba y su hijo, por fin, iba a librarse de aquella zorra? Este hecho, continué argumentando, no puede servir como tema de una carta anónima dirigida a mi madre, es de naturaleza positiva. Ahora el remitente anónimo cambiará de dirección, se dirigirá al hombre viudo de cincuenta y cinco años. Le hará saber que la mujer con la que se casa es una puta, que tiene la facultad de resucitar a los muertos. Pero, en este caso, el remitente anónimo se tomará una molestia para nada. El destinatario no se inquietará lo más mínimo, precisamente por eso se casaba con una mujer joven, y tanto mejor si era capaz de resucitar a un muerto.

Superé el momento de desconcierto, le deseé a Faika una vida feliz. La voz me salió artificial. Y enrojecí. Ella me auguró un pronto traslado. También ella enrojeció. Faika se alejó por la ladera de la montaña, hacia abajo. Yo, a través del bosque, hacia arriba. No

era capaz de imaginar cómo iba a ser feliz en el lecho de un viudo de cincuenta y cinco años. Entonces un hombre de esa edad me parecía un cadáver.

Me apartó de la mesa una marcha fúnebre ejecutada por una banda de vientos. En la apartada periferia donde vivo no había tenido oportunidad de escuchar nunca a una charanga, mucho menos tocando una marcha fúnebre. Eso me empujó a salir a la ventana. La plaza en torno al pedestal sin estatua aparecía desierta; la cantina, vacía. No vi a ninguna banda de viento hasta que por la callejuela situada tras el edificio surgió un coche fúnebre de marca Mercedes. En el interior del coche distinguí un ataúd cubierto con un paño negro, seguían coronas, tras las coronas una comitiva de gente y, al final, un coche con megáfono desde el que se difundían los sonos de la marcha fúnebre. Aparte de las caras ya conocidas de los hombres ociosos del barrio, distinguí en el cortejo algunas otras ya olvidadas: antiguos altos funcionarios del partido único y del Estado, militares jubilados, académicos y críticos de arte, algunos profesores y escritores, titulares de antaño de representaciones diplomáticas y un tropel de hombres con trajes negros de chaqueta cruzada.

Su presencia despertó mis sospechas. El cortejo había salido del callejón situado detrás del edificio y eso significaba que había muerto algún vecino de aquí. Pero yo no tenía conocimiento de que hubiera muerto ningún morador de mi portal. Si había muerto y yo no sabía nada, no tenía explicación una ceremonia tan infrecuente, con hileras de coronas y marcha fúnebre, sobre todo con la participación de la élite de antaño. Los moradores de mi edificio pertenecían a capas modestas, semejantes honores excedían en mucho su rango, de modo que en todo aquel asunto debía de haber alguna confusión. Mi viejo amigo el doctor N. T. asumió la tarea de esclarecerme la confusión, poniéndome de relieve que el lío estaba en mi propia cabeza. Me siento en el deber de poner en tu conocimiento que el muerto eres tú, observó. Y toda esa gente ha acudido a tomar parte en tu funeral.

Miré a mi alrededor. Sin lugar a dudas, el lío estaba en mi cabeza. Justo como me había señalado el desconocido que se ocultaba bajo la apariencia del doctor N. T. A fin de cuentas, insistió él, no debes inquietarte por haber muerto. Aprovechando la ocasión, voy a contarte un secreto. También yo, de igual modo que tú, creo en la existencia de un mundo más allá de la tumba. Algún día iré a verte dondequiera que te encuentres, en el infierno o en el paraíso.

Tú no eres el doctor N. T., le repliqué irritado. Y de pronto desaparecieron todos, incluido el coche fúnebre y el cortejo de gente, y los sonos de la marcha fúnebre. Me quedó únicamente en los oídos el eco de su voz y allá enfrente, al pie del pedestal sin estatua, mi mirada se topó con Hades. Señor Trapi, se dirigió a mí al tiempo que hacía esfuerzos por encaramarse de nuevo sobre el pedestal, he seguido el cortejo de tu

funeral, ha pasado por aquí cerca. Pero tú les has dado esquinazo y esos imbéciles están acompañando un ataúd vacío. ¡Bravo señor Trapi, bravo!

Me aparté de la ventana. Debía acudir necesariamente y de manera inmediata a la cadena de televisión Sirius. Esto sucedía dos semanas cumplidas después de que Lori se hubiese marchado de mi apartamento dejando sobre la mesa de la habitación la nota: «Eres un cielo».

Antes de salir se me presentó un problema, lo llamaré técnico: debía causarle buena impresión al director. Una vestimenta inadecuada podía estropearle las cosas. Pero yo no conocía al director de la televisión Sirius. Yo no conocía al patrón de ninguna de las cadenas de televisión, de modo que no tenía la menor idea acerca de sus gustos, aunque en mi caso, como varón, esa preocupación estaba fuera de lugar, tales gustos no contaban. La cuestión es, pensé, dar la impresión de ser alguien competente. Y fuerte. Un hombre de nuestro tiempo. Y la solución consiste en vestirme con ropas en las que un ojo avezado sepa distinguir la clase. Una noche de verano, Irma y Lori me habían hecho cumplidos al verme vestido con un par de tejanos de color azul claro, un polo de algodón azul oscuro y calzado blanco deportivo, todo enviado para mí por Tomi a través de Marga. En realidad, aquellas prendas no eran de producción americana. Los tejanos y las zapatillas llevaban la marca «Made in China», el polo «Made in Bangladesh». De todos modos, era ropa comprada en América, en los Estados Unidos, de modo que decidí vestirme así, descendí las escaleras del edificio, salí a la calle y allí, como me sucede cada vez que salgo a la luz del sol y me despejo, me di cuenta de que no tenía la menor idea de dónde se encontraba la sede de la cadena Sirius.

Preguntando se llega a Constantinopla, dicen los viejos. Yo no buscaba Constantinopla ni ninguna otra vieja urbe imperial. Buscaba una cadena de televisión privada en el interior de la capital, en la que se habían constituido unas quince semejantes, quioscos televisivos, según las llamaban en tono de burla, aunque eso no me interesaba. A mí me interesaba ponerme a trabajar, aunque fuera en un quiosco televisivo. Me calcé unas gafas de sol y, gracias al consejo de los antiguos, una hora más tarde, con cierto aire prepotente, me encontré en las inmediaciones del edificio Sirius.

En la cerca exterior había un puesto de guardia de chapa y yo me detuve ante él a la espera de que apareciera alguien, presentarme, si resultaba necesario, presentarle mi documento de identidad y conseguir permiso para penetrar en el interior. No apareció ningún guardia. A través de la puerta de hierro, con ambas cancelas abiertas, entraban y salían coches, levantaban polvo, el polvo me envolvía, hasta que comprendí que estaba esperando inútilmente, como un provinciano mostrenco. Con esa sensación de provinciano mostrenco recorrí un camino asfaltado que conducía hacia un conjunto de edificaciones levantadas recientemente. Entre ellas se agazapaba una pequeña plazoleta donde estaban aparcados cierto número de coches, algunos con el emblema de la televisión Sirius. Quedé k. o. nada más internarme en la glorieta. Un Toyota me pasó

muy cerca, por poco no me lleva por delante. El conductor, un muchacho joven, volvió la cabeza y gritó: aparta maldito *trapi*, qué haces en mitad de la calle, y se marchó. El efecto de la palabra «trapi» en esta ocasión fue demoledor. Me pareció que todos los coches aparcados en los alrededores se iban a abalanzar sobre mí y, en lugar de hacer sonar las bocinas, me gritarían a grandes voces: «Trapi, trapi, trapi...». Antes de que lo hicieran, abandoné la glorieta. Los pies me condujeron hacia un edificio de fachada de cristal, de ese cristal oscuro que permite ver de dentro afuera pero no en sentido contrario. Era el edificio que buscaba. Allí se encontraba el despacho del director de la televisión Sirius.

El jefe no estaba presente. Eso me lo hizo saber un muchacho de cuerpo enorme, musculoso, con unos poderosos brazos, tipo guardaespaldas. Inicialmente me permitió esperar allí de pie, cosa que le agradecí, por una razón bien sencilla: estaba charlando con dos chicas. Eran hermosas, elegantes; el guardaespaldas, con razón, no se apartaba de ellas por una nadería. Finalmente me vi obligado a hacerle notar mi presencia, le dije por qué me encontraba allí y el guardaespaldas se dignó echarme una mirada de la cabeza a los pies. Pretendía entrevistarme con el número uno y esto, al parecer, le sorprendió. Me preguntó qué asuntos tenía yo con el número uno y yo le respondí que era algo personal. Me dijo que el número uno no estaba, que no sabía dónde estaba, nadie sabía nunca dónde se encontraba ni cuándo venía el número uno, aunque si yo insistía en verlo por el susodicho asunto personal, podía salir, dar una vuelta por los alrededores y regresar más tarde, o ir a esperar a la cafetería de enfrente, al otro lado de la glorieta, si es que tenía suerte y el número uno regresaba. Éste fue el instante del segundo k. o. Me sentí como un montón de trapos viejos, ya porque me iba a ver obligado a esperar, ya por el celo con que el muchachote se apresuró a desembarazarse de mí. Salí al exterior, durante unos momentos permanecí inmóvil, indeciso: ¿debía marcharme de una vez o seguir el consejo del muchachote e ir a la cafetería?

Elegí lo segundo, entré a la cafetería. Tomé asiento en una mesa desde la cual podía observar los movimientos ante la entrada de la cadena Sirius. Entre tanto, en mi interior no quedaba ya una brizna de arrogancia. Allí todos se comportaban como jefes. Allí todos me parecían prebostes. Incluido el camarero, que apareció a mi lado y me preguntó qué deseaba, y yo me le quedé mirando desconcertado. Deseaba tomar un coñac, una copa grande de coñac, pero no me atreví a pedirla, y esto me dejó desarmado. El camarero perdió la paciencia. Señor, me dijo, le ruego que se decida, y se marchó, y en el último instante yo me despabilé y grité: ¡Un té!, sin poder enterarme de si el otro me había oído o no. Lo habían oído en las mesas situadas a mi alrededor. Al parecer había gritado con fuerza, algunos volvieron la cabeza y yo sentí el impulso de pedir disculpas. Y al mismo tiempo de explicarles mis motivos. Aquella reacción mía estaba relacionada con mi reticencia a pedir un coñac, pero renuncié a las explicaciones. Ellos eran jóvenes, difícilmente tendrían la paciencia suficiente como para escuchar mis explicaciones,

además llegó el camarero, me había oído, me trajo un té y yo me puse a sorberlo con la mirada en la entrada de la televisión Sirius, a la espera del jefe.

Esperando a Godot, pensé. Y me eché a reír. Y me entró un enorme deseo de hacer saber a los jóvenes clientes del establecimiento que hacía pocos instantes no me había atrevido a pedir un coñac por razones muy serias: debía permanecer a la espera de una persona llamada Godot. Si ellos no sabían quién era ese Godot no importaba demasiado, bastaba con que me creyeran cuando les decía que llevaba toda la vida esperando que viniera, y él no llegaba, y yo aún tenía la esperanza de que lo hiciera, por eso me encontraba en aquel establecimiento entre ellos, tal vez un tanto fuera del tiempo, a la espera de que viniera, y cuando viniera quería estar sobrio, sin una sola gota de alcohol en el estómago, sin ningún aliento comprometedor en la boca, de lo contrario corría el peligro de que mi partida estuviera perdida de antemano. A decir verdad, yo ya me había entrevistado una vez con Godot, aunque la persona en cuestión no se llamara así. Y no tenía la menor alergia al alcohol. Era un individuo enteramente material de nombre Glorio Encomiable, antiguo redactor jefe de la revista *Octubre*, en cuyas páginas había leído acerca del llamado Godot. Cuando fui a presentarme por primera vez en la redacción del semanario *Octubre*, me pareció que acudía a una entrevista con Godot.

Toda esta peripecia resultaba un tanto complicada. En el mejor de los casos, incluso si los clientes del local, chicos y chicas jóvenes, accedían a escuchar mis explicaciones, difícilmente se enterarían de nada. Como mucho pondrían en duda mi estado mental, me considerarían un chiflado, y tal vez no estuvieran en exceso alejados de la verdad al considerarme así.

Me levanté y me dirigí al mostrador. Le dije al camarero que me sirviera un coñac, doble. Y regresé a sentarme a la mesa. Con la mirada en dirección a la entrada de la televisión Sirius. A la espera del jefe.

Llevaba casi dos horas esperando. Al comienzo clavado en la acera, junto a la puerta exterior de la redacción. Más tarde en la cafetería de enfrente, al otro lado de la calle, desde donde podía observar cualquier movimiento. No alentaba la menor ilusión. Estaba convencido de que Glorio Encomiable saldaría formalmente conmigo un compromiso forzado por la intervención de mi madre. También yo me encontraba allí a causa de mi madre, para no desairarla. Hasta aquel día no había publicado nada, en ningún órgano de prensa, mucho menos en el semanario *Octubre*, por tanto mis posibilidades eran iguales a cero.

Llegó cuando yo ya había perdido las esperanzas de que viniera y continuaba en la cafetería por otra razón. Contra las advertencias de mi madre, estaba bebiendo. Era un día de enero, con un cielo grisáceo del que rezumaba una lluvia tenue. En aquella llobreguez tenía plenos motivos para pensar que estaba esperando en vano, aunque aquel al que esperaba no se llamara Godot. Paradójicamente, deseaba que no viniera. De ese modo no me vería obligado a desempeñar el papel de débil mental, podría continuar bebiendo tranquilo y con la misma tranquilidad mantener una conversación con mi madre, pedirle que renunciara a todo intento posterior. Pero él llegó y yo me presenté en su despacho.

El jefe me invitó a tomar asiento en cuanto le hice saber quién era. Me senté en un sillón alejado de su mesa con la esperanza de que mi peste alcohólica no llegara hasta él, precaución esta inútil, el sol no se podía cubrir con un cedazo. Me habló torpemente de mi padre, le quiso mucho, dijo ahogadamente, aquéllos fueron tiempos felices. Con la misma torpeza e idéntico ahogo se disculpó por la tardanza. A veces te surgen asuntos imprevistos, observó, no puedes eludirlos, y tras decir esto revolvió en un cajón, sacó de allí un material, comenzó a hojearlo y yo tuve la impresión de que se había olvidado de mi presencia.

Durante el tiempo en que él permanecía absorto en el texto, mis ojos fueron a parar más allá de sus hombros, sobre la pared, donde colgaba un enorme marco con el omnipresente retrato oficial. Imaginé cómo se comportaría aquel hombre gordinflón de pelo canoso si yo cogía el cenicero que había sobre la pequeña mesa situada cerca de mí y lo arrojaba contra el retrato oficial. Esa misma pregunta me la hago todavía hoy algunas veces, cuando él ya no es de este mundo y me resulta imposible por tanto encontrar una respuesta: ¿me expulsaría del despacho a puñetazos o en lugar de eso cogería también él un cenicero y, rivalizando conmigo, lo arrojaría sobre el cuadro, acompañando el acto del insulto habitual en él con los tipos a los que no tragaba: «asno

cebón»? Desde este punto de vista, Glorio Encomiable era el hombre más enigmático que he conocido.

Su recuerdo no sería tan contradictorio para mí si no hubiera dejado unos cuantos libros. Se trata como de cuatro volúmenes de poesía, una novela y una colección de artículos críticos, algunos de los cuales, por curiosidad, leí antes de acudir a visitarle durante aquellas vacaciones invernales. La impresión que me forjé de él no fue demasiado brillante. Sonia habría incluido al jefe en la categoría de los gallitos aldeanos. Por encima de todo, su obra no dejaba el más mínimo margen para sospechar que un día, como sucedió en verdad, la posición del autor pudiera tambalearse debido a actitudes contrarias a las que manifestaba en sus libros. A Glorio Encomiable se lo alineaba en el bando de los conservadores. Y de pronto comenzaron a señalarlo con el dedo como un modernista, un liberal.

Tres años después de nuestro primer encuentro, fui transferido a la capital. Entretanto, yo había experimentado mutaciones fulgurantes: me había casado, incluso había nacido Tomi, y Glorio Encomiable ya no se encontraba en el puesto de redactor jefe, le habían nombrado director de Studiofilm. Por aquel entonces yo acababa de meter la cabeza allí, coincidiendo con un periodo de purgas y reuniones insensatas. En los ambientes del Studiofilm circulaba el rumor de una destitución inminente del jefe, y por ironía del destino, los ataques más duros contra él como modernista y liberal los lanzaba *Octubre*. Pero justo cuando se esperaba su fulminante linchamiento, Glorio Encomiable se la jugó a todos: murió de pronto en circunstancias escandalosas. Pereció a consecuencia de un infarto de miocardio en una de las habitaciones del Hotel Turismo de Saranda, donde había ido a supervisar el rodaje de una película. La verdad sobre el fallecimiento se supo con rapidez. Había muerto practicando el sexo con una actriz de reparto. Según se dijo, el escándalo fue reconocido por la propia actriz en una crisis de nervios. El jefe había entregado su alma en el instante del orgasmo y ella no conseguía librarse del horror que le había producido.

Mi traslado y nombramiento como integrante de la redacción de guiones de Studiofilm los había arreglado él dos o tres meses antes de morir. No sé por qué sendas se habría internado mi futuro si el infeliz se hubiera apresurado a largarse de este mundo sin dar remate a ese cometido. La providencia quiso que antes se apresurara a dejar arreglado mi asunto. Comencé a trabajar en Studiofilm en vida del difunto, y para nadie era un secreto que me encontraba en aquel templo del cine gracias a su patrocinio. Con el paso del tiempo, esta circunstancia se perdió en el olvido. Aunque con el paso del tiempo también reapareció el mote de Trapi. Es posible que el causante de ello fuera algún conocido de los años de la facultad, algún gallito aldeano, pongamos. Pero puede también que la causa fuera una vez más la irremediable deformación de mi apellido por parte de los oficiales del entrenamiento militar.

Durante la primera entrevista con el antiguo amigo de mi padre nada de esto podía pasármelo por la cabeza. Me encontraba en su despacho con una desaconsejable dosis de alcohol en el cuerpo, a la espera de que los puntos quedaran debidamente colocados sobre las íes y yo tuviera que largarme. De lo contrario, bajo los efectos del alcohol – sobre todo por las ínfulas que él se daba–, si no era capaz de agarrar el cenicero y lanzarlo contra el retrato oficial situado en la pared, sí estaba dispuesto a decirle que había leído todos sus libros, que ninguno valía un pimiento, que sus poesías eran meros ripios, su novela una historia espuria. Pero al poco me sentí aliviado por el hecho de comprobar que el hombre no lleva escritos sus pensamientos en la frente. Durante el tiempo en que mi cerebro estimulado por el alcohol rumiaba tales cosas, el jefe rumiaba otras.

Pensé que me estaba abriendo una vía de escape cuando comenzó a hablar sobre los principios del trabajo en la prensa. No obstante, su primera lección se me ha quedado grabada en la memoria. Se convirtió para mí en una suerte de código. La facultad para protegerse de los peligros se encontraba en la base de dicho código. Esto me lo desarrolló con una persuasiva lucidez, que se tornó aún más persuasiva debido a la inesperada proximidad que manifestó hacia mi persona en cuanto dejó a un lado el texto que leía. Me preguntó si continuaba escribiendo poesía y yo le respondí que no, más desconcertado y sorprendido por su brusco cambio de proceder que por la pregunta que me había hecho. Eso demostraba que tenía una memoria extraordinaria, recordaba un detalle que nunca habría creído que saliera a colación aquel día, lo que bastó para que me arrepintiera de mis juicios un tanto severos de pocos instantes antes acerca de su obra. Tras mi negativa, él desarrolló en forma resumida la teoría del peligro, manteniéndome entre tanto atenazado con la mirada, como si pretendiera averiguar el efecto que causaba en mí la teoría en cuestión.

Puedes ser muy bueno, muchacho, observó al tiempo que se levantaba de la mesa. Ahora bien, si no sabes guardarte de los peligros, estás acabado. Como viejo amigo de tu difunto padre, considero pertinente que hablemos sin remilgos. Y, desde luego, que todo quede entre nosotros. Debes saber que la prensa es un campo minado. La mina puede estar oculta allí donde menos lo imaginas, incluso en una sola sílaba. ¿Puedes imaginar cómo una sola letra puede hacer que un hombre salte por los aires? Por imposible que te parezca, de ese modo se abrasó un amigo mío hace tiempo, en la época en que tomábamos copas con tu padre, por un descuido fatal, ridículo. Gracias a ese descuido, la sílaba DE se volvió O. En consecuencia, la palabra DEFENSORA se transformó en OFENSORA. Y al día siguiente el título del artículo apareció en el periódico con grandes titulares: «La Unión Soviética, ofensora del campo socialista». Vete a convencer a los demás de que se trata simplemente de un lapsus y no de un sabotaje premeditado, como, en la mayoría de los casos, son considerados allá arriba semejantes errores. La consecuencia más leve es el despido del trabajo, y con eso debes darte por contento, porque puede ser mucho peor. Ése es el caso clásico, que puede reproducirse en formas

distintas, en que te la juegas por una sola sílaba. Además, las técnicas de impresión en nuestro país, hoy en día, no son muy diferentes de las de la época de Gutenberg. Aunque las trampas que puede tenderle la prensa a un periodista o a un redactor son en la actualidad infinitas, desde las más banales hasta las más sofisticadas: los errores ideológicos. En pocas palabras, el nuestro es un trabajo endiablado. Cada vez que sale un nuevo número de la revista, al día siguiente yo me paso toda la mañana en el despacho con el corazón en un puño, a la espera de los telefonazos de arriba. Y si te llaman por teléfono de arriba, debes tenerlo claro, eso significa que las cosas no van ni mucho menos bien...

Abandoné su despacho tal como había llegado, con la sensación de cero posibilidades. Tras su exposición de la teoría del peligro, me recordó que *Octubre* era una revista de élite, allí no podía publicar cualquiera, sus redactores eran firmas ilustres, autores de libros, con prestigio en los terrenos que cubrían, conocedores de lenguas extranjeras, resultaba difícil que una persona anónima pudiera encontrar un hueco entre ellos. Esta última afirmación me molestó. Pensé que la persona anónima era yo y me sentí ofendido. Abandoné su despacho con un montón de revistas que no podía rechazar. Él insistió en que me las llevara, que las leyera con atención y que volviera a verle de nuevo, cuando quisiera. Si entre tanto intentaba escribir alguna cosa, no debía vacilar en enviársela para que la viera, él estaba dispuesto a ayudarme. Pero a mí se me metió en la cabeza que el tipo se había librado de mí. No, no volvería a aquel despacho. De otro modo, tendría que enfrentarme al concepto de persona anónima. De camino a casa quise descargarme del montón de revistas pero no me topé con ningún cubo de basura, de modo que me vi forzado a llevármelas conmigo, convencido de que no me servirían ni para el retrete.

De esta misma opinión poco más o menos era mi prima Sofika. Cuando le dije a mi madre que aquellas revistas no servían ni para el retrete, ella se enfadó. Comprendió que había bebido y dijo que debería darme vergüenza haberme atrevido a presentarme en ese estado ante el viejo amigo de mi padre. Entonces intervino Sofika. Ella interpretó mi afirmación relacionada con las revistas en un sentido literal. Las revistas realmente no servían para utilizarlas en el retrete, la calidad del papel, un papel grueso, de producción nacional, dejaba mucho que desear. Además de eso, resultaban inutilizables debido a la tinta de la imprenta, que podía ocasionar daños inquietantes en una zona delicada del cuerpo.

Sofi, así la llamaba para abreviar, era tenida por todos como la más inteligente de las mujeres de la familia. No sin razón estudiaba matemáticas. No era una muchacha demasiado atractiva, pero tampoco era fea y yo sabía, lo decía a menudo, se lo decía también a ella, que alguien de su misma inteligencia y delicadeza de sentimientos descubriría a buen seguro ciertos atractivos que se ocultaban tras su aspecto adormilado. Lo que no preveía era sólo una cosa: que ese alguien sería mi amigo de la infancia, el doctor N. T.

Ella se había establecido en nuestra casa tras mi traslado a la aldea. Su familia vivía en Korçe y, a ruegos de mi madre, Sofi abandonó la habitación de la residencia de estudiantes y se instaló en nuestra casa para no dejar sola a su tía. Siempre que volvía a Tirana, yo me cuidaba de acompañarla a dar un paseo por el gran bulevar, le gustaba el merodeo desde la facultad de Ingeniería hasta el centro y viceversa. En ocasiones cenábamos en el Taiwán. Más raramente, cuando coincidía que yo acababa de cobrar, la llevaba al restaurante del Palacio de Cultura. Mis puntos de vista acerca de la revista *Octubre* se tambalearon tras una invitación de Sofi para que actuara como su pareja en una fiesta de estudiantes, dos días antes de que terminaran las vacaciones de invierno y yo regresara a B.

La fiesta tenía lugar en una sala de la facultad de Ciencias de la Naturaleza, organizada por el curso de tercero de Matemáticas en colaboración con tercero de Bioquímica. El curso de matemáticas contaba con treinta y cinco varones y seis mujeres. El de bioquímica, con siete varones y cuarenta mujeres. Eran, como precisó Sofi, dos cursos sexualmente complementarios. Ella se arregló con esmero ante el espejo, mi madre le dijo que estaba muy guapa, eso mismo le repetí yo. Una vez en la fiesta, me presentó como a una docena de chicas. No me quedó en la memoria una sola de ellas y no bailé con ninguna. Luego, Sofi no encontró demasiado tiempo para ocuparse de mí. Fue una fiesta bastante embarullada y ella sólo se acordó de su pareja cuando se le antojó que nos marcháramos. Entonces yo deseaba que nos quedáramos un poco más. Acababa de bailar una pieza. No con ninguna de las amigas de Sofi. Fue con otra, de ojos verdes. Mientras bailábamos no tuve oportunidad de preguntarle cómo se llamaba. Seguro que la conocía Sofi. Aunque, pensé, mi curiosidad por saber cómo se llamaba era absurda. Dos días después tenía que presentarme en el trabajo. Allí debería estar atento para no volver a coger piojos y el nombre de aquella muchacha no desempeñaba ningún papel en todo ello.

Mis nervios comenzaron a irritarse al día siguiente. La cara de la muchacha se me había quedado grabada. Y lo que es peor: me torturaba un sentimiento de inferioridad. Había bailado con ella unos quince minutos, tanto como se le antojó a la orquesta prolongar una tanda de tangos y, ebrio de su aroma, por un instante deseé que la tanda no terminara. Pero la orquesta me condenó. Decidió hacer un descanso, la muchacha sonrió y me dio las gracias. Yo no entendí por qué me daba las gracias. El sentimiento de inferioridad me invadió en cuanto ella se separó de mí. Una voz interior se burlaba: es inútil, me susurró, ya has tenido incluso demasiado. La voz continuó provocándome incluso dos días después, cuando me subí al tren rumbo a la ciudad de M. En mi mochila, junto con mis pertenencias, había metido el montón de ejemplares de la revista *Octubre*. Durante el trayecto en tren desde Tirana a M. leí con atención la totalidad de los artículos del último número. Turbiamente sentía que este hecho, mi cambio repentino de punto de vista en torno a los valores de una revista sobre la cual hasta poco antes pensaba que no servía ni para el retrete, estaba relacionado con la muchacha

desconocida. Sin duda me había enamorado. Ridículo, pero la verdad era ésa. Un *coup de foudre*⁸. La tarde de aquel día, en mi habitación de lo alto de la colina, el rostro de la muchacha se me borró. Únicamente permaneció la mirada de sus ojos.

Aquella noche, después de muchos años, sentí la necesidad de escribir poesía. Me senté a ello, aunque no conseguí escribir otra cosa que el título: «Ojos verdes». Estaba experimentando algo que tenía olvidado. Como en los tiempos en que moría por una muchacha llamada Teuta, en que escribía versos y soñaba con publicarlos en el periódico *La voz de la juventud* para parecer más importante a sus ojos. Ahora me sentía poseído de la misma fiebre. Por publicar en la revista *Octubre*. No tenía importancia el qué. Bastaba con publicar. Con que apareciera mi nombre. Con abandonar el anonimato. Vencer aquel sentimiento de inferioridad ante Ojos Verdes. Convertirme en alguien interesante. Glorio Encomiable me había dejado una puerta abierta. Atacaría por allí. Y a través de ella llegaría hasta Ojos Verdes.

Bastó esta obcecación para que me enajenara. Índice primero de la enajenación: me sentía casi feliz de encontrarme en B., en un mundo cuya existencia Ojos Verdes no podía siquiera imaginar, lo que me proporcionaba cierta ventaja. Las horas más mágicas para mí eran las de la caída de la noche, cuando me encerraba en mi habitación, junto a la mesa, a la luz de la lámpara de petróleo. La pequeña estufa de chapa se calentaba hasta enrojecer; sin embargo, la habitación no se caldeaba. No había forma de que se caldeara. Aquel inicio de marzo hizo un frío brutal. Era imposible que mi habitación sin techumbre, cubierta por un tejado de lajas de piedra, con el suelo de tierra batida y de muros delgados, llegara a calentarse por mucho que enrojeciera la estufa. Cuando la furia del fuego decaía, me castañeteaban los dientes. Lo lógico habría sido que me metiera en la cama y me arropara bien, la única manera de escapar del frío. En lugar de eso, me alzaba el cuello de la zamarra, me calentaba las puntas de los dedos con el aliento, continuaba la lectura de las revistas y entre los renglones se me aparecían los Ojos Verdes. Si no me quedaba dormido sobre la mesa era a causa del frío. Me defraudaba que el sueño no consiguiera apoderarse de mí sobre la mesa, leyendo a la luz pálida de la lámpara. Tal escena formaba parte de la sublimación del personaje literario al que había decidido parecerme.

Una semana más tarde había leído y releído todas las revistas. Recordaba los nombres de varios de los colaboradores y, sin excepción, los de quienes publicaban en las páginas literarias. Descarté de inmediato la posibilidad de colaborar con un ciclo de poemas. A lo largo de toda una noche había conseguido únicamente escribir el título de un poema, nada más. Quedaba el recurso al relato. Yo había intentado ya escribir prosa, sin pensar en la posibilidad de publicar. Ahora necesitaba publicar. Pero lo sabía de sobra: ninguno de mis escritos valía para ser publicado. Había dejado en casa, cerrados bajo llave, incluso los textos elaborados en forma de diario durante todo el año anterior. Mis relatos del tipo de «El obseso sexual» o los ensayos como el dedicado a los piojos no tenían futuro. Yo no soñaba con traducir el «Infierno» de Dante. Mi constitución física y

espiritual no estaba preparada para traducir el «Infierno» de Dante. Tenía que ser algo con lo que Glorio Encomiable no se echara a temblar. Algo que, si llegaba a publicarse, al día siguiente de la salida del número de la revista, no le obligara a pasarse la jornada entera temiendo un telefonazo de las alturas.

Argumentando de este modo me pareció que hacía un descubrimiento. Los autores de los relatos publicados en la revista *Octubre*, nombres conocidos o desconocidos para mí, por encima de todo dominaban la técnica de la medianía. Eran maestros en la medianía, en la mediocridad. Gracias a este descubrimiento, las cosas se simplificaron. Partiendo de la lección del jefe sobre los peligros de la prensa, me representé la mediocridad como una tendencia que no provocaba telefonazos de arriba. Todo consistía en no provocar telefonazos de arriba. Encontrar lo que comúnmente se llama el áurea mediócritas, con la diferencia de que en mi caso no tenía importancia si era áurea o cúprica, bastaba con que no molestara ni a Glorio Encomiable ni a ningún otro allá en las alturas.

La idea de mi primer texto para la revista *Octubre*, un relato que no se publicó nunca, se me ocurrió un día en la cantina, a la espera de la hora de comenzar la clase. Aclaro aquí que la escuela de B., primaria, de ciclo veraniego, se iniciaba en marzo y finalizaba en diciembre. El templo del conocimiento era una pequeña construcción de una sola sala, erigida en lo alto de la colina con muros de piedra hacía dos o tres años, tras un terremoto que había arrasado la vieja escuela. Sabri comenzaba la lección a las ocho, mediante el sistema de reunir dos cursos, primero y tercero. Yo continuaba con segundo y cuarto.

Era una tarde cenicienta, con un cielo preanunciador de nieve, cuando te invade un decaimiento mortal y el único medio de librarse de él es el alcohol. Para colmo, comenzó a caer la nieve. Espesa, con grandes copos. El enfermero se presentó en la zona destinada a la cantina de la tienda donde me encontraba. Tengo la impresión de que los hechos en que se basó el relato en cuestión se los escuché contar al enfermero. Aquel día bebió mucho, todos los que se reunieron en la cantina bebieron mucho, yo también, tanto que le rogué a Sabri que me sustituyera. Habría sido de mal gusto presentarme ante los alumnos en aquel estado.

Los hechos, en cuya veracidad por supuesto no creí, eran en extremo ingenuos: un leñador se empeñó en regresar a casa una noche de invierno. El camino pasaba a través de un bosque, todo estaba cubierto por la nieve y, mientras caminaba, el hombre oyó aullidos de lobo. Al comienzo lejanos, luego más próximos, aterradores. El hombre comprende: los lobos pueden llegar de un momento a otro. Sin pensarlo más, se encarama al tronco de un árbol. Las bestias aparecen en cuanto él se acomoda sobre una gruesa rama. Es una manada, los ojos les centellean en la oscuridad. Cuanto más aúllan, más se aterriza el hombre. Pero los pelos de la cabeza se le erizan cuando observa algo más: en la rama a la que se ha subido, poco más allá, está encaramado un oso. Se agarra con fuerza al tronco presa del miedo, aferra sobre todo un talego en el que lleva algunas herramientas de leñador, entre ellas una sierra. Los lobos se tumban alrededor del roble.

El hombre lo sabe, no se marcharán de allí, están hambrientos y la presa se encuentra arriba, basta con que sean pacientes. Entonces saca la sierra y arroja el talego junto con el resto de las herramientas a los lobos. Entre los aullidos, lentamente y haciendo el menor ruido posible, el hombre comienza a serrar la rama. No necesita mucho tiempo. Debido al peso del oso, la rama se parte pronto. El animal se desploma con estruendo al suelo, sobre la nieve. Al comienzo la manada se desconcierta. El oso aprovecha y emprende la carrera pendiente abajo todo lo rápido que le permiten sus patas. La manada se abalanza tras él. El hombre espera sobre la rama cortada del roble hasta que los aullidos de las fieras se pierden en la distancia. Luego desciende y echa a correr hacia su casa...

Los aldeanos se enzarzaron en un ardoroso debate. Algunos opinaban que el leñador había obrado correctamente. Se encontraba entre dos peligros, los lobos abajo y el oso arriba. Otros no pensaban así. Consideraban inicuo el proceder del hombre; el oso se encontraba sobre la rama del roble empujado por idéntico motivo, escapar de los lobos; sin embargo, él se lo había entregado, lo que evidenciaba la naturaleza desleal del hombre. Como dije, no me creí la historia. Los lugareños contaban muchas parecidas, parte del folclore local. Los dejé en su ardoroso debate, que se iba calentando progresivamente a consecuencia del rakí. En sus estómagos había rakí del suave, que fabricaban ellos mismos con uva escogida y lo traían al bar. El vendedor les permitía que bebieran su propio rakí. Así podía hacer algo de caja vendiéndoles alguna lata de sardinas. Por tanto, además del rakí, en sus estómagos había ahora trozos de sardinas en aceite de oliva. Mientras que el mío solamente contenía coñac mezclado con el poso de tres cafés a la turca que había tomado antes de decidirme a eludir el debate folclórico, y salir al exterior. La nieve continuaba cayendo densa, a grandes copos. Mirando hacia delante, donde a duras penas se distinguía en la penumbra el borde del torrente, me acordé de Faika. Habría emprendido el camino a través del bosque en busca de Faika aunque me saliera al paso una manada de lobos. Pero hacía tiempo que Faika se había marchado. Regresé a mi habitación. Me metí en la cama. Y tuve un sueño. No con Faika. Soñé con Ojos Verdes.

Empecé a escribir el relato «Entre los lobos y el oso» aquella misma noche. Dormí toda la tarde un sueño inquieto debido a los efectos del alcohol y cuando me levanté, con la cabeza turbia, al otro lado de la zona iluminada por la luz de la lámpara, sentí la presencia de Ojos Verdes. Me tenía atrapado, esperaba algo de mí en la fría oscuridad y me pareció razonable comunicarme con ella contándole un cuento. El que había escuchado en la cantina de labios del enfermero o cualquier otro. En realidad, había comenzado a contar el cuento en sueños, sin conseguir llevarlo a término, como sucede siempre con las historias de los sueños. Recordaba que el hilo se había quebrado en el instante en que el leñador se encaramaba a la rama, se apercibía de la presencia del oso, y Ojos Verdes dejaba escapar un grito. Di continuidad al intercambio soñado escribiendo. Ya avanzada la noche, cuando le di remate a la historia, salí al exterior. En aquel punto

perdido del universo vagué por la nieve helada bajo un cielo estrellado con el presentimiento de que vería pronto a Ojos Verdes, bastaba con que me presentara con el relato en la redacción para que a continuación se produjera el milagro en una de las modalidades más sorprendentes en que se manifiestan los milagros. Poco más o menos así sucedió, con la diferencia de que Ojos Verdes se encontraba aún muy lejos. El cuento me condujo directamente a otra estación.

Ella era estudiante en el Instituto Superior de Artes, en el último curso de arte dramático. La llamaré Delina, el nombre del personaje que representó más tarde en la película *La niebla*, filmada a partir de un guión basado en mi primer relato publicado en la revista *Octubre*. Además de las tablas, le gustaba escribir poemas. Complaceré más a Delina si ensalzo sus poemas y no los papeles que representó.

Llamé por tanto a la puerta del despacho de Glorio Encomiable y la abrí sólo después de oír un fuerte grito en el interior: «¡Entra!». A diferencia de nuestro primer encuentro, el jefe parecía en forma. Yo vinculé lógicamente su estado de forma con la presencia de una muchacha. Sus ojos no eran verdes. Ni siquiera me di cuenta de qué color eran sus ojos. Mi atención estaba concentrada en el jefe y éste, con una familiaridad inesperada para mí, se levantó, me abrazó y me invitó a sentarme en el sillón situado junto a la muchacha. Mi mirada se trasladó de forma automática más allá de sus hombros, hasta el retrato oficial situado en la pared. Y por un instante imaginé al jefe pálido como la cera, con el teléfono en la oreja, mientras al otro lado del hilo se encontraba la persona oficial. Pero el rostro del jefe no estaba lívido. Sonreía. Había algo capcioso en su sonrisa. Y me extendió un fajo de poemas dactilografiados, y me pidió que le diera mi opinión sin decirme que eran de la muchacha. Esto me lo hizo saber después de que los hubiera leído y manifestara que eran hermosos. Y añadí que merecía la pena publicarlos. Sinceramente. Fui insincero en un punto. Pese a mi estado de desconcierto, capté que el jefe estaba escenificando un juego. Me mostré dispuesto a entrar en ese juego. No era precisa una particular agudeza para imaginar que los poemas eran de la chica.

Más tarde, Delina me dijo que, si no hubiéramos estado en el despacho del jefe, cuando manifesté mi aprobación a los poemas me habría dado un beso. No me besó. Se puso en pie y se marchó. Me dejó a solas con el jefe. Yo continué en su despacho el tiempo necesario para que la mecanógrafa, a la que él llamó apretando un botón oculto en un costado de su escritorio, hiciera dos copias a máquina del relato, en total cuatro folios de texto. Y el jefe tuvo la bondad de leerlas allí mismo. Y, también allí mismo, de manifestar su pesar por no poder publicarlo. Al relato le faltaba belleza en la escritura. Carecía sobre todo de claridad. El lector encontraría dificultades para extraer un mensaje de aquel relato. El lector se preguntaría lo que representaban, tomados por separado, el leñador, el oso y los lobos. Si se planteaba esa pregunta, observó el jefe, el asunto se complicaba. Verdaderamente se esforzó con toda el alma porque yo, aunque mi relato no fuera a publicarse, saliera contento del despacho. Fingí salir contento, y aquí radicaba la

paradoja. Yo preveía que aquel relato no se publicaría. Mi única ilusión había consistido en volver a ver a Ojos Verdes y, mientras bajaba las escaleras del edificio con los últimos números de la revista bajo el brazo, que el jefe insistió en que me llevara, me dije de nuevo que no volvería nunca más a aquel despacho, allí estaba condenado a enfrentarme siempre a mi inferioridad, y las revistas las arrojaría a la primera papelera que me encontrara en el camino. Algo inesperado me hizo cambiar una vez más de opinión. No Ojos Verdes. Delina no tenía los ojos verdes. Los tenía normales, castaños, como la mayor parte de los ojos humanos.

Se encontraba junto a la entrada, apoyada en la verja. Me dijo que esperaba allí precisamente por mí. Salí del despacho del tío sin agradecerle tus palabras, pero tú lo comprenderás, añadió como si nos conociéramos de toda la vida, estaba confusa. Espero que el tío me publique el domingo que viene ese ciclo de poemas y, si los publica, una parte del mérito te corresponderá a ti.

Sentí una especie de vértigo. Ya fuera por el flujo de su gratitud, ya por la palabra «tío», que ella pronunciaba con una especie de intimidad sexual. Como si la palabra fuera un pene que mantenía y hacía girar en su boca. Este pensamiento me hizo enrojecer. Los imaginé a los dos, en el despacho de él, desnudos, bajo el retrato de la persona oficial colgado de la pared, el jefe con el receptor del teléfono en la oreja, ella con su pene en la boca. Y enrojecí todavía más. Y la palabra «tío» comenzó a darme vueltas en la cabeza formando un torbellino junto con los símbolos que debían representar, tomados cada uno por separado, el leñador, el oso y los lobos.

Nos vimos una semana más tarde. Era domingo y salí de casa por la mañana temprano para comprar el semanario *Octubre*. Ella me había dicho que si se publicaba el ciclo de poemas en el número del domingo, me esperaría a las diez delante del Hotel Dajti. Si no se publicaba, no había ninguna razón para que nos viéramos. No obstante, el acuerdo quedaba en pie, no debía olvidarlo, a ella le apenaría mucho que lo olvidara. Así pues, el domingo de la publicación de los poemas, cuando quiera que fuera, estaba invitado a un café, la hora y el lugar del encuentro permanecían invariables. Aquel domingo se publicó el ciclo de poemas. Cuando la encontré, ella me mintió, dijo que se encontraba delante del hotel por casualidad, no esperaba que yo regresara a Tirana solamente por sus poemas. Mentí yo también. Le dije que regresaba a Tirana todas las semanas y, al igual que ella, pasaba delante del Hotel Dajti por casualidad, había olvidado el asunto de los poemas. Esta hipocresía recíproca nos empujó a encontrarnos de nuevo el domingo siguiente, a la misma hora y en el mismo lugar, esta vez sin ningún motivo. Su motivo me lo explicó ella después de que hiciéramos el amor por primera vez. Dijo que su deseo de verse conmigo estaba directamente relacionado con el enrojecimiento de mi cara después de bajar del despacho del jefe mientras ella me esperaba abajo, junto a la verja. Nunca había visto a un chico ponerse rojo por mí como te pusiste tú, dijo, era algo muy excitante, y en ese mismo instante me surgió el deseo de acostarme contigo, tal vez como experimento, ver cómo se comportaba en el sexo un joven vergonzoso.

Nuestras sesiones amorosas se desarrollaban los domingos por la mañana, desde la diez hasta las doce, de acuerdo con el mismo ritual, en el apartamento del doctor N. T. En aquella época, mi amigo de la infancia, todavía soltero y todavía no famoso, gozaba de todos modos del lujo de un apartamento próximo al centro. Una habitación, cocina y comedor. Yo acudía media hora antes, en ocasiones sucedía que me encontraba al doctor allí, pero habitualmente él salía temprano, el café del domingo por la mañana lo tomaba en el Hotel Tirana y, por si acaso, yo tenía una copia de la llave. Delina llegaba después que yo, puntual. Ella reclamaba que, antes de que hiciéramos el amor, leyera sus versos más recientes. Yo no podía practicar ninguna clase de actividad, mucho menos concentrarme en la lectura de un poema, sin hacer antes el amor. La parte no material de nuestros encuentros ocupaba el tiempo entre dos cópulas. Entonces yo leía sus poemas y ella, si yo había escrito algún relato, leía mi relato insignificante. Delina no pronunció nunca esta palabra. Manifestaba su desaprobación de manera indirecta, este relato difícilmente convencerá al tío, decía, y para mí era como si me llamara impotente.

Nuestra primera relación se prolongó a lo largo de todo un año. No he calculado nunca cuántas semanas tuvo ese año. Fueron muchas semanas de pesadilla sexual. Cada sábado, en ocasiones los viernes, bajaba a Tirana con un relato en el bolsillo. Desde que comencé a escribir uno tenía perfectamente claro que sería estéril. Del tipo de los que no suscitaban telefonazos de las alturas. Delina me decía acerca de ellos que no conseguirían convencer al tío. Con el tiempo, perdida toda esperanza de que yo llegara a escribir algo que mereciera la pena, el jefe me sugirió que colaborara en otro campo, el de la crítica literaria. O bien, lo que resultaría más cómodo, en el de la literatura extranjera. Como yo leía francés, me entregó con toda la buena intención varios números de la revista *Les Lettres françaises*. El objetivo: que pescara temas para la crítica. En las páginas de la revista *Octubre* se hacía con regularidad crítica de la literatura llamada decadente. La moda requería que de esa crítica se ocuparan personalidades conocidas, y mi participación en esa sección constituiría un gran privilegio, llamaría la atención. Ahora bien, la única cosa que Delina no le perdonaba al tío eran las majaderías que él permitía que se publicaran en esa misma sección. En cierta ocasión en que coincidimos en su despacho al mismo tiempo, y esto sucedía raramente —ella no quería suscitar en el jefe la más leve sospecha acerca de nosotros dos—, se desató entre ellos una trifulca. La causa fue la aparición en las páginas de *Octubre* de un artículo en el que alguien criticaba a Samuel Beckett y su drama *Esperando a Godot*, Delina había leído a Beckett. Un primo suyo diplomático la abastecía de libros extranjeros. Algunos de ellos, en francés, me los pasaba de cuando en cuando a mí, sin olvidar advertirme que no desvelara el juego a ninguna otra persona. Pero hasta entonces yo no tenía la menor idea acerca de Beckett. Todo lo que sabía era que yo mismo me parecía a los personajes del teatro del absurdo. Todos nosotros nos parecíamos. Tras aquella escena que, para ser sincero, suscitó en mí un interrogante acerca de la naturaleza de las relaciones entre ellos dos, dicho a las claras sobre un posible tributo que pagaba Delina bajo una capa de deslumbramiento poético,

yo renuncié a todo esfuerzo por participar en la crítica de la literatura decadente. Delina me habría incluido en la categoría de los charlatanes. Quedaban, por tanto, los relatos. Mis relatos impotentes. Una de las carpetas de mi cajón de las banalidades contiene todas esas criaturas impotentes que nunca llegaron a ver la luz. O bien las rechazaba Delina o, en los casos en que ella manifestaba que podía llevárselas al jefe, las rechazaba este último. En la misma carpeta guardaba también otros escritos, que más tarde agrupé en una carpeta aparte. Esta última lleva el rótulo «Delina», acompañado del subtítulo «De la literatura como mujer».

Los temas de estos relatos comenzaron a inquietarme en cuanto hice el amor por primera vez con Delina. Aquel día y también más tarde, ella no quiso que yo utilizara preservativo. Según me dijo, tomaba una píldora anticonceptiva. Se encontraba tendida en el diván sólo con la combinación, leyendo un relato mío. Ahora, me dije, dentro de su cuerpo se encuentra mi esperma. Sonia generalmente no me lo consentía sin preservativo. Ni Faika. En ocasiones, por ejemplo, cuando lo hacíamos en el mar, Sonia me ponía el semáforo verde. Pero Faika no me permitió jamás que lo hiciéramos sin preservativo. No recuerdo a cual de ellas le dije una vez la famosa frase de que hacer el amor con preservativo era lo mismo que oler una rosa con mascarilla antigás. Sentí curiosidad por preguntarle a Delina si su empeño en hacer el amor sin preservativo tenía alguna relación con el efecto rosa-mascarilla. No se lo pregunté. Ella me devolvió las hojas del relato. Dijo que tenía una escritura bonita, clara y comprensible. Luego añadió el asunto del tío y en el interior de mi cerebro chisporroteó la palabra impotencia.

Delina no podía oír aquel chisporroteo. Pensé que ella no le temía a mi esperma. Mi esperma debía ser tan estéril como mi cerebro, que producía únicamente relatos de los que no suscitaban reacciones telefónicas de arriba ni le terminaban de convencer al tío. Me asaltó el complejo de impotencia. Acabábamos de hacer el amor. Sin embargo, no había conseguido poseerla verdaderamente. El momento del orgasmo era breve, terriblemente breve. Eyaculaba hasta la última gota, y ya no me quedaba otra cosa que separarme, siempre con la angustia de ser incapaz de poseer aquel cuerpo femenino.

Caí de rodillas al borde del diván donde ella permanecía tendida, solamente con la enagua, con los pechos libremente derramados. Comencé a besarla a partir de la punta de los pies. Se estremeció y se echó a reír, lo tomó a broma. Yo continué besándola, centímetro a centímetro, hasta que las terminaciones de sus nervios captaron la sensación del contacto de mi lengua, la condujeron al cerebro y entonces cesó de reír. Dejó caer un brazo a un costado, el cuerpo se le relajó. Reaccionó cuando mis caricias se trasladaron más arriba, aproximándose a la zona del pubis, y yo sentí entonces que sus dedos se introducían entre mis cabellos. Cuanto más fuerte se tornaba la presa de sus manos más me ofuscaba yo, y en el ofuscamiento tuve una iluminación alucinante. La literatura es hembra, me dije. La literatura se me había aparecido siempre en forma de mujer, diferían únicamente de aspecto en el espacio y en el tiempo, y yo no había hecho otra cosa que correr tras ella, empeñado en poseerla, como me empeñaba en poseer a Delina, aterrado

ante la posibilidad de no ser capaz de lograrlo, más aterrado aún ante la rápida llegada de ese instante en que eyaculaba hasta la última gota y me quedaba vacío, con la sensación de salir vencido de una batalla que no conseguiría ganar jamás.

En aquel tiempo escribí otro ciclo paralelo de banalidades. A diferencia de las anteriores, las del tipo del relato «Entre los lobos y el oso», no le di a leer a Delina ninguna de ellas. Me atuve a esta regla desde que escribí la primera del ciclo, un breve ensayo con el largo título «El orgasmo o el terror a la descarga sexual». Si se lo daba a leer, Delina comprendería que mis escritos giraban en torno a ella. A su cuerpo. Y la magia de nuestras sesiones de amor corría el peligro de desvanecerse.

Años más tarde, cuando ella aceptó desempeñar el papel protagonista en la película *La niebla*, tuvimos una nueva aventura. Una completa decepción para los dos. Nos lo reconocimos con franqueza el uno al otro. Delina se encontraba en Tirana, varias escenas de la película se rodaban en la capital. Ella había ocupado una habitación en el Hotel Drin y, con ocasión de nuestra nueva aventura, me encargó que tomara medidas, lo que significaba que debía proveerme de preservativos, precaución lógica ésta. Ahora estaba casada; por tanto, incluso si encontraba píldoras anticonceptivas no podía correr ningún peligro como antaño; aunque mi decepción no tuvo que ver con esto. Como creo que tampoco la suya tuvo nada que ver con las relaciones rosa-mascarilla antigás. Nuestra aventura simplemente no funcionó, así se expresó ella. Era una locura, dijo, y yo admití por mi parte que tenía razón. Delina atravesaba un periodo de renovada eclosión de sus encantos femeninos después de haber sido madre, y su cuerpo colmado y sus pechos, que parecían a punto de reventarle las blusas veraniegas, la hacían en extremo deseable. Sin embargo, no funcionó. Ignoro el motivo de que no funcionara por lo que se refiere a Delina, no se lo pregunté. En cuanto a mí, lo comprendí en cuanto eyaculé, me separé de ella cuidando de apartar el preservativo y me quedé con él en la mano sin saber dónde arrojarlo hasta que ella me dio la solución. Ve al baño, dijo, tíralo al váter. Así lo hice, fui al baño, lo arrojé al váter, tiré de la cadena y vi como el agua se lo llevaba y desaparecía en la oscuridad de las cañerías, y mis ojos fueron a parar entonces al espejo, a mi rostro miserable y mi cuerpo desnudo. Cuando volví a la habitación me apresuré a vestirme. Lo mismo estaba haciendo Delina. Acababa de ponerse las bragas, se estaba abrochando el sostén por detrás, y yo temí que me pidiera, como antaño, que la ayudara a abrochárselo. Afortunadamente no me pidió nada semejante, dijo sólo que nuestra nueva tentativa había sido una locura, y yo continué vistiéndome en silencio. Al final le dije que tenía razón, nuestra nueva tentativa había sido una locura. Quise añadir también el motivo debido al cual no había funcionado en mi caso, pero guardé silencio. Delina podía sentirse herida si le contaba cómo eran las cosas, es decir, que su cuerpo había perdido la magia de otro tiempo, cuando yo veía en ella a la doble criatura celestial y terrenal, a la hembra-literatura o a la literatura-hembra, y en vano me esforzaba en poseerla, y eso me había empujado a dirigirme a ella siempre insatisfecho, con el anhelo febril de un enfermo sexual y psíquico, a la busca de los misterios celestiales y terrenales.

Entonces, la primera vez, nuestra aventura se prolongó hasta septiembre. Las semanas en B. se me pasaban volando, entre las fiebres provocadas por la imposibilidad de realizarme. Escribía relatos de la modalidad estéril en un esfuerzo desesperado por superar el obstáculo Delina, luego el obstáculo tío, con la esperanza de ver un día mi nombre escrito en las páginas de la revista *Octubre*. Seguían después los textos que no le mostraba nunca a Delina. Escritos con el celo de un pintor principiante de quien se requiere que dibuje correctamente cada parte del cuerpo de la modelo: ojos, labios, pechos, pezones de los pechos, ombligo, caderas, pubis, boca, manos, cabellos, cuello, garganta, canalillo entre los pechos. Luego el modo en que gemía, cómo me mordía, cómo me enardecía excitándome con la punta de la lengua, cómo me succionaba, me vaciaba hasta la última gota y yo, en cuanto me apartaba de ella, me llevaba todo esto conmigo, y nada más llegar a B. me apresuraba a ponerlo sobre el papel como testimonio de la existencia de aquel ser a un tiempo celestial y terrenal, para sumergirme a continuación en otro universo, allí donde pescaba a mis criaturas estériles.

Glorio Encomiable tuvo a bien publicarme un relato en el último número del mes de septiembre. El relato se titulaba «Un caso práctico». Delina no se encontraba en Tirana, había sido destinada a la compañía de teatro profesional de Fier. En su ausencia, le presenté el escrito directamente al jefe. Tuve miedo de que me censurara el título por haberlo tomado de prestado de un relato de Chéjov. Me sabía de memoria todos los relatos y las novelas de Chéjov publicados en albanés. Pero el jefe no se dio cuenta de nada. Quien se dio cuenta fue otra persona: Ojos Verdes. Sucedió al día siguiente de mi primera publicación en la revista *Octubre*, un lunes, cuando nuestras trayectorias se cruzaron en el vagón de un tren en el que viajábamos los dos hacia la ciudad provinciana de M.

Ya nos habíamos cruzado una vez, meses atrás, en el Hotel Tirana. Yo había cobrado y, como sucedía cuando cobraba, en ocasiones elegía para Sofi el local más caro de aquel tiempo, el restaurante del Tirana. La divisé en una mesa, al otro extremo, mientras paseaba la mirada por el salón a la espera del camarero. Estaba en compañía de un muchacho mientras que yo, al día siguiente, como de costumbre a las diez, iba a encontrarme con Delina en el apartamento del doctor N. T. Me había convencido a mí mismo de que ella no existía. Eso pensaba aún cuando se puso en pie, pasó junto a nuestra mesa, saludó a Sofi, salió en compañía del muchacho y desapareció como si nunca hubiera existido.

Sin lugar a dudas, fue la providencia quien la puso en mi camino. En caso contrario no puedo explicar por qué se me apareció en el último vagón del tren justo al día siguiente de la publicación de mi relato. Al igual que yo, se dirigía a la ciudad de M. Dijo que se llamaba Margarita, para abreviar la llamaban Marga, y hacía ese trayecto todos los lunes desde hacía un mes. Yo le precisé por mi parte que hacía ese trayecto desde hacía más de dos años.

Habíamos cogido el tren en el último momento, por eso nos encontrábamos en el último vagón, lleno a reborar de viajeros, en el estrecho pasillo, muy cerca el uno del otro. Yo hacía todo lo posible por resistirme a la presión de los cuerpos que me apretaban contra ella, pero mis esfuerzos eran inútiles. El trayecto entre Tirana y Durres lo hicimos en una forzada proximidad, mientras, a merced de las oleadas de presión provocadas por la gente que subía y bajaba en las pequeñas estaciones intermedias, su cuerpo se pegaba al mío y viceversa. Parece que fue ésta la razón de que ella descubriera desde el principio que recordaba mi cara, en una palabra, que me conocía: era primo de Sofi, de esa estudiante maravillosa, la única de toda la facultad que había tenido el privilegio de quedarse en Tirana gracias a su nombramiento como profesora ayudante en la cátedra de matemáticas. Entonces yo me permití la licencia de poner de manifiesto que también recordaba su cara. Durante una fiesta en la facultad había tenido el placer de bailar con ella. Así me expresé y un leve enrojecimiento envolvió su rostro. Aproveché la circunstancia para sumergirme en el verde de sus ojos. He pasado muchas noches sin dormir a causa de tus ojos, quise decirle. Pero no era el lugar ni el momento. A duras penas hacíamos frente a la presión de los pasajeros en un espacio cargado de olor a cuerpos humanos, la mayoría campesinos, sin lavar desde hacía quién sabe cuánto tiempo. Esto duró hasta Durres. Allí los vagones se desalojaron, para volverse a llenar al cabo de diez minutos, el tiempo que necesitó la nueva multitud de pasajeros para asaltar el tren a la carrera. Entre tanto nosotros habíamos tomado asiento en una cabina, el uno

frente al otro, junto a una ventanilla desde la que se veía el mar. Antes de llegar a Durres había conseguido obtener de ella una información más: había sido destinada como maestra a una aldea de la llanura, como a una hora en autobús de la ciudad de M. Eso significaba que, como poco, durante dos horas más permanecería sentada frente a mí.

Me sentía enardecido, asaltado por una felicidad que me atemorizaba. Todo el día anterior había deambulado por Tirana con el último número de la revista en el bolsillo, convencido de que todo el mundo la había comprado. De que la primera cosa que habían hecho todos esa mañana era leer mi relato y, mientras caminaba deseoso de encontrarme con algún conocido, tenía la impresión de que los transeúntes me miraban con el rabillo del ojo y, en cuanto se alejaban, se decían unos a otros: mira, es él, el autor del relato publicado en el número de hoy. Luego había dormido toda la noche con la revista bajo la almohada, y ahora padecía por efecto de un impulso: sacar la revista de la cartera, colocarla ante Ojos Verdes, decirle que el autor del relato acompañado de una hermosa ilustración era yo.

No padecí demasiado. Mi sufrimiento se desvaneció con la partida del tren. Ella estaba apoyada en la ventanilla, contemplando el mar. Poco a poco el mar desapareció y ella se volvió hacia mí. El título lo has tomado de un relato de Chéjov, me dijo. Pronunció estas palabras con una especie de indecisión, como si, mientras contemplaba el mar, hubiera estado sopesando si debía o no debía decírlas, y finalmente se hubiera decidido a hacerlo. Me cogió desprevenido. Y apenas caí en la cuenta de que el revoltillo de tangos en la fiesta de la facultad no sólo había dejado huella en mí.

Un paréntesis: Marga era una devoradora de libros, pero los que yo escribía no le gustaron nunca. Se burlaba particularmente de las películas rodadas a partir de mis guiones y toda la vida ha sido mi voz crítica. Tenía razón, lo sabía bien. Yo sabía muy bien que ella tenía razón. Cuando se burlaba, yo me cogía unas amargas rabietas, pese a que entre nosotros no se producían escenas. Sus burlas apuntaban más allá de mí y yo las superaba de manera deportiva. Con el tiempo, la manera más deportiva de superar sus burlas fueron mis miserables aventuras con algunas jovencitas, mecanógrafas o figurantes locas por el cine, a cuyos ojos yo era una persona importante. Con el fin de impregnarse ellas mismas de esa importancia, no vacilaban en chismorrear entre sus amistades próximas sobre sus aventuras conmigo, de modo que nada permanecía en secreto y, en consecuencia, algún amor propio femenino o masculino, ofendido a saber por qué hazañas mías, enviaba a Marga cartas anónimas. Luego, con el tiempo, ella renunció a las burlas. Ya no leía lo que yo escribía; en general, no leía nada. Fue devorada por nuestros hijos, sobre todo tras la muerte prematura de mi madre. Entonces se encontró sola, al tiempo que yo, en el colmo de mis aventuras miserables, que marchaban en paralelo con mis criaturas estériles, a modo de compensación las unas por las otras, comencé a acostumbrarme a la calificación de «piel de perro».

Por supuesto, aquel día, en el vagón del tren, ella no se burló de mi relato. Dijo solamente que había tomado el título de Chéjov. Sin ninguna segunda intención. Con un

tono de voz que no podía dejar de ser captado por los presentes. Estos lo oyeron, pero difícilmente ninguno de ellos pudo comprender que se refería a mí, a un relato mío publicado en la revista *Octubre*. Un hombre había desplegado sobre sus rodillas la comida y masticaba. Con el fin de tranquilizar a su bebé, una mujer se sacó el pecho, que el niño comenzó a chupar con fruición. Otro dormía en un rincón con la boca abierta y el último no apartaba un solo momento sus ojos de Marga. También yo la miraba. Sin siquiera imaginar que un día me comportaría con arreglo a la calificación «piel de perro». Sin la más leve sospecha de que quien más tarde sería calificado de «piel de perro» se encontraba ya entonces dentro de mí.

Marga descubrió con retraso su presencia. Ni yo mismo tenía la menor idea de la existencia de «piel de perro», pues lo comprendí con la misma tardanza que Marga. Cuando ella ya no podía volver atrás, ni estaba tampoco en mi mano dejar de someterme a su poder. Incluso ahora no estoy demasiado seguro de si hablo en nombre de «piel de perro» o del otro, aquel por el que Marga sentía una especie de amor platónico, golpeada al igual que yo por un *coup de foudre*. Una cosa debe de ser verdad: el día de nuestro encuentro en el vagón del tren, Marga quizás vio todavía en mí al otro, el mismo con el que había bailado durante unos quince minutos a los sonos de una serie de tangos, el ser sublime al que yo me esforcé durante varias noches por imitar, el que sufría a la luz de la lámpara de petróleo por el ansia de enaltecerse ante Ojos Verdes, hacerse digno de ella y que, finalmente, había logrado únicamente poner sobre el papel el título de un poema que no llegó a escribir nunca. Lo lamento, sinceramente. No conseguí nunca escribir aquel poema. Y no consigo explicar por qué todas las mujeres, las que dejaron huella en mi vida, se acercaron a mí atraídas por mi lado platónico, el que deseaba elevarse con noble inspiración y despertaba bondad, una bondad que yo he intentado no defraudar. He querido a todas las mujeres con las que he mantenido relaciones. Cada una de ellas podía haberse convertido en mi mujer. Pero la que se convirtió en mi mujer fue Marga. La que más sufrió. A la que yo quise más.

Imploré a la providencia en cuanto nos separamos en la estación del tren. Tú que estás allá en el cielo, rogué, y vigila a los mortales que estamos aquí abajo, haz que vuelva a verla. Entre tanto ella se había marchado. La seguí con la mirada hasta que se perdió entre la multitud. No tenía ninguna seguridad de que mi ruego fuera escuchado. Habría podido esperarlo si me hubiera dirigido a alguna iglesia, pero en nuestro país no había iglesias ni mezquitas ni nada de nada. En estas condiciones, resultaba difícil que mi ruego hubiera llegado adonde debía y, sin embargo, hice una prueba. El lunes siguiente me monté en el último vagón del tren. Junto a la ventanilla, en el pasillo, el lugar donde nos habíamos encontrado el lunes anterior. Marga me dijo que ella había pensado lo mismo. Si estaba escrito que volviéramos a vernos, eso debía suceder allí, en el último vagón del tren, donde nos habíamos encontrado una vez.

Al igual que la primera vez, viajamos hasta Durres en una forzada proximidad, al tiempo que, bajo el efecto de la presión de la gente, mi cuerpo se pegaba a su cuerpo.

Más adelante, en la cabina, de camino hacia la ciudad de M., siempre había alguien que masticaba todo el tiempo, una mujer que se sacaba el pecho, le tapaba la boca al niño y éste chupaba con fruición, otro que dormía roncando y, finalmente, alguien que devoraba a Marga con la mirada. Éste era el decorado permanente de nuestros lunes, en un tren que marchaba a velocidad de caracol. Era posible enloquecer con la monótona repetición del decorado, con la invariable marcha del tren a la velocidad de un caracol. Después de eso ya no había nada, llegaba la separación. Ella se marchaba, se perdía entre la multitud, un autobús la llevaba a alguna parte, una aldea de la llanura. Yo regresaba a B., donde esperaba que se sucedieran los días, que llegara el sábado del regreso a casa, luego el lunes del tren. Hasta que esta monotonía se quebró.

Aquel día, ella me dijo que nosotros nos parecíamos a los personajes provincianos de Chéjov. Añadió que para nosotros las agujas del reloj se habían detenido y pertenecíamos a un siglo ya pretérito. Nos encontrábamos pegados el uno al otro en el tren, aplastados por la multitud en un rincón del vagón en el que no se podía respirar. Te equivocas, quise decirle, nosotros nos parecemos más a los personajes del teatro del absurdo. No le dije nada. Aquella idea no era mía. La había tomado prestada de Delina y me pareció indigno hacerme el interesante con ideas de prestado. En ese instante, el tren dio un respingo y se puso en marcha. Debido al tirón, ella se pegó todavía más a mí. Entonces me pareció natural cogerla de la mano. Ella no tuvo nada que objetar. Por el contrario, apoyó la cabeza en mí dejando su mano en mi mano. El tren se movía con su lentitud de caracol. Sin embargo, yo deseaba que aquel arrastramiento se prolongara sin fin. Poca importancia tenía para mí en aquellos instantes si nos parecíamos a los personajes provincianos de Chéjov o a los del teatro del absurdo, que no conocíamos ni ella ni yo, por no mencionar que únicamente habíamos leído críticas de personalidades conocidas en las páginas de la revista *Octubre*.

Nos pusimos de acuerdo en pasar los fines de semana en la ciudad de M. Yo no tuve necesidad de inventar ningún engaño para mi madre, bastó una llamada de teléfono el sábado por la tarde desde la oficina de Correos de la ciudad. Marga permaneció largo rato en la cabina, unos quince minutos. Cuando salió, estaba roja y desconcertada. Yo no le pregunté qué mentira había ingeniado para sus padres. Habíamos reservado dos habitaciones en el hotel de la ciudad, yo mediante una propina. No llevaba nunca el carné de identidad conmigo y el tipo del mostrador de recepción se resistía a aceptarme, pese a que le di toda clase de detalles sobre mi persona, es decir, nombre, apellido, lugar de trabajo, dirección en Tirana, número de teléfono de casa, y él podía confirmarlo todo, cosa que no hizo, la propina lo convenció con mayor rapidez.

Era a primeros de noviembre y las noches eran frescas. Al atardecer, por la única calle que recorría la ciudad de un extremo al otro, la gente daba el acostumbrado paseo. Marga me pidió que nos incorporáramos a la corriente. Su petición me pareció razonable. Era poco más o menos una declaración pública de nuestra relación, ella lo quería así y yo no tenía ninguna razón para oponerme. Luego cenamos en el restaurante del hotel.

Bebimos vino. Marga bebió un poco más de la cuenta. También yo. Durante el paseo, en la penumbra, mi mirada se detuvo en una mujer. Desde lejos me había parecido Faika, y tal vez lo fuera. La mujer se me perdió de vista, pero me dejó verdadera ansia de beber. En cuanto a Marga, su propia ansia de beber me la explicó al día siguiente. Bebí de miedo, me dijo.

Yo no había observado ningún signo indicador de que sintiera miedo. Si hubiera sido así, no me habría invitado al paseo de la ciudad donde los naturales, que se conocían todos los unos a los otros, hacían detalladamente la biografía de cada nueva cara y la información se difundía con la rapidez del rayo. Capté algo cuando llegamos a su habitación, cerramos la puerta y ella se quedó en pie, indecisa. Le alcé la cara. Ella clavó sus ojos en mí como una niña asustada. Es la primera vez, me dijo. Su indecisión se me contagió. No sabía qué podía decirsele a una mujer que lo hacía por primera vez. La atraje hacia mí y la besé. Levemente. En los labios. En el rostro. Le besé también los ojos. Metámonos en la cama, le murmuré, se estará más caliente. Ella obedeció y comenzó a desvestirse. Comencé a desvestirme también yo. Cuando quedó sólo con la enagua se metió en la cama, se cubrió con el cobertor y se tapó incluso la cabeza. Yo me lo quité todo y me deslicé junto a su cuerpo. La envolví en mis brazos. Ella permanecía acurrucada, con la espalda hacia mí. Continuamos así, en silencio, sin movernos, hasta quedar envueltos en el calor mutuo. Entonces le di la vuelta. Ella no se atrevió a abrir los ojos y yo imaginé que estaba esperando una catástrofe. No se produjo ninguna catástrofe. Le quité la enagua despacio. Igualmente despacio llevé mi mano hasta sus bragas, se las bajé, ella me ayudó a quitárselas con un movimiento de piernas y en ese gesto rozó mi sexo. Y me rogó que cogiera la enagua que le acababa de quitar y se la pusiera debajo. Hice lo que me dijo, le coloqué la enagua debajo. Ella, como quiera que fuera, se anticipaba a detalles que mi cerebro en aquellos instantes no podía siquiera realizar. Parecía dispuesta y me pasó las manos por la cintura, me apretó con fuerza. La penetré con una especie de temor, a la espera de algún grito. No gritó. Sólo me apretó con fuerza, luego me succionó y simultáneamente me dio un mordisco. Cuando llegué a la ceguera absoluta, aunque yo hubiera querido salirme ella no me habría dejado. Estaba más enceguecida que yo.

Nos casamos al cuarto mes de su embarazo. Advierto de pasada que fue un matrimonio inconveniente. Quién sabe qué proyectos había tramado el padre de Marga, funcionario en el Ministerio de Finanzas, para su hija, y no le perdonó que terminara en brazos de un extraviado maestro de aldea. Ése es un capítulo cargado de estupideces, no quiero detenerme en él.

Durante largo tiempo renuncié a las banalidades del cajón. Según se dice, no eran productivas. Además de improductivas, eran peligrosas. A mí no me estaban permitidas las cosas improductivas ni las cosas peligrosas. Yo tenía que publicar un libro a toda costa. Si conseguía publicar un libro, Glorio Encomiable encontraría más fácil defender

mi causa y lograr que fuera transferido, comenzara a trabajar en la revista *Octubre* y de ese modo estuviera en condiciones de cumplir dignamente con mis obligaciones como cabeza de familia.

Un año después alcancé a componer casi un libro, una colección de unos diez relatos, dos de los cuales había publicado Glorio Encomiable en la revista y un tercero había aparecido en *La voz de juventud*. Gracias a los buenos oficios de un redactor de la editorial, amigo de Glorio Encomiable, las valoraciones positivas de dos informadores, por su parte amigos del crítico literario en cuestión, mi libro de relatos salió de la imprenta en un tiempo récord, sólo cuatro meses después de que lo hubiera entregado para publicar. El volumen llevaba por título *Inquietudes*. Marga se alegró, se puso muy contenta. Sin embargo, no estuvo en su mano evitar poner de manifiesto que el título más adecuado para el libro habría sido «Inquietudes que no inquietan». Yo entendí lo que quería decir y lo dejé pasar con unas risas. Y con una pequeña fiesta familiar en la que bebí hasta ponerme como una cuba. Debió de ser la primera vez que mi hijo Tomi veía a su padre borracho como una cuba.

Poco más o menos el mismo nivel de ebriedad lo alcancé al cabo de un año, esta vez no en casa. Lo conseguí el último día de mi estancia en la aldea. Con motivo de mi marcha y del cierre de la temporada invernal, anuncié una invitación a coñac para todos los que se encontraran en la bodega dentro de la franja horaria de las doce del mediodía a las tres. No se reunió mucha gente. Hacía frío, además llovía. Los vecinos de la barriada más próxima, que acudían de cuando en cuando a lo alto de la colina, prefirieron calentarse junto a los hogares. Los de los barrios más apartados, que debían atravesar algún arroyo o torrente, no estaban tan locos como para desafiar a la suerte saliendo con aquel tiempo. A fin de cuentas, el fin de la temporada invernal en la escuela no constituía ningún acontecimiento, mucho menos mi marcha. A las doce horas, si no me cuento a mí, en la bodega se encontraban los habituales, en total cuatro personas: el presidente del consejo de la aldea, un asistente de veterinario, mi colega Sabri y el enfermero.

El primero en abandonar la cuadrilla fue el presidente del consejo, cuando la lluvia dejó paso a una ventisca. Me dijo que no me inquietara, la nieve no iba a cuajar, de acuerdo con las previsiones los caminos sólo podían llegar a bloquearse al terminar la semana, es decir, al día siguiente, y en la estación maderera aparecería algún vehículo que me llevara abajo. No transcurrió mucho tiempo y siguieron simultáneamente su ejemplo Sabri y el ayudante de veterinario. Se les había subido el coñac a la cabeza. Me dijeron que al día siguiente por la mañana vendrían a lo alto de la colina para tomar conmigo el último coñac e insistieron en que no me marchara sin tomar la última con ellos, de lo contrario me considerarían un hombre sin palabra. Les di mi palabra de que no me comportaría como un hombre sin palabra y me quedé solo con el enfermero.

No recuerdo el nombre de aquella persona. En el relato con el título copiado «Un caso práctico», lo llamé Vehap. Podía llamarse de cualquier forma menos Vehap. Lo bauticé así cuando, con cierta ligereza, me convencí a mí mismo de que ese nombre se adecuaba

de la mejor manera al personaje. Un crítico literario, en un artículo cargado de encomios sobre mi libro, publicado en la revista *Octubre*, manifestó que el personaje en cuestión era flagelado con acentos hirientes como portador de una mentalidad pequeñoburguesa, incompatible con el impulso revolucionario de la época. Yo no sabía si el enfermero había leído el relato. Esperaba que no lo hubiese hecho. Ni el relato ni el libro. Ni el artículo lleno de elogios de la revista *Octubre*. Como espero que más tarde no haya visto la película *La niebla*. El personaje central de ambos es Delina, una maestra de pueblo. Para crear a Delina me basé en Faika. Y para eludir posibles coincidencias situé la acción en una aldea del llano. El asistente del médico de esa aldea, al igual que Delina, había llegado allí procedente de la ciudad. Lo llamé Vehap y le adjudiqué la fisonomía del enfermero. Éste se enamora de Delina. Se esfuerza por subyugarla con su prepotencia de ciudadano. Viste con pulcritud, con camisa y corbata. Sin embargo, Delina no se fija en ese hombre. Ella tiene intención de permanecer en la aldea, en el paisaje idílico, con paseos en barca por el lago y cosechas abundantes, entre plantaciones de frutales que florecen en primavera, donde su corazón palpita por otro hombre, que resulta ser un tractorista, hijo de un labriego. El Vehap pequeñoburgués pierde definitivamente la partida en un momento trascendental: se presenta en el dispensario una mujer a la que ha mordido una serpiente. Pero el presuntuoso arrogante no tiene ningún suero contra el veneno de la serpiente. A la mujer la salva el tractorista. Le saja la mordedura con un cuchillo, le succiona el veneno y la envía rápidamente al hospital de la ciudad. Delina se le entrega para la eternidad.

El episodio de la mujer mordida por la serpiente es verídico. Yo estaba presente cuando la trajeron al dispensario, junto a la escuela, y el pobre Vehap no tenía ni suero. El resto, dejando a un lado su infortunado amor por Faika, lo inventé. Pese a mis torpes artificios destinados a evitar las semejanzas, siempre que me encontraba en presencia del enfermero me sentía a disgusto. Se me antojaba que ardía de indignación. Que estaba a punto de darme un sopapo.

Eso mismo temía mi último día en B., cuando quedé sentado a la mesa a solas con el enfermero. Su rostro habitualmente pálido estaba rojo. Afuera, la ventisca se había convertido en nevada y me invadió la zozobra. Ya fuera por el miedo a que la nieve cuajara, ya por el miedo a que, por fin, el enfermero encontrara la oportunidad de ajustarme las cuentas. No mostró ningún signo de agresividad. Me preguntó si podíamos beber todavía algo más. Estaba dispuesto a comprar una botella de coñac, que nos fuéramos de la bodega, no quería permanecer allí, y continuáramos la sesión de despedida en mi habitación. Yo había tenido siempre la extraña sensación de que aquel hombre no me podía soportar. Y su deseo de permanecer conmigo el último día me conmovió. Estaba al borde de la borrachera profunda. También él estaba al borde de la borrachera profunda.

En adelante no sucedió nada especial. Fuimos a mi habitación y yo conseguí encender la estufa. Continuamos bebiendo en silencio, el uno en frente del otro. Recuerdo que él

me hizo un cumplido. Eres bueno, me dijo, progresarás. Hoy se abren camino las personas como tú... Yo no le di vueltas a la intención con que me dijo estas palabras. Contemplaba la ventana de la habitación, asegurada por fuera con una red de varillas de hierro. La nevada arreciaba. Y yo me vi de nuevo poseído por la angustia. Tras la red de varillas de hierro de la ventana me sentí como preso en una trampa. La nieve se empeñaba en mantenerme preso en la trampa. De la angustia de la trampa me sacó el enfermero. Habíamos dado fin a la botella y él, de pronto, la cogió y la lanzó con todas sus fuerzas contra la pared, justo al lado de la ventana con barrotes de hierro. Mis ojos buscaron en vano algún marco con el retrato oficial junto a la ventana con barrotes de hierro. El enfermero había lanzado la botella, ésta se había roto, pero él no había lanzado ninguna maldición contra el dios mitológico del mundo de los muertos. Solamente me pidió perdón. Y se levantó. Reventaré aquí, se lamentó, toda la vida en esta cárcel. ¿No sientes al menos, querido jovencito, algo de compasión ante el hecho de que yo tenga que reventar en esta cárcel? Luego se levantó, se marchó y se perdió en la nieve.

Esperé dos buenas horas, pero el director no llegó. No llegó ni cuando había esperado más allá de dos horas, mirando hacia la entrada de la cadena de televisión Sirius, como había esperado antaño a Glorio Encomiable. Tal vez, me dije, ha regresado, tal vez no me he dado cuenta. Estimulado por un destello de esperanza, salí al exterior. Allí, en lugar de dirigirme hasta el joven con cuerpo de guardaespaldas y preguntarle si había vuelto su jefe, cambié de opinión. Los sones de una trompeta comenzaron a retumbar en mis oídos. Lejanos. Como si se elevaran de las profundidades de la tierra. El motivo de la trompeta era la marcha fúnebre de por la mañana, y de forma automática eché una mirada alrededor por si veía un cortejo fúnebre, algún Mercedes negro mortuario. No vi nada. El motivo fúnebre de la trompeta continuó resonando en mis oídos y yo me marché, me alejé de allí para escapar de aquellas notas, aunque eso era imposible. Me persiguieron, se encontraban en mi interior. Cada neurona de mi cerebro se había convertido en una trompeta, el cráneo me hervía, y esto no paró hasta que cayó la tarde, oscureció y se encendieron las luces de la calles y entonces yo, tras detenerme en todos los bares que me salieron al paso, me encontré en la plaza central de la capital, ante el primer y único rey cristiano de los albaneses, Jorge Castriota Scanderberg, en versión ecuestre.

Estaba de rodillas. Ya no me aguantaban las piernas. A causa de la bebida. Y de la compasión por mi primer y único rey católico, en su ademán solemne con la espada en la mano, observando para la eternidad la ceremonia del desfile de las tropas. Pero en la gran plaza no había tropas. Por la gran plaza iban y venían los automóviles. Miles de automóviles. Las gentes se ocultaban en el interior del vientre de los coches y a mí me recorrió un estremecimiento. Me sentí irrevocablemente perdido. Por las calles no se veían rostros humanos. Los rostros humanos habían sido devorados por los coches. En lugar de los ojos humanos, desfilaban despreciativos los faros de los coches con sus haces de luz rasgando la oscuridad como ojos bestiales. Todos y cada uno de ellos podían descubrir mi presencia, desviarse, saltar con rabia sobre la acera, destrozarme delante del rey, y éste no podría acudir en mi ayuda. Aunque mi carne no les era útil, aquellos seres pululaban nerviosos en busca de algún otro alimento. Quise preguntarle al rey cuál era el alimento preferido de aquellas fieras, y en la oquedad vacía de mi cráneo comenzó a sonar de nuevo la trompeta fúnebre. Eso sucedió cuando, mientras me encontraba arrodillado de espaldas al rey, al otro lado de la plaza, allí donde antaño se alzaba una estatua gigante que una multitud aún más gigantesca había arrastrado por la calzada, observé un resplandor y me quedé sin aliento.

En un estado más sereno, quiero decir sin los vapores del alcohol y sin el motivo

fúnebre de la trompeta en la cabeza, yo había pasado en otras ocasiones por allí. Y había podido convencerme de que en el lugar donde antes se alzaba la estatua había únicamente una carcasa de metal, cubierta por una tupida red de lamparillas con la forma de un enorme abeto, de esos que se colocan en mitad de las plazas con ocasión del Año Nuevo. Y que, cuando las bombillas se encendían, parecía más que nada un monumento. Pero aquella noche no era la de Fin de Año. Y yo no conocía la existencia de la carcasa metálica en forma de enorme abeto que, iluminada, parecía más que otra cosa un monumento. Era una noche ardiente de julio, con un bochorno asfixiante. A mí me estaba torturando la fúnebre trompeta, me aplastaba el ir y venir de los seres despreciativos que rasgaban la oscuridad en busca de quién sabe qué clase de alimento, mi primer rey, el único cristiano, no me hacía el menor caso. En estas condiciones, al otro lado de la plaza se me apareció el dios mitológico del mundo de los muertos. Se me apareció Hades en persona, con un traje blanco, envuelto en una nube de vapores. La trompeta de mi cerebro calló. La plaza se desalojó, el espacio se congeló y llegó hasta mis oídos el motivo de la marcha fúnebre, esta vez a cargo de los instrumentos de viento de una banda. El doctor N. T. me dijo que no me asustara. El cortejo de mi funeral había llegado al bulevar de los Mártires de la Nación, a la altura del Hotel Dajti, estaba teniendo lugar la ceremonia oficial de mi despedida rumbo a la última morada. Todos se han congregado, dijo N. T., si quieres, corre a ver quién ha acudido y quién no, puede suceder que participen precisamente aquellos que no te han querido en vida, aunque eso carece de importancia, debes ir allí y luego, cuando llegue el turno del funeral de los demás, te resultará más fácil decidir a cuál vas a ir y a cuál no, a fin de cuentas todo es un toma y daca, en este mundo y en el otro.

Zarandajas, quise decirle. Y añadir como de costumbre que él no era el doctor N. T. Que a mí me importaba un bledo saber quién era, bastaba con que se esfumara, con que no me tocara las narices. Y en verdad se largó. Entonces me vi a mí mismo arrodillado, ante el monumento a Scanderberg. La gente iba y venía por la acera. Me puse en pie y comencé a caminar con un solo objetivo: atravesar la calle por la que discurría el río de coches. Si alguno de ellos me derribaba y ponía fin a la historia, tanto mejor. Eso sería una solución. En caso contrario no me quedaba otro recurso que buscar en algún rincón de mi casa la caja del ajedrez y, al día siguiente, al amanecer, con la caja de ajedrez bajo el brazo, incorporarme a la multitud de hombres ociosos del barrio, bajo las ramas de los eucaliptos, junto a la taberna El pedestal vacío.

Bajé a la calzada. El río de coches se detuvo. Oí insultos, una locura de bocinas, alguien frenó justo delante de mis pies y, por segunda vez en aquel día, escuché el grito de ¡Trapi! En cuanto llegué al otro lado, comencé a preguntarme dónde podía haber metido mi caja de ajedrez. Al parecer estaba escrito que me incorporara a la multitud de hombres ociosos del barrio.

Me encontraba en trance de subir las escaleras del edificio a gatas. Estaba en el descansillo del primer piso cuando, en la oscuridad, entre la mudez general, oí el sonido

del timbre de mi teléfono. Pensé que me lo inventaba. El aparato estaba instalado en la sala de estar, en el interior, por lo que era imposible que su timbre llegara hasta allí, de modo que continué subiendo las escaleras a gatas. En el segundo piso, ante la puerta de mi apartamento, dejé de ponerlo en duda, el sonido procedía realmente de mi teléfono.

No esperaba llamadas. Los únicos que podían llamarme eran mis hijos. En caso de que se tratara de ellos, sabía lo que me iban a decir. Si era Tomi, se esforzaría por convencerme de que fuera a vivir con él, en América. Si era Irma, también ella insistiría en lo mismo. No me atrevía a ponerme al teléfono con mis hijos. No disponía de ningún argumento convincente para oponerme al empeño de que fuera a vivir con Tomi. Ese continuaba siendo un tema desagradable en nuestras conversaciones telefónicas, y mis hijos se irritaban al discutirlo. Yo lamentaba mucho irritar a mis hijos, pero no estaba en mi mano satisfacer sus deseos.

Saqué la llave con dificultad. A duras penas la hice girar en la cerradura. Avancé tropezando por el pasillo oscuro, en dirección al cuarto de estar, donde encendí la luz. El timbre del teléfono dejó de sonar de repente. Sólo por unos instantes. Al poco rato comenzó a sonar de nuevo. El timbrazo me rasgó la membrana del cerebro, si no levantaba el receptor iba a enloquecer. Lo alcé. Me lo coloqué en la oreja. Finalmente, oí al otro lado del hilo: ¿Estás vivo?

No respondí. No encontré ninguna palabra para responder. Mi situación era difícilmente explicable, mucho menos podía explicársela a Lori. Dejé escapar una especie de gruñido para dar testimonio de que escuchaba, más que nada para encubrir la confusión que me invadió ante la dulzura de su voz. Luego cambié de idea. Vivo, señorita, dije. Pero tú no puedes siquiera imaginar dónde me encuentro. Dirás que eso es sencillo, no puedo estar en ninguna otra parte más que en casa, en mi cuarto de estar, con el receptor del teléfono en la oreja, escuchando tu voz. Eso es y no es verdad. ¿Quién eres tú, señorita? Tampoco de eso estoy seguro. Estoy inmerso en las aguas de una corriente que me lleva hacia atrás, cada vez más atrás, junto con el tiempo que fluye y no vuelve más. Sobre mí se amontona una estratificación milenaria. Me siento aplastado en el fondo de esa estratificación. Sin embargo, tú estás arriba, mil años arriba, y no puedo siquiera imaginar que vaya a producirse un milagro y yo pueda liberarme, avanzar contra la corriente, elevarme al lugar desde donde tú me hablas y me preguntas si estoy vivo o muerto, cuando eso no tiene la menor importancia, muerto o vivo no cambia nada esencial, pertenezco a un tiempo ya muerto y estoy hablando contigo solamente por inercia, por eso no puedo encontrarme más que en mi casa, entre estas cuatro paredes que tienen ojos, tienen también oídos, son paredes que lo registran todo y justo por eso es preciso que me comporte con seriedad.

Al otro lado del hilo, Lori dejó escapar una risa. Me preguntó cuántas copas me había tomado ese día. Le contesté que no recordaba el número de copas que me había tomado. El número de copas que me había tomado ese día guardaba en cierto modo relación con una nota que ella había dejado para mí unas dos semanas atrás, al tiempo que se

marchaba a hurtadillas de mi casa, y yo tenía la impresión de que había estado allí hacía mil años bien cumplidos, y entre tanto me hundía cada vez más profundamente atraído por Cronos, camino de la desaparición. Lori no me consintió que formulara estos últimos pensamientos. Lori me pidió que fuera a entrevistarme con ella al día siguiente en el bar Manhattan. Tengo algo muy importante que decirte, créeme. Es una de esas cosas que no pueden resolverse por teléfono, sería injusto, me darían ganas de vomitar si lo contara por teléfono; por tanto, puedes imaginar lo importante que es, de modo que mañana a las diez de la mañana te espero en el bar.

Ella colgó y yo me quedé con el receptor en la mano. Pese a todas mis elucubraciones acerca de la cosa tan importante que no había querido resolver al teléfono, me encontraba muy alejado de la verdad.

La verdad que me comunicó Lori era bien sencilla. Se iba a casar. Me dijo que no le quedaba otra solución, o se casaba con Sergei o lo mataba. Aquel hombre había sido su sombra toda la vida. Solamente podía librarse de él si lo mataba. Y, si no, tendría que suicidarse. Como no se sentía capaz de hacer una cosa ni la otra, iba a casarse. Lori me aclaró que la boda se celebraría en San Petersburgo. Así lo quería la abuela de Sergei. En realidad, él no tenía ninguna abuela, era una prima de su madre en cuya casa habían vivido sus padres durante varios años, una mujer anciana de origen aristocrático. Lori subrayó esta última cualidad, es una verdadera aristócrata, observó, la he visto en fotografía, también ella ha visto mi fotografía. Sergei dice que le gusto mucho y quiere que celebremos la boda en Rusia, en una iglesia de San Petersburgo donde la abuela conoce a un cura famoso.

Estábamos sentados a una mesa en el exterior. Ella tomaba zumo de naranja. Yo, un café. Ella estaba fresca. A mí me reventaban las sienes. Y me corroían los celos. Necesité de un esfuerzo sobrehumano para conservar la calma, apoyarme en el respaldo de la silla y encubrir el dolor. Ella comenzó a hablar de los detalles de la boda y yo pensé que aquel era el castigo que me enviaba la Providencia a causa de mis ambiciones.

Sin embargo, el asunto no quedaba en eso. La propia presencia de Lori en mi vida debía de ser la forma más despiadada de sufrimiento elegida para mí, eso si aceptamos la tesis de que el castigo más allá de la muerte no existe, todos los pecados se pagan en este mundo. Miraba desconcertado hacia la Villa de Hades, al otro lado de la calle, cuando Lori me dijo que yo era la persona más próxima que ella tenía en este mundo. Mi familia ha desaparecido, añadió, quedan algunos restos aquí y allá con los cuales nunca he tenido la menor relación. El único que puede acompañarme al altar eres tú. Por favor, concédeme ese deseo, creas o no creas en Dios. Ven conmigo a San Petersburgo en el lugar de mis padres. Allá donde se encuentren, ellos te lo reconocerán como un honor.

Mis ojos fueron a parar a su pecho. Acaba de mencionar a sus padres y era natural que yo buscara con los ojos el medallón que se perdía en el canal entre sus dos senos, bajo la blusa veraniega. Mi mirada se detuvo durante unos instantes en la delgada cadena, sobre la zona descubierta de sus pechos. Pese a cierta punzada ciega en algún lugar recóndito, en la guarida donde dormía agazapada la bestia, ésta no se agitó, continuó adormecida. En la silla situada junto a Lori apareció una mujer. Después de ésa, otra. Las esperaba. Liza y Dolores habían abandonado el medallón para convencerme de que debía satisfacer el deseo de su nieta e hija respectivamente, al margen de que practicara el sexo con ella en sueños y ahora me sintiera como una cagada de perro. Mis felicitaciones, señorita, dije con una euforia fingida, desplegando todas mis aptitudes

interpretativas. Cuando Irma se entere de que voy a ir contigo a San Petersburgo se va a alegrar mucho.

Lori extendió las manos por encima de la mesa, me tomó las mías, las estrechó entre las suyas y pronunció las inquietantes palabras: «Eres un cielo».

Así es como rodaron las cosas para que me encontrara metido en una aventura extraña, desempeñando un papel todavía más extraño. Yo no había tenido nunca la oportunidad de viajar fuera del país. Y no había considerado necesario sacarme un pasaporte para hacerlo. Carecía de los conocimientos necesarios acerca de los pasos que debían darse en una situación así, y me sorprendió la rapidez con que se zanjó el asunto. A mí sólo me pidieron que saliera en la fotografía. Y salí, una fotografía en color en la que posaba con aspecto de débil mental. Luego fue preciso obtener un certificado en la oficina del Registro Civil y no recuerdo qué otros documentos. Todo esto se lo entregó Lori a Sergei y, en una semana, mi pasaporte estuvo listo, se obtuvo además el visado de la embajada rusa, una simple hoja de papel con los membretes del antiguo imperio soviético sobre la que aparecía pegada mi fotografía con aspecto de débil mental. El visado era para una entrada, valedera para diez días. Según me aclaró Lori, no haría falta que yo me quedara diez días. Si salíamos el último viernes del mes de julio con Swissair, dormiríamos una noche en Zúrich, al día siguiente emprenderíamos viaje hacia San Petersburgo, el domingo se celebraría la ceremonia y el lunes, aunque ellos se quedarían allí dos semanas más, yo regresaría a Albania por la misma vía, con la diferencia de que al regreso no tendría que hacer noche en Zúrich. Mi billete era de ida y vuelta. Ignoro cuanto costó. De los gastos se hicieron cargo ellos, imagino que Sergei. Lori no debía de ser tan rica como para pagar mi viaje, una noche de hotel en Zúrich, dos noches en San Petersburgo, una asignación de cincuenta dólares diarios para gastos, por adelantado. Ella se limitaba a ejercer un poder omnímodo sobre el muchachote de cuerpo de atleta, el híbrido hombre de negocios albano-ruso.

En el aeropuerto de Rinas, después de facturar, me di cuenta de un detalle: yo seguía teniendo el visado ruso, pero en mi pasaporte no aparecía ninguna anotación. Íbamos a dormir una noche en Zúrich, por lo que se necesitaba un visado de salida. No le di importancia a este hecho, no tenía por qué preocuparme, ya pensaban por mí ellos dos. Por encima de todo, encontraba grandes dificultades para meterme en mi papel.

Fue en Zúrich donde conocí el motivo de la ausencia del visado suizo. Lori me aclaró que, por razones de tiempo, después de obtener el visado ruso había resultado imposible conseguir un visado suizo para mí. Como regla, las formalidades se prolongaban como mínimo dos semanas a partir del día de la presentación del pasaporte, y el tiempo apremiaba, de modo que hasta el día siguiente a las doce de la mañana, momento en que tomaríamos el avión hacia San Petersburgo, yo debería permanecer en el interior del aeropuerto. Intervino también Sergei. Me dijo que no debía inquietarme, me dejarían en un hotel dentro del aeropuerto. Entonces comprendí que se estaban deshaciendo de mí,

ellos dos pasarían la noche en la ciudad. No me gustó nada este asunto. Podían haberme advertido algo así antes de partir. No porque yo hubiera expresado la menor oposición, no podía defraudar a Lori. De todos modos sentí deseos de decirles que se me estaba colocando ante un hecho consumado sin que me quedara otro remedio que aceptarlo. Pero mis ojos se toparon con el cristal de un escaparate situado enfrente de mí. Vestido con vaqueros, con una camisa de color naranja y deportivas blancas, con una bolsa al hombro y un gorro en el que destacaba el emblema de Nueva York en la cabeza, parecía un espantapájaros de sembrado para asustar a las urracas. Callé, me lo tragué todo. Y dije lo contrario de lo que pensaba. Intenté incluso darle a mi cara una expresión de regocijo, como si dejándome solo me estuvieran haciendo un favor: estaba cansado, tenía necesidad de reposar y no de dar paseos...

Sergei nos precedió entre una multitud de gente de todas las razas. Para demostrarme que conocía bien el aeropuerto, comenzó a explicarme el método de orientarse siguiendo las señales, las flechas que se encontraban por todas partes y mostraban la dirección debida. Unos diez minutos después, ellos delante y yo detrás, perplejo con todo aquel resplandor de luces y escaparates lujosos, desembocamos en una sala muy larga. Una cinta móvil horizontal nos llevó hasta el fondo de la sala, donde había un cartel con el rótulo «Dayroom». Allí encontramos a una mujer de uniforme que se afanaba tras un ordenador. Sergei le habló en inglés. Le pidió una habitación para mí. Estaba de tránsito hacia San Petersburgo y le pedía que me alojara por una noche. La mujer echó una mirada a mis documentos, dijo que las formalidades de preinscripción se hacían a partir de las ocho de la tarde, pero apuntó mi nombre. Y no olvidó precisar el precio, cuarenta dólares la noche, si el pago lo hacía en dólares americanos. En cuanto salimos de su cubículo, Sergei sacó los cuarenta dólares, me los puso en la mano, me dijo que ahora tenían que marcharse y que al día siguiente vendrían a recogerme en el mismo lugar donde nos encontrábamos. Lori había guardado silencio todo el tiempo. Me echó una mirada llena de conmiseración. Kristo, me dijo, por favor no te inquietes. El equipaje lo recogeremos en San Petersburgo.

No sé por qué Lori eligió justo ese momento para decirme algo tan irrelevante, pero aún así logré continuar fingiendo. Si se pierde, les dije, me comprareis un traje nuevo en San Petersburgo. Ellos se echaron a reír, se marcharon y yo me quedé junto al grupo de sillones. Me alejé de allí cuando los perdí de vista. Ya antes de bajar del avión me había apremiado la necesidad de orinar. Me lancé en busca del símbolo de los lavabos. Por fin lo encontré. Entré y me alivié. Mientras me lavaba las manos me vi a mí mismo en el espejo, siempre con el gorro neoyorquino en la cabeza. Eres un *trapi*, le dije al meón del espejo. Un *trapi* con gorro neoyorquino que ha venido a esta encrucijada del mundo para orinar.

Salí. Me quedaban dos horas largas hasta las ocho y no sabía qué hacer. Y mis pensamientos iban a parar indefectiblemente a Lori. Debía encontrar un modo de que mis pensamientos no desembocaran siempre en Lori. Con asombro de provinciano

comencé a deambular de escaparate en escaparate. Y los pies me condujeron a una tienda donde se vendían bebidas alcohólicas. Entré en ella con el mismo apresuramiento con el que había entrado poco antes en los lavabos. Compré una botella de Ballantines. Desde allí me trasladé a una cafetería de autoservicio cuyo territorio estaba marcado por gruesas sogas decorativas. Pedí un sándwich. Con el sándwich en la mano y la bolsa al hombro, donde introduje la botella de güisqui, tomé el camino de regreso hacia la «Dayroom». Junto a mí pasó una multitud de turistas japoneses colocados en hilera. Un guía les decía algo en voz alta en su lengua. El motivo fúnebre de la trompeta comenzó a resonar en mis oídos cuando la turba de japoneses se alejó. Con el sándwich en la mano y la bolsa al hombro, bajé unas escaleras de mármol que me condujeron a la gran sala. Desde el punto en que me encontraba, el cartel con el letrero de «Dayroom» no se veía, pero yo lo sabía, estaba al fondo. La cinta transportadora te llevaba hasta allí en cinco minutos, mientras que a mí me quedaban todavía otros sesenta minutos bajo los sonos fúnebres de la trompeta. La idea providencial me la proporcionaron dos jóvenes negros. Dormían en los sillones distribuidos por los costados de la sala. Avancé un poco más allá, hasta un asiento vacío. Me había comido la mitad del sándwich. Tiré la otra mitad al cubo de basura situado junto al asiento. Me senté y saqué la botella de güisqui de la bolsa. La abrí y bebí varios tragos uno tras otro. El motivo fúnebre de la trompeta me abandonó. En su lugar, se me apareció el rostro de Lori. A las ocho me había bebido un tercio de la botella. Con los dos tercios restantes me dirigí a la habitación.

Era una habitación estrecha, prácticamente desnuda. Sin ventanas. Con una cama. Una silla. Un lavabo con un espejo encima. Y el póster de un cuadro cubista. Sentías asfixia y te invadía un deseo suicida. Me atacaron de forma simultánea el motivo fúnebre de la trompeta y el entrelazamiento de los cuerpos desnudos de Lori y Sergei. Sentí los gemidos de Lori, sentí los jadeos de Sergei. Me daban ganas de darme de cabeza contra la pared. Y no me hartaba de beber güisqui.

Acudieron a recogerme al lugar donde me habían dejado, a los sillones ubicados junto a la «Dayroom». Se me había pedido que dejara la habitación a las ocho de la mañana. Afortunadamente conseguí despertarme. Al hacerlo me encontré tendido sobre la cama con toda la ropa puesta y la botella de güisqui caída en el suelo. Durante toda la noche, además de las escenas eróticas de la pareja, el doctor N. T. no se había apartado un momento de mi cabeza. Creí que me velaba como se vela a un muerto. Quise saber por él la causa de mi muerte, pero la comunicación fue imposible. No pude preguntarle siquiera por qué se había trasladado hasta allí, hasta aquella encrucijada hermética del mundo donde yo, ya se sabía, me encontraba para satisfacer una necesidad: orinar. Como mucho, defecar. En aquellos lavabos impolutos, llenos de aromas agradables, apetecía orinar y también defecar. Pero él se ocultaba tras un silencio provocativo, se diría que si pronunciaba alguna palabra yo averiguaría quién era y el juego llegaría a su fin, y él no quería ponerle fin, el pretendía descabalarme los nervios.

Por sus caras comprendí que ellos no habían dormido bien. O habían tenido una noche sobrecargada. Sexualmente sobrecargada. Los ojos mustios de Lori lo testimoniaban. Luego pensé que si continuaba con mis celos, al final del viaje estaría para que me internaran en un hospital psiquiátrico. Hasta San Petersburgo me esforcé por dormir. Y dormí. Me desperté a la llegada, porque alguien me tocó en el hombro. Era Lori. Me levanté, fui tras ellos como un obediente turista japonés, con la bolsa al hombro y el gorro neoyorquino en la cabeza. A partir de ese momento comenzaron para mí los dos días de la aventura rusa.

Un amigo de Sergei acudió a recibirnos al aeropuerto. Recuerdo su nombre y su apellido: Valeri Zajcev. Un muchacho robusto, con el pelo cortado a cepillo, como lo llevaban antes los militares y los reclutas y que ahora se ha puesto muy de moda entre los guardaespaldas. Era el primer ruso con el que me encontraba y el primero con el que intenté poner en práctica mi ruso del tiempo del instituto, enterrado desde hacía años.

Antes de llevarnos al hotel, Valeri nos dio un paseo en coche por la ciudad y Sergei, sentado junto a mí en el asiento trasero, se colocó en el papel de intérprete. Lori no entendía el ruso, yo en cambio captaba alguna palabra. Poco a poco, quizás porque estaba siendo capaz de entender alguna palabra, comencé a sentirme a gusto. Y a concienciarme de que era el único representante de Lori en este mundo. Pero mi buen humor no duró mucho.

Hay momentos en que llego a creer que la causa de que se me agriara bruscamente el buen humor, recuperado nada más comenzar la aventura rusa, fue la aparición de una estatua. Sucedió cuando pasábamos a través de una plaza de grandes dimensiones, como lo eran todas las plazas en aquel lugar. El día era nublado y caía una lluvia fina. El coche se detuvo junto a un semáforo, luego se puso en movimiento, penetró bajo una amplia arcada y delante surgió imponente una estatua gigantesca. En la distancia, a través de la fina lluvia, me pareció semejante a la estatua que se alzaba antes en la plaza de Scanderberg, junto al Museo Histórico de Tirana. Y me pregunté qué pintaba aquí. Y pensé que, tal vez, después de haber sido derribada y arrastrada allá, había logrado fugarse poniendo en práctica alguno de los procedimientos de fuga de las estatuas y había venido a establecerse aquí. Mi suposición resultó errada de pies a cabeza. Ante mí se alzaba una estatua diferente, la de Vladimir Ilich Lenin. Tuve el impulso de preguntar a Valeri cómo estaban las cosas, si la estatua de Lenin había vuelto a ser alzada sobre su pedestal después haber sido derribada, o si a ellos ni siquiera se les había pasado por las mientes echarla abajo. Renuncié. Me pareció una pregunta fuera de lugar. Y provocadora.

Pero a menudo pienso también que la causa de que perdiera el buen humor no guarda relación con la aparición de la estatua. Su presencia no era algo nuevo ni inesperado para mí. El hecho de que se me agriara el buen humor está relacionado con algo más banal, que sucedió cuando llegamos al hotel. Tras el hecho consumado de Zúrich, me colocaron

ante un nuevo hecho consumado: ellos dos no se alojaron en el hotel. En el hotel sólo me instalé yo. Era natural que ellos no se alojaran allí, y en cuanto a mí, se me estaba haciendo un honor, estaría comfortable en una habitación, a mis anchas. Sin embargo, me puse de mal humor.

Ellos regresarían a buscarme al día siguiente, hacia el mediodía. Me encomendaron que al día siguiente hacia el mediodía estuviera en el vestíbulo, y desde allí iríamos a la iglesia, a la ceremonia nupcial. Sergei me dijo además que entre tanto podía salir a dar un paseo por Nevski Prospekt. En caso de que me extraviara, bastaba con que preguntara a algún transeúnte, le dijera las palabras Nevski Prospekt, y con seguridad él se mostraría dispuesto a ayudarme. Y si al regresar se me había olvidado el nombre del hotel, bastaba con que recordara que se encontraba al otro lado de la plaza, frente al edificio de la estación de ferrocarril. Sergei me explicó además otros detalles que por un oído me entraron y por el otro me salieron. Cuando ellos se fueron, me quedé en el vestíbulo de mármol con la maleta a mis pies y la bolsa colgada del hombro. Y con la mirada de Lori en mi interior. Me invadió un miedo irracional, tuve el presentimiento de que no volvería a verla nunca.

Complicaba las cosas inútilmente, cuando eran bien sencillas. Lori se casaba al día siguiente, y, mientras, el ascensor me izaba hacia la octava planta, a una habitación con cuatro cifras, anotadas en una cartulina que me habían entregado en la recepción. Para devolverme definitivamente a la realidad de las cosas, el ascensor se detuvo en la segunda planta. Entró una joven. Apretó el botón de la octava, la puerta se cerró y el ascensor continuó subiendo. La muchacha se apoyó en la pared situada frente a mí. Era alta, rubia, con el cabello suelto y los ojos azules, con labios gruesos pintados de un color rojo oscuro. La miré distraído. Mis ojos cayeron de inmediato en la trampa de sus ojos y ella me sonrió. Yo no reaccioné. Ni siquiera por cortesía le devolví la sonrisa. Me sentía incómodo y no podía reaccionar. Ella bajó los ojos, siempre con la sonrisa en el rostro, como si me estuviera invitando a que la contemplara bien. La situación se prolongó tanto tiempo como precisó el ascensor para llegar a la octava planta. Allí la puerta se abrió, la joven me miró de nuevo con la misma sonrisa, esta vez como si me estuviera preguntando si me había gustado.

Salí tras ella. Prostituta, me dije. Y sentí lástima de que una muchacha tan hermosa fuera prostituta. Confundido, me encontré en mitad de un recinto en el que desembocaban varios pasillos. Entonces apareció junto a mí una mujer de uniforme: falda negra y blusa de verano blanca de manga corta. Le mostré la hoja de recepción. Ella me acompañó hacia una mesa donde montaban guardia dos mujeres de servicio en uniforme, cada una de ellas con un ordenador delante. Les mostré también a ellas la cartulina de la recepción y me indicaron por donde debía ir: a través del largo pasillo, repleto de vueltas y revueltas, con el suelo cubierto de terciopelo rojo desvaído. A ambos lados se sucedían las puertas de habitaciones con cuatro cifras. Luego, en una revuelta, apareció una nueva mesa y, tras la mesa, otras dos mujeres de servicio. Una era joven,

relativamente joven, unos treinta años. Se llamaba Raisa. De su compañera, más entrada en años, no me enteré del nombre.

Le entregué la cartulina de recepción a Raisa. Su rostro me produjo sensación de bondad: un rostro sosegado, humano. En cuanto la vi, me pareció un personaje femenino de la literatura clásica rusa. Pero, al parecer, la miraba con una atención un tanto excesiva, porque ella me preguntó si me encontraba bien. Comprendí lo que me decía. Y enrojecí. Quise explicarle la verdad, me recordaba una cara conocida, a un personaje de la literatura clásica rusa. Era la primera vez que ponía un pie en Rusia y sentía mucho haberla molestado con mi mirada, si lo había hecho le pedía disculpas. Pero todo esto resultaba demasiado complicado. Yo no era capaz de formular estos pensamientos en ruso, así que no pude hacer otra cosa que callar. Entre tanto, también ella tenía sus ojos calvados en mí, unos ojos negros de un brillo inteligente. Observé que también ella enrojecía. Al parecer, juzgando por mi nombre anotado en la cartulina de recepción, comprendió que era extranjero. Luego colocó la cartulina en un cajón del que extrajo una llave enganchada a una pesada placa de bronce donde figuraba el número de la habitación y me la entregó. Y comenzó a explicarme algo que yo no entendía. Alcancé a formular en ruso la idea: «Por favor, despacio». Ella me habló despacio. Su mensaje era poco más o menos éste: mi habitación se encontraba al fondo del pasillo. El desayuno se servía en la primera planta, hasta las nueve. Para cualquier necesidad, podía marcar el número 09 en el teléfono. Finalmente me deseaba la bienvenida.

Le dije un *balshoje spassiba*⁹ y me dirigí hacia el fondo del pasillo, donde se encontraba mi habitación. Era de techo muy alto, provista de un ventanal igualmente alto cuyas dos hojas permanecían abiertas, pese a lo cual se percibía un fuerte olor. Un pensamiento insistente no cesaba de mortificarme: a qué personaje de la literatura clásica rusa me había recordado la cara de aquella mujer joven y por qué buscaba tal semejanza. Abrí la maleta. Saqué el traje de ceremonia, el mismo que me había puesto en la boda de Irma, y lo colgué del perchero. Colgué también dos camisas y unos polos. Extraje de la bolsa los útiles de afeitar y fui a colocarlos en el baño. Resultaría comprensible que le encontrara parecido con alguna actriz de las películas rusas de antaño, me dije mientras me introducía en la bañera. Pero ella no me recordaba a ninguna actriz. Ella me recordaba a un personaje literario.

Media hora más tarde salí. Tras el baño, tendido sobre la cama, encendí el televisor. El único canal que se veía con claridad transmitía escenas pornográficas. Me recordaron a la joven rubia del ascensor y no puedo decir si, fustigado por las escenas pornográficas, salí en busca de la joven del ascensor o si lo hice con la sencilla intención de dar un paseo por Nevski Prospekt.

El primer rostro con el que me topé al salir fue el de Raisa. Estaba en el mismo lugar, sola junto a la mesa, con el ordenador delante. Le dejé la llave. Esta vez no me preguntó si me encontraba bien. Me sonrió. Le sonreí también yo. Y le dije algo que me había esforzado por formular en la cabeza durante todo el tiempo que había permanecido en la

habitación, ocupándome de mis quehaceres. Le dije que se parecía a alguien que yo conocía. Ella entendió lo que le decía. Y sacudió la cabeza. Me marché, recorrí el largo pasillo lleno de revueltas con el suelo de terciopelo rojo desvaído. Mis ojos no se toparon con la joven del ascensor en el pasillo, ni en el ascensor ni en el vestíbulo. Cambié unos cuarenta dólares en rublos, salí a la calle y comencé a caminar despacio, hasta llegar a Nevski Prospekt. No había estado nunca allí, y, sin embargo, me parecía conocer aquel lugar. Desde los tiempos prehistóricos, cuando en los cines de Tirana proyectaban la película *Noches blancas*, basada en la novela de Dostoievski. Entonces yo era un ardiente admirador de Oleg Strigenov, la estrella de la cinematografía soviética en aquel tiempo. Representaba el papel del protagonista. Era una película en color, de las primeras en color que veía en mi vida, y terminaba con una escena entre la niebla, en un puente sobre el río Neva, en Nevski Prospekt.

Comencé a caminar con paso rápido por la acera mojada. Más allá debía de haber un puente, el de la película, donde el protagonista esperaba encontrarse con su amada, y yo no me acordaba de la historia, la novela no la había leído. No estaba en albanés, como no lo estaba prácticamente ninguno de los libros de Dostoievski, su traducción estaba prohibida. Luego, a lo lejos, distinguí el puente y puse en duda la fidelidad de mi memoria. El puente que me salió al paso era muy grande. Apoyé las manos en el antepecho de hierro y clavé los ojos en las aguas del Neva. El frescor de la tarde me provocó un escalofrío mientras observaba un barco turístico y avancé un poco más, hasta el extremo del puente. Allí, sobre un pedestal de la altura de una persona, se alzaba un grupo escultórico vaciado en bronce: un varón con aspecto apolíneo sujetaba por las riendas a un caballo alzado sobre las patas traseras. Tal vez fuera el propio Apolo o quién sabe qué otro personaje mitológico. Le pregunté quién era, pero no me contestó. En lugar de su respuesta, llegó a mis oídos un murmullo y el murmullo formuló el nombre Netochka Nezvanova. ¡Eureka!, me dije. Por su cara, la mujer joven de la recepción se parecía a Netochka Nezvanova. Desde luego, a esta última yo no la había visto jamás, era el personaje de la novela homónima de Dostoievski. La había leído en la época de Delina, cuando ella me prestaba libros en francés. Era la primera novela de Dostoievski que yo había leído, antes de leer las demás, con mucho retraso, aunque, tal como dicen, más vale tarde que nunca.

No puedo explicar por qué mi cabeza estableció esa semejanza. Por qué, entre la multitud de libros de escritores rusos, me afloró esa novela inacabada. El maestro estaba trabajando en ella cuando lo arrestaron, lo condenaron a muerte, lo condujeron ante el pelotón de ejecución, del que sólo se salvó en el último momento gracias al indulto del zar. Nunca regresó a esa novela. Yo no conseguía entenderlo y eso me llenaba de pesadumbre. Como me apesadumbraba encontrarme allí, contemplando al hombre de bronce con aspecto de Apolo que sujetaba por la brida al majestuoso caballo alzado sobre las patas traseras. Netochka Nezvanova había quedado asociada en mi interior a los acentos de un concierto para violín. En la época en que me veía con Delina, cuando

leía este libro, tenía continuamente en los oídos el sonido de un violín. Dolorido. El mágico y dolorido violín de la novela. Que me recordaba al violín de mi padre.

Me alejé de allí. Sentía una especie de necesidad de sollozar. Al día siguiente, debería acompañar a Lori al altar y lo había puesto todo en cuestión. Como mi presencia misma sobre aquel puente, como la semejanza entre la mujer joven de la recepción y un personaje clásico de Dostoievski. Una semejanza rebuscada, un juego de mi cerebro. Ellas no tenían nada en común. No obstante, cuando de regreso al hotel me encontré ante ella para recoger la llave de la habitación, le hice una pregunta. Fuera de lugar y sorprendente. Le pregunté si su nombre era Netochka.

Había tomado una cena rápida en la terraza de un autoservicio. Me había bebido dos copas de vodka. Llevaba conmigo una botella de Smirnoff de tres cuartos de litro, comprada en una tienda próxima al hotel. Y mientras el ascensor me conducía hacia la octava planta, en la cabina se repitió la misma historia de unas horas antes. Otra joven, igualmente rubia, igualmente hermosa y provocativa, me acompañó hasta arriba, con la misma sonrisa a modo de invitación. Yo le devolví la sonrisa desconocedor de si eso constituía un simple gesto de cortesía o la aceptación de una invitación. Cuando salimos del ascensor, ella permaneció inmóvil, a la espera. Me enfrentaba a una prostituta por primera vez, y vacilé. Si la invitaba y ella aceptaba venir, de forma inevitable pasaría con ella ante la mesa donde vigilaba Netochka. Eso constituiría un acto vergonzoso, un acto de traición a Netochka. Estimulada por mi vacilación, la joven del ascensor se me acercó y me dijo a toda prisa algo que yo no entendí. Me aparté de ella como si no fuera una mujer joven y hermosa sino una tigresa que me fuera a devorar. Eché a andar deprisa por el largo pasillo, lleno de giros, hasta llegar junto a la mesa de recepción de la planta. Y le dirigí a la mujer joven aquella pregunta sorprendente y fuera de lugar, si su nombre era Netochka. Ella se encogió de hombros. Su compañera, de piel muy blanca y corpulenta, se echó a reír. No, señor, dijo Netochka depositando en mi mano la llave de la habitación, me llamo Raisa.

Me encaminé hacia el fondo del pasillo con el eco de su nombre en los oídos. Un nombre conocido. Mientras hacía girar la llave en la cerradura, lo recordé. Así se llamaba la esposa de Gorbachov. Pero ha muerto, me dije, de cáncer. Y me acordé de Marga. Y me entraron ganas de llorar. Y al mismo tiempo que la luz, encendí el televisor. De igual modo que pocas horas antes, el canal que se veía mejor transmitía escenas pornográficas. El ventanal de la habitación estaba abierto pero el aire en el interior continuaba viciado. Me tomé un trago de vodka directamente de la botella antes de ir a cerrar la ventana. Pero no lo conseguí. Llené uno de los vasos que había sobre la mesa, me tumbé en la cama y comencé a beber. Y a mirar escenas pornográficas. Luego pensé que no debía beber más, en la ceremonia de Lori debía presentarme a la altura del papel que había asumido. Debía, por tanto, dejar la botella, apagar el televisor y dormir. No hice ni lo uno ni lo otro. Llegó un momento en que ya no podía contenerme. O me

masturbaba o encontraba otra solución. Masturbarme sería cómodo. Acababa el asunto deprisa y me echaba a dormir. Pero el problema empezaba precisamente aquí. No estaba seguro de poder dormir después de masturbarme. Siempre que me masturbaba pensaba en el suicidio.

Entonces descolgué el teléfono y marqué el número 09. Pediría que me trajeran una chica a la habitación, una de las chicas del ascensor. Aquel hotel estaba lleno de chicas de ascensor y el número 09 debía de servir también para esto. Al otro lado del hilo oí la voz de ella. La reconocí y me quedé paralizado con el teléfono en la mano. Ella repitió un ¡diga! con una suerte de impaciencia. Por miedo a que colgara, me apresuré a inventar algo. Bastaba con hablar para que no colgara. Pronuncié las cuatro cifras del número de la habitación. Le dije que la ventana estaba averiada. El teléfono colgó al otro lado. A causa de mi ruso, debía de haber reconocido mi voz. Permanecí junto al aparato de teléfono con la respiración agitada. Diez minutos después oí unos golpes en la puerta. Ella apareció en el rectángulo de la puerta con su uniforme blanco y negro. Perdón, le dije, pero la ventana no cierra. Y me aparté para dejarle paso por el estrecho pasillo.

Sus ojos se posaron de inmediato sobre el televisor. Había olvidado apagarlo, podía haber cambiado de canal al menos, las escenas pornográficas continuaban apareciendo en la pantalla. Me apresuré a apagar el televisor y ella esbozó una sonrisa. Era natural que sonriera. Como era natural que su mirada fuera a parar sobre la botella de vodka Smirnoff que estaba sobre la mesa. Es un buen vodka el que tiene usted ahí, observó, cosa que me dejó completamente sorprendido. Lo he comprado en una tienda muy cerca del hotel, le dije. Habría querido añadir que, si ella aceptaba y no tenía inconveniente, estaría encantado de ofrecerle una copa. Pero esta frase era un tanto complicada, de modo que le dije simplemente que le ofrecía una copa. Aceptó. Le llené el vaso con el mismo apresuramiento con que había apagado el televisor. Llené también uno para mí. Le dije *Nazdarovyé!*¹⁰. Y brindé con ella.

Ella bebió un trago de vodka y a continuación fue a mirar la ventana. De su explicación pude extraer lo esencial: la ventana no cerraba, lo sentía mucho, pero dejaría una nota para que al día siguiente vinieran a repararla. Pero a mí la ventana no me interesaba en absoluto. Había sido un pretexto y ella, gracias a su intuición, lo había adivinado. Si tiene usted necesidad de alguna otra cosa, manifestó, no tiene más que decírmelo, yo estoy aquí para servirle.

Mi cerebro se sumió de nuevo en una complicada especulación sobre su parecido con Netochka Nezvanova. Una semejanza forzada y rebuscada. Tal vez sencillamente porque me encontraba en Rusia. Y la imagen que me había forjado de Rusia era la de la belleza de sus mujeres. Una de ellas se encontraba ahora ante mí. Y la encontraba fascinante. Y estaba dispuesto a decirle a esta Netochka llamada Raisa que para mí no tenía la menor importancia si era la Netochka de Dostoievski o la Raisa de la recepción de la octava planta. Era rusa y yo la deseaba. Lo habría hecho si hubiera sido capaz de expresarle todo esto, pero de nuevo me sentí incapaz, el muro lingüístico me desalentó.

Mirando directamente a sus ojos brillantes, sólo conseguí decirle algo completamente banal, muy lejos de lo que deseaba expresarle. Le dije que aquella noche me hacía falta una chica.

Ella echó una mirada hacia la puerta de la habitación, que permanecía medio abierta. Si quiere una chica, dijo, eso puede arreglarse. Basta con que me describa cómo la quiere y trataremos de hacer que venga una chica de su gusto... Lo dijo en voz muy baja. Pero yo capté su alusión como un perro atrapa al vuelo el hueso que le arrojan. Esforzándome por encontrar las palabras justas, le expliqué mi idea: las chicas de las que me hablaba no me convenían. Aquella noche estaba muy triste y me sentiría muy feliz si ella misma encontraba tiempo para hacerme compañía. Era muy bella y me encantaría pasar un rato con ella.

Formulé todo esto a trompicones, en un ruso ridículo. Netochka no se rió. Me preguntó si realmente la encontraba bonita. Lo hizo con mucha seriedad. Cuando se lo confirmé, ella me dio las gracias. Añadió que también yo le gustaba. Y estaba dispuesta a pasar conmigo unas dos horas, pero... Yo no estaba demasiado atento cuando llegó ese pero. No le di ninguna importancia. Lo principal era que ella aceptaba pasar un par de horas conmigo. Y cuando me aclaró que para venir a pasar dos horas conmigo debía primero ponerse de acuerdo con su compañera, me pareció razonable. Ella debería cubrirla ante cualquier eventualidad durante su ausencia y eso tenía un precio: cincuenta dólares serían suficientes. Saqué los cincuenta dólares de inmediato. Le di también unos rublos, encargándole que comprara cerveza y alguna otra cosa. Ella cerró la mano con el dinero y salió.

Volvió al cabo de media hora. Digo esto con seguridad porque, desde el momento en que ella salió de la habitación, mis ojos permanecieron clavados en las manecillas del reloj. Cuando oí unos golpes en la puerta había perdido las esperanzas de que volviera. Y en mi angustiada espera no conseguía hacerme a la idea de que fuera igual que las chicas del ascensor. Todavía peor, una redomada mentirosa. Pero regresó. Di un salto como un resorte comprimido y, cuando su rostro apareció en el hueco de la puerta, me dije que debía de haberme enamorado. Ella, más práctica, se apresuró a entrar en la habitación con una bolsa de plástico en la mano.

Continuaba vistiendo el uniforme de servicio: falda negra y blusa blanca de verano de manga corta. Colocó sobre la mesa la bolsa de plástico con las botellas de cerveza. Yo tuve la precaución de correr la gruesa cortina de la ventana pese a que el edificio más próximo, la estación de ferrocarril, era de menor altura y se encontraba a mucha distancia, al otro lado de la plaza. Luego me acerqué a ella, le tomé la cara entre las manos y la miré a los ojos. También ella me miró a los ojos. No conseguí descifrar su mirada, no leí nada en ella. Mantuve su cara entre mis manos poseído por una turbia confusión y por el deseo salvaje de acabar cuanto antes. Llevaba mucho tiempo sin hacer el amor y estaba terriblemente excitado. Pero sus ojos, negros como el azabache – siempre había imaginado a las rusas con ojos azules –, continuaban siendo indescifrables

para mí. Me incliné. No sobre sus labios. Me incliné sobre su oído. Y le murmuré: Netochka, si no te apetece puedes marcharte, no me importará. De nuevo, pese a mi ruso macarrónico, ella me entendió. No me llamo Netochka, dijo, mi nombre es Raisa. Y estoy a gusto aquí.

Se alzó sobre las puntas de los pies y me dio un beso. Me desabrochó la camisa y pasó su mano por mi pecho. Con expresión maravillada, me dijo que yo era rico. A duras penas alcancé a comprender que se refería a mi pecho velludo. Luego continuó su exploración. Desabrochó los botones de mis tejanos y me cogió el sexo con la mano. Luego, pronunciando despacio las palabras para que yo la entendiera, susurró en voz muy queda: un hombre, uno de verdad, es el que tiene plata en la cabeza, oro en la cartera y acero entre las piernas. Tú tienes las tres cosas, no temas nada.

Al menos en lo relativo al oro en la cartera, se equivocaba, pero miedo, desde luego, yo no tenía. Me liberé de los tejanos. Me liberé del resto de la ropa. Ella estaba como embriagada y entonces la desnudé. Me echó los brazos alrededor del cuello. Sentí sobre mi pecho la presión de sus senos firmes y redondos. Cuando quise atraerla hacia la cama, ella se apartó de mí. Buscó algo entre las ropas, luego regresó, me sonrió, se tendió y me invitó a hacer lo mismo. Yo me tumbé sobre ella. Sentí el contacto de sus manos en el bajo vientre, junto al sexo, y comprendí por qué se había separado hacía unos instantes: había ido a por un preservativo. Haciendo uso de las dos manos, me lo colocó. Aquello era una nueva experiencia para mí. Hundí mi cara en su cuello y me pareció quedar sumergido en la bruma formada por los vapores de una sauna ardiente donde no conseguía ver nada, aunque podía oír un murmullo. Era su aliento, el eco de su voz en mi oído. Ella se apretaba con fuerza contra mí y, al mismo tiempo, respondiendo a los movimientos que yo hacía para penetrarla, me susurraba: «Ya hachu tebya, ya hachu tebya, ya hachu tebya...»¹¹. Me resultaba imposible resistir por mucho tiempo ese murmullo. Mi torrente se desbordó, se derramó impetuoso, y yo quedé envuelto en los vapores ardientes de la sauna.

Ella abrió los ojos. Sin ninguna prevención, llevó la mano más abajo y retiró el preservativo de mi sexo, todavía no demasiado convencido de haber eyaculado. La idea de invitarla a que nos viéramos al día siguiente en alguno de los cafés de Nevski Prospekt se me ocurrió cuando ella dejó la cama y la vi dirigirse hacia el cuarto de baño llevando el preservativo en la mano. Luego bebimos vodka acompañado de cerveza. Cuando acabamos las cervezas, volvimos a la cama. Para ponerme a punto con el fin de poder colocarme con facilidad un nuevo preservativo, Raisa se sirvió de un procedimiento que, bastantes años atrás, ya había empleado Faika conmigo. Luego, ella se dio una ducha. Eran las doce de la noche. Antes de marcharse, me tendió la cara. Fue entonces cuando le propuse que nos viéramos al día siguiente. Ella aceptó. Dijo que se sentía conmovida por mi proposición y acordamos reunirnos a las diez, en mitad del puente sobre el Neva. En ese momento era incapaz de imaginar que, al día siguiente, mi buen humor

restablecido gracias a Raisa, quedaría nuevamente agriado a consecuencia del episodio más absurdo de mi vida.

En realidad, desperté casi feliz. Me despertó el timbre del teléfono. Al otro lado se encontraba una hermosa mujer rusa con la cual había hecho el amor. Habíamos acordado reunirnos en el puente sobre el Neva, tomar un café en alguna parte por Nevski Prospekt, lo cual no era poco, y yo tenía aquella mañana de domingo todos los motivos para sentirme en forma. Me afeité con gran esmero, me di una ducha y, con el fin de encontrarme preparado para todo, me puse traje y corbata, tal como debía presentarme en la ceremonia matrimonial de Lori.

Raisa no acudió a la cita. Nunca supe por qué no lo hizo: ¿cambió de opinión o su incomparecencia guarda alguna relación con lo que me sucedió a continuación? Empecé a sospechar que no vendría cuando las manecillas del reloj señalaron las diez y media. El día era nublado, podía ponerse a llover en cualquier momento; sin embargo, continué esperando, contemplando los barcos fluviales. Mientras permanecía apoyado en el antepecho del puente, sentí que alguien me tocaba el hombro. No era Raisa. Eran dos civiles. Jóvenes. Uno de ellos me mostró un documento que ni siquiera llegué a ver. Comprendí únicamente que el que me había mostrado el papel me pedía que les acompañara y yo no presenté ninguna oposición. Me parecieron cordiales e hice lo que me pedían. En el extremo del puente, cerca del Apolo con caballo, había un coche detenido. Comencé a inquietarme cuando me indicaron que montara en el coche. Les obedecí nuevamente. Me instalé en el asiento trasero, donde se colocó también uno de ellos, mientras que el que me había mostrado el documento se sentaba delante, junto al conductor. Me dije que en todo aquello debía de haber una confusión. Era la primera vez que yo pisaba San Petersburgo, no tenía ninguna relación en la ciudad. Además, a las doce debía encontrarme en el vestíbulo del hotel. Habría querido decirles esto a los dos civiles, para que me explicaran al menos lo que querían de mí. Ya fuera porque no pude encontrar las palabras, ya porque el vehículo arrancó, no abrí la boca.

Rodamos durante unos quince minutos sobre el asfalto mojado por varias calles amplias. Recuerdo que pasamos también por la plaza donde se alzaba la estatua de Lenin y yo tuve el impulso de dirigirles a los jóvenes civiles la misma pregunta que había querido hacerle un día antes a Valeri, impulso que dominé sin el menor esfuerzo. Mi situación no era para tomársela a broma, no sabía quiénes eran aquellos hombres, adónde me llevaban y qué querían de mí. Continué sin saberlo cuando el vehículo se detuvo ante un edificio, descendí en compañía de los civiles, penetré junto con ellos en el edificio y terminé encerrado en una habitación de la planta baja, donde me dejaron sin la menor explicación y, ahora verdaderamente preocupado, comencé a ir y venir por la habitación.

Mi paciencia se agotó cuando las manecillas del reloj superaron el límite de las once y media y nadie se ocupaba de mí. Si la cosa continuaba así, a buen seguro no me

encontraría a las doce en el vestíbulo del hotel. Debía hacer algo, de lo contrario corría el peligro de no poder tomar parte en la ceremonia nupcial de Lori. Me acerqué a la puerta y la golpeé fuertemente con el puño. Me hice daño en los nudillos, de modo que continué golpeándola con la palma. Del otro lado no llegó ninguna respuesta. Golpeé la puerta de nuevo, con el puño y con la palma de la mano, y de nuevo silencio. Un silencio de cementerio. Me encontraba en una estancia de techo elevado, tan alto como el del hotel, con la diferencia de que aquí sólo había una pequeña ventana por la que penetraba la luz y a la que la cabeza de una persona no podía alcanzar ni aun subiéndose a una silla. Aunque sillas no había, únicamente tres viejos sillones, sucios, con una mesa en medio. Me senté en uno de los sillones. Sujetándome la cabeza con ambas manos, hacía esfuerzos por comprender lo que estaba sucediendo.

Oí pasos y voces de personas hacia la una de la tarde. Pero ahora, quienquiera que viniera y cualquiera que fuera la explicación que me diera, ya me daba lo mismo. Permanecí sentado en el sillón incluso cuando la puerta se abrió y entraron dos individuos, caras nuevas. Uno de ellos se sentó en el sillón situado a mi lado. Me aclaró que se trataba únicamente de hacerme unas preguntas. Eso fue en esencia lo que me dijo, que me irritó los nervios. La cólera me invadió por completo cuando se dirigió a mí con un «señor Trapi», deformando mi nombre lo mismo que antaño los oficiales de los periodos de entrenamiento militar. No habría respondido a sus preguntas aunque estuviera escrito que debía morir allí, en San Petersburgo. Sentí el impulso de decirle que consideraba toda aquella mascarada como una mera detención, una detención sin motivo alguno que la justificara. Yo era un ciudadano extranjero, un ciudadano albanés y sólo respondería a sus preguntas si se ponía en conocimiento de la embajada de mi país lo que me estaba sucediendo. Finalmente, mi apellido no era Trapi, sino Tarapi, ¡Ta-ra-pi! En lugar de hacer esta pomposa declaración, fui al grano. Tampoco estaba muy seguro de que la embajada de mi país se preocupara mucho por mí. Y poco importaba la forma en que el otro pronunciaba mi apellido. Le dije simplemente que no entendía el ruso. Le repetí varias veces, como un papagayo bien adiestrado, la frase «No entiendo el ruso».

Se miraron entre ellos. El que permanecía en pie me dijo las mismas cosas en inglés. Creo que eran las mismas cosas porque, en realidad, no entendí lo que me dijo. Le respondí de nuevo, siempre como un papagayo bien adiestrado, «No sé inglés». Cuando me preguntaron en qué lengua podían comunicarse conmigo, les respondí: Solamente en albanés. Y añadí: también en francés.

Se marcharon. El tipo que había deformado mi nombre regresó una hora después, acompañado ahora de otra cara nueva. Al igual que una hora antes, tomó asiento en el sillón situado junto al mío. El recién llegado traducía. Yo podía ver únicamente al intérprete, un muchacho de ojos claros que hablaba un correcto francés. El tipo que me interrogaba insistió también esta vez en hacerme saber que todo era una formalidad, necesitaban aclarar unas cuantas cosas, nada más. Su primera pregunta se refería al motivo de mi presencia en San Petersburgo. Le respondí que, a causa de su

interrogatorio, no había podido cumplir precisamente la misión por la que me encontraba en aquella ciudad, en calidad de testigo de una ceremonia de matrimonio. Luego, siempre deformando mi apellido cada vez que me preguntaba, quiso saber una serie de detalles acerca de mí: cuándo había salido de Albania, con qué línea aérea, cuándo tenía pensado regresar, cuál era mi profesión y a qué me dedicaba en mi país, hasta llegar a sus dos últimas preguntas. Antes de dirigirse a mí, extrajo del bolsillo un pasaporte. Sorprendido, comprobé que se trataba del mío. Yo lo había dejado el día anterior en la recepción del hotel. Sosteniendo el pasaporte entre las manos, me preguntó desde cuándo conocía al ciudadano Sergei Duka, con doble nacionalidad albanesa y rusa, y a su amiga albanesa, llamada Lori Morava, y qué clase de vínculos mantenía con ellos.

Por primera vez desde que comenzara el interrogatorio, le miré a los ojos. Acababa de mencionar a Sergei. También había mencionado a Lori. Eso me dio a entender que todo lo que me estaba sucediendo guardaba alguna relación con ellos dos. Y dado que mi pasaporte se encontraba en sus manos, las cosas no debían de andar nada bien.

Él esbozó una sonrisa. Yo interpreté correctamente su sonrisa de experto. Debía saber de mí más de lo que yo imaginaba. Digamos que debía saber, por ejemplo, cómo había pasado la noche en la habitación del hotel. Por no mencionar otros detalles que le había contado a Raisa mientras bebíamos vodka acompañado de cerveza. Por efecto del alcohol, bajo su estímulo, ella me había hablado de sí misma: casada muy joven, divorciada, con una hija de ocho años. Para no quedarme atrás, cuando ella me preguntó a qué me dedicaba yo, en un arranque de sinceridad, le dije que era una especie de escritor, autor de cuatro libros publicados. Además de una especie de guionista con alrededor de una docena de guiones llevados a la pantalla. Que, en conjunto, carecían de valor, yo sabía bien que tanto mis libros como mis guiones no valían un céntimo. Raisa, por el contrario, quedó fascinada. Puede que porque no le aclaré demasiado bien el significado de las palabras «especie» y «céntimo». Es la primera vez que tengo oportunidad de estar en compañía de un escritor y guionista de películas, me dijo. E hicimos el amor por segunda vez.

Ahora bien, él había mencionado a Sergei. También había mencionado a Lori. Esto me bastó para dejar de preguntarme qué otros detalles podría conocer acerca de mí. Algo debía de haberles sucedido a mis amigos. En vano intenté averiguar por él lo que había pasado. No me reveló nada. Luego, me hizo una última pregunta. Quiso saber si recordaba a las personas con las que se habían entrevistado ellos dos durante nuestra noche de estancia en Zúrich. Le dije que la noche de tránsito en Zúrich yo no había salido del aeropuerto. Esto podía comprobarlo fácilmente, en mi pasaporte no había ningún visado suizo. Él se echó a reír. Se puso en pie, me entregó el pasaporte, y dijo: ¡Buen viaje, señor Trapi!

Me depositaron en el mismo lugar donde me habían recogido, en el extremo del puente sobre el Neva, junto a la estatua de Apolo. Eran las cuatro de la tarde y se puso a llover

de nuevo. Avancé hasta el centro del puente. Apoyé los codos en el pretil mojado y me puse a observar el golpeteo de las gotas de lluvia sobre el río. El rostro de Lori surgió ante mis ojos. Y los nervios me abandonaron: me anegó el llanto. Aunque tal vez fuera la cortina de lluvia lo que me nubló vista. Sentía deseos de encaramarme sobre el antepecho del puente y dejarme caer en las aguas profundas, de ponerle fin a todo. En lugar de eso, me puse en marcha. Me arrastré a través de Nevski Prospekt, todavía capaz de articular algún pensamiento. Mientras caminaba con lentitud contemplando las fachadas de los edificios, sorprendido por no haber reparado hasta ese instante en la maravilla que se desplegaba ante mí, San Petersburgo se me antojó un viejo aristócrata ataviado con su rancio frac, abandonado en las calles a su suerte. Y el rostro de Lori reapareció de nuevo ante mis ojos. Y me pregunté a mí mismo: realmente ¿qué es lo que puede haberles pasado? Y una fumarada ardiente se elevó en mi interior, la angustia. Los pies me condujeron por su cuenta hacia la tienda donde el día anterior había comprado la botella de Smirnoff de tres cuartos de litro. No recordaba si Raisa y yo nos la habíamos acabado o no. No podía pasar las horas que me restaban sin vodka. No estaría en condiciones de razonar, de analizar sosegadamente la situación en la que me encontraba. De decidir lo que debía hacer yo solo en aquella ciudad de ensueño. Así pues, compré otra botella, aunque cuando volví a la habitación comprobé que en la anterior quedaban aún dos o tres dedos.

Vertí el resto en un vaso. Y consideré razonable reflexionar primero sobre la forma en que iría al día siguiente al aeropuerto. No recordaba siquiera la hora de salida del vuelo. Encontré el billete. De acuerdo con lo que leí en él, mi avión salía al día siguiente a las siete y quince minutos de la mañana. Con el billete en la mano salí de la habitación y me dirigí a la mesa de recepción de la planta. Si Raisa se encontraba allí, le consultaría a ella. Y le rogaría que me hiciera compañía aquella noche. Su compañía me resultaba necesaria aquella noche, con independencia del precio que debiera pagar para que su compañera la suplierá en su ausencia. Pero yo ya sabía que Raisa no estaba allí, era su día libre. Me dirigí entonces a una de las dos recepcionistas desconocidas. Si iba en taxi, me explicó, debía salir del hotel a las cinco como muy tarde. Se hicieron cargo de avisar a un taxi y de despertarme cuando yo lo considerara conveniente. Me pareció razonable pedirles que me despertaran a las cuatro y media. Luego, mientras regresaba a la habitación, pensé en preparar la maleta de inmediato, de modo que por la mañana tuviera tiempo para afeitarme y darme una ducha.

El motivo fúnebre de trompeta comenzó a hostigarme a la caída de la noche. Permanecía tendido como un muerto sobre la cama con la intención de dormir, la única manera de olvidar. Aunque quizás podría haber dormido sin conseguir olvidar. El rostro de Lori no se apartaba de mí. Me torturaba un fuerte sentimiento de culpa, me parecía que yo era responsable de todo lo que nos había ocurrido, no había sabido protegerla y quién sabe dónde se encontraría ahora. Acabé de desvelarme justo cuando oí su voz

gritando que acudiera en su ayuda, me han encerrado en la Villa de las Brujas, dijo, y yo di un salto en la cama envuelto en sudor.

Cerca de la medianoche me había bebido casi la mitad de la segunda botella. El motivo fúnebre continuaba resonando en alguna parte, en un rincón del espacio vacío de mi cerebro. Encendí el televisor y lo puse en el canal porno. La combinación del motivo fúnebre de trompeta con el efecto incitante de las escenas lujuriosas me despertaron el deseo de buscar compañía. Si no lo hacía me volvería loco. Encontré la vía de salvación en el 09 del teléfono. Levanté el receptor, marqué el número y al otro lado del hilo escuché un «diga». Sin vacilar, articulé con claridad las cuatro cifras del número de mi habitación y, con idéntica claridad, la petición de que me enviaran a una chica. Al otro lado, el teléfono colgó. Me arrepentí de lo que acababa de hacer en cuanto se interrumpió la comunicación. Alentaba la esperanza de que al otro lado del hilo lo hubieran tomado por la broma de mal gusto de un borracho en mitad de la noche.

Al cabo de quince minutos, cuando empezaba realmente a creer que mi petición había sido interpretada como una broma de mal gusto, oí que llamaban a la puerta. Deposité el vaso sobre la mesa y fui a abrir. Se me apareció una rubia, del mismo tipo que las chicas rubias del ascensor. Habría querido decirle que en todo aquello había un malentendido y pedirle disculpas por obligarla a trasladarse hasta allí. Pero ella fue la primera en hablar. Me miró a los ojos y me preguntó si la aceptaba. Se me atragantaron las palabras que tenía preparadas. Si la rechazaba, ella podía pensar que no me gustaba como mujer, y eso me hizo sentir lástima. Por encima de todo, era joven, no tenía más de veinte o veintidós años, lo que incrementó mi sentimiento de lástima. Me apresuré a responderle que de acuerdo, la aceptaba. Ella balanceó la cabeza y dijo que regresaría enseguida.

Unos diez minutos más tarde oí de nuevo que llamaban a la puerta. Esta vez no venía sola. Ahora aparecía junto a ella un muchacho con aspecto de levantador de pesas, con el pelo cortado a cepillo. Me saludó y dijo lacónicamente: cincuenta dólares por dos horas. Recordé que lo mismo me había pedido Raisa para tener contenta a su compañera, cincuenta dólares por dos horas. Saqué el dinero y se lo entregué. Entonces observé que la chica, que continuaba manteniéndose a un costado de la puerta, se había echado sobre los hombros una capa que le llegaba hasta los pies y llevaba en la mano una pequeña bolsa. La dejé pasar. Luego la seguí y nos encontramos en mitad de la habitación. El televisor estaba encendido, continuaba sintonizando el canal porno. Me preguntó si podía apagar el televisor. En lugar de responderle, me acerqué y lo hice yo. Yo soy Katia, se presentó. Yo soy Kristo, le respondí. Ella rió. Y se desató la capa.

Iba solamente en sostén y bragas. Ambos de color negro. Con tranquilidad, sin dar muestras de la menor emoción, se quitó primero el sostén, luego las bragas. Arrojó ambos sobre la silla donde había dejado la capa, se me acercó, esbozó una sonrisa prefabricada y trató de desabotonarme la camisa, apoyándose contra mí. Yo le sujeté la mano. Señorita, traté de explicarle, no estás obligada a nada. Te he hecho venir únicamente para que me hagas un poco de compañía. Si no estás de acuerdo en lo de

hacerme un poco de compañía, puedes vestirme y marcharte. La señorita me miró perpleja, me dio incluso la impresión de que no había entendido nada de lo que le había dicho. Más exactamente, de lo que quise decirle. Me equivocaba. A saber lo que imaginó. Me expresó su pesadumbre. Me dijo que lo sentía mucho por mí y, con total indiferencia, como si yo no estuviera presente, volvió a ponerse las bragas y el sostén y se cubrió con la capa. Y añadió que permanecería conmigo las dos horas convenidas, no le apetecía marcharse, si lo hacía debería pasar a otro cliente, y no tenía ninguna gana. Entonces la invité a beber vodka. No aceptó, dijo que no tomaba bebidas alcohólicas. En cambio, me preguntó si podía encender el televisor. Le dije que por supuesto que podía. Encontró un canal donde ponían una película china de tema medieval, con escenas de batallas al estilo de las películas de Kurosawa.

A la una de la madrugada yo continuaba con el vodka. Ella permanecía en todo momento tendida sobre la cama, mirando la película china. Habíamos agotado los temas de conversación. Ella me había mostrado un pequeño bloc con palabras y expresiones en catorce lenguas del mundo, que se convirtieron en quince con la expresión albanesa «eres una muchacha bonita». Entre tanto, supe que yo era el cuarto cliente de aquella jornada, que trabajaba por lo general con un rendimiento de seis clientes al día y recibía el treinta por ciento del dinero que entregaba. El motivo fúnebre de trompeta regresó en cuanto agotamos los temas de conversación, ella continuaba viendo la película china y yo bebía a pequeños sorbos. Abandoné la mesa para ir a sentarme sobre el borde de la cama, a su lado. Y me apreté las sienes, fuerte, con ambas manos a la vez. La señorita se sintió inquieta. Volviéndose hacia mí, me preguntó si me encontraba bien. Me masajeó la cabeza en el lugar donde yo me apretaba con fuerza, junto a las sienes, con una genuina solicitud. Me duele aquí, le dije, aquí dentro.

Parecía tener un acusado sentido del deber. Intentó de nuevo cumplir con sus obligaciones a cambio de mi desembolso de cincuenta dólares, del que le correspondía el treinta por ciento. Yo era el cuarto treinta por ciento. Como parecía decidida a merecer su parte honradamente, después de masajearme la cabeza, probó a desabotonarme la camisa. Esta vez la dejé hacer. Eso la enardeció. Se levantó, dejó la capa sobre el respaldo de la silla, se quitó de nuevo el sostén y las bragas, los depositó con esmero en la misma silla, sacó de la bolsa de mano un preservativo y se tendió junto a mí. Me puso el preservativo con el mismo estilo que Raisa. Al terminar, al igual que Raisa, me lo quitó por su propia mano y, sujetándolo con las puntas de los dedos, fue al baño. Yo me quedé en la cama, poseído por la misma repulsión que me corroía cada vez que me masturbaba y me daban ganas de suicidarme. Luego ella regresó del baño como si no hubiera sucedido nada. Se vistió, se peinó, se acicaló. Y tomó asiento junto a mí a un lado de la cama, donde yo continuaba tendido con los ojos cerrados. Hasta que se oyó una llamada a la puerta. Torpemente me dije que debían de ser las dos de la madrugada y su protector, el muchacho con apariencia de levantador de pesas y el pelo cortado a cepillo, había acudido a recogerla.

Cuando ella se fue, me levanté y cerré la puerta con llave. Y me sumergí en una complicada especulación. ¿Era o no era Raisa una prostituta? Llegué a la conclusión de que no debía de serlo. Ella me había besado y había permitido que yo la besara en los labios. Había hecho el amor conmigo. Katia no. Katia no había permitido que la besara en los labios. Me dijo que podía hacer todo lo que yo le pidiera, excepto permitir que la besara en la boca.

Me dejé caer sobre la cama. Y tuve la impresión de encontrarme en un barco, en mar abierto, con oleaje. El fondo de la cama se alzaba y descendía alternativamente, me invadió una náusea repentina, me puse en pie de un salto y fui corriendo al cuarto de baño, donde eché la papilla. Cuando ya no tenía nada más que sacar, regresé a la habitación con las piernas temblorosas. Fue entonces cuando me di cuenta de que no estaba solo. La habitación estaba repleta de gente. Unos quince hombres, todos ataviados con trajes negros de chaqueta cruzada, permanecían en pie con solemnidad, alineados contra la pared, y en medio de ellos se encontraba el doctor N. T. Aunque yo sabía bien, como también lo sabía él, que no era el doctor N. T. El resto, todos ellos sin máscara, personajes de películas rodadas a partir de mis guiones, pensé que habían acudido para asistir a mi funeral, lo que me pareció sorprendente, mi funeral no podía celebrarse en el extranjero. Quise, por tanto, entablar conversación con ellos, preguntarles por qué habían venido a San Petersburgo, donde yo me encontraba en misión especial y no para asistir a mi funeral. Pero su jefe atajó en seco mi tentativa. Ellos no tenían la menor intención de negociar conmigo. Ellos eran mis víctimas y se encontraban allí por una sola razón: someterme a un proceso. Estaban decididos a juzgarme dondequiera que me encontrara, cualquiera que fuese la naturaleza de mi misión, humanitaria o de prostitución, además, añadió el jefe, no es preciso indagar mucho, a la vista está cuál es tu misión, hasta el día en que revientes no serás más que una piel de perro, como siempre te han llamado, como siempre has sido y continúas siendo.

Me odiaba. No recordaba en toda mi vida a una persona capaz de odiarme tanto. En cierto momento, mientras le escuchaba hablar, por un instante me pareció reconocerle debido a una variación en el timbre de su voz. Quítate la máscara, le dije. Tú eres el enfermero, Vehap o Vehip. Te ocultas en vano. Si aún te sientes ofendido porque me acostara con Faika y ella no te hiciera el menor caso, porque luego en aquella película de mierda, *La niebla*, hiciera el amor con Delina y ella tampoco te hiciera ni caso en la película, lo siento mucho, pero no es culpa mía. No obstante te pido disculpas, como os pido disculpas a todos. Deberías dar muestras de tolerancia, comprender que yo no tenía otra elección. Los que buscaron otra salida acabaron traduciendo el «Infierno» de Dante, y mi organismo, como bien sabéis, no está constituido para afrontar la traducción de una obra maestra como el «Infierno» de Dante. A fin de cuentas, también Dostoievski abandonó en el camino a unos cuantos de sus personajes, son cosas que pasan.

Él soltó una risotada. ¡Fijaos, amigos, gritó, con qué historias nos viene ahora! ¡Este gusano se atreve a hablarnos de Dostoievski! Y mientras los demás, siguiendo su

ejemplo, se carcajeaban a gusto, él se quitó la máscara. No soy Vehip, dijo con desprecio, tampoco Vehap. ¡Averigua tú mismo quién soy!

Apareció ante mí un rostro demasiado familiar. Lo contemplé desconcertado. Y murmuré: ¡Oh, Dios mío! La visión de sus rasgos lánguidos, de su barba de varios días, me hizo el efecto de un golpe en la cabeza. Así era yo en la época en que estaba locamente enamorado de Ojos Verdes. Cuando trataba de enaltecerme a sus ojos. Era el ser sublime en cuya piel había tratado en vano de meterme, sin conseguir elevarme, sin alcanzar la grandeza a la que él aspiraba. Y pensar que todas las chicas se enamoraban de mí y no de ti, continuó él con el mismo desprecio, y tú te aprovechabas, te apropiabas de mis méritos, tú, piel de perro, que no creaste más que este cortejo de personajes patéticos, estos seres inválidos que se reúnen a mi alrededor buscando una forma de redención, pero yo no puedo salvarlos. Incluso en el caso de que deseara transformarlos ahora, convertirlos en lo que desean ser, resultaría un esfuerzo inútil, es algo imposible. Porque a lo que tú has hecho se le llama comportarse como un avestruz, meter la cabeza en la tierra creyendo que los demás no te verán, cuando todo el mundo te ve perfectamente, sobre todo ellos, los eternos testigos de tu debilidad.

Los hombres de su séquito dieron muestras unánimes de aprobación. ¡Abajo piel de perro!, gritaron con rabia y comenzaron a acercarse a mí. Me escapé. Conseguí salir al pasillo, pero allí las piernas me fallaron. Me invadió el pánico, no podía correr. Entonces se oyó un timbre. Cuanto más se aproximaban ellos, más insistente se tornaba. Aterrado, abrí los ojos: era el teléfono. Durante unos instantes permanecí tendido, con la respiración entrecortada. Por miedo a que el sueño volviera a apoderarse de mí, me levanté. No tuve tiempo de afeitarme ni de darme un baño. No tenía preparada la maleta. Metí en ella toda la ropa hecha un ovillo. Metí también la botella de Smirnoff con el vodka que quedaba. El camino de regreso lo pasé entero durmiendo. Dormí en el taxi, del hotel al aeropuerto. Dormí en el avión, de San Petersburgo a Zúrich. Dormí en Zúrich, sentado en un sillón a la espera del avión, y luego durante todo el vuelo hasta Tirana. Dormí finalmente un sueño mortal una vez que llegué a casa.

Desperté al cabo de doce horas. Hacía calor y me devoraba el hambre. Fui al baño, me eché un poco de agua a la cara sin osar mirarme en el espejo. Si me miraba, me plantearía unas cuantas preguntas. No quería plantearme preguntas. Me convenía creer que todo había sido un sueño y, ya que me estaba corroyendo el hambre, haría bien bajando a la tienda de alimentación, comprando lo que precisara, para regresar después a casa, saciar el hambre y sumergirme de nuevo en el sueño para no calentarme la cabeza con nada. Salí de casa, bajé las escaleras en silencio, deseando no toparme con nadie. Alguno de los vecinos podía haber reparado en mi ausencia, podía sentir curiosidad y preguntarme dónde había estado, y eso bastaría para ponerme los nervios de punta.

Nadie había reparado en mi ausencia. Lo comprendí cuando llegué al final de las escaleras y me crucé con el vecino de la planta baja. Era un tipo muy locuaz, miembro permanente del club de los hombres ociosos del barrio con sede en la cantina El pedestal vacío, al que no se le escapaba un detalle. Por la caja de chaquete que llevaba debajo del brazo imaginé que se encaminaba a ocupar su sitio a la sombra de los eucaliptos. No me dirigió ninguna pregunta. Me hizo únicamente el saludo acostumbrado. Y se alejó con la caja de chaquete bajo el brazo.

En la tienda de alimentación, después de registrar el hecho de que mi ausencia no había llamado la atención de nadie, me enteré de la última novedad: Hades había muerto. Por lo que saqué en conclusión de las conversaciones, su entierro debía de haber tenido lugar precisamente el día en que yo había regresado sin llamar la atención de nadie, un entierro majestuoso, con banda y marcha fúnebre, con participación de innumerables automóviles y de coronas de flores igualmente innumerables. No me mezclé en las conversaciones de los clientes. Compré lo que tenía que comprar y me retiré sin prestar el menor crédito a lo que se decía. Debía de haber alguna confusión en todo aquello. En cuanto salí de la tienda empecé a poner en duda si se había hecho mención de Hades o si así me lo había parecido a mí, y si en verdad había sido mencionado, a qué Hades se referían ellos: al dios mitológico del mundo del más allá o a la persona de nuestra raza de mortales que deambulaba en torno al pedestal sin estatua con la esperanza de volver a subirse un día. En todo caso, era preciso mantener los ojos abiertos y no creer en leyendas. Aun cuando aceptara que un tal Hades, quienquiera que fuera, había muerto, algún otro trataría de sustituirlo, encaramarse a su sitio, el vacío de los pedestales del poder despertaba ansias monstruosas.

A lo largo de toda una semana me incliné a pensar que todo había sido un sueño. Durante esa semana no salí de casa. El teléfono sonó dos o tres veces, pero yo no lo cogí, no quería hablar con nadie. Tampoco con mis hijos, mucho menos con Irma. Ella

podía preguntarme por la ceremonia matrimonial de Lori y yo no sabría qué decirle. Transcurrida esa semana hice una prueba: abrí la maleta del viaje, que se encontraba allí donde la había dejado el día de mi llegada, sobre un armario del dormitorio. Saqué el traje arrugado. Saqué también las camisas. Entre ellas se encontraba ella: la botella de vodka Smirnoff.

El vodka restante llenó casi hasta el borde un vaso de agua. Me mantuve ante el vaso lleno durante largo tiempo. Y comencé a beber. Con sed de acabar con el vodka cuanto antes. Como si quisiera hacer desaparecer la prueba material de un crimen. Había abandonado a Lori. Durante toda una semana, de manera criminal, me había empeñado en creer una sola cosa, que todo había sido un sueño. Cuando lo que debía hacer era colocarme en mitad de la plaza de Scanderberg, ponerme a gritar, hacerle saber al mundo entero: Lori había desaparecido.

Lo que no hice yo, lo habían hecho ya otros. Lo supe al día siguiente por un periódico. Más exactamente por la página de un periódico. La vi por el suelo, en la tienda donde hacía las compras de alimentos, polvorienta y pisoteada. Atrajo mi atención la fotografía de una mujer. El retrato tenía una semejanza sorprendente con Lori. Decidí agacharme, lo levanté con la mano y me quedé sin aliento: era Lori en persona. Salí de la tienda. Bajo el fuerte sol, me apoyé en el muro del edificio de enfrente y, con las manos temblorosas, desplegué la hoja de periódico, le quité el polvo. Sin creer lo que me decían mis ojos, observé durante un rato el retrato de Lori como si aún intentara asegurarme de que era ella, pese a que en el pie de la foto se leían con claridad su nombre y su apellido. Sobre la foto, el titular: «Dos albaneses apresados por la Interpol rusa». Y el subtítulo: «Miembros de una red internacional de traficantes de droga en San Petersburgo».

«De acuerdo con una fuente de San Petersburgo», informaba el periódico, «el sábado pasado fueron apresados por la Interpol rusa el empresario Sergei Duka, con doble nacionalidad albanesa y rusa, y su prometida Lori Morava. La información es confirmada por una fuente próxima a la familia del señor Sergei Duka, de quien se sospecha que sea integrante de una red internacional de traficantes de droga pertenecientes a las mafias rusa, colombiana y albanesa. De acuerdo con la misma fuente, el señor Duka y su prometida viajaban a San Petersburgo con ocasión de la celebración de su matrimonio por el rito ortodoxo. Pese a la insistencia de los allegados de Sergei Duka ante las autoridades competentes, no ha sido posible conocer detalles acerca del hecho. Se ignora si en el momento de la detención se le intervino a la pareja alguna cantidad de droga y de qué cantidad podría tratarse. Continúa siendo poco claro asimismo el grado de implicación de la señorita Lori Morava, conocida en los ambientes mediáticos de la capital desde hace varios años como secretaria de la Fundación Riviera. La historia se complica todavía más debido a un hecho sorprendente. La mencionada fuente, que prefiere permanecer en el anonimato, hace saber que, de acuerdo con la familia de Sergei Duka, al mismo tiempo que la pareja, fue detenida una tercera persona, cuya identidad se ignora. Más tarde fue puesta en libertad por falta de pruebas, aunque se le requirió para

que abandonara inmediatamente el territorio ruso. En ediciones sucesivas, nuestro periódico mantendrá informados a los lectores sobre el posterior desarrollo de este episodio mafioso».

Leí el artículo una segunda vez. El margen superior de la página, donde habitualmente aparecía la fecha, estaba rasgado. El otro margen, en el que se indicaba el nombre del periódico, no estaba roto. Tenía en mis manos una página del diario *La época*. La primera idea que me vino a las mientes tras leer el artículo por segunda vez fue presentarme en la redacción. Pediría establecer contacto con el autor de la crónica. Le desvelaría mi implicación en el caso. Y le rogaría que me proporcionara alguna noticia acerca de Lori.

No era una buena idea. En lugar de eso, me dirigí a un quiosco de periódicos. Pregunté al vendedor si podía conseguirme todos los números de la última semana del diario *La época*. Me respondió que eso era imposible, pues devolvía de inmediato los números sin vender en el día. Yo insistí, le prometí que si me los conseguía le pagaría el doble de su precio. Se echó a reír, me los trajo al día siguiente. Y se mostró generoso. Me cobró únicamente el precio del periódico. Hojeé todos los números sin encontrar otra noticia excepto la que ya había leído.

Después de eso, iba todas las mañanas al mismo quiosco y compraba el número del día. Abría las páginas como enfebrecido, las revisaba a todo correr, con la esperanza de que el periódico, como había anunciado, mantuviera su promesa y proporcionara nuevos datos acerca del suceso de San Petersburgo. No encontré nada en absoluto. Al parecer, el asunto se consideraba cerrado.

Eso pensé también yo, todo podía considerarse cerrado. Dejé de salir a comprar *La época*: independientemente de la época de la que se tratara, la mía podía considerarse acabada.

Cuando, muy rara vez, sonaba el teléfono en la sala de estar, ya no tenía miedo de cogerlo. Ya podía ser quien quisiera. Nadie sabía nada sobre mi aventura rusa. Una de aquellas noches, me llamaron mis hijos. Se habían puesto de acuerdo, porque me llamaron uno tras otro. Primero Tomi, luego Irma. No mencionaron la aventura rusa. Eso significaba que no sabían nada. Significaba que Lori no había conseguido comunicarse con Irma antes de que partiéramos.

Como siempre, ellos insistieron en presionarme para que fuera a instalarme en Nueva York. En la imposibilidad de enfrentarme a ellos, adopté una táctica distinta. Les dije que la idea no me parecía mala. La idea de que yo fuera a ocuparme de mis nietos albanos-americanos en Nueva York era incluso fantástica. Pero antes debía dejar zanjados algunos asuntos aquí, en Albania. A decir verdad, como mi época estaba ya cerrada, a mí no me quedaba nada por zanjar. Ni siquiera el derecho a acostarme con Lori en sueños.

Desde la última noche en San Petersburgo, no tenía sueños. Mis enigmas habían sido desvelados. Y Hades había muerto, al menos eso decían. En cuanto a Lori, había

desaparecido, se había esfumado como una ilusión en un territorio distante. Esto me pusieron de manifiesto mis personajes, ataviados con sus trajes negros ceremoniales de chaqueta cruzada. Lori había sido para mí una ilusión. Había ido hacia ella como si me dirigiera hacia el futuro. Pero tú no tienes futuro, me dijeron ellos. Nosotros sabemos lo que buscabas en Lori. Esa inaccesible criatura al mismo tiempo mujer y literatura. Toda la vida has corrido tras ella sin conseguir poseerla y nosotros, tus criaturas, somos testimonio de ello.

Permanecía en la ventana sin comprender si me faltaba el aliento debido al hálito de aquella tarde calurosa o a la aparición del grupo de mis personajes en un lugar completamente inesperado: se habían reunido todos allí, junto al pedestal sin estatua. Faltaba solamente uno, su jefe, y eso me pareció razonable, nuestras cuentas estaban saldadas. Mecánicamente miré alrededor por si me topaba con Hades. Yo no me creía su muerte tan comentada, la aparición de mis personajes en torno al pedestal sin estatua debía de ser una treta suya. Aunque a lo mejor, pensé, Hades ha muerto realmente y las únicas cuentas que me quedan por saldar son con mis personajes. Mis pobres personajes. Y me hundí en un abismo de extravío. Vivo o muerto, Hades me había vencido. Mi lugar estaba allí donde me convocaban ahora mis personajes, verdugo y esclavo de ellos a un tiempo. En medio de aquel extravío, en un rincón de mi cerebro resonó el motivo fúnebre de una trompeta lejana. Así sea, dije para mí, iré con ellos. Incluso si han venido a tomar parte en la ceremonia de mi funeral.

El timbre del teléfono sonó cuando había empezado a buscar la caja de ajedrez. Pasaría la noche allí, bajo las copas de los eucaliptos, junto al pedestal sin estatua. Tal vez mis personajes supieran jugar al ajedrez. Les rogaría que me hicieran compañía hasta por la mañana. Luego que hicieran lo que se les antojara: tomar parte en la ceremonia de mi funeral o marcharse, separarse definitivamente de mí, cada cual a sus asuntos.

Soy Lori, dijo la voz al otro lado. Me quedé helado. La reconocí de inmediato. La voz del otro lado era la de Lori. Mientes, dije murmurando. Una chica de nombre Lori que tuve oportunidad de conocer, se ha perdido. Ha desaparecido y nadie sabe dónde se encuentra, no se sabe si está viva o muerta. Siguió un sollozo. La dejé llorar. Con el auricular del teléfono en la mano, comencé a deambular por la habitación. Me acerqué a la ventana para preguntarles su opinión a mis personajes. Para mostrarme, al menos por una vez, correcto con ellos. Pero habían desaparecido, se los habían tragado las tinieblas. Dónde estás, le pregunté tras un largo silencio. Recibí como respuesta que se encontraba en su apartamento. Había llegado hacía varias horas y desde hacía varias horas dudaba si llamarme por teléfono. Finalmente se había decidido, cualquiera que fuera mi reacción. Aunque la maldijera, aunque la ofendiera con más graves insultos, lo tenía merecido, eso dijo. Sólo me rogaba una cosa, que nos viéramos al día siguiente, cuándo y dónde yo quisiera, bastaba con que nos viéramos y escuchara sus explicaciones.

Le pregunté cómo estaba de salud. Me respondió que en ese sentido todo iba bien. Le pregunté por Sergei. Me respondió que se había quedado allí, pero ahora no puedo

decirte nada, añadió, estoy tremendamente cansada, te lo explicaré todo mañana, basta con que aceptes que nos veamos.

Verdaderamente, me estaba comportando como un perturbado. Ella me estaba implorando como a un dios, cuando, en realidad, yo estaba dispuesto a ir a verla aunque fuera al fin del mundo. Lori no me pidió que fuera a buscarla al fin del mundo. Acordamos vernos al día siguiente a las diez de la mañana en el bar Manhattan. Frente a la Villa de Hades.

Tirana, 17 de enero de 2003

Título original: *Lekura e qenit*

Edición en formato digital: junio de 2011

© Fatos Kongoli, 2009

© De la traducción, Ramón Sánchez Lizarralde, 2009

© Ediciones Siruela, S. A., 2009, 2011

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-774-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

- 1 En albanés: el imbécil, el mostrenco. *(N. del T.)*
- 2 Rebelde albanés de comienzos del siglo XX que se oponía a la recién conquistada independencia del país y reclamaba su reincorporación al agonizante imperio otomano. *(N. del T.)*
- 3 Moneda albanesa, de Leka, Alejandro. *(N. del T.)*
- 4 Hoteles de lujo de la ciudad de Tirana. *(N. del T.)*
- 5 Naturales de Shkodër, ciudad y región del norte de Albania. *(N. del T.)*
- 6 Parte de un famoso poema de Pasko Vasa, uno de los integrantes del llamado Renacimiento nacional albanés, a finales del siglo XIX. *(N. del T.)*
- 7 *Rakí*, palabra turca, en albanés designa, salvo que se especifique otra procedencia, al aguardiente de uva (no de su orujo) y es una bebida muy utilizada. *(N. del T.)*
- 8 En francés en el original: «flechazo». *(N. del T.)*
- 9 En ruso en el original: «¡Muchas gracias!». *(N. del T.)*
- 10 En ruso en el original: «¡Salud!». *(N. del T.)*
- 11 En ruso en el original: «¡Te quiero, te quiero, te quiero!». *(N. del T.)*

Índice

Piel de perro	4
Créditos	176
Notas	177